



GRAN**SUPER**FICCION

ISAAC ASIMOV

LOS PREMIOS HUGO

1955-1961

WALTER M. MILLER, JR.
MURRAY LEINSTER
DANIEL KEYES
POUL ANDERSON
AVRAM DAVIDSON
ARTHUR C. CLARKE
ERIC FRANK RUSSELL
CLIFFORD D. SIMAK
ROBERT BLOCH



Lectulandia

Primer volumen de una biblioteca indispensable para los amantes del género o para todo aquel que quiera trabar conocimiento del mismo: los relatos del premio más importante que se concede por votación entre los aficionados. Aquí se reúnen los relatos ganadores, entre los años 1955 y 1961, presentados individualmente por Isaac Asimov.

Introducción - Isaac Asimov

El actor [Relato] 1955 de Walter M. Miller Jr.

Artefacto [Relato Corto] 1955 de Eric Frank Russell

Equipo de exploración [Relato] 1956 de Murray Leinster

La estrella [Relato Corto] 1956 de Arthur C. Clarke

Todos los mares llenos de ostras [Relato] 1958 de Avram Davidson

El gran patio delantero [Novela Corta] 1959 de Clifford D. Simak

Tren al infierno [Relato Corto] 1959 de Robert Bloch

Flores para Algernon [Relato] 1960 de Daniel Keyes

El viaje más largo [Novela Corta] 1961 de Poul Anderson

Epílogo [Los premios Hugo 1955-1961] 1964 de Isaac Asimov

Lectulandia

Isaac Asimov & Walter M. Miller Jr. & Eric Frank Russell & Murray
Leinster & Arthur C. Clarke & Avram Davidson & Clifford D. Simak
& Robert Bloch & Daniel Keyes & Poul Anderson

Los premios Hugo 1955-1961

Gran Super Ficción - 6

ePub r1.0
Titivillus 14.12.17

Título original: *The Hugo Winners*

Isaac Asimov & Walter M. Miller Jr. & Eric Frank Russell & Murray Leinster & Arthur C. Clarke & Avram Davidson & Clifford D. Simak & Robert Bloch & Daniel Keyes & Poul Anderson, 1986

Traducción: C. Gelabert & Frederic Manuel Hernández

Ilustraciones: Loni Geest & Tone Hoverstad

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A todos los miembros legítimos de
las Convenciones y, en especial, a
Pittsburgh.

Por ayudarme en la preparación de este libro,
agradezco sinceramente los amables servicios
que me prestaron Robert P. Mills y Sam Moskowitz.

Introducción

Por favor, permitan ustedes que presente este libro a mi manera. Con esto quiero decir que empezaré presentándome a mí mismo.

Yo soy Isaac Asimov y soy un veterano.

No se trata, entiéndanlo bien, de que yo sea realmente viejo (ja, ja). Todo lo contrario. De hecho soy bastante joven, con sólo eeeeenta y esssss años, y aún parezco más joven.

Digo que soy un veterano sólo porque empecé a leer ciencia ficción en 1929. Es decir, sólo tres años después de que Hugo Gernsback inaugurara lo que todos los Auténticos Creyentes conocen como la Era de la Ciencia Ficción.

Gernsback era un luxemburgués que llegó a los Estados Unidos en 1904. Fascinado por el nuevo campo de la electrónica, se aventuró en el campo editorial y sacó una revista dedicada a la nueva ciencia. Incapaz de seguir el ritmo lento de los acontecimientos, probó a escribir ciencia ficción con el fin de prever el desarrollo futuro de la electrónica y de la ciencia en general.

Sin embargo, su propia creación no le bastaba, así que en 1926 inicia la publicación de una revista titulada *Amazing Stories*, la primera en el mundo dedicada, exclusivamente, a los relatos de ciencia ficción.

En los años que siguieron, un grupo de notables jovencitos se juntaron alrededor de la revista, y de algunas otras similares (*Wonder Stories*, *Astounding Stories*) que surgieron tras el éxito de *Amazing*. Este grupo lo formaban los primeros fans de la ciencia ficción.

El típico fan de ciencia ficción era un adolescente, o un chico más joven aún, que veneraba la ciencia casi tanto como sus padres veneraban el béisbol. Soñaba con naves cohete y con nuevas maravillas electrónicas igual que los otros soñaban con grandes jugadas de béisbol. Y mientras sus compañeros disparaban vigorosamente a los ladrones de ganado, él desintegraba a los pérfidos monstruos bitentaculares de Ganimedes.

En resumen, entre ellos estaba yo.

Al comienzo, nosotros (yo y ellos) teníamos muy poca compañía en nuestros sueños especializados. Ya pueden imaginarse las risas que provocábamos cuando la gente sensata y práctica descubría que estábamos leyendo demenciales historias acerca de bombas atómicas, televisión, proyectiles dirigidos y cohetes a la Luna. Todo esto, eran evidentes chifladuras que nunca podrían ocurrir, como es natural.

Así que acallábamos nuestras chifladuras y vivíamos cada mes a la espera de los días en que un nuevo ejemplar de nuestras revistas debía aparecer a la venta. Aquellos días rondábamos los quioscos como almas en pena, y cuando por fin la llamativa cubierta de un nuevo ejemplar surgía ante nosotros, difundiendo por el aire una descarga eléctrica, entregábamos nuestro cuarto de dólar y la cogíamos con tembloroso placer. (Es muy fácil duplicar esta sensación cuando uno ya es adulto.

Cualquiera al que se le haya muerto un tío rico dejándole un millón de dólares libres de impuestos conocerá perfectamente esta sensación).

Nuestra felicidad llegaba a cotas más altas cuando efectuábamos el asombroso descubrimiento (como solía ocurrir) de que en alguna parte existía otra persona que se interesaba por la ciencia ficción. Fíjense bien: uno siempre podía saber que en alguna parte, en otras ciudades, había personas así. Después de todo, los fans escribían sin fatiga a las diversas revistas, comentando los relatos, criticando el contenido científico, exigiendo publicaciones semanales, maldiciendo los puntos de vista de los demás..., y la revista imprimía todas las cartas en un tipo microscópico, con joviales comentarios del director.

Pero encontrar otro fan en nuestra propia ciudad, ¡o incluso en nuestro barrio!

Aquello era amor a primera vista. Era la estrecha unión de un interés común no compartido por los filisteos. El siguiente paso era una decidida búsqueda para hallar otros cofrades, y la fundación de un club. En las reuniones semanales se trataban temas del día: ¿Adoptaría *Astounding* los bordes guillotizados? ¿Sería el último serial de E. E. Smith igual que su inmortal *Skylark of Space*?

Los clubs crecieron y se hicieron más activos. Se crearon ligas interciudadanas de esos clubs. Y así, en 1939, se alcanzó el inevitable clímax: la decisión de realizar una Convención Mundial de la Ciencia Ficción.

Se celebró en Nueva York. Doscientos ansiosos adolescentes acudieron a ella, algunos incluso de California. Los directores de revistas que asistieron se asombraron ante aquel ardor y entusiasmo. El huésped de honor fue Frank R. Paul, el ilustrador que había convertido las portadas de las revistas de Gernsback en brillantes sueños de extraña maquinaria y horribles monstruos extraterrestres.

Yo también estaba allí, todo un fan veterano y ahora escritor, con tres relatos publicados en mi haber. Esto hacía de mí una celebridad, lo cual me encantaba. Firmé autógrafos con altivez, suavizada por un leve toque de amable condescendencia.

El éxito de aquella gran reunión fue enorme. Asistimos a la proyección de *Metrópolis*, la antigua película alemana de ciencia ficción. Los fans estrecharon la mano de los directores de revistas y escritores que, para su asombro, no tenían tres metros de alto, sino bastante menos. Escuchamos conferencias sobre ciencia ficción, y podíamos hablar —y hablamos— sobre ciencia ficción y sólo de ciencia ficción con cualquiera que se nos pusiera delante. Por un corto y dorado día vivimos en un pequeño mundo en el que la ciencia ficción era lo único que tenía realmente interés.

Supongo que el cielo debe de ser una pálida imitación de aquel día.

Lo único que había que hacer era repetirlo: en 1940, en Chicago, se celebró la 2ª Convención; en 1941, en Denver, tuvo lugar la 3ª.

Entonces hubo una pausa llamada segunda guerra mundial. Los solitarios adolescentes de los años treinta que al fin se habían encontrado estaban ahora en el ejército, y los pocos que por una u otra razón se habían quedado en casa iniciaron campañas para enviarles revistas de ciencia ficción. (Las fotos de chicas exuberantes

y las cartas de casa no están mal en cierto modo, pero nuestros chicos en las trincheras necesitaban sus propias revistas para mantener la moral).

En 1946, reinstaurada la paz y con la bomba atómica derramando un horrible resplandor de racionalidad sobre nuestra locura, se reiniciaron las Convenciones, que no han dejado de celebrarse desde entonces.

La 4ª Convención se celebró en Los Ángeles, y otras han ido desde tan lejos como Toronto hacia el norte (la 6ª, en 1948), o como Seattle al este (la 9ª, en 1951). La 15ª Convención cruzó el océano y se celebró en Londres. En 1952, al menos un millar de aficionados y profesionales asistieron a la 10ª, que se celebró en Chicago, como la 2ª.

Cada Convención ha sido notable y digna de estimación, pero la de 1955 resulta particularmente memorable por dos motivos.

Se celebró en Cleveland y fue la 13ª Convención. Los fans de la zona de Cleveland se encontraron con la tarea de tener que seleccionar un huésped de honor al que no le importara la mala suerte que suele imputarse al número trece.

Se necesitaba a alguien que fuera particularmente cuerdo y racional; algún caballero conocido por su valor y osadía. Naturalmente también tenía que ser listo, además de orador brillante, y sobre todo tenía que ser terriblemente apuesto.

Todo esto reducía drásticamente el campo de posibilidades. De hecho, tan sólo un candidato cumplía con todos los requisitos, así que acepté con mi habitual gracia y encanto.

Conmigo como Huésped de Honor, la 13ª Convención quedaba predestinada obviamente a la inmortalidad, aunque los fans organizadores no se durmieron sobre los laureles.

Hasta la 13ª Convención, los fans habían otorgado sus votos ocasionalmente a las novelas, novelas cortas, cuentos, dibujantes, revistas de aficionados, etc. Los resultados se anunciaban entre grandes muestras de alegría. En la 11ª Convención (Filadelfia, 1953) se entregaron pequeñas maquetas de una nave espacial a los vencedores; esto, sin embargo, no se repitió, y en la 12ª Convención (San Francisco, 1954) no se otorgaron premios de este tipo.

Pues bien, la 13ª Convención decidió convertir el premio de la nave espacial en permanente. El señor Ben Jason de Cleveland diseñó la nueva estatuilla, clásica en su sencillez, que al instante —extraoficialmente— fue bautizada como el Hugo, en honor del inmortal Gernsback. Para 1958, el nombre ya se había convertido en oficial.

Dejemos que los filisteos tengan sus Oscar y sus Emmy. Nosotros tenemos los Hugo.

Los Hugo se han otorgado en cada Convención desde aquella que marcó una época y que fue la 13ª. Se han entregado reverentemente en siete ocasiones.

Contemplé cómo se entregaban los Hugo de la 13ª Convención sonriendo

suavemente desde mi sitio en el centro de la mesa presidencial. Al año siguiente, en la 14ª Convención (Nueva York, 1956), vi cómo se entregaban otros, de nuevo desde un asiento en la mesa presidencial: un lugar que me había ganado al ser uno de los conferenciantes del acto.

Tanto en la 17ª Convención (Detroit, 1959), como en la 18ª (Pittsburgh, 1960), fui el maestro de ceremonias, y entregué los Hugo con mis propias manos.

Pero cuando se celebró la 19ª Convención (Seattle, 1961), una cierta sospecha irritante se había insinuado en las profundidades de mi corazón. Pensé concienzudamente en ello y comprobé las estadísticas. Finalmente creció y se hizo más firme en mí la convicción de que una situación peculiar, y poco normal, se estaba produciendo en el mundo de la ciencia ficción.

Cuál era esta situación es algo que puedo decir con sencillez. A pesar de que se habían entregado carretadas de Hugos a toda clase de personajillos insignificantes, ninguno de ellos —ni uno— se me había entregado a mí.

Durante meses estuve meditando las posibilidades de una venganza, como habría hecho cualquier muchacho norteamericano con sangre en las venas. Descarté complicadas tramas en las que se barajaban cartas envenenadas, misteriosas e indetectables toxinas sudamericanas, trampas con bombas de plástico, y estaba agotando ya mi imaginación, cuando se presentó la oportunidad perfecta.

Se hizo la sugerencia de que alguien podría recopilar las novelas cortas y cuentos ganadores del Hugo para formar con todos ellos una antología. Al menos un relato, a veces dos, han recibido el premio en cada ocasión en que se entregaron los Hugo, excepto en la 11ª (Filadelfia, 1953) y en la 15ª (Londres, 1957). En total, nueve relatos distintos, vencedores en seis ocasiones distintas. Así, los lectores se encontrarían con una selección excepcional, realizada por el procedimiento de los votos.

La persona capaz de realizar semejante libro debería ser, naturalmente, alguien que no hubiese recibido el Hugo, para que pudiera efectuar su labor con la adecuada imparcialidad. Al mismo tiempo, tendría que ser alguien notable, cuerdo y racional, valiente y osado, listo y brillante y, sobre todo, terriblemente apuesto.

De todo esto se informó al señor Timothy Seldes, de la editorial Doubleday, quien estuvo de acuerdo con todos los requisitos.

De nuevo, las rígidas exigencias para el puesto parecían limitar las posibilidades a un único individuo, y yo acepté con esa encantadora modestia que tan bien me sienta.

Así que aquí tengo mi venganza. Si todos esos niños sabios, que aquí se incluyen como autores, no se hubieran mostrado tan ansiosos por atrapar los Hugo, sino que modestamente se hubieran reservado, como yo hice, podrían haber realizado esta antología.

Espero que hayan aprendido la lección.

De cualquier forma, aquí estoy, y aquí están los ganadores del Hugo.

ISAAC ASIMOV
West Newton, Massachusetts

1955

13ª Convención - Cleveland

El actor

Walter M. Miller, Jr.

Debía haberme encontrado con Walter Miller en la 13ª Convención (Cleveland, 1955), cuando su novela corta El actor proporcionó a su autor un Hugo, pero no fue así. Cuando su nombre fue citado por Anthony Boucher (el maestro de ceremonias en esa ocasión), una representante suya se acercó a recoger el premio. Mi desilusión fue mitigada un poco por el hecho de que su representante era la encantadora Judith Merrill, una de las mejores antologistas de ciencia ficción.

Las cosas fueron distintas en la 14ª Convención (Nueva York, 1956). Walter no recibió ningún Hugo en aquella ocasión, pero estaba allí, y Robert P. Mills, él y yo comimos juntos. Mills era el director de la nueva revista Venture Science Fiction (un excelente intento, que debía haber tenido más suerte de la que tuvo), y Walter y yo intentábamos escribir historias para ella; así que había mucho que discutir.

Con este propósito Mills nos llevó a un maravilloso restaurante francés, pues en tales ocasiones no reparaba en gastos, ya que nunca alargaba un billete. Desplegué mi habitual encanto, mi inteligencia y genialidad e interrumpí mi discurso tan sólo el tiempo necesario para pedir la comida, lo que, naturalmente, hice en un francés con el más elegante acento parisino. Esto, al fin y al cabo, es lo que puede esperarse de alguien que, como yo, habla en su vida cotidiana ese agradable dialecto que sólo puede describirse como del gran Brooklyn.

Ahora imaginen que han pasado cinco años, cinco años durante los cuales Walt y yo no nos hemos vuelto a ver, y ha llegado el momento de escribir a Walt para pedirle permiso para utilizar su relato El Actor.

Al hacerlo, le recordé delicadamente quién era yo. Naturalmente, estaba convencido de que no podía haberme olvidado. Mi única incertidumbre era saber cuál de mis muchos comentarios estimulantes citaría amablemente como evidencia de que aquella comida juntos era una ocasión que recordaría para siempre.

Al responder (dándome el permiso), me dijo: «Naturalmente que me acuerdo de usted. Pidió asadura en un restaurante francés».

A fin de cuentas, ¿qué puede uno esperar del ganador de un Hugo? Sólo para demostrarles la avidez de esa clase de escritores les diré que Walter repitió en la 19ª Convención (Seattle, 1961), sólo que peor: se llevó el premio mayor ganando un

Hugo con su novela Un cántico para Leibowitz.

Afortunadamente, no podemos incluir novelas en esta antología. No querría animar a Walter en este delicado asunto de monopolizar los Hugo.

En el Universal, en la calle Quinta, se representaba *Judas, Judas*, y el reparto era totalmente humano. Ryan Thornier había ahorrado durante varias semanas, y ahora podía permitirse pagar una entrada de tarde. Había sido una carrera contra reloj entre su hucha y los gastos de varios mecenas que mantenían el espectáculo con vida. Pero la hucha había ganado. Podría ver el espectáculo antes de que las carteras se vaciaran y el espectáculo se retirara, como ocurría con ese tipo de espectáculos tras algunas semanas de agonía. Un aura de anticipación lo envolvía. Tras contemplar cada día la deleznable imitación de arte dramático que tenía lugar en el Nuevo Teatro Imperial, donde trabajaba como conserje, la posibilidad de ver otra vez auténtico teatro suponía una bocanada de aire fresco.

El miércoles por la mañana acudió al trabajo una hora antes y realizó su tarea habitual a toda velocidad. Terminó antes de la una, se duchó, se puso su ropa de calle y subió lleno de nerviosismo a pedirle a Imperio D'Uccia fiesta para el resto del día.

D'Uccia se hallaba sentado tras un desvencijado escritorio, de espaldas a una pared tapizada de fotografías de las semidesnudas estrellas de otros tiempos. Escuchó la petición del conserje con una suave sonrisa casi oriental, de aparente simpatía, y luego se irguió en toda su estatura de un metro sesenta, apoyándose con sus gruesas manos en el escritorio mientras fijaba en Thornier unos ojos como cuentas de cristal.

—¿Fiesta? ¿De modo que quiere tener libre el resto del día? Hum...

Meneó la cabeza como asombrado por una petición tan increíble.

El conserje se movió con nerviosismo.

—Sí, señor. Ya he terminado, y Jigger vendrá a sustituirme por si necesitase usted alguna cosa. —Hizo una pausa. D'Uccia se estudiaba las uñas con gran interés—. No le he pedido un día libre desde hace dos años, señor D'Uccia —prosiguió—, y supuse que me lo concedería después de todas las horas extra que he...

—Jigger —le interrumpió D'Uccia, con un gruñido—. ¿Quién es ese tal Jigger?

—Trabaja en la Paramount. Está cerrada por obras, y se ha ofrecido para...

El gerente del teatro gruñó sonoramente y agitó las manos en el aire.

—Oye, yo no le pago a ningún Jigger, ¿sabes?, te pago a ti. Has barrido el suelo, has recogido lo que había por el medio y crees que has terminado, ¿no? Así que quieres el día libre. Eso es lo que va mal en el mundo, precisamente, demasiado tiempo libre. Que trabajen las máquinas. Eso supone más tiempo para crear problemas.

El gerente del teatro salió de detrás de su escritorio y se dirigió a la puerta. Asomó la cabeza y miró a uno y otro lado del corredor. Luego dio la vuelta y apuntó con un corto y grueso dedo a la majestuosa nariz de su empleado.

—¿Cuándo fue la última vez que enceraste el suelo, eh?

A Thornier empezó a temblarle la mandíbula.

—Pero s...

—No intentes enredarme. Mira ese pasillo. Está hecho un asco. ¡Mira! ¡Quiero que mires! —Asió a Thornier del brazo y lo llevó hasta la puerta, donde señaló excitado el viejo y desgastado suelo de roble—. ¡Está ajado y sin brillo! ¿Lo ves? ¿Cuándo vas a encerarlo?

Un estremecimiento recorrió al enjuto viejo. Suspiró con resignación y se volvió para mirar a D'Uccia con sus ojos grises, que reflejaban cansancio.

—¿Entonces qué? ¿Me deja libre la tarde o no? —preguntó sin esperanza, pues sabía cuál iba a ser la respuesta.

Sin embargo, a D'Uccia no le bastaba con una simple negativa. Se puso a pasear por la habitación. Se le veía muy molesto. Habló de la libertad de empresa y de las respetadas tradiciones del teatro. Aludió con elocuencia a las grandes virtudes de la industriosisidad y la dedicación al trabajo. Saltaba de un lado a otro como un pequinés que ladrase furiosamente... a un espantapájaros. Thornier apretó la boca y su cuello se puso rojo.

—¿Puedo irme ya? —preguntó.

Pero D'Uccia no cedía.

—¿Cuándo lavarás el suelo? ¿Cuándo cepillarás los asientos y arreglarás las luces? ¿Cuándo limpiarás los vestuarios?

Miró a su empleado un momento y luego se volvió y corrió hacia la ventana. Metió un dedo en la oscura tierra de una maceta en la que varios lirios empezaban a florecer.

—¡Ajá! —bufó—. ¡Secas, tal como me imaginaba! ¿Acaso piensas que los capullos no necesitan beber?

—Pero si las he regado esta mañana. Eso es el sol que...

—No me vengas con historias... De modo que dejas que mis *fiori* se marchiten y mueran, ¿y aún me pides la tarde libre?

No había nada que hacer. Cuando D'Uccia se revestía de su capa de sordera o estupidez premeditadas, era impenetrable para cualquier petición o explicación honesta. Thornier sorbió aire lentamente entre los dientes, miró irritado a su jefe, y por un momento pareció a punto de estallar. En vez de eso, se mordió el labio, se dio la vuelta y salió sin decir palabra de la oficina. D'Uccia fue tras él con aire triunfal. Desde la puerta le gritó:

—¡No se te ocurra intentar escabullirte!

Luego permaneció sonriente en el pasillo hasta que el conserje desapareció en lo alto de la escalera. Entonces suspiró y fue en busca de su sombrero y su abrigo. Se preparaba para salir cuando Thornier regresó al piso superior llevando cubos, fregonas y trapos.

Al ver a su jefe con el sombrero y el abrigo, el conserje se detuvo, con el rostro

inexpresivo.

—¿Se marcha, señor D’Uccia? —preguntó glacial.

—¡Así es! Dice el médico que trabajo demasiado. Me hace falta sol y aire fresco. Me voy a la playa a relajarme un rato.

Sonriendo burlonamente, Thornier se apoyó en el palo de una fregona.

—Claro —dijo—, que trabajen las máquinas.

Su sarcasmo no afectó a D’Uccia, quien agitó la mano alegremente, se dirigió a la escalera y sin volverse gritó:

—*A rivederci!*

—*A rivederci, padrone* —murmuró muy quedo Thornier, y sus descoloridos ojos centellearon en sus envolturas de patas de gallo.

Durante unos instantes su rostro pareció cambiar... y de nuevo fue el Adolfo de Chaubrec en la salida del Comandante, Acto Segundo, Escena IV, en *Un cántico para el marciano*.

En el piso bajo, una puerta se cerró con estrépito tras D’Uccia.

—¡A la muerte! —siseó Adolfo Thornier, echando atrás la cabeza para imitar las carcajadas de Adolfo.

Su risa retumbó en las paredes. Cuando se apagaron las reverberaciones, se sintió mejor. Tomó sus cubos y fregonas y caminó por el pasillo hasta la puerta de la oficina de su jefe.

Si la obra no lograba sobrevivir todo el fin de semana, no podría verla, ya que no podía permitirse pagar una entrada para la sesión de noche, y estaba claro que no podía obtener ningún favor de D’Uccia. Mientras enceraba el pasillo, la rabia lo quemaba por dentro. Enceró hasta la entrada a la oficina del gerente y se quedó observándola durante unos instantes.

—Estoy harto —dijo al fin.

La oficina permaneció silenciosa. Los lirios de la ventana ondeaban al viento.

—¡Pequeño déspota! —masculló—. ¡No aguanto más!

La oficina mantenía su mutismo. Thornier se irguió y se golpeó en el pecho.

—Yo, Ryan Thornier, me largo, ¿has oído? ¡El espectáculo ha terminado!

Como la oficina se empeñaba en no responder, se dio la vuelta y bajó la escalera. Regresó poco después con una latita de pintura dorada y un par de pinceles del almacén. Volvió a hacer una pausa ante la puerta.

—¿Puedo hacer algo más por usted, señor D’Uccia? —preguntó zalamero.

Desde la calle llegaban los murmullos del tráfico; la brisa agitaba los lirios; el edificio crujía.

—¿Cómo? ¿Quiere que encere también las grietas de la pared? ¿Cómo he podido olvidarlo? ¡Qué estúpido soy!

Chascó la lengua y se dirigió cabeceando a la ventana. Unas flores tan bellas... Abrió la lata de pintura, la depositó en el alféizar y luego pintó con mucho cuidado

cada una de las flores, tallos y hojas, que brillaron al sol como tocados por las manos de Midas. Al terminar se alejó un poco y miró sonriente y admirado su obra. Luego salió para acabar de encerar el pasillo.

Se esmeró especialmente a la entrada de la oficina de D'Uccia. Enceró debajo de la alfombra que cubría una zona muy desgastada del suelo sobre la que el gerente realizaba un cerrado giro a la izquierda hacia su sancta sanctorum cada mañana desde hacía quince años, y a continuación untó de cera la alfombra por su parte inferior. Volvió a ponerla con cuidado en su sitio, y la empujó varias veces con el pie a fin de asegurarse de que la lubricación era la adecuada. La alfombra resbaló como si tuviera debajo un lecho de perdigones.

Thornier sonrió, satisfecho, y se encaminó a la escalera. El mundo le parecía ahora distinto. Incluso el aire tenía un aroma diferente. Se detuvo en el descansillo para contemplarse en el espejo.

¡Ah! De nuevo era el actor veterano. Había dejado de ser el encorvado y demacrado conserje. Se acabaron el cansancio y las molestias de la eterna esclavitud. Pese a sus sienes plateadas y las arrugas que surcaban su rostro, aún subsistía algo del viejo Thornier... o de alguno de los muchos viejos Thornier de los días pasados. ¿Cuál podía ser? ¿Adolfo? ¿Hamlet? ¿Justin, o J. J. Jones, de *El electrocuidador*? Cualquiera de ellos, todos de hecho; porque en los viejos tiempos él era Ryan Thornier, una estrella.

—¿Dónde has estado todo este tiempo, muchacho? —le preguntó a su imagen, sonriendo complacido.

Le guiñó un ojo al espejo y se dispuso a regresar a casa. Al día siguiente, se prometió a sí mismo, comenzaría una nueva vida.

—¿Tú sabes los años que llevas haciendo esa promesa, Thorny? —dijo el hombre de la cabina de control, con un dejo de impaciencia en la voz—. ¿Qué significa eso de que te vas? ¿Acaso se lo has dicho a D'Uccia?

Sonriendo con altivez, Thornier empujó con la escoba un montoncito de polvo que había en un rincón.

—Todavía no, Richard —dijo—, pero el *padrone* no tardará en enterarse.

El técnico refunfuñó con gesto de disgusto.

—La verdad es que te comprendo, Thorny. Mira, si de veras te vas, es estupendo... si no acabas cayendo en otro trabajo como éste.

—¡Eso jamás! —aseguró con vehemencia el viejo actor.

Consultó su reloj. Eran las diez menos cinco. D'Uccia no tardaría en llegar al trabajo. Sonrió para sus adentros.

—Si de veras te vas, ¿qué estás haciendo aquí hoy? —le preguntó irritado Rick Thomas, apartando la vista por un momento del Maestro.

Sus brazos se perdían en las entrañas electrónicas de la máquina, y un pequeño destornillador asomaba detrás de su oreja.

—Si realmente dejas el trabajo —insistió—, ¿por qué no te vas a casa?

—No tienes que preocuparte. Te aseguro que esta vez va en serio.

—Ya, ya... —dijo el técnico, sonriendo divertido—. También iba en serio cuando te fuiste del Bijou, y al cabo de una semana ya estabas trabajando aquí. ¿Qué vas a hacer ahora, Mercutio?

—Acudiré a un representante teatral, amigo mío. Quizá me dé un pequeño papel en alguna obra. —Sonrió bonachonamente—. No te preocupes por mí.

—Pero Thorny, ¿por qué no te entrará en la cabeza que el teatro está muerto? ¡Ya no existe! Ni tampoco el cine ni la televisión... Sólo los cadáveres y el Maestro que tenemos aquí —añadió, dando unas palmadas en la máquina.

—Me refería a que iría a la oficina de empleo a pedir trabajo, miserable herrero de la era mecanicista —explicó pacientemente Thornier—. Era sólo una forma de hablar.

—Ya, ya...

—Me pareció entender que querías que abandonase este trabajo, Richard.

—Por supuesto que sí, pero para hacer algo que valga la pena. Ryan Thornier, la estrella de *Triunfo fácil*, haciéndose el mártir con un cubo de lavar el suelo... Me pones enfermo. Y volverás a hacerlo. No puedes permanecer apartado de los escenarios, aunque lo único que se te permita hacer en ellos sea limpiar las gotas de aceite.

—¡Bah! Tú no puedes entenderlo —le dijo con frialdad.

Rick le miró, sacó los brazos de las entrañas del Maestro y se apoyó en la parte superior de la cabina.

—Quizá tengas razón, Thorny —dijo suavemente—. Eres un actor, y continuamente estás representando papeles, viviéndolos incluso. Supongo que te resulta imposible evitarlo. Sin embargo, me parece que podrías escoger mejor los papeles que representas.

—Es el mundo el que me ha impuesto el papel que represento —entonó Thornier con voz lúgubre.

El técnico se dio una palmada en la frente y luego se pasó la mano muy despacio por el rostro con gesto exasperado.

—¡Tiro la toalla! —Gruñó—. ¡Mírate a ti mismo! El ídolo de la escena manejando una escoba. Hace ocho años tenía sentido. Se trataba de un gesto dramático. Un primer actor ignora las ofertas del autodrama y se busca un empleo de conserje. Fiel a las tradiciones, al gremio... Y todo lo demás. Tu gesto obtuvo cierta resonancia, y quizás ayudó incluso a que el auténtico teatro prolongase un poco más su agónica vida. Pero con el tiempo el público dejó de llorar por ti, y tu gesto se volvió por completo carente de sentido.

Jadeando débilmente, Thornier le dirigió una resentida mirada.

—Me gustaría saber qué harías tú si se pusieran a fabricar una cajita negra que pudiese ser colocada ahí arriba, en la pared —y al decir esto señaló a un punto

situado por encima de la voluminosa carcasa del Maestro—, y que pudiese hacer el mantenimiento, las reparaciones..., todo lo que tú le haces a ese monstruo. Supón que ya no hicieran falta los técnicos electrónicos.

Rick Thomas se quedó pensativo unos instantes y luego dijo con una sonrisa:

—Bueno, supongo que buscaría empleo como constructor de cajitas negras.

—¡Eso no tiene ninguna gracia, Richard!

—Tampoco lo pretendía.

—¡Bah! Tú no eres un artista.

Lleno de ira, Thornier barrió furiosamente el suelo de la cabina.

Allá abajo, lejos de la cabina situada por encima del escenario, una puerta se cerró con estrépito. Thornier dejó la escoba en un rincón y se asomó a la ventana para mirar. Por el pasillo central llegaba ruido de pasos.

—Vaya, ya está aquí el jefe —murmuró Rick, consultando su reloj—. O bien ese reloj adelanta dos minutos, o esta mañana le tocaba tomar un baño.

Thornier, sonriente, siguió con la mirada la figura del gerente del teatro por el pasillo central. Cuando D'Uccia desapareció bajo la galería del fondo, volvió a su tarea.

—¿Por qué no buscas trabajo como vendedor, Thorny? —inquirió Rick mientras seguía con su tarea—. Un buen vendedor viene a ser como un actor, salvo por el temperamento. Si lo piensas bien, hay muchos puestos para buenos actores: políticos, altos ejecutivos, hasta generales... De hecho, algunos de ellos no parecen tener otras dotes que el talento dramático. La historia da suficientes pruebas de ello.

Thornier observó a Rick hacer ajustes en el Maestro y agitó despacio la cabeza.

—No sigas —dijo al fin—. Tranquiliza tu conciencia, Richard.

El técnico dejó caer su destornillador asombrado, y lo miró sin comprender.

—¿Mi conciencia? ¿Por qué iba a estar intranquila mi conciencia?

—No disimules. Ésa es la causa de que te preocupes continuamente por mí. Al fin y al cabo, tú no tienes la culpa de que tu... profesión haya corrompido un gran arte.

Rick le miró boquiabierto unos instantes.

—Pero ¿acaso crees que yo...?

No pudo seguir. Estaba rojo de ira. Miró al viejo y empezó a maldecir entre dientes.

De pronto, Thornier se llevó un dedo a los labios pidiendo silencio. Su mirada buscó la parte trasera del teatro.

—No es más que D'Uccia subiendo la escalera —dijo Rick—. ¿Qué...?

—¡Chissst!

Prestaron atención. El conserje sonreía enigmáticamente. Instantes después se oyó un débil chillido, y luego un estruendoso ¡brrrrooommm! que hizo trepidar las ventanas.

Rick lo miró con el ceño fruncido.

—¿Qué diablos...? —empezó.

—¡Chissst! —repitió Thornier.

Al terrible golpe siguieron unos débiles murmullos blasfemos.

—Oye, ése es D'Uccia —dijo Rick—. ¿Qué puede haber pasado?

Las débiles blasfemias se convirtieron de pronto en un atronador torrente de maldiciones procedente de alguna parte detrás de las galerías.

—¡Caray! —exclamó Rick—. Debe de haberse lastimado de veras.

—¡Qué va! Lo que pasa es que ha encontrado mi dimisión, eso es todo. Ya te he dicho que me largaba.

El bramido se hizo más y más potente, y fue acompañado por unos pesados pasos por los alfombrados escalones.

—No es posible que esté tan furioso porque te vayas —dijo Rick, atónito.

El gerente apareció al final del pasillo. Se detuvo con las piernas abiertas, sujetándose la base de la espina dorsal con una mano, mientras en la otra agitaba furiosamente un lirio dorado.

—¡Pintalirios! —bramó—. ¡Equibadurnador de plantas! ¡Sal de ahí, maldito estúpido!

Con calma, Thornier asomó la cabeza por la ventana de la cabina de control, y se quedó mirando al furioso gerente con las cejas arqueadas.

—¿Me llamaba, señor D'Uccia? —preguntó.

D'Uccia tuvo que inspirar dos o tres veces antes de recuperar las fuerzas suficientes para poder gritar de nuevo.

—¡Thornier! —aulló.

—¿Sí, señor?

—Se ha terminado, ¿me oyes?

—¿Qué se ha terminado, jefe?

—Es el fin. Haré que me instalen una máquina limpiadora. De aquí a dos semanas recibirás la notificación de despido.

—Dile que no quieres ninguna notificación —le susurró desde muy cerca Rick—. Abandónalo a su suerte.

—Muy bien, señor D'Uccia —acordó Thornier sin inmutarse.

D'Uccia estaba rabioso, ansioso de abalanzarse sobre el conserje. Agitó impotente el lirio y finalmente lo arrojó al suelo con una maldición y se alejó cojeando penosamente.

—¡Caray! —exclamó Rick—. ¿Qué diablos hiciste?

Thornier se lo contó con amargura. El técnico meneó la cabeza.

—No te echará a la calle. Seguro que cambia de idea. Hoy en día resulta muy difícil encontrar a alguien que quiera realizar trabajos como el tuyo.

—Bueno, ya has oído lo que ha dicho. Hará que le instalen una máquina limpiadora automática.

—¡No digas bobadas! Es demasiado avaro para gastar tanto dinero. Además, a

una máquina no podría tener la satisfacción de chillarle.

Thornier lo miró fijamente.

—¿Por qué no?

—Pues... —Rick calló un momento—. ¡Caray, tienes razón! Claro que puede. Un día vino aquí y le armó una bronca al Maestro. Le gritó, le golpeó, le dio puntapiés..., como quien intenta recuperar una moneda que se ha tragado un teléfono público. Y encima se fue la mar de satisfecho.

—No me extraña... —murmuró cabizbajo Thornier—. Las personas son como máquinas para D'Uccia. y en consecuencia trata a ambas del mismo modo.

—Entonces, Thorny, ¿qué vas a hacer? ¿Quedarte esas dos semanas por aquí?

—Bueno, eso me concederá tiempo para encontrar un empleo.

Rick rezongó entre dientes y volvió a ocuparse de la máquina.

Retiró el panel frontal superior y lo dejó a un lado. De una lata que tenía en el suelo sacó un rollo de cinta plástica de grabación de unos treinta centímetros de ancho. Lo pasó por un eje que había en el interior del Maestro y comenzó a introducir el extremo de la cinta por una complicada estructura de rodillos y guías. La cinta parecía apolillada, pues estaba recorrida por miles de diminutas perforaciones y muescas ondulantes. El conserje siguió el proceso con fría hostilidad.

—¿Es ésa la grabación del guión de *El anarquista*? —preguntó con rigidez.

—Sí, y acaba de salir de fábrica. Tengo que manejarla con mucho cuidado, porque aún tiene restos a causa del proceso de grabación.

Paró momentáneamente el mecanismo de alimentación, pasó una aguja por una de las perforaciones, sopló y luego siguió introduciendo la cinta.

—¿Y qué ocurre si se hace una muesca o un araño en la cinta? —preguntó Thornier con curiosidad—. ¿El actor se queda colapsado en el escenario?

—Qué va, de hecho ocurre a menudo. Una muesca o un agujero provocan que un actor se pierda en el diálogo o incluso que tropiece. Pero el Maestro capta el error y lo compensa. Al Maestro le llega realimentación continua desde el escenario, dirige constantemente el espectáculo. Además, puede realizar muchas compensaciones.

—Tenía entendido que todo el espectáculo salía de esa cinta.

—Y así es en cierto modo —dijo el técnico, sonriendo—; sin embargo, constituye algo más que un espectáculo de marionetas grabado, Thorny. El Maestro controla el escenario... Bueno, en realidad él mismo es el escenario, un análogo electrónico del mismo. —Pasó la mano sobre la estructura—. Todas las pautas de personalidad de los autores están memorizadas en el Maestro. No es meramente un control remoto, como piensa la mayoría de la gente. Se trata de una máquina que dirige de manera creativa. Tiene incluso dispositivos captadores entre el público para medir las reacciones, y de ese modo...

De pronto se detuvo, y miró el rostro del viejo actor. Nervioso, tragó saliva y dijo:

—Thorny, no me mires así, por favor. Lo siento, coge un cigarrillo.

Thornier tendió unos dedos temblorosos hacia el cigarrillo. Con los ojos entornados observó los brillantes circuitos y siguió los movimientos de la cinta al penetrar lentamente entre los rodillos de tracción, desapareciendo en las entrañas del Maestro.

—¡Arte! —masculló—. ¡Teatro! ¿En qué te licenciaste, Richard? ¿En ingeniería dramática?

Con un estremecimiento salió de la sala. Rick oyó su furioso taconeo al descender por la escalera de hierro que llevaba al escenario. Meneó apesadumbrado la cabeza, se alzó de hombros y de nuevo se puso a inspeccionar la cinta en busca de posibles rebabas en los cortes.

Minutos después Thornier volvió con un cubo y una fregona. Parecía arrepentido.

—Perdóname, Richard —masculló—. Ya sé que tú sólo tratas de ganarte la vida...

—No importa —lo atajó Rick con un gruñido.

—Verás..., la culpa es de esta obra en concreto. Me molesta.

—¿Quieres decir *El anarquista*? ¿Por qué, Thorny? ¿Acaso la representaste alguna vez?

—No exactamente. De hecho, no ha sido puesta en escena desde los años noventa. Pero... casi fue revivida hace diez años. La ensayamos durante semanas. Sin embargo, el espectáculo se hundió antes de la noche del estreno. Por falta de dinero.

—¿Tenías un papel importante?

—El de Andreyev —repuso Thornier, sonriendo débilmente.

El técnico lanzó un silbido.

—Caray, el protagonista. Qué mala suerte... —Levantó un pie para que Thornier pudiera fregar debajo—. Imagino que tendrías una gran decepción.

—Eso es lo de menos. Lo que ocurre es que... durante los ensayos de *El anarquista* fue la última ocasión en que Mela y yo estuvimos juntos sobre un escenario. Eso es todo.

—¿Mela? —exclamó Rick, con el ceño fruncido—. ¿Mela Stone?

El viejo actor asintió con la cabeza.

Rick tomó un ejemplar del guión no codificado y lo agitó ante sus ojos.

—¡Pero si ella sale en esta versión, Thorny! ¿No lo sabías? En el papel de Marka.

Thornier rió brevemente, con amargura.

Las mejillas de Rick enrojecieron.

—Bueno, quiero decir que actúa su maniquí.

Thornier miró con desprecio al Maestro.

—Lo que quieres decir es que tu Svengali mecánico actúa mediante sus zombies en todos los papeles.

—Oh, ya vale, Thorny. Si quieres, enfádate con el mundo, pero no me culpes a mí por los gustos del público. Además, yo no inventé el autodrama.

—No estoy culpando a nadie. Es sólo que detesto a ese..., ese...

Golpeó con la fregona mojada la base del Maestro.

—Bah, eres igual que D’Uccia —refunfuñó Rick—, salvo que el jefe lo adora cuando funciona bien. No es más que una máquina, Thorny. ¿Por qué odiarla?

—No me hace falta ninguna razón para ello —dijo malhumorado—. Tampoco soporto los taxis aéreos. Es cuestión de gusto, eso es todo.

—Está bien, pero al público le gusta el autodrama, tanto si se da por televisión o en estéreo como en el escenario. Y obtienen lo que desean.

—¿Por qué?

—Bueno, el autodrama es portátil, predecible y fácil de copiar. Y además flexible. Puedes representar *Macbeth* esta noche, *El anarquista* mañana por la noche y *El rey de la luna* al día siguiente, en el mismo teatro. Los artistas temperamentales no plantean problemas. Ni tampoco los sindicatos. Uno alquila Smithfield, los decorados, los maniqués y las cintas. Un teatro empaquetado producido en masa. Y además en Cook Creek, Georgia.

—¡Bah! —exclamó Thornier, con desdén.

Rick terminó de introducir la cinta, volvió a colocar el panel en su lugar y abrió uno contiguo. Quitó el precinto a una caja de cartón y depositó sobre la mesa un montón de cintas grabadoras más pequeñas.

—¿Son ésas las almas que vendieron a Smithfield? —quiso saber Thornier, sonriendo enigmáticamente.

Rick echó atrás el taburete y estalló:

—¡Bien sabes lo que son!

Thornier asintió en silencio y avanzó para mirarlas más de cerca, como fascinado. Cogió una de ellas y suspiró.

—¡Si dices «Ah, pobre Yorick» te hago salir a patadas! —amenazó Rick.

Suspirando de nuevo, Thornier la devolvió al montón y se limpió la mano en el mono. Personalidades de actores empaquetadas, grabadas en cintas. Actores antaño reales y cuyos papeles eran interpretados ahora por muñecos creados a su imagen y semejanza. Las cintas contenían complejos datos psicofisiológicos obtenidos tras meses de pruebas psíquicas y somáticas, realizadas después de que los actores originales hubiesen firmado sus contratos con Smithfield. Numerosos datos para alimentar las matrices de personalidad del Maestro. Abstracciones obtenidas a partir de la psique humana, encarnadas en vidrio, cobre y cromo. Las almas que habían alquilado a Smithfield basándose en los *royalties*, junto con los análogos de su carne y su sangre materializados en los muñecos.

El técnico colocó una de las cintas de actor en su eje, y comenzó a introducirla en el Maestro.

—¿Qué pasaría si olvidases meter un ingrediente vital, como la grabación de Mela Stone, por ejemplo? —inquirió Thornier.

—La muñeca desempeñaría su papel como un zombie, eso es todo —explicó Rick—. Sin vida, sin inflexiones en la voz, con el rostro inexpresivo... Como un robot.

—Bueno, al fin y al cabo son robots.

—No exactamente. Son marionetas mecánicas accionadas por el Maestro, pero con vida. En cierta ocasión representamos *Hamlet* sin las grabaciones de los actores. Todos los personajes hablaban como robots, sin ninguna expresión. Fue muy divertido.

—Ja, ja —dijo Thornier, enfurruñado.

El técnico repitió el proceso anterior con otra cinta grabadora y dijo a su compañero:

—Éste es Andreyev, Thornier, interpretado por Peltier.

De pronto soltó una maldición, detuvo el proceso y examinó la cinta con ansiedad. Luego inspeccionó con una lupa el mecanismo.

—¿Qué ocurre? —preguntó el conserje.

—La toma de arranque está muy desgastada. Resulta difícil conseguir que mantenga un espaciado adecuado. Me preocupa que pueda trabarse y destruir la grabación.

—¿No hay copias de las cintas?

—Sí. Un juego extra. Pero la obra se estrena esta noche.

Miró otra vez con desconfianza la guía de entrada, y luego volvió a conectar el mecanismo de alimentación. Estaba colocando de nuevo el panel cuando se oyó como el mecanismo se atascaba. Desde el interior llegó el ruido de algo que se iba desgarrando. Blasfemando con furia, paró el motor y de un golpe retiró el panel. Le mostró al conserje un trozo de la cinta hecho jirones y luego lo lanzó irritado al otro extremo de la habitación.

—¡Fuera de aquí! —bramó—. ¡Me traes mala suerte!

—No hasta que acabe de fregar el suelo.

—Thorny, ¿quieres decirle a D'Uccia que venga, por favor? Habrá que conseguir que nos envíen una nueva toma antes de esta tarde. Estamos en un buen lío.

—¿Por qué no contratar a un sustituto humano? —preguntó maliciosamente, para añadir en tono teatral—: Oh, qué estúpido soy. Eso supondría una perversión de tu arte, ¿no? Así pues, ¿voy a buscar a D'Uccia?

El técnico le lanzó la bobina de Peltier. Thornier la esquivó riendo y fue en busca del gerente. Se detuvo en mitad de la escalera de hierro y recorrió con la mirada el amplio escenario que quedaba oculto tras el telón. Entre bastidores brillaban las luces, y el suelo, de un verde grisáceo, se veía limpio y con un débil resplandor, procedente de su trama de tiras de cobre incrustadas siguiendo el dibujo de un tablero de ajedrez. Dichas tiras se electrificaban durante la función, y alimentaban las reservas de energía de los maniqués. Éstos disponían de discos metálicos en las suelas y rectificadores en los empeines. En el momento en que las baterías comenzaban a descargarse, el Maestro hacía que el pie del actor se moviera unos centímetros hasta hacer contacto con los electrodos incrustados en el suelo, a fin de

recargar las baterías durante la función, pues los actores se moverían de un modo errático y su voz apenas resultaría audible unos doce minutos después de empezar a funcionar con tan sólo sus propias reservas.

Thornier contemplaba abstraído el escenario, sobre el que ningún ser humano ponía los pies durante las noches de representación, cuando vio al gato siamés de D'Uccia sentado en el centro del mismo, lamiéndose. El gato le miró con altivez, pareció sorberse la nariz con desprecio y a continuación se puso a lamerse de nuevo. El conserje lo miró un momento y luego gritó hacia la cabina:

—¿Puedes energizar el suelo un momento, Rick?

—¿Para qué? —Gruñó éste, distraído.

—Es que quiero comprobar una cosa.

—Está bien, pero luego irás a buscar a D'Uccia, ¿eh?

Thornier oyó a Rick bajar una palanca. La serena altivez del gato se quebró. Maulló estridentemente, corrió y dio volteretas rodeado de una débil lluvia de chispas. El gato realizó una vuelta Immelmann por encima de las candilejas, cayó con un terrible golpe en el foso de la orquesta y luego se dirigió a toda velocidad por el pasillo, con el pelo erizado, a refugiarse bajo el escritorio de Imperio.

—Pero ¿qué demonios...? —preguntó el técnico, asomando la cabeza por la puerta de la cabina.

—Ya puedes desconectarlo —dijo el conserje—. D'Uccia no tardará nada en presentarse.

—¡Sí, echando chispas!

Thornier se dispuso a concluir sus tareas de limpieza. Una desagradable sensación comenzaba a abrirse paso en su ánimo. Pronto se iría... y dejaría su última conexión con los escenarios, aunque fuese en su humilde papel. De pronto tuvo conciencia de lo impotente que se sentía. Indefenso. Lo suficientemente indefenso como para llevar a cabo ridículas venganzas contra D'Uccia, como pintar de oro sus flores o torturar a su gato, porque lo cierto era que no había ningún enemigo al que pudiera enfrentarse.

Desechó con rabia esa idea. Él era Ryan Thornier, la estrella, y nunca estaba indefenso, a menos que él lo quisiera así. «Antes de irme les haré saber de una vez por todas quién SOY» —se dijo—. «Les haré recordar, y jamás volverán a olvidarlo».

No obstante, en su fuero interno era consciente de que esa línea de pensamiento, la que le llevaba a desear actuar en un último gran papel, en una última interpretación maestra, no era conveniente. «Thorny si alguna vez actuases en un último papel maestro» —le había dicho cierta vez Rick—, «¿te quedaría algún motivo para vivir?». Rick lo había dicho con cinismo, en son de broma, pero él sabía que era cierto. Y así la deliciosa fantasía tenía al mismo tiempo algo de alarmante.

La elegante productora, una mujer menuda con sombrero de plumas blancas, conversaba con una cuidada voz, en la que destacaban las claras vocales y una precisa dicción, con el Dramaturgo del Momento, cuya mirada traslucía una reverente

admiración hacia la mujer, que en ese momento estaba diciendo:

—Debes comprender que la esencia del autodrama es el más crudo realismo. No olvides nunca, Bernie, que mostrar consideración hacia los actores resulta anticuado. No tienes más que estudiar los dramas de la antigua Roma. Si en una obra tenía lugar una crucifixión, compraban un esclavo para representar ese papel y lo crucificaban de verdad en el escenario.

El Dramaturgo del Momento lanzó una obligada risita en torno a su larga boquilla y comentó:

—Supongo que ése fue el origen de la frase: «Es una obra soberbia, pero un infierno para los actores». Tendré que escribir de nuevo la escena del asesinato en mi obra *El despertar de George*. Creo que esta vez utilizaré un hacha.

—¡Oh, vamos, Bernie, los maniqués no sangran!

Ambos rieron con ganas.

—Y además, son muy caros —añadió la mujer—. Lo cierto es que no se trata de un infierno para los actores, sino para el presupuesto.

—Imagino que a los romanos se les planteaba el mismo problema. Lo tendré presente.

Mientras salía del fondo del escenario y lo atravesaba en dirección del pasillo central, Thornier vio a la productora y al Dramaturgo del Momento, recostados en sus butacas, y con un enjambre de personal de producción y técnicos revoloteando en torno a ellos. El momento del primer pase estaba próximo.

Cuando lo vio moviéndose despacio entre la gente, la menuda mujer saludó con la mano a Thornier y se volvió de nuevo hacia el autor.

—Bernie, pórtate bien y ve a buscarme un trago, ¿quieres? Tengo la garganta seca.

—Desde luego. ¿Lo quieres con alcohol o sin?

—Con. Un *whisky* escocés en un vaso de papel, por favor. Aquí al lado tienes un bar.

Con un ademán que era casi una reverencia el autor asintió y luego se alejó a lo largo del pasillo. Cuando el conserje pasó por su lado, la mujer lo asió por la manga.

—¿Pretendes ignorarme, Thorny?

—Ah, hola, señorita Feme —dijo él educadamente.

La mujer se aproximó a él y susurró:

—Si vuelves a llamarme «señorita Feme» juro que te arañó.

Las claras vocales brillaban ahora por su ausencia.

—Como tú quieras, Jade, pero...

Paseó la mirada en torno con nerviosismo. Los técnicos zumbaban a su alrededor. Desde los bastidores, Ian Fera, el otro productor, les observaba con curiosidad.

—¿Cómo te van las cosas, Thorny? Hace tanto tiempo que no nos vemos... —se lamentó la mujer.

Thornier se alzó de hombros e hizo un gesto ambiguo con el palo de la escoba.

Jade Feme le miró fijamente y arqueó las cejas.

—¿Por qué tienes esa expresión desesperada, Thorny? —quiso saber—. ¿Estás molesto conmigo?

Él negó con la cabeza.

—Es a causa de esta obra, Jade..., *El anarquista*. Verás...

Se interrumpió y miró con desamparo hacia el escenario.

Jade recordó de pronto y lanzó un suspiro solidario.

—Estuvieron a punto de representarla hace diez años... y tú ibas a hacer el papel de Andreyev. Lo siento Thorny, lo había olvidado.

—No importa —le dijo él, con estudiada expresión de mártir.

—Nos veremos cuando acabe el ensayo, Thorny —prometió Jade, dándole una palmadita en el brazo—. Beberemos algo y podremos charlar de los viejos tiempos.

Él volvió a mirar en torno y negó con la cabeza.

—No es posible, Jade. A tus nuevos amigos no les gustaría.

—¿Te refieres al equipo? Bobadas. No son esnobs.

—Es posible, pero necesitan tu atención. Ahora mismo Feria está intentando que lo mires. No vale la pena hacer que se enfaden.

—Como quieras, pero cuando acabe el ensayo me escabulliré y te veré en el almacén de maniqués.

—Si ése es tu deseo...

—Lo es, Thorny. Ha pasado tanto tiempo...

El autor volvió entonces con el vaso de *whisky* y miró con hostilidad a Thornier.

—Eres un cielo, Bernie —entonó ella, otra vez con claras vocales; después se volvió a Thornier—: Thorny, ¿puedes hacerme un favor? Hace un rato que intento ver a D'Uccia, pero está por ahí, ocupado con un vendedor de servomecanismos. Es preciso que alguien vaya a buscar un maniquí al depósito. Han traído el envío, pero el estúpido del camionero se ha dejado olvidado un maniquí, y nos hace falta para el ensayo. ¿Serías tan amable...?

—Por supuesto, señorita Feme. ¿He de llevar una orden escrita?

—No, basta con que firmes el albarán de entrega. De paso mira si han enviado la pieza de repuesto para el Maestro. Ah, otra cosa más, Thorny: el Maestro ha destrozado la cinta de Peltier. Tenemos una copia pero, por si acaso, no estaría de más conseguir otra.

—Muy bien, veré si tienen alguna en reserva —musitó, y se dio la vuelta para irse.

D'Uccia se hallaba en el vestíbulo en compañía del vendedor cuando Thornier pasó por su lado. El gerente lo vio y tuvo un estremecimiento de placer.

—... con algunas características específicas, desde luego —decía en aquel momento el vendedor—. Se trata de un viejo edificio, que no fue pensado en principio para los sistemas de autoconserje, como los edificios actuales. Sin embargo, haremos un estudio de la instalación apropiada para este lugar, señor D'Uccia. Nos

gusta hacer bien nuestro trabajo, y una unidad empaquetada no sería adecuada.

—De acuerdo, pero me dirá el precio, ¿verdad?

—No se preocupe. Mañana le enviaré un presupuesto. Haré que pase un especialista esta tarde para que realice un estudio del lugar, y esta noche le hará un esquema.

—¿Pero qué hay de la demostración? Dijo que me enseñaría cómo funciona una máquina limpiadora...

El hombre dudó, echando una ojeada al conserje, que aguardaba cerca de ellos.

—El caso es que el robot de limpieza de suelos constituye apenas una pequeña parte del servicio completo, y... Mire, le diré lo que vamos a hacer. Si le parece, esta tarde puedo traerle un equipo y así podrá ver cómo funciona.

—Fantástico. Pues tráigalo, y ya veremos.

Se dieron un apretón de manos. Thornier aguardaba ajeno a la escena, observando con altiva mirada un insecto que recorría las hojas de una palmera plantada en una maceta. Aguardaba el momento apropiado para pedirle a su jefe las llaves del camión. Percibió la mirada de triunfo del gerente del teatro, pero no dio señales de haber oído nada.

—Estamos cualificados para solucionarle su problema, señor D'Uccia. Para poner fin a sus preocupaciones, lo que según dicen, también pondrá fin a las facturas del médico. Los hombres que ocupan una posición como la suya son continuamente molestados por la ineficacia humana, la ineficacia de sus subalternos. Y eso no volverá a preocuparle en cuanto haya instalado un sistema de autoconserje en el edificio. ¡No señor! ¡Nunca más!

—Bueno, pues, muchas gracias por su amabilidad.

—Gracias a usted, señor D'Uccia. Hasta esta tarde.

Y el vendedor se encaminó hacia la calle.

—¿Y bien? —rezongó D'Uccia, mirando al conserje.

—¿Puede darme las llaves del camión? La señorita Feme me ha pedido que le traiga una cosa del depósito.

D'Uccia se las lanzó.

—¿Has oído lo que ha dicho el vendedor? Conque... que trabajen las máquinas, ¿eh? ¿No estabas siempre pidiendo el día libre? Bueno, pues muy pronto los tendrás todos libres. ¿Qué tal te suena eso, *ragazzo*?

Thornier se volvió con rapidez para no dejar traslucir su acceso de furia.

—Regresaré de aquí a una hora —masculló.

Y se dispuso a hacer lo que se le había pedido, con la mandíbula tensa por el rencor. ¿Por qué esperar todavía dos humillantes semanas? ¿Por qué no largarse sin más? Que trabajase D'Uccia hasta que le instalasen el sistema automático. Poco importaba la posible reacción de D'Uccia, puesto que nunca podría obtener otro trabajo relacionado con el teatro.

«Ahora mismo me largo», pensó, y de inmediato tuvo la certeza de que no lo haría. Le resultaba difícil explicárselo incluso a sí mismo, pero lo cierto era que al pensar en el momento en que por fin se vería libre para ir en busca de un trabajo decente con el que vivir desahogadamente, sentía una gran ansiedad.

Su puesto de conserje sólo le proporcionaba el dinero suficiente para vivir en una pequeña habitación de un tercer piso, en la que guisaba sus frugales comidas y redactaba las memorias de los viejos tiempos. Pero al menos ese modesto puesto le había permitido mantenerse cerca de los últimos restos de algo que amaba.

«Teatro» lo llamaban. No «el teatro», como era para la víctima del revendedor, para el ama de casa que asistía a la función de tarde o para el pasmado campesino, sino tan sólo «teatro». No se trataba de un lugar, de un trabajo, ni siquiera del nombre de un arte. «Teatro» era una especial condición del corazón y el espíritu humanos. Jade Feme era teatro. Y también Ian Fera. Y la pobre Mela, antes de su contrato con Smithfield. Algunos participaban de esa condición, otros no. En los viejos tiempos, los que no la tenían no tardaban en abandonar. Pero quienes la tenían se mantenían todavía en el mundo del espectáculo, incluso después de que el teatro hubiese sido absorbido por el cambio tecnológico. Y se empeñaban en seguir cerca. Algunos de ellos, como Jade, Ian y Mela, adaptándose al cambio, sacando partido de la prostitución del escenario, y criando úlceras y sentimientos de culpabilidad. Pese a ello, eran teatro, y precisamente porque lo eran, él, Thornier, se empeñaba en seguir cerca, fregando el suelo que pisaban, y sintiendo de algún modo que todavía formaba parte de ello.

Pero ahora iba a abandonar. Y sentía la vieja amargura quemarle por dentro de nuevo. La amargura, que había sido crónica y pasiva, amenazaba ahora con convertirse en activa y aguda.

Si al menos pudiera ofrecerles una última representación... Un último papel magistral...

Pero ese pensamiento desembocaba en sus fantasiosos planes de venganza, sobre los que pensaba a menudo mientras deambulaba por el vacío teatro. Ahora bien, la venganza no era buena. Y sus planes no pasaban de ser meras ensoñaciones. Y no obstante... jamás se presentaría otra oportunidad.

Con las mandíbulas apretadas, puso en marcha el camión y lo condujo hasta el depósito de Smithfield.

Cuando Thornier entró en el almacén, el mozo había apartado ya la caja con el maniquí y estaba esperándole. La apartó de la pared con ayuda de una carretilla y el conserje le ayudó a subir la caja, del tamaño de un ataúd, al mostrador.

—No la suba todavía al camión —dijo el mozo, sin sacarse de la boca la gruesa colilla de un puro—. El muñeco no es nuevo, y tiene que firmarme un papel.

—¿Qué clase de papel?

—Uno en que se haga responsable si se produce un fallo de funcionamiento. Si el

maniquí se estropea durante la representación, no tienen derecho a reclamar a Smithfield. Es lo que suele hacerse cuando se alquila un muñeco usado.

—Entonces, ¿por qué no han enviado uno nuevo?

—Este modelo ha dejado de fabricarse por el momento. Si lo quiere, ha de llevarse uno usado, y por lo tanto firmar el impreso.

—Suponga que no firmo...

—Entonces se queda sin muñeco.

—Vaya.

Se quedó pensativo unos instantes. Estaba claro que el mozo creía que él formaba parte del personal de producción. Su firma no tenía valor alguno, pero el tiempo pasaba, y Jade necesitaba el maniquí. Se dijo que de todos modos el impreso no sería válido y decidió firmarlo.

—Aguarde —dijo el mozo cuando él tendió la mano—. Más vale que lo mire antes de firmar.

Con ayuda de una palanca rompió el precinto metálico, que emitió un seco chasquido.

—Ha sido reparado —prosiguió el mozo—. Se le ha inyectado nuevo fluido solenoide y se ha hecho un nuevo trabajo de maquillaje. Está en buen estado. Sólo tiene algunas zonas gastadas en el relleno, y le falta un dedo de un pie. Pero, con todo, es mejor que lo examine.

Terminó de desprecintar la caja y se volvió hacia un tablero de control que había en la pared.

—Aquí no disponemos de un Maestro completo —dijo mientras apretaba un conmutador—, pero sí tenemos los transmisores de control y algunas secuencias grabadas. Suficiente para probar un maniquí.

Procedente de detrás del panel llegó el zumbido de mecanismos que se ponían en marcha. Thornier aguardaba con impaciencia mientras seguía los movimientos del mozo, que ajustaba unos controles.

—Vamos a ver... —murmuró el mozo—. Empecemos por la secuencia de Frankenstein.

A continuación accionó otro conmutador. De la caja similar a un ataúd brotó un débil ronroneo. Thornier la miró inquieto. La tapa se movió y empezó a levantarse... Unas manos de mujer asomaron por el borde y empujaron la tapa. El sonido ronroneante aumentó de volumen. La tapa cayó a un lado y quedó colgando de las bisagras metálicas.

La mujer se incorporó y miró sonriendo al conserje.

Thornier se quedó lívido.

—¡Mela! —exclamó.

—¿Verdad que es escalofriante? —dijo el mozo riendo—. Vamos ahora con la escena picante...

—No...

Al accionar el mozo un nuevo conmutador, la muñeca se levantó despacio, castamente desnuda, igual que un maniquí de escaparate. Sin dejar de sonreír a Thornier, movió las caderas de manera provocativa.

—¡Párelo! —gimió él con voz ronca.

—Pero ¿qué le ocurre, amigo?

El conserje oyó el chasquido de otro interruptor. La muñeca se estiró con movimientos felinos y dio un bostezo. Volvió a tenderse en la caja, cerró los ojos y cruzó suavemente los brazos sobre el pecho. El sonido ronroneante cesó.

—¿Qué le ha pasado? —quiso saber el mozo, mientras volvía a colocar en su sitio la tapa de la caja—. ¿Se siente indispuerto?

—Verá, es que la... conocí —dijo con voz agónica Ryan Thornier—. Solíamos trabajar...

Se calló y con un gesto irritado asió la caja.

—Aguarde, le ayudaré.

Pero la ira había incrementado su fuerza. Depositó sin ayuda la caja en la plataforma de carga y la introdujo en la parte trasera del camión. Después regresó para firmar el albarán y el otro impreso.

—Tiene usted muy poco aguante, amigo —le dijo el mozo—. Debería ir por la vida más relajado. Tómesele con calma.

Mientras conducía el camión por entre el río del tráfico, Thornier no dejaba de maldecir en voz baja. Quizá Jade encontrara muy divertido enviarle a recoger el maniquí de Mela, ya que sabía lo que había habido entre ellos... Thornier y Stone..., una pareja que constantemente había atraído la atención de los periodistas chismosos en el pasado. Rumores de noviazgo, de boda secreta, de peleas y reconciliaciones..., y algunos eran casi ciertos. Tal vez a Jade le pareciera una divertida broma el enviarle a recoger el maniquí...

Pero su furia se volatilizó mientras conducía por el bulevar. Seguro que a Jade no se le había ocurrido siquiera. Lo más probable era que tratase de olvidar los viejos tiempos.

Una gran pesadumbre le embargó, desplazando a la ira. Todavía sentía escalofríos al recordar la horrible sensación de verla sentarse como un cadáver vuelto a la vida y sonreírle. Ah, Mela..., Mela...

Juntos habían pasado ratos buenos y también ratos malos. Insignificantes papeles y alubias compartidas en un piso sin agua caliente. Papeles estelares y filetes en el Sardi. Y... ¿amor? ¿Se trataba de eso? Pensó en ello con inquietud. Podía tratarse de una fijación hipnótica del uno en el otro, de la mutua borrachera a causa del éxito, pero no necesariamente de amor. Se suponía que el amor era tranquilo, abnegado y duradero, y uno consagraba su vida a él; pero Mela había rehusado hacerlo. Había acudido a Smithfield y conseguido la seguridad sacrificando sus principios. A lo que ella había hecho lo denominaban ser esquírol.

Se estremeció. No era bueno pensar en aquello. Los tiempos cambiaban

vertiginosamente. Ahora pagaban ocho dólares con ochenta centavos para ver a la figura de Mela imitándola, usando el rostro de Mela, realizando los gestos de Mela, caminando con sus mismos pasos. Y la muñeca seguía joven, mientras que Mela había envejecido diez años, años en los que iba cobrando periódicamente las ganancias de sus muñecas y vivía confortablemente.

«Grandes actores inmortalizados», ése había sido uno de los eslóganes de Smithfield. Pero habían interrumpido la producción de Mela Stone, le había dicho el mozo del almacén. Tenían excedentes de ese modelo.

El cebo había sido la promesa de una relativa inmortalidad. Los sindicatos de actores se habían resistido al autodrama, pues era obvio que de los actores secundarios y los menos conocidos no habría demanda. Haciendo docenas e incluso centenares de copias del mismo actor principal se podía disponer de una primera figura en cada papel, y el mismo actor-maniquí podía actuar simultáneamente en docenas de espectáculos por todo el país. Los sindicatos habían resistido, pero de todos modos Smithfield sólo necesitaba a unos pocos, y el cebo era tentador. Ya era bastante atractiva la promesa de fantásticas ganancias, pero además existía la de la inmortalidad para el actor, mediante la duplicación de sus maniqués. Autores, artistas y dramaturgos lograban siempre sobrevivir al paso del tiempo, pero los actores sólo eran recordados por los entendidos, y sus nombres quedaban simplemente inscritos en los anales de la escena. Shakespeare viviría otro millar de años, pero ¿quién recordaba a Dick Burbage, el actor que salía en los estrenos del bardo? Carne y hueso, corazón y cerebro, éstos eran los medios del actor, y su arte no podía sobrevivirle.

Thornier conocía esa ambición de pervivencia, y ya no podía odiar a los que se habían pasado al otro lado. En cuanto a él, la industria del autodrama le había hecho una proposición tentativa, y él se había resistido; en parte porque estaba bastante seguro de que la oferta habría sido retirada durante las pruebas. Algunos actores no eran «cibergénicos»: no podían ser reproducidos adecuadamente en análogos robótico-electrónicos. Se trataba de aquéllos cuyo arte era interior, que tenían que vivir sus papeles, en lugar de representarlos. Ningún análogo poligráfico podía reproducir su talento, y Thornier sabía que era uno de éstos. Le había resultado fácil resistir.

En la esquina de la calle Ocho recordó la copia de la grabación y la toma de recambio para el Maestro. Pero si regresaba ahora, retrasaría el ensayo, y Jade se enfurecería. Mentalmente se dio de patadas, y siguió hasta la entrada al escenario del teatro. Allí dejó el maniquí embalado con el equipo escénico y regresó al depósito sin ver a la productora.

—Oiga, amigo —le dijo el mozo al llegar—, su jefe ha telefoneado. Parecía bastante enfadado.

—¿Quién... D'Uccia?

—No... Bueno, sí. D’Uccia también. Pero no estaba enfadado, tan sólo tenía un ataque. Me refiero a la señorita Feme.

—Oh... ¿Dónde está su teléfono?

—Allí. La señora estaba casi histérica.

Thornier tragó saliva y se dirigió al teléfono. Jade Feme era una buena amiga, y si su descuido le había estropeado la producción...

—Tengo la pieza y la grabación dispuestas —le dijo el mozo—. Me los pidió ella por teléfono. Amigo, desde luego tiene usted un mal día hoy.

Thornier enrojeció y marcó el número, nervioso.

—¡Gracias a Dios! —graznó ella—. Thorny, hemos hecho el ensayo con Andreyev convertido en un zombie. El Maestro destrozó la copia de la grabación de Peltier, y estamos ensayando sin un análogo de actor en el papel estelar. ¡Niño, te asesinaría!

—Lo siento, Jade. Creo que he metido la pata.

—¡No te preocupes! Límitate a traer la nueva toma. Y la grabación de Peltier. Y no tengas un accidente. Son las dos, esta noche es el estreno, y aún nos falta el actor principal. No queda tiempo para que nos llegue nada de Smithfield ni por avión.

—En cierta manera, nada ha cambiado, ¿no, Jade? —Gruñó, pensando en la eterna histeria entre bastidores, que duraba hasta que se apagaban las luces y sin saber cómo la belleza, la calma y el orden emergían milagrosamente de entre el caos reinante.

—¡No filosofes, simplemente ven aquí! —cortó ella, colgando.

Cuando salió, el mozo tenía las cajas preparadas.

—Mire, amigo, lo mejor será que tenga cuidado con esa grabación de Peltier —le aconsejó—. Es la última que queda. He pedido más, pero no llegarán hasta dentro de un par de días.

Pensativo, Thornier contempló el paquete.

—¿El último Peltier? —dijo.

El plan, recordó el plan. Eso lo facilitaría. Naturalmente, el plan era tan sólo una fantasía, un sueño vengativo. No podía llevarlo a cabo. Destrozar el espectáculo sería como darle una puñalada a Jade...

Oyó su propia voz, como la de un extraño, diciendo:

—La señorita Feme también me dijo que recogiese una grabación de Wilson Granger, y un par de trozos sueltos de cinta adhesiva.

El mozo pareció sorprendido.

—¿Granger? ¿Está en *El anarquista*?

Thornier negó con la cabeza.

—No..., supongo que lo quiere para un pase de prueba. Tal vez sea la próxima obra.

El mozo se alzó de hombros y fue a buscar la grabación y los trozos.

Thornier se quedó abriendo y cerrando los puños. Naturalmente, no iba a llevarlo

a cabo, tan sólo era una estúpida fantasía.

—Tendré que hacerle un albarán aparte para esto —dijo el mozo, regresando.

Firmó como entre nubes los albaranes de entrega, y luego se dirigió al camión. Lo llevó a tres manzanas de distancia del depósito, y luego aparcó en una zona de carga. Abrió cuidadosamente las cajas de las cintas con un cuchillo, procurando no estropear las solapas engomadas, para poder cerrarlas de nuevo. Sacó los dos rollos de cinta perforada de sus latas, despegando cuidadosamente las cintas adhesivas con sus nombres y pegándolas al salpicadero del camión. Desenrolló medio metro de la grabación de Peltier; no estaba perforada, sino que llevaba impresos los códigos de identificación y los datos de fabricación. Afortunadamente, no era una grabación nueva; ya había sido usada antes, y podía ver las señales de desgaste; el que hubiera un corte reparado no levantaría sospechas.

Cortó la lengüeta identificadora con el cuchillo y la puso a un lado. Luego hizo lo mismo con la grabación de Granger.

Granger era gordo, jovial, viejo. Su maniquí representaba papeles secundarios cómicos.

Peltier era joven, delgado y sombrío; el villano intelectual, el fanático decidido. Una buena elección para el papel de Andreyev.

Las manos de Thornier parecieron moverse con voluntad propia, ejecutando tareas largamente programadas. Cortó las grabaciones. Sacó uno de los sobres de cinta adhesiva por calor y dio un tirón a la lengüeta que iniciaba la reacción química. Contó quince segundos en su reloj, y luego abrió el sobre e introdujo en él el extremo cortado de la grabación de Granger y la lengüeta identificadora de Peltier, uniéndolos cuidadosamente hasta que no quedó ningún espacio entre ellos, y luego cerró de nuevo el sobre. Cuando dejó de humear, lo abrió para inspeccionar la unión. Era una soldadura perfecta, casi invisible en la brillante cinta de plástico. El análogo de Granger etiquetado como si fuera Peltier. Y el cuerpo del maniquí era el de Peltier. Volvió a meter la grabación en la caja y la selló con su cinta.

Metió la grabación de Peltier, la etiqueta de Granger y la copia del albarán de entrega extra en la otra caja. Entonces puso en marcha el camión y lo llevó por entre el denso tráfico como si se tratara de una carrera, confiando en que el radar antichoques lo protegiese. Mientras cruzaba el puente, lanzó la grabación de Peltier al río. Ahora ya no había manera de volverse atrás.

Jade y Feria estaban sentados en platea, contemplando el acto final del ensayo con un Andreyev embotado. Cuando Thornier llegó a su lado, Jade se secó un imaginario sudor de la frente.

—¡Gracias a Dios que has vuelto! —susurró, mientras él mostraba los paquetes olvidados—. Métete entre bastidores y llévaselos a Rick, por favor, que está en la cabina. ¡Thorny, estoy como loca!

—Lo lamento, señorita Feme.

Temiendo que su nerviosismo culpable colgase en derredor suyo como una capa hecha jirones, se metió rápidamente tras el escenario y le entregó las cajas a Thomas, en la cabina de control. El técnico estaba pendiente del Maestro mientras se desarrollaba la obra, y saludó a Thornier sólo con un gesto de la cabeza y otro de la mano.

El conserje se retiró a los nebulosos viejos corredores y camerinos en desuso, ahora repletos de basura y restos de otros días. Tenía que recuperarse, dejar de estremecerse interiormente. Caminó a solas por las desiertas secciones del edificio, abriendo viejas puertas para atisbar en oscuros cubículos en los que grandes estrellas se habían preparado en otros días, otras noches. Ahora, estaban repletos de baúles y espejos rotos, y lonas y maniqués descartados. Aún subsistían débiles olores: aromas de nerviosismo, sudor, maquillaje, un casi imperceptible perfume que había impregnado las paredes. Humedad y polvo..., el aroma del tiempo. Sus pisadas sonaban huecas por las habitaciones vacías, mientras sonidos apagados de la representación le llegaban débilmente a través de las paredes: las histéricas súplicas de Marka, la seca risa de Piotr, las botas marcando el paso de los guardias revolucionarios, un estallido de música hacia el final de la escena.

Se volvió abruptamente y comenzó a caminar de regreso hacia el escenario. No serviría de nada ocultarse de aquella manera. Tenía que comportarse con normalidad, debía hacer lo habitual. La cinta falsificada de Peltier no produciría su efecto demoledor hasta después del primer ensayo, cuando Thomas la alimentase al Maestro, volviese a disponer la máquina, y se preparase para iniciar la segunda prueba. Hasta entonces, debía permanecer siendo el mismo de siempre, y luego...

Luego, las cosas tendrían que ir como las había planeado. Jade tendría que recurrir a él. Si no era así, se había equivocado, había llevado a cabo su destrucción para nada.

Atravesó la sala de máquinas, en la que los convertidores zumbaban suavemente, suministrando energía al escenario. Se quedó junto a la entrada, contemplando el comienzo de la escena tercera del tercer acto. Andreyev, el muñeco de Peltier, estaba solo, paseando hoscamente arriba y abajo por su apartamento, mientras el débil sonido de una multitud callejera y el distante tableteo de fuego de ametralladora surgían del sistema de efectos sonoros, controlado también por el Maestro. Tras mirar unos momentos, vio que los movimientos de Andreyev no eran hoscos, sino simplemente metódicos y sin vida. El maniquí sin grabación, que se limitaba a realizar los movimientos requeridos, cual un robot, no tenía significado, carecía de poder interpretativo. Oyó una breve carcajada de alguien situado en la fila de producción, y tras contemplar la actuación de Andreyev, parecida a la de un zombie, en una escena muy emotiva, también él tuvo que sonreír.

De pronto, el paseante maniquí miró hacia él con rostro inmutable. Alzó ambos puños hacia su rostro.

—Socorro —dijo, con un monótono tono conversacional—. Iván, ¿dónde estás?

¿Dónde? Seguro que habrán venido; tienen que venir.

Hablaba suavemente, sin inflexiones. Se llevó los puños tranquilamente hacia las sienes y paseó de nuevo, tranquilamente.

A algunos pasos de distancia, dos maniqués que habían estado helados entre bastidores se pusieron repentinamente en movimiento. Tan fantasmalmente calmosos como maniqués de escaparate, se galvanizaron de pronto ante un impulso de señal enviado por el Maestro. Sus músculos, sacos de plástico repletos de un polvo magnético en suspensión en aceite, y envueltos con elásticas espiras de cable, como solenoides flexibles, se apretaron y tensaron bajo la carne de espuma de plástico, trabajando espasmódicamente a los ritmos pulsantes de las órdenes policromáticas en UHF del Maestro. Expresiones de miedo y urgencia asomaron a sus rostros. Se acurrucaron, se pusieron en tensión, miraron a su alrededor, y luego entraron con violencia en escena, jadeando locamente.

—¡Camarada, ella ha venido, ha venido! —gritó uno de ellos—. ¡Ha venido con él, con Boris!

—¿Cómo? ¿Lo tiene prisionero? —Fue la casual respuesta.

—No, no, camarada. Hemos sido traicionados. Está con él. Es una traidora, se ha vendido a él.

No había sentimiento en las respuestas no interpretadas de Andreyev, ni siquiera cuando atravesó de un balazo el corazón del portador de las malas noticias.

Thornier se sintió fascinado al contemplar cómo progresaba la escena. Los maniqués se movían con gracia, con movimientos sinuosos y más suavemente fluidos que los humanos, como si no tuvieran huesos. La relación de fuerza muscular con respecto a la masa de sus miembros estaba cuidadosamente elegida para proporcionar la fluidez de la danza a cada uno de sus movimientos. Los muñecos, que no eran cliqueteantes robots mecánicos ni trastabillantes títeres, llevaban a cabo combinaciones de movimiento y expresión que pronto hubieran fatigado a un actor humano, y el Maestro coordinaba las actuaciones en la escena de una forma que sería imposible para un grupo de humanos, donde cada individuo pensaría independientemente.

Era como siempre. Primero, miraba con un estremecimiento a la máquina moviéndose como si fuese de carne y hueso, al mecanismo sentado en el trono del arte. Pero, gradualmente, pasaba el escalofrío. Y la obra lo arrebatava, y los actores ya no eran máquinas. Vivía el papel de Andreyev, y susurraba sus frases, y sabía las de los demás: Mela, Sam Dion y Peter Repplewaite. Se ponía en tensión con ellos, apretaba los dientes anticipando los pasajes difíciles, maldecía en voz baja ante el inexpresivo Andreyev, y lograba aislarse del débil chisporroteo producido por los pies de los maniqués al pisar el suelo surcado por líneas de cobre, captando energía ocasionalmente para mantener sus baterías a plena carga.

Así, en trance, apenas se dio cuenta del zumbido y los ruidos que se oían a sus

espaldas, y que se hacían cada vez más fuertes. Oyó un susurro de voces cerca, pero se limitó a fruncir el entrecejo ante la distracción, manteniendo su atención fija en las tablas.

Entonces un delgado chorro de agua le mojó los tobillos. Algo estropajoso y esponjoso le golpeó los pies. Se dio la vuelta. Una brillante araña de metal, de noventa centímetros de alto se acercaba a él lentamente sobre seis patas, con dos brazos extendidos hacia delante.

Avanzaba cliqueteante, lanzando un delgado chorrito de líquido que pronto sorbía con una proboscis parecida a una esponja. Con una de las garras, levantó una lata situada cerca de la pierna del conserje, roció bajo ella, fregó, y volvió a dejar la lata en su sitio.

Thornier se descongeló con un aullido, dio un salto por encima de la cosa, y perdió el equilibrio al golpear de nuevo el suelo húmedo y enjabonado. Resbaló y cayó. La araña barrió el suelo hasta el borde del escenario, luego cambió de dirección y se dirigió hacia él.

Gruñendo, el conserje se puso a cuatro patas. D'Uccia se echó a reír. Thornier alzó la vista. El gordo gerente y el vendedor de servomecanismos estaban junto a él. El vendedor sonreía, y D'Uccia se ahogaba de risa.

—¡Ése es mi chico, ése es mi chico! Siempre mirando el espectáculo, y luego diciéndome que no quiere barrer, que quiere que le dé el día libre. Desde luego, ése es mi chico. —D'Uccia se inclinó para dar una palmaditas al chasis de la araña metálica—. Oye, *ragazzo* —le dijo a Thornier—, quiero que conozcas a mi nuevo «chico». Éste no mirará el espectáculo como tú.

El veterano actor se puso en pie, pálido como un muerto y murmurando. D'Uccia se fijó mejor en su rostro, y su sonrisa murió. Dio un paso atrás. Thornier le lanzó una breve mirada asesina y luego se dio la vuelta para marcharse. Casi chocó con el maniquí de Mela Stone, pero se recuperó, y comenzó a pasar por detrás del mismo.

Entonces se quedó helado.

El maniquí de Mela Stone estaba en las tablas en la escena final. Y éste parecía mayor, un poco ajado. Adoptó una expresión de asombrada sorpresa mientras lo miraba de arriba a abajo. El maniquí se llevó una mano a la boca.

—¡Thorny...! —dijo en un susurro asustado.

—¡Mela! —A pesar de que la representación seguía, lo gritó, abriéndole los brazos—. ¡Mela, qué maravilloso!

Y entonces se dio cuenta de que ella se echaba hacia atrás al ver su sucio mono. Y que no se alegraba de verle.

—Thorny, qué estupendo —logró murmurar, extendiendo torpemente la mano, en la que relucían las joyas.

Él la estrechó durante un vacío segundo, la miró, y luego se alejó apresuradamente, mientras el estómago se le hacía nudos. Ahora, podía seguir hasta el final. Podía llevar a cabo lo que había pensado, y hasta disfrutaría realizando su

plan contra todos ellos.

Mela había acudido la noche inaugural a ver su muñeca en *El anarquista*, como si ella misma fuera a actuar. «Ya me las arreglaré para que no resulte un espectáculo aburrido», pensó.

—¡No, no, nooo! —Fue la monótona protesta del inexpresivo Andreyev, en la penúltima escena.

El ladrido de la pistola de Marka hizo que el maniquí de Peltier se derrumbara sobre las tablas; y exceptuando un breve desenlace triunfal, la obra había terminado.

Al ruido del disparo, Thornier se detuvo para sonreír tensamente por encima del hombro, con los ojos ardiendo en su rostro de halcón.

Luego, desapareció entre bastidores.

Ella los abandonó tan pronto como pudo, y vagó tras el escenario hasta que lo encontró en el almacén de vestuario. Solo, estaba removiendo el contenido de un viejo baúl, y murmurando nostálgicamente para sí mismo. Ella sonrió, y cerró la puerta de un golpe. Sorprendido, él dejó caer un viejo sombrero de copa plegable y una caja de cartuchos de salva al interior del baúl. Se llevó la mano rápidamente al bolsillo mientras se erguía.

—¡Jade! No esperaba...

—¿Qué viniese?

Se dejó caer en una polvorienta y vieja tumbona, con un suspiro de cansancio, abanicándose con un programa y cerrando los ojos. Se quitó los zapatos haciendo presión con el pie contrario, y murmuró:

—Es un grupo irritante. ¡Los odio!

Puso una cara como de quien va a vomitar, y se relajó hasta parecer una niña. Una niña que había formado compañía con Thornier y todos los demás: la actriz Jade Feme, que había mendigado pequeños papeles y perseguido a los agentes, consiguiendo sus papeles después de innumerables ensayos, estremeciéndose de pánico antes de que se alzase el telón, como todos los demás. Ahora, era una descocada mujercita con ojos experimentados, mechones grises en las sienes y duros pliegues alrededor de la boca. Mientras dejaba que el disfraz de ejecutivo fuera desapareciendo, la experiencia y las duras arrugas se fueron transformando en cansancio.

—Tengo quince minutos para recuperar mi cordura, Thorny —murmuró, contemplando su reloj como para contar el paso del tiempo.

Él se sentó en el sofá y trató de relajarse. Jade no parecía haberse dado cuenta de su inquietud, o quizá estuviera demasiado cansada para captar su significado. Si lo averiguaba, haría que lo despellejasen y lo echasen a patadas del edificio, y quizás hasta llamase a la policía. Era pequeñita, pero también lo eran las granadas incendiarias. «Lo que estoy haciendo no te hará daño, Jade —pensó—; causará una buena salpicadura, y no te gustará, pero no te hará daño, y ni siquiera estropeará el

espectáculo».

Lo estaba haciendo por el espectáculo del viejo estilo, del estilo que ambos habían conocido y amado. Y en ese sentido, se dijo, lo estaba haciendo tanto por ella como por sí mismo.

—¿Qué tal ha ido el ensayo, Jade? —preguntó con aire casual—. Exceptuando a Andreyev, claro está.

—Soberbio, realmente soberbio —dijo ella mecánicamente.

—Quiero decir de verdad.

Ella abrió los ojos e hizo una mueca de asco.

—Como siempre, Thorny, como siempre. Nauseabundo, representado con excesiva grandilocuencia, perfectamente dirigido a un público que masca chicle y come palomitas de maíz. Un público que quiere una interpretación grandilocuente para no tener que pensar en lo que está pasando. Un público que no quiere poner nada de su parte para darle sentido o significado, sino que prefiere que se lo den digerido. Me repugna todo esto.

Él pareció brevemente sorprendido.

Ella dobló las piernas, las rodeó con sus brazos, descansó la barbilla en las rodillas, y le hizo un guiño.

—¿Me odias por intervenir en esta cosa, Thorny?

Él pensó en ello durante un momento, y negó con la cabeza.

—A veces desprecio todo esto, pero no te echo a ti la culpa de que exista.

—Eso está bien. A veces me gustaría cambiarme por ti. A veces preferiría ser la fregona y barrer los suelos de D'Uccia en lugar de lo que estoy haciendo.

—Ya no es posible —dijo amargamente—. Los parientes del Maestro se van a ocupar también de eso.

—Lo sé. Me lo han contado. Gracias a Dios, te has quedado sin empleo. Ahora quizá llegues a alguna parte.

Él meneó la cabeza.

—No sé adónde. No sé hacer otra cosa más que actuar.

—Tonterías. Podría conseguirte un empleo mañana mismo.

—¿Dónde?

—En Smithfield. En promoción de ventas. Están contratando a bastantes viejos actores en ese departamento.

—No —dijo seca y fríamente.

—No tan rápido. Es algo nuevo. La compañía está en expansión.

—Ja.

—Autodrama para el hogar. Un escenario de metro y medio en cada sala de estar. Con maniqués en miniatura de quince centímetros de alto. Un servicio de Maestro centralizado. Grandes obras transmitidas al propio hogar por cable. Sólo tienes que telefonar a Smithfield y hacer la petición. ¿Qué te parece?

La miró gélidamente.

—Es lo mejor que ha ocurrido en el campo del espectáculo desde la aparición de Sarah Bernhardt —dijo átonamente.

—¡Thorny! ¡No te ensañes conmigo!

—Lo lamento. Pero ¿qué es lo que hay de nuevo en eso? El autodrama invadió la televisión hace muchos años.

—Ya lo sé, pero esto es diferente. Es verdadero teatro en miniatura. A los chicos les vuelve locos. Sin embargo, se necesitará una buena promoción para hacer que triunfe.

—Lo lamento, pero ya sabes cómo soy.

Ella se alzó de hombros y suspiró cansinamente.

—Eres un purista —declaró—. La úlcera de cualquier director. No puedes interpretar un papel sin vivirlo, y no sabes vivirlo si no crees en él. Así que sigue adelante, y muérete de hambre.

Hablaba irritada, pero él sabía que había una oculta admiración tras sus palabras.

—Ya me las arreglaré —gruñó él, añadiendo para sí mismo: «tras la interpretación de esta noche».

—¿No hay nada que pueda hacer por ti?

—Claro que sí. Contratarme. Podría hacer de sustituto para los maniqués que se estropeasen.

Ella le lanzó una dura mirada, y dudó.

—¿Sabes? ¡Creo que serías capaz de hacerlo!

Él se alzó de hombros.

—¿Por qué no?

Jade miró pensativa una hilera de cajas de embalaje y agitó su oscura cabellera.

—¡Hum! Menudo espectáculo sería eso: un actor humano, de incógnito, actuando en un autodrama.

—Es algo que ya se ha hecho.

—Sí, pero el auditorio sabía lo que pasaba, y eso siempre estropea el espectáculo. Crea contrastes que no existen, o que de lo contrario no serían advertidos. Hace que los muñecos parezcan serpenteantes, pajariles, demasiado rápidos y saltarines. Sin que haya humanos en las tablas para contrastar, los muñecos perecen simplemente gráciles y etéreos.

—Pero si el auditorio no lo supiese...

Jade sonreía débilmente.

—Me pregunto si no se lo imaginarían —musitó—. Naturalmente, se darían cuenta de que había una diferencia... en un maniquí.

—Sí, pero pensarían que se trataba de la interpretación que el Maestro hacía de ese personaje.

—Quizá..., si el actor humano tenía cuidado.

Él dijo amargamente:

—Si lograba engañar a los críticos...

—Algún estúpido diría que había sido «una interpretación abisalmente irreal» o «demasiado obviamente mecánica». —Miró su reloj, se estremeció, se estiró cansadamente, y se volvió a poner los zapatos—. De todas maneras, no hay razón para hacerlo, ya que el Maestro es realmente capaz de dar una representación mejor que la humana.

Su afirmación hizo que el antiguo actor lanzase un jadeo agónico. Lo miró, y se echó a reír.

—No te escandalices, Thorny, he dicho que es «capaz de», y no que «acostumbra a». El autodrama entretiene al público al nivel que éste desea ser entretenido.

—Pero...

—Tal como siempre ha hecho el negocio de los espectáculos —añadió ella firmemente.

—Pero...

—Oh, Thorny, no sigas desorbitando los ojos. No pretendo blasfemar. —Se arregló el cabello, y comenzó a enfundarse en su disfraz de ejecutivo mientras se preparaba a regresar con los suyos—. Lo único malo que tiene el autodrama es que ha sido reducido al nivel de los retrasados mentales... Pero los espectáculos siempre han estado a ese nivel, y probablemente siempre lo estarán, aunque eso nos produzca dolor. —Sonrió, y le dio unas palmaditas en la mejilla—. Lamento haberte escandalizado. *Au revoir*, Thorny, y suerte.

Cuando se hubo marchado, él quedó sentado jugueteando con los cartuchos de su bolsillo y mirando a la nada. ¿Acaso ninguno de ellos tenía sensibilidad? También Jade había vendido sus principios, y Thornier siempre había creído que ella únicamente había llegado a un compromiso con la necesidad, en contra de sus verdaderos deseos. La idea de que pudiese creer realmente que el autodrama era capaz de proporcionar un espectáculo mejor que el de los seres humanos...

Pero no lo creía. Naturalmente, necesitaba racionalizarlo, excusar lo que estaba haciendo...

Suspiró, fue a cerrar la puerta, y luego a recuperar el viejo libreto de *El anarquista* del baúl. Le temblaban un poco las manos. Había plantado el inicio de una idea en la mente de Jade; ¿lo recordaría luego? ¿O habría ido demasiado lejos, y ella entraría en sospechas?

Apartó esas ideas de su mente. No podía permitirse sentir aprensión. Cuando Rick hiciese sonar la campana para el segundo ensayo, tendría que entrar en escena, y para entonces debería estar vestido y maquillado. Era una pena que no fuese un actor adaptable, que no pudiese cambiar de papel con la facilidad con que Jade sabía hacerlo, pero para el purista era necesaria una gran preparación interna. No podía llevar a cabo un papel sin antes cambiar él mismo y dejar que su convencimiento saliese a la superficie reflejando su estado interno.

Notas de Mussorgsky se filtraron por las paredes. Cerró los ojos para escuchar y

sentir. Era música para un imperio. Música al mismo tiempo brutal y mayestática. Era el momento de la revolución, de la venganza, del derrocamiento. Dos momentos sobrepuestos. Era el momento de la noche del estreno, con Ryan Thornier, hace diez años, interpretando el papel estelar.

Cayó en una especie de trance mientras escuchaba y seguía el pulso de su psique y recordaba. Apenas si se dio cuenta cuando la música se detuvo, y las primeras frases de la obra atravesaron las paredes.

—¡Alto! ¡Alto!

Era un grito preocupado. Se trataba de Feria.

Ya había empezado.

Thornier inhaló profundamente y pareció despertar. Cuando abrió los ojos y se puso en pie, el barrendero había desaparecido. Su papel de fregasuelos había sido una pesadilla, y nada más.

Y Ryan Thornier, estrella de *Triunfo fácil*, favorito de los críticos, ante el que se abría un brillante futuro, salió del almacén con un paso extrañamente ligero. Aún llevaba una escoba, todavía usaba un sucio mono, pero ahora lo hacía como si se tratase de un baile de disfraces.

El maniquí de Peltier yacía derrengado sobre las tablas, en una postura grotesca. Entre bastidores Ryan Thornier lo contempló calmamente y escuchó con atención el charloteo de la tramoya y los técnicos que corrían a su alrededor:

—No sé. Aún no se puede decir nada. Entró tambaleándose y diciendo cosas sin sentido... como si estuviera borracho. Trató de agarrarse a una mesa, y luego cayó de bruces...

—Actuó como si llevase una grabación equivocada, pero Rick ya la había comprobado. En efecto, se trata de la cinta de Peltier.

—No consigo entenderlo. La señorita Feme tiene un ataque de nervios.

Thornier hizo una pausa para contemplar a su auditorio. Jade, Ian y su equipo se agitaban en el foso de la orquesta. Exceptuando al derrengado maniquí, el escenario estaba vacío. A su alrededor se oían conversaciones frenéticas. Su entrada no sería vista. Caminó lentamente sobre las tablas y se detuvo junto al caído muñeco que tenía las manos en los bolsillos y el rostro alargado por una sombría expresión. Al cabo de un momento, le dio un empujón con el pie, hizo una pausa, y lo empujó de nuevo. Una débil risa llegó de la orquesta. Con el rabillo del ojo observó la rápida mirada de Jade hacia el escenario. Se interrumpió en medio de una frase que estaba pronunciando.

Seguro ya de que lo miraba, hizo ver que se dirigía a un imaginario amigo que se hallase entre bastidores. Miró hacia su amigo y alzó interrogativamente las cejas. Aparentemente, el amigo le hizo un gesto afirmativo. Suspiciousmente miró a su alrededor, y luego se arrodilló junto al caído muñeco. Le tomó el pulso, y asintió ansiosamente hacia el amigo de entre bastidores. Otra risa llegó de la orquesta. Alzó

la cabeza del muñeco, le olió el aliento, hizo una mueca. Luego, cuidadosamente, le dio la vuelta.

Metió la mano en el bolsillo del maniquí, habiendo tomado antes su propio reloj de bolsillo. Hizo una pausa, y sonrió a su cómplice de entre bastidores, asintiendo ansiosamente. Alzó el reloj, y lo sostuvo por la cadena para obtener la aprobación de su cómplice.

Un suave estallido de carcajadas surgió del personal de producción. Las risas asustaron al ladrón. Lanzó una mirada aprensiva alrededor de la escena, devolvió rápidamente el reloj al caído muñeco, y le tomó de nuevo el pulso. Intercambió una rápida mirada con su aliado, susurró:

«¡Ajá!», y sonrió misteriosamente. Luego, ayudó al muñeco a incorporarse y se marchó trastabillando con él; un amigo llevando a un borracho a casa. A punto de salir del escenario, se detuvo para marcar su salida con una suspicaz mirada hacia atrás que decía que lo estaba llevando a un oscuro callejón en donde pudiera robarle tranquilamente.

Jade estaba mirándolo con la boca abierta.

Tres técnicos lo habían estado contemplando entre bastidores, y sonrieron de buena gana y le dieron palmadas en los hombros mientras pasaba, suministrándole el auditorio para el que imaginariamente había estado actuando.

De la gente de Jade, allá en el pozo de la orquesta, surgió un caluroso aplauso y, mientras Thornier se llevaba el muñeco al almacén, canturreaba en voz baja, para sí mismo.

Cuando faltaban cinco minutos para las seis, Rick Thomas y un hombre del almacén de Smithfield bajaron del cuartito, y Jade se adelantó por entre el grupo para interrogarles con los ojos.

—La grabación —dijo Rick— es defectuosa.

—¡Pero es demasiado tarde para conseguir otra! —gimió ella.

—Pues, de todas maneras, sigue siendo la grabación.

—¿Cómo lo sabe?

—Bueno, el problema tiene que estar en uno de los tres: el muñeco, la grabación o la unidad analógica, en la que se alimentan los datos de las grabaciones. Limpiamos la unidad y la comprobamos con otro actor. Funcionó perfectamente, y el muñeco funciona también en una prueba sin interpretación. Así que, por eliminación, el problema tiene que ser la grabación.

Ella lanzó un gruñido y se derrumbó en un asiento, cubriéndose el rostro con las manos.

—¿No hay ninguna forma de conseguir otra grabación? —preguntó Rick.

—Hemos llamado a todos los almacenes situados en un radio de mil kilómetros. Tendrían que grabar una nueva a partir de la cinta maestra. Se perdería demasiado tiempo.

—¡Entonces tendremos que suspender el espectáculo! —dijo resignadamente Ian Feria, alzando disgustado las manos—. Devolveremos el importe de las entradas, y estrenaremos mañana.

—¡Un momento! —estalló Jade, mirando repentinamente hacia arriba—. D’Uccia... se han agotado las localidades, ¿no?

—Ajá —gruñó irritado D’Uccia—. Lleno completo. ¿Qué es lo que les pasa a ustedes? ¿No pueden arreglar al Maestro? ¿Qué pasa? ¿Vamos a perder el dinero?

—Oh, cálese. Atrase el estreno hasta las nueve, ofrezca devolver el dinero a los que no estén dispuestos a esperar. Ian, sigue con el trabajo. Prepara las cosas para esta noche. —Hablaba con cansada determinación, mirando a los que la rodeaban—. Quizás aún haya una mínima posibilidad. Sigán trabajando. Yo voy a intentar algo.

Dio la vuelta, y se marchó.

—¡Hey! —le gritó Feria.

—Ya os lo explicare más tarde —murmuró ella por encima del hombro.

Halló a Thornier reemplazando bombillas fundidas en las lámparas de las paredes. Le sonrió, mientras volvía a colocar las abrazaderas de un panel de cristal ámbar.

—¿Me necesita para algo, señorita Feme? —preguntó con aire placentero desde lo alto de la escalera.

—Quizá sí —dijo ella tensamente—. ¿Hablabas en serio cuando me hacías esa oferta acerca de reemplazar a maniqués estropeados?

Una bombilla cayó de la mano de Thornier y estalló a los pies de ella. Bajó lentamente, mirándola con ojos muy abiertos.

—¡No lo dirás en serio!

—¿Crees que podrías intentar interpretar a Andreyev?

Él lanzó una rápida mirada hacia el escenario, se humedeció los labios, y la miró como atontado.

—Bueno... ¿puedes? —insistió ella.

—Han pasado diez años, Jade... Yo...

—Puedes leerte el libreto. Y podrías usar un radio receptor en el interior del oído para que Rick desde la cabina, te pudiera dar instrucciones.

Hizo su oferta seca y profesionalmente, y Thornier no pudo menos que sonreír para sí mismo. La situación era muy teatral. El pedir tranquilamente algo totalmente imposible, viendo si se lograba. Y lográndolo.

—Los espectadores... esperan ver a Peltier.

—En estos momentos lo único que te estoy pidiendo es que llesves a cabo un ensayo, Thorny. Después ya veremos. Pero recuerda que es nuestra única posibilidad de estrenar esta noche.

—Andreyev —jadeó él—. El papel principal.

—Por favor, Thorny, ¿quieres intentarlo?

Paseó su mirada por el teatro, y asintió lentamente.

—Iré a estudiar mi papel —dijo en voz baja, inclinando la cabeza con lo que esperaba que fuera la adecuada expresión de humilde valentía.

Tengo que hacerlo muy bien, tengo que hacerlo maravillosamente. Es la última oportunidad. El último gran papel...

Luces deslumbrantes, un débil susurro en su oído, y el frío pánico de la primera entrada en escena. Llegó, y pasó rápidamente. Más tarde, el escenario fue una habitación cerrada, y el auditorio, de técnicos y personal de producción, fue únicamente una cuarta pared, situada en algún recóndito lugar tras los focos. Él era Andreyev, comisario de policía, gerifalte del partido, leal servidor del régimen, que ahora se estremecía ante la tormenta revolucionaria de los años ochenta. El último bolchevique, ya no rebelde, ya no radical, sino muy leal, conservador, defensor del *status quo*, campeón de las clases dominantes marxistas. No tenía consciencia de una existencia aparte de la de su papel, lo estaba viviendo. Y los otros, la gente con la que lo vivía, la gente cuyas pisadas producían débiles chispas mientras atravesaban el escenario, actuaba y reaccionaba con y contra ellos como si también ellos compartiesen aquella vida y, por un instante, mientras se desarrollaba la obra, olvidó su falta de vida.

Se sentía atrapado por la magia, envuelto por el esquema de lo inevitable, arrastrado por la marea del drama; sintió una vez más la sensación de pertenecer, de ser una parte en un todo, un todo conocido y predecible que se movía con tal seguridad de la escena primera a la caída final del telón como va un hombre de la matriz a la tumba. Era como si no se hubieran perdido años, ni hubiera lapsos o sensación de fracaso entre los pasados ensayos y aquella realización de la noche del estreno. Sólo cuando al final equivocó una frase y la corrección de Rick sonó como un susurro en su oído, se rompió brevemente el hechizo tejido a su alrededor, y se halló de repente inexplicablemente aterrorizado por el repentino volver a darse cuenta de que todo lo que le rodeaba era la Máquina, y aterrorizado también por haberse olvidado de ello. Se había estado adaptando a la ingrátida gracilidad mecánica de los otros, imitando la ligereza del movimiento característica de los maniqués, la cualidad de danzarines de sus movimientos. Repentinamente el darse cuenta, habiéndolo olvidado, que la boca que acababa de besar no era la de una mujer, sino la boca de goma de una muñeca, y que los impulsos de las ondas electrónicas de alta frecuencia del Maestro habían controlado las corrientes de los solenoides que habían vuelto amorosamente el rostro de ella hacia el suyo, y alzando las frías y blandas manos para tocar su rostro. En su boca y nariz perduraba el débil olor y sabor a goma.

Cuando llegó su primera salida por el foro, la efectuó temblando. Al ver a Jade acercándosele, durante un instante, tuvo la horrible certeza de que iba a decirle: «¡Thorny, lo has hecho casi tan bien como un maniquí!»; pero, en lugar de eso, no dijo nada, sino que únicamente extendió la mano.

—¿Ha sido muy malo, Jade?

—¡Thorny, lo has logrado! Sigue así, y es posible que incluso logres sustituir

muñecos más de una noche. Hasta Ian está convencido. Chilló al enterarse de la idea, pero ahora ya está convencido.

—¿No ha estado mal? ¿Qué tal el diálogo con Piotr?

—Maravilloso. Sigue así. Cariño, eres maravilloso.

—Entonces, ¿todo va bien?

—Cariño, las cosas nunca van bien hasta que se alza el telón. Ya lo sabes —se echó a reír—. Sí, hay una cosa que ha ido mal... aunque quizá no debiera decírtela.

Todo su cuerpo se puso tenso.

—¿Eh? ¿Qué ha pasado?

—Mela Stone. Vio como entrabas, se quedó tan blanca como el papel, y se marchó. No me imagino qué le puede haber pasado.

Se dejó caer sobre un sofá de aspecto desastrado y la miró.

—Y un infierno no puedes imaginártelo —gruñó suavemente.

—¿Sabes?, está aquí con un contrato de aparición personal. Para dar un comentario inicial y en el entreacto acerca del autor y la obra —dijo Jade con una sonrisa irónica—. Hace cinco minutos telefoneó intentando cancelar su aparición. Naturalmente, no puede escapar tan fácilmente. No, al menos mientras Smithfield la tenga contratada.

Jade le guiñó un ojo, le dio palmaditas en un brazo, le lanzó un ejemplar sin codificar del libreto, y regresó al pozo de la orquesta. Por unos instantes, se preguntó qué sería lo que Jade tenía contra Mela. Probablemente nada serio. Las dos habían sido actrices. Mela había logrado un contrato con Smithfield, Jade no. Eso ya era suficiente.

Todo fue bien. Sólo en tres ocasiones durante el primer acto se equivocó en frases que no había ensayado desde hacía diez años. En su oído escuchaba las correcciones de Rick y, hasta un cierto punto, el Maestro podía compensar las pequeñas desviaciones del libreto. Esta vez evitó perderse de aquella manera absoluta en la representación; y no le preocupó la extraña realización de que se había fundido con la trama creada por la máquina. Aquella vez recordó quién era, pero, ante su primera salida...

—No ha ido tan bien, Thorny —le dijo Ian Feria—. Fuera lo que fuese lo que hacías en la primera escena, hazlo de nuevo. Esta vez, estabas un tanto inerte. Repite la última parte, pero no tan expresivamente. Andreyev no es un loco oso de los Urales. De todas maneras, es el momento de Marka. Contento.

Asintió lentamente, y miró a su alrededor, a los muñecos congelados. Tenía que olvidarse de la maquinaria. Tenía que perderse en la obra y vivirla, aunque ello le supusiese ser una pieza de repuesto en el mecanismo. A pesar de estar acostumbrado a subordinarse a la *gestalt* total del escenario en otro tiempo, aquello le preocupaba. Sin que hubiera razón aparente para ello, se halló tratando de escuchar risas de la gente de producción, sin conseguir oír ninguna.

—De acuerdo —dijo Feria—. Pónganlos de nuevo en marcha.

Aunque siguió con ello continuaba preocupándole la sensación de inquietud. Había en ella una burla de sí mismo, y un esperar que los que lo contemplaban lo ridiculizaran. No podía comprender el por qué y, sin embargo...

Había una película antigua, una de las clásicas, en que un hombre llamado Chaplin había estado atado a un asiento de una cadena móvil donde llevaba a cabo una tarea totalmente mecánica de una forma asimismo totalmente mecánica, una tarea que obviamente podía haber sido realizada por algunas tuercas y un par de pistones; era una de las comedias más divertidas de toda la historia... y al mismo tiempo era una tragedia. Una tarea que lo convertía en parte de una gran máquina.

Durante el segundo y tercer acto sudó en un estado de compromiso consigo mismo: exagerando en sus actuaciones por motivos de autopreparación, e intentando convencer a Fera y a Jade de que podía representar su papel, y hacerlo bien. En algunos momentos era necesario pasarse en una representación para lograr aprender. Exagerar deliberadamente en el ensayo para grabar alguna parte en la memoria, y luego ajustar la actuación en la representación real; era un viejo truco de aquellos actores que tenían que representar una obra diferente cada noche y que en unas pocas horas tenían que ensayar y recordar sus papeles. Pero ¿sabían ellos por qué estaba haciéndolo así?

Cuando terminó no hubo tiempo para otro ensayo, y apenas si lo había para dormir un poco y comer algo antes de vestirse para la obra.

—Fue terrible, Jade —gruñó—. Lo he estropeado todo. Lo sé.

—Tonterías. Esta noche estarás a punto, Thorny. Sé lo que estabas haciendo, y puedo comprenderlo.

—Gracias. Trataré de conseguirlo.

—Respecto a la escena final, el asesinato...

Él le lanzó una mirada precavida.

—¿Qué pasa con eso?

—Esta noche la pistola estará cargada. Naturalmente, con balas de fogeo. Y esta vez tendrás que dejarte caer.

—¿Y?

—Así que ten cuidado dónde caes. No te dejes caer sobre los bornes de cobre. Ciento veinte voltios no te iban a matar, pero no queremos que un Andreyev moribundo dé un salto soltando chispas azules. Los tramoyistas te marcarán con yeso un sitio seguro. Y otra cosa...

—¿Sí?

—Marka dispara a quemarropa. Procura que no te quemes.

—Tendré cuidado.

Empezaba a irse cuando se detuvo para mirarlo con el ceño fruncido durante algunos segundos.

—Thorny, tengo una impresión rara acerca de ti. No logro acabar de concretarla.

—Ella miró fijamente, esperando—. ¿Vas a estropear el estreno, Thorny?

El rostro de él no mostraba nada, pero algo se hizo un nudo en su interior. La veía implorante, confiada y al mismo tiempo preocupada. Contaba con él, se fiaba de él...

—¿Para qué iba a querer estropear la representación, Jade? ¿Por qué razón iba a hacer una cosa así?

—Te lo estoy preguntando.

—De acuerdo. Te prometo que tendrás el mejor Andreyev que pueda darte.

Ella asintió lentamente.

—Te creo. Pero no era eso exactamente de lo que dudaba.

—Entonces, ¿qué es lo que te preocupa?

—No lo sé. Sé lo que piensas acerca del autodrama. Y tengo la estremecedora sensación de que ocultas algo en la manga. Eso es todo. Lo siento. Sé que tienes demasiada integridad para arruinar tu propia representación, pero...

Se detuvo y agitó la cabeza, con sus ojos atravesándole; seguía preocupada.

—Oh, de acuerdo. Pensaba interrumpir la obra en el tercer acto. Mostrarle al público la cicatriz de mi operación de apendicitis, hacer un par de juegos de manos con naipes, y anunciar que me declaraba en huelga. Iba a marcharme del escenario — dijo.

Le sacó la lengua, y puso cara de estar enfadado.

Ella enrojeció ligeramente, y se echó a reír.

—Oh, ya sé que no vas a hacer nada ruin. Y no es porque no vayas a hacer todo lo que puedas para darle una bofetada al autodrama en general, pero... no hay nada que puedas hacer esta noche que vaya a lograr ningún resultado. Excepto hacer que los espectadores regresen a sus casas irritados. Pero eso no estaría de acuerdo con tu carácter; lamento haberlo pensado.

—Gracias. Deja de preocuparte. Si perdéis dinero, no será por culpa mía.

—Te creo, pero...

—Pero ¿qué?

Se inclinó hacia él.

—Tienes un aspecto demasiado triunfal, eso es lo que pasa —siseó ella, y luego le dio unas palmadas en la mejilla.

—Bueno, es mi último papel. Yo...

Pero ella ya se marchaba, dejándolo con un bocadillo y la oportunidad de dormir un poco.

Pero el sueño no venía. Se quedó jugueteando con las balas calibre 32 que tenía en el bolsillo, y pensando en el impacto que su salida final tendría en la conciencia teatral. Ese pensamiento le resultaba placentero.

De pronto, mientras estaba recostado, adormilado, se le ocurrió que lo llamarían suicidio. ¡Qué tontería! Piensa en el efecto de la sorpresa, en el impacto dramático, en la reacción del auditorio. Los maniqués no sangran. Y luego, los titulares: «Actor robot mata a viejo intérprete, víctima del escenario mecanizado». De todas maneras,

seguirían llamándolo suicidio. ¡Qué tontería!

Pero quizá también eso fuera lo que pensaba el paranoico asomado a la ventana del vigésimo piso: la reacción de su auditorio. ¿Acaso cada herida autoinfligida no iba dirigida en realidad a la conciencia del mundo?

Le preocupaba un poco, pero...

—Quince minutos para el telón —croaba el sistema de altavoces—. Quince minutos...

—¡Hey, Thorny! —le gritó irritado Feria—. Ve a la sala de maquillaje. Te están buscando.

Se levantó cansinamente, miró a su alrededor, a la confusión de entre bastidores, y luego fue hacia el departamento de maquillaje. Una cosa estaba clara: tenía que proseguir.

El teatro no estaba totalmente lleno. Un tercio de los espectadores había preferido recuperar su dinero a esperar un inicio pospuesto y a un sustituto en el papel de Andreyev, un sustituto desconocido o, a lo sumo, mal recordado, que no tenía un número de índice de Smithy junto a su nombre en los carteles. No obstante, la mayor parte del auditorio había planeado ya cómo pasar aquella noche, y se había quedado para ocupar sus asientos con sólo un mal humor contenido a causa del retraso. Los espectadores que habían acudido a la reventa y pagado mucho más del precio de taquilla y que no podían reclamar que este exceso les fuera devuelto, se vieron obligados a aceptar las cosas como estaban o a perder dinero sin obtener nada a cambio. Llegaron, y se agitaron, nerviosos, mirando sus relojes mientras la voz de un maestro de ceremonias musitaba excusas y presentaba números orquestales, principalmente de compositores rusos. Luego, por fin:

—Damas y caballeros, hoy tenemos con nosotros a una de las más admiradas actrices de los escenarios, pantallas y autodramas, una de las protagonistas de la obra de esta noche, tan joven y encantadora como lo era cuando fue inmortalizada por Smithfield: ¡Mela Stone!

Entre las sombras, Thornier miró, los labios apretados, cómo ella entraba grácilmente en el círculo iluminado por los focos. Parecía anormalmente pálida, pero el arte de los maquilladores había llevado a cabo un buen trabajo; sólo parecía un poco más vieja que su muñeca, todavía seguía siendo encantadora, aunque algo menos arrogantemente bella. Sus centelleantes joyas habían desaparecido, y llevaba un sencillo traje oscuro con un escote muy profundo; su cabello estaba peinado muy alto, formando como un turbante que dejaba desnudo su gracioso cuello.

—Hace diez años —comenzó a decir suavemente— ensayé para una representación de *El anarquista* que nunca se llevó a cabo, ensayé con un hombre llamado Ryan Thornier en el papel estelar, el actor que interpreta el papel esta noche. Con especial afecto, recuerdo los tiempos...

Vaciló, y luego siguió mansamente. Thornier parpadeó. Obviamente, el

parlamento había sido escrito por Jade Feme, y era evidente que las palabras eran como trozos de manzana envenenada en la boca de Mela. Daba la impresión de que estaba diciéndolas sólo porque no era educado vomitarlas. Mela estaba siendo castigada por su intento de echarse atrás, y Jade la había obligado a aparecer únicamente tras amenazarla con ponerle al maniquí de Stone una peluca gris y hacer que la muñeca leyese sus palabras. La pequeña encargada de producción tenía una vena rencorosa que surgía cuando alguien se interponía en su camino.

Las palabras introductorias de Mela estaban escritas para convencer al auditorio de que se podía sentir afortunado por tener a un Thornier en lugar de a un Peltier. Nada había que revelase que se trataba de un actor de carne y hueso. No usó las palabras «muñeco» o «maniquí», permitiendo que el auditorio mantuviese sus preconcepciones sin confirmarlas. No se extendió mucho. Tras algunas anécdotas acerca de la primera representación de la obra, hacía ya más de una generación, acabó:

—Y, sin más retraso, amigos míos, les presento: *El anarquista* de Pruchev.

Hizo una reverencia al tiempo que se ocultaba tras las cortinas, llorando mientras dejaba la escena. Un mayestático estallido musical dio paso a la escena inicial. Ella vio a Thornier y se detuvo, no habiendo acabado de salir del todo de escena. El telón comenzó a subir. Corrió hacia él, dudó, se detuvo para contemplarlo aprensivamente. Sus ojos estaban enrojecidos, y se mordía el labio.

En escena, un teléfono sonaba en el escritorio del comisario Andreyev. Faltaban aún tres minutos para su entrada. Un teniente apareció para responder al teléfono.

—Muy bien hecho, Mela —susurró, sonriendo amargamente.

Ella no le escuchó. Sus ojos recorrieron el uniforme... muy parecido al uniforme que había llevado para un ensayo con vestuario hacía diez años. Se llevó la mano a la garganta. Quería escapar corriendo, pero al cabo de un momento logró contenerse. Miró a su propio maniquí, que esperaba entre bastidores, y luego a Thornier.

—¿No vas a decir algo apropiado? —siseó.

—Yo...

Su gélida sonrisa se borró lentamente.

Era su primer pequeño triunfo sobre Mela, una cansada y envejecida Mela que había comprado la seguridad a cambio de su integridad, y que aún seguía pagando por ella con pequeñas vergüenzas como aquélla. Aquella Mela a la que en otro tiempo había amado. El primer pequeño «triunfo» le apretaba el cuello como una soga.

Cuando estaba a punto de irse, la tomó por el brazo.

—Lo lamento, Mela —murmuró roncamente—. Realmente lo lamento.

—No es culpa tuya.

Pero lo era. Ella no sabía lo que había hecho, naturalmente. No sabía que había cambiado las cintas y preparado su propia selección para reemplazar al muñeco de Peltier, de forma que tendría que contemplarlo representando junto a la muñeca-

imagen de una Mela que había dejado de existir hacía diez años, contemplarlo volver a vivir una parodia de algo.

—Lo lamento —dijo de nuevo.

Agitó la cabeza, soltándose el brazo y marchándose apresuradamente. La vio irse, y sintió náuseas en su interior. Su frígido encuentro algunas horas antes, aquel mismo día, había sido el momento decisivo, cuando, en un estallido de amargura, había tomado la determinación de seguir adelante y hasta excusarse a sí mismo por hacerlo. Quizá la amargura había enturbiado su vista, pensó. Su reacción por apartarse de él de aquella manera no había sido esnobismo, había sido horror. Un viejo fantasma vestido con un mono sucio, cuyo rostro probablemente ella había tratado de olvidar, había aparecido para enfrentarse a ella en un lugar que ya estaba demasiado lleno de recuerdos. No le extrañó que le hubiera parecido fría. Probablemente él simbolizaba algunas de las autoacusaciones de ella, pues sabía que había afectado a otros de aquella manera. A los que habían tenido éxito, a aquellos que habían sacado provecho del autodrama, y que cuando lo veían con la fregona y el cubo, y recordaban a Ryan Thornier, se apresuraban a darle la espalda. Y a cada darle la espalda, había notado una pequeña satisfacción mientras imaginaba sus pensamientos: *Thornier no se ha vendido*, y cómo lo odiaban, pues ellos se habían vendido y perdido algo con ello. Pero el ser odiado por Mela... eso, de alguna manera, era distinto. No lo deseaba.

Alguien le dio unos golpecitos en las costillas.

—¡A escena, Thorny! —siseó una voz tensa—. ¡Es tu turno!

Regresó al presente con un gruñido. FERIA le estaba empujando frenéticamente hacia la entrada. Trató rápidamente de recuperar su presencia mental, entró en su personaje, y apareció en escena.

Lo hizo muy mal. Aun antes de salir y ver sus rostros, supo que había hecho muy mal la escena. Se había equivocado en dos frases, y necesitó que Rick le apuntase varias veces desde la cabina. Su actuación era poco flexible... lo notaba.

—¡Lo haces muy bien, Thorny, muy bien! —le dijo Jade, porque no había otra cosa que se atreviese a decirle durante una actuación.

Si uno hacía estremecer el ego de un actor durante un ensayo, tenía tiempo de recuperarse; si lo hacía durante una representación, quizá le amargase toda la noche. No obstante, sin que lo dijera, adivinaba la preocupación que había tras su sonrisa mecánica.

—Pero intenta tranquilizarte un poco, ¿eh? —le aconsejó—. Todo va bien.

Lo dejó para que se revolcase en su soledad. Se apoyó contra la pared y miró a sus pies, flagelándose a sí mismo: *fracasado, miserable, desgraciado, barrendero de vocación, fregona de escenarios...*

Tenía que recuperarse. Si arruinaba aquella oportunidad, no habría otra. Pero seguía pensando en Mela, y en cómo había deseado hacerle daño, y cómo ahora que se lo estaba haciendo deseaba dejar de hacerlo.

—A escena, Thorny... despierta.

De nuevo estuvo allí, tartamudeando sus frases, sintiéndose aterrorizado por el mar de rostros entrevistados allá donde debía haber una cuarta pared.

Le estaba esperando tras su segunda salida. Salió pálido y estremecido, con el sudor empapándole el cuello. Se apoyó contra la pared, encendió un cigarrillo y la vio sin verla. Ella no podía hablar. Le tomó el brazo con ambas manos y lo acarició mientras apoyaba la frente contra su hombro. Ella miró, desmayadamente. Había dejado de estar dolida; no podía estarlo cuando lo veía comportarse como un estúpido allá afuera. Podía haber estado vengativamente encantada por ello, y casi deseaba que así hubiera sido. En lugar de ello, estaba complaciéndolo. Se sentía anonadado, asqueado hasta la médula. No podía seguir.

—Mela, será mejor que a ti te lo diga; a Jade no puedo contarle lo que...

—No hables, Thorny. Simplemente hazlo lo mejor que puedas —dijo alzando la vista hacia él—. ¿Me harás el favor de hacerlo lo mejor que puedas?

Le asombró. ¿Por qué tenía que desear eso?

—¿No preferirías verme fracasar? —le preguntó.

Ella se apresuró a negar con la cabeza, luego hizo una pausa y asintió.

—Parte de mí lo querría, Thorny. Una parte vengativa. Tengo que creer en el escenario automático... creo en él. Pero no quiero que fracasases, realmente no lo quiero. —Durante unos instantes se tapó los ojos con las manos—. No sabes lo que es el verte ahí afuera... en medio de todo ese... ese... —se estremeció ligeramente—. Es una burla, Thorny. No encajas ahí. Pero, mientras estés ahí, no lo estropees. ¿Lo harás lo mejor que puedas?

—Sí, ya lo creo.

—Es una cosa precaria. Me refiero a la situación. Si la gente comienza a darse cuenta de que no eres un muñeco... —agitó lentamente a cabeza.

—¿Qué pasará si se dan cuenta?

—Se echarán a reír. Se echarán a reír hasta que te echen del escenario.

Estaba preparado para todo, menos para eso. Confirmaba la sensación que había tenido durante el ensayo.

—Thorny, eso es lo que realmente me preocupa. No importa si interpretas tu papel bien o mal, mientras no se den cuenta de lo que eres. No quiero que se rían de ti; ya has sufrido bastante.

—No se reirían si hiciese una buena interpretación.

—¡Sí que lo harían! No de la misma forma, pero lo harían. ¿No lo comprendes?

Se le abrió la boca. Negó con la cabeza. No era cierto.

—Ya lo han hecho antes otros actores de carne y hueso —protestó—. En escenarios pequeños, con Maestros miniaturizados.

—¿Has visto alguna vez una de esas representaciones?

Él negó con la cabeza.

—Yo sí. El público ya sabe por anticipado que parte del reparto es humano. Así que no les parece divertido. No hay el estremecimiento de descubrir una

incongruencia. Escúchame, Thorny..., hazlo lo mejor que puedas, pero no te atrevas a hacerlo mejor de lo que lo podría hacer un muñeco.

La amargura volvió en una oleada. ¿Era aquello lo que él había esperado? ¿El dar una representación tan mecánica como le fuera posible, el llevarlo a cabo tan bien como el Maestro, pero no mejor, y, sobre todo, sin diferencias, para que no se enterasen de lo que sucedía?

Ella vio su expresión preocupada, y le tomó la mano.

—Thorny, no me odies por decirte esto. Quiero que logres salir bien de esto, y pensé que debía advertirte. Creo saber ya lo que ha ido mal. Muy dentro de ti tienes miedo de que no reconozcan lo que eres en realidad, y eso hace que actúes de manera diferente a los muñecos. Será mejor que, por el contrario, comiences a tener miedo de que te reconozcan, Thorny.

Mientras la miraba, empezó a darse cuenta de que aún era capaz de ser la mujer que en otro tiempo había conocido y amado. Peor aún, quería evitar que se riesen de él. ¿Por qué? Si se sentía maternal, posiblemente quisiera escudarlo contra la desgracia, la crítica o los tomates podridos, pero no contra la pérdida de dignidad. La maternidad se nutría del abandono de la dignidad masculina, glorificaba la imagen del niño en el hombre.

—Mela...

—Sí, Thorny.

—Creo que nunca dejé de quererte.

Ella agitó la cabeza rápidamente, casi con irritación.

—Cariño, estás viviendo con diez años de retraso. Yo no, y tampoco pienso hacerlo. Quizá no me guste demasiado el presente, pero estoy en él, y sólo puedo cambiarlo en pequeñas cosas. No puedo hacer que de nuevo vuelva a ser el pasado, y no lo intentaré. —Hizo una pausa momentánea, y le miró al rostro—. Hace diez años, tampoco vivíamos en el presente. Estábamos viviendo un mítico, mágico y maravilloso futuro. Grandes talentos que estaban empezando a florecer. Aquellos días vivíamos de sueños. El futuro en que vivíamos nunca sucedió, y uno no puede volver atrás y hacerlo existir. Cuando un sueño deja de ser posible, se convierte en espejismo. No quiero vivir en un espejismo; quiero permanecer cuerda, aunque eso me haga daño.

—Es una pena que hayas tenido que venir esta noche —dijo él, rígido.

Ella se echó hacia atrás.

—Oh, Thorny, no quería decirlo tal como lo he hecho. Y no lo hubiera dicho con tal fuerza si no... —miró hacia el escenario a través del cristal a prueba de sonidos, viendo a su maniquí en una escena con Piotr—, si yo no hubiera tenido también problemas por desear demasiado.

—Querría que estuvieses ahí afuera conmigo —dijo en voz baja—. Sin muñecos, y sin Maestro. Sé cómo serían las cosas entonces.

—No, Thorny. Por favor. No digas más.

—Mela, te quise...

—No —se puso rápidamente en pie—. Me... me gustaría verte después de la función. Ven a buscarme. Pero no hables así. Especialmente no lo hagas ahora y aquí.

—No puedo evitarlo.

—¡Por favor! Hasta luego, Thorny, y... hazlo tan bien como sepas.

«Tan bien como sepa imitar a una máquina», pensó amargamente mientras la veía marcharse.

Se volvió para contemplar la obra. Algo iba mal en escena. Muy mal. De alguna forma, la interpretación de aquella escena por el Maestro no le parecía familiar. Frunció el ceño. Rick había hablado de la habilidad del Maestro para compensar, para alterar las interpretaciones, para dirigir algunos cambios. ¿Era aquello lo que estaba sucediendo? ¿Estaba el Maestro compensando... su interpretación?

Se acercaba el momento de salir a escena. Se adelantó hacia las tablas.

El primer acto había sido un verdadero fracaso. Feria, Feme y Thomas discutían entre una nube de humo de cigarrillo. Oyó murmullos de agitada discusión, pero no podía distinguir las palabras. Jade llamó a un tramoyista, le habló brevemente, y le mandó a un recado. El tramoyista recorrió el grupo de gente hasta que encontró a Mela Stone, y le habló rápidamente. Thorny contempló cómo iba a unirse al grupo de producción, y luego se dio la vuelta. Se ocultó para que no le vieran, quedándose entre algunos decorados arrinconados, esperando que terminase el breve entreacto y tratando de no pensar.

—Gran actuación, Thorny —dijo mecánicamente uno de los del vestuario, dándole una palmada en el hombro al pasar.

Reprimió el impulso de pegarle una patada al tipo ése. Sacó una copia del libreto e hizo ver que leía su papel. Una mano tiró de su manga.

—¡Jade!

La miró desenfocadamente, Y comenzó a excusarse.

—No sigas —dijo ella—. Hemos hablado de eso. Rick, explícaselo.

Rick Thomas, que estaba junto a ella, sonrió enseñando la dentadura y agitó la cabeza.

—Lo cierto es que no es todo por tu culpa, Thorny. ¿O acaso no te has dado cuenta?

—¿Qué quieres decir? —preguntó con suspicacia.

—Toma la escena quinta, por ejemplo —intervino Jade—. Imagínate que el reparto hubiera sido totalmente humano. ¿Qué opinarías de lo que sucedió?

Cerró los ojos un momento, y revivió la escena.

—Lo más probable es que estuviera irritado —dijo lentamente—. Probablemente acusaría a Kowrin de comerse mis parlamentos y a Aksinya de tratar de tapar mis entradas... pero sería una excusa —añadió, con una sonrisa enfermiza—. No puedo acusar a los muñecos. No pueden tratar de robarse escenas.

—De hecho, viejo, pueden hacerlo —dijo el técnico—. Y tu excusa es correcta.

—¿CÓ... cómo?

—Ya lo creo. Tú estropeaste la primera o las dos primeras escenas. Ante ello, el auditorio reaccionó. Y el Maestro reacciona ante la reacción del auditorio... compensando mediante alteraciones en la interpretación. Ve el escenario como un todo, incluyéndote a ti; en lo que al Maestro respecta, tú eres un muñeco sin grabación... como el de Peltier que usamos en el primer ensayo. Te envía únicamente las señales de la grabación del libreto, sin interpretación, porque no tiene grabación análoga tuya. Bueno, sin auditorio, todo sería normal, pero con una reacción de auditorio sobre la que trabajar, comienza a compensar, y ya que no puede compensar *a través* tuyo, lo hace mediante los otros.

—No comprendo.

—Yendo al grano, Thorny, la primera o las dos primeras escenas fueron una porquería. Al público no le caíste bien. El Maestro comenzó a compensar enfatizando otros papeles... y recaracterizándote *a ti*, a través de los otros.

—¿Recaracterizándome? ¿Cómo puede hacer eso?

—Fácilmente, cariño —le dijo Jade—. Cuando Marka dice: «Lo odio, es una bestia», por ejemplo, puede decirlo como si fuera cierto, o como si simplemente estuviese momentáneamente furiosa con Andreyev. Y eso afecta el aspecto bajo el que el auditorio te ve. Los otros actores afectan *tu* papel. Sabes que eso era cierto en el viejo teatro. Pues bien, también lo es en el autodrama.

Thornier los miró asombrado.

—¿No podéis detenerlo? Quiero decir, ¿no podéis reajustar al Maestro?

—No, si no limpiamos toda la memoria de la máquina y comenzarnos de nuevo. El efecto es acumulativo. Cuanto más compensa, más difícil se ponen las cosas para ti. Cuanto más difíciles sean las cosas para ti, peor apareces ante la gente. Y cuanto peor aparezcas ante la gente, más tratará de compensar.

Miró anonadado su reloj. Faltaba menos de un minuto para la primera escena del segundo acto.

—¿Qué debo hacer?

—Seguir —dijo Jade—. Hemos telefoneado a Smithfield. Hay un ingeniero programador en la ciudad, y viene hacia aquí por helitaxi. Entonces, ya veremos.

—Quizá podamos arreglarlo —añadió Rick—, modificándolo poco a poco: alimentándole una serie falsa de factores de reacción de audiencia, y cortando sus circuitos sensoriales entre el público. Lo intentaremos, eso es todo.

La luz centelleó dando paso al comienzo del acto.

—Buena suerte, Thorny.

—Supongo que la necesitaré —dijo hoscamente mientras se disponía a hacer su entrada.

La cosa de la cabina lo miraba. Lo miraba, medía y juzgaba, y no lo hallaba al

nivel adecuado. Quizá, pensó locamente, *hasta lo odiaba*. Vigilaba, planeaba, regulaba, y estaba hundiéndolo.

Los rostros de los muñecos, las manos, las voces... le pertenecían. Los mágicos circuitos de la cabina los alineaba en contra suya. Sin duda, lo veía como uno de ellos, pero uno que no respondía a sus impulsos de mando. Quizá lo veía como un muñeco estropeado, y trataba de corregir los efectos de su mal funcionamiento. Pensó en los viejos conflictos entre directores y actores puristas, los actores que se autodirigían... y éste era el mismo conflicto, agravado por la falta de capacidad de un director electrónico para comprender que se pudieran dar tales cosas. El actor purista, el actor que vivía su papel y no aceptaba ser dirigido, y cuya actuación surgía de fuentes inconscientes sin conexiones externas, acostumbraba a ser odiado por los directores, incluso cuando su actuación resultara perfecta. Por el contrario, el maniquí era el perfecto actor camaleón, el actor que un director podía hacer sonar como si fuera un instrumento.

Hubiera sido más fácil para él haber sido uno de estos actores, pues quizás hubiera podido adaptarse. Pero Andreyev, su Andreyev, tal como se había preparado para el papel, Andreyev estaba encarnado como un alma alterna en su interior. Nunca «interpretaba» un papel. Andreyev, «vivía» un papel. Y ahora, sólo podía adaptarse a las necesidades momentáneas del escenario como Andreyev, mediante su identidad de Andreyev, y sin adaptar el personaje a lo que él creía que era. El intentarlo, el tratar de conformarse a lo que deseaba el Maestro, sólo sería caer en la más abismal confusión. Y, no obstante, a través de los otros, la máquina le estaba obligando.

Permaneció impasible tras su escritorio, escuchando fríamente las negativas del prisionero... un revolucionario, un incendiario asociado con la banda guerrillera de Piotr.

—¡Te aseguro, camarada, que no tuve nada que ver con eso! —gritaba el prisionero—. ¡Nada!

—¿No le ha interrogado detenidamente? —Le gruñó Andreyev al teniente que guardaba al prisionero—. ¿No ha firmado una confesión?

—No hizo falta, camarada. Su cómplice confesó —protestó el teniente.

Sólo que se suponía que no debía protestar. El teniente lo hizo sonar como si fuese una cosa monstruosa: el obtener una confesión del prisionero, quizá por medio de torturas, cuando ya había bastante evidencia por la que condenarlo. Las palabras eran correctas, pero su significado había sido alterado.

Habría tenido que ser una simple afirmación de un hecho: «No fue necesario, camarada. Su cómplice confesó».

Thornier hizo una pausa, enrojando ligeramente. Su siguiente frase era: «Vea que éste confiese también». Pero no iba a decirla. Aumentaría el efecto del tono de asombrada protesta del teniente. Pensó rápidamente. El teniente era un actor de poca monta, y no volvía a aparecer hasta el tercer acto. No haría ningún daño

eliminándolo.

Lanzó una mirada asesina al muñeco, y le preguntó gélidamente:

—¿Y qué es lo que ha hecho con el cómplice?

El Maestro no podía inventar frases, ni comprender una desviación intencionada. El Maestro sólo podía interpretar una desviación como un mal funcionamiento, y tratar de compensarlo. El Maestro fue una frase hacia atrás, e hizo que el teniente repitiese la suya.

—Ya se lo he dicho: *confesó*.

—¡Ajá! —rugió Andreyev—. Lo ha matado, ¿eh? ¿No pudo sobrevivir al interrogatorio? Usted lo asesinó.

—*Thorny, ¿qué estás haciendo?* —susurró con tono de urgencia Rick a través de su receptor auricular.

—Confesó —repitió el teniente.

—¡Queda arrestado, Nichol! —Ladró Thorny—. Preséntese al mayor Malin. Y devuelva el prisionero a su celda. —Hizo una pausa. El Maestro no podía seguir hasta que le diera la entrada, pero ahora no había problemas en decir la frase—: Y... ocúpese de que éste también confiese.

—Sí, señor —replicó el teniente, con rostro pétreo, comenzando a salir de escena con el prisionero.

Thornier disfrutó al destrozar su salida, gritándole:

—¡Y preocúpese de que éste salga vivo!

El Maestro los hizo partir sin que miraran hacia atrás, y Thornier se sintió brevemente complacido consigo mismo. Pudo entrever a Jade con sus manos entrelazadas sobre la cabeza, en un signo de «victoria», desde un lugar en que no podía ser vista por el público. Pero no podría salir tan bien, inventándose situaciones a cada momento.

Especialmente, temía la entrada de Marka, la muñeca de Mela. El Maestro estaba engrandeciendo su papel, ennobleciéndola, justificando con sutileza su traición a costa de la personalidad de Andreyev. No quería combatir eso. El papel de Marka era demasiado importante para jugar con él. Y, además, alterar la actuación de la muñeca de Mela sería como abofetear a la propia Mela.

Bajó el telón. Los muebles corrieron por el escenario. Rápidamente se transformó en una sala de estar, y el telón se alzó de nuevo.

Aulló:

—¡Basta de arrestos; después del toque de queda, dispáren a matar! —dijo por teléfono, y colgó.

Cuando se volvió, ella estaba junto a una puerta, escuchando. Se encogió de hombros y entró con paso despreocupado, mientras él la contemplaba en un silencio suspicaz. Era la consumación de su traición: había regresado a él, pero como espía de Piotr. Él sólo sospechaba su infidelidad, pero no su traición. Era una escena crucial, y

el Maestro podía hacer que ella la interpretase como una perversa traidora o como una mujer que se ve obligada a traicionar a un Andreyev que se comporta como un verdadero animal. La contempló, estudiándola.

—Bueno... ¡Hola! —dijo ella petulantemente, tras atravesar la habitación.

Él gruñó fríamente. Ella siguió, despreocupada y superior. Hasta ahora, todo iba como debía. Pero aún faltaba la terrible discusión.

Fue hasta un espejo y comenzó a arreglarse el cabello, desbaratado por el viento. Hablaba nerviosa, compulsivamente, de cosas triviales, ocultando su ansiedad por estar ante él, tras su traición. Parecía furtiva, cansada, bastante parecida a la verdadera Mela de hoy en día; el Control de la expresión que tenía el Maestro era maravilloso.

—¿Qué es lo que estás haciendo aquí? —estalló él repentinamente, interrumpiendo su cháchara.

—Aún vivo aquí, ¿no?

—Te fuiste.

—Sólo porque tú me ordenaste que lo hiciera.

—Dejaste bien claro que querías irte.

—¡Mentiroso!

—¡Embustera!

Siguió así durante un rato. Luego, él comenzó a meter lo que había en varios cajones en una maleta.

—Vivo aquí, y aquí me quedaré —rugía ella.

—Como prefieras, camarada.

—¿Qué es lo que haces?

—Me marchó, claro está.

La batalla continuó. Seguía sin haber ningún intento por parte del Maestro de modificar la escena. ¿Habría sido corregido el problema? ¿Habría afectado de alguna manera a la máquina su altercado con el teniente? Algo era diferente. Estaba resultando una buena escena, hasta el momento, la mejor.

Ella aún seguía gritándole cuando comenzó a dirigirse hacia la puerta. Se detuvo a media frase, sin aliento... luego gimió su nombre y se derrumbó sobre un sofá, llorando violentamente. Él se detuvo. Se volvió, y se quedó con las manos en las caderas, contemplándola. Gradualmente, se suavizó. Dejó la maleta en el suelo, y caminó hacia ella, todavía hosco y ceñudo.

Cesaron sus sollozos. Levantó la vista para mirarlo, vio su incapacidad de escapar, y comenzó a sonreír. Se alzó lentamente, echándole los brazos al cuello.

—Sacha... oh, mi Sacha...

Los brazos eran cálidos, los labios húmedos, la mujer viva entre sus brazos. Por un momento, dudó de sus sentidos. Ella lanzó una risita y le susurró:

—Me romperás una costilla.

—Mela...

—¡Déjame ir, estúpido! ¡La escena! —Y luego, en voz alta—: ¿Puedo quedarme, cariño?

—Siempre que quieras —dijo él con voz ronca.

—¿Y no volverás a mostrarte celoso?

—Nunca.

—¿Ni a interrogarme cada vez que me marche por una hora o dos?

—O dieciséis. *Fueron* dieciséis horas.

—Lo lamento.

Le besó. Subió la música. Finalizó la escena.

—¿Cómo es que lo has hecho? —le susurró mientras bajaba el telón—. ¿Y por qué?

—Me pidieron que lo hiciera. A causa del Maestro —lanzó una risita—. Parecías hundido. Hey, puedes dejarme ya. Ya ha caído el telón.

Los muebles móviles de nuevo volvían a ordenarse. Se apresuraron a salir del escenario, evitando un sofá que pasaba rodando. Jade los esperaba.

—¡Maravilloso! —susurró, tomándoles las manos—. Fue realmente maravilloso.

—Gracias... gracias por dejármelo hacer —contestó Mela.

—Ocúpate del papel desde ahora, Mela... al menos de las escenas con Thorny.

—No sé —murmuró—. Ha pasado tanto tiempo... cualquiera podría haber representado la escena de la pelea.

—Puedes hacerlo. Rick te irá dando indicaciones y recordándote las frases. El ingeniero está aquí. Y están hurgando las tripas del Maestro. Pero se arreglará *él mismo* si le dejas contemplar un par de escenas más como ésta.

Habían salvado el segundo acto. Los personajes secundarios aún seguían siendo imponderables, y el Maestro seguía tratando de compensar de acuerdo con la reacción del auditorio al primer acto, pero con una Marka humana, los intentos de compensación tenían menos efecto, y las distorsiones interpretativas parecieron disminuir ligeramente. El Maestro estaba acumulando nuevos datos a medida que continuaba la obra, y cambiando las interpretaciones.

—No fue maravilloso —susurró él mientras se estiraban para relajarse entre los actos—, pero fue pasable.

—El tercer acto será mejor, Thorny —prometió Mela—. Lo salvaremos. Pero es una pena lo del primer acto.

—Quise que fuera lo mejor de lo mejor —susurró él—. Quise darles algo en lo que pensar, algo que recordar. Pero ahora estamos luchando para evitar que sea un fracaso total.

—¿No fue siempre así? Uno se disponía a hacer historia, y al final acababa trabajando como un loco para lograr que fuera simplemente pasable.

—O para evitar tener que esquivar vegetales voladores.

Ella se echó a reír.

—Jiggie acostumbraba a decir: «Entré siendo el plato principal, y salí con los restos de la ensalada». —Hizo una pausa, y luego añadió pensativamente—: Lo *difícil* es que uno *tiene* que apuntar alto si es que quiere simplemente dar en alguna parte. Y eso puede llegar a ser descorazonador... Intentar cada vez llegar a lo sublime, y lograr únicamente evitar lo ridículo o lo mediocre.

—Por muy alto que uno apunte, no puede alcanzar la velocidad de liberación. La ambición es una trayectoria cuyo punto de impacto por muy potente que sea el lanzamiento, está en la nada.

—Eso parece una cita.

—Lo es. Del Satiricón de una exfregona de suelos.

—Thorny...

—¿Qué?

—Mañana lo voy a lamentar... pero esta noche lo estoy disfrutando... quiero decir el volver a pasar por todo esto. El vivir como en un espejismo. Y sin embargo, no es bueno. Es opio.

La miró un instante, sorprendido, y no dijo nada. Quizá fuera opio para Mela, pero ella no había comenzado con la loca esperanza de que esta noche se produciría el clímax y el punto máximo de toda una vida en los escenarios. Ella estaba interpretando un papel para salvar la obra, y no le significaba nada respecto a una carrera que había abandonado deliberadamente. Él, sin embargo, había esperado llevar a cabo una gran interpretación. No obstante, *no* era grande. Si trabajaba duro en el tercer acto, quizás en su totalidad, pudiera compararse a sus interpretaciones pasadas. A menos...

—¿Crees que alguien del auditorio se lo habrá imaginado ya? Me refiero a lo de nosotros.

Ella negó con la cabeza.

—No he visto signos de ello —murmuró adormilada—. La gente ve lo que espera ver. Pero mañana se sabrá.

—¿Por qué?

—Por tu escena con el teniente. Cuando te inventaste eso para salir del lío. Seguro que debe haber algún crítico teatral, o quizás un profesor, ahí afuera, que haya leído la obra antes de venir a verla, y que habrá fruncido el ceño cuando te sacaste eso de la manga. Irá a casa y lo comprobará en su ejemplar del libreto para asegurarse y, entonces, ya habrán descubierto el gato encerrado.

—Entonces, ya no importará.

—No.

Ella quería echarse una siesta o descansar, y él se quedó en silencio. Mientras la veía relajarse, algo de su amargo desencanto desapareció. Aunque fuera durante una sola noche de opio era bueno el estar actuando de nuevo. Y quizá fuera mejor que no estuviese consiguiendo lo que deseaba. Hasta estaba dispuesto a admitir que había un algo de locura en haber imaginado tal acción.

Perfección e inmolación. Ahora que la perfección ya no era posible, todo su plan parecía como la pesadilla de un fantástico enfermo, y se sentía avergonzado. ¿Por qué lo había hecho...? ¿Por qué se había abandonado a lo que siempre había sido únicamente una fantasía petulante, un sueño infantil? El deseo, más la oportunidad, más el impulso, en un marco de amargura y en un momento de transición personal, habían sido bastante para arrancar el loco deseo de su refugio cortical y empujarle a iniciar la realización de un sueño. Un sueño infantil.

Y luego, el impulso lo había llevado hacia delante. Las grabaciones alteradas, la pistola cargada, la sucia treta con Jade... y ahora la lucha para impedir que el espectáculo muriese. Había ido al río, subido a la barandilla del puente y mirado hacia abajo a la negra y agitada corriente... para finalmente descender de nuevo porque el viento podía estropear su salto del cisne.

Se estremeció. Saber que se podía perder tan fácilmente le atemorizaba un poco. ¿Qué le habían hecho los años, o que se había hecho a sí mismo?

Quizás había conservado su integridad, pero ¿de qué servía la integridad en un vacío? Tenía el alma de un actor, y se había aferrado a ella cuando los otros estaban vendiendo las suyas, pero con los años había desaparecido el mercado de almas, y él se había quedado sin saber qué hacer con la suya. Se había quedado muy firme sobre sus principios, y los años habían fundido el frío glaciar de la realidad bajo sus principios. Y, sin embargo, él seguía sobre ellos, mientras la realidad descendía hacia el mar. Se había dedicado al escenario viviente, y había cuidado amorosamente su tumba, esperando la resurrección.

Viejo loco, pensó, has estado metiéndote en remolinos de locura y tambaleándote junto a abismos de irracionalidad. Tomaste a la irrealidad de la mano y la llevaste, galantemente, a través del peligro y la confusión, y finalmente te casaste con ella antes de darte cuenta que estaba muerta. Ahora, la única cosa decente que se podía hacer con ella era enterrarla, pero ese entierro no lograría llevarlo de nuevo a través del peligro y la confusión para volverlo al buen camino. Tendría que cortar camino. Quizá fuera demasiado tarde para hacer nada con el resto de su vida. Pero sólo había una forma para averiguarlo. Y el primer paso era poner una cierta distancia entre el escenario y él.

«Si una pequeña caja negra me sustituye en mi trabajo», había dicho Rick, «yo pasaré a trabajar haciendo pequeñas cajas negras».

Con un ligero sobresalto Thornier se dio cuenta de que el técnico sentía lo que decía. Y también, en cierta manera, Mela lo había hecho. También Jade. Especialmente Jade. Pero aquélla no era la respuesta adecuada para él. Al menos no ahora. Había permanecido demasiado tiempo llorando a los muertos, y necesitaba una ruptura limpia y tajante. Mañana, desaparecería, se iría lejos, se imaginaría que tenía de nuevo veintiún años, y comenzaría a buscar algo durante el resto de su vida. El verdadero problema sería cómo seguir comiendo mientras lo lograba. Aquellos días resultaba difícil encontrar trabajadores especializados, pero tampoco había muchos

trabajos no especializados. El vender su talento como actor para propósitos comerciales sólo serviría si podía hallar un propósito comercial en el que creer y del que vivir, ya que su talento no era superficial como el de un actor camaleón. Sería una búsqueda difícil, pues nunca se había preocupado en creer en nada que no fuera el teatro.

Mela se agitó repentinamente.

—¿Me ha llamado alguien? —murmuró—. ¡Ese estrépito...!

Se sentó y miró a su alrededor. Luego, gruñó dubitativa.

—¿Cuánto falta para que se levante el telón? —preguntó.

Repentinamente, se levantó y dijo:

—Jade me hace señas. Te veré en el escenario, Thorny.

Contempló como Mela se marchaba apresuradamente y miró a Jade que la esperaba en medio de una pequeña reunión, sintiendo un retortijón de culpa. Les iba a costar dinero, problemas y nervios, y quizá su actuación pusiera en peligro la permanencia de la obra. Era una cosa muy poco noble, y se sentía avergonzado, pero no podía deshacer lo hecho, y la única compensación era darles el mejor tercer acto posible, y luego salir de allí. Rápidamente, antes de que Jade lo averiguara todo, y organizase un grupo de linchamiento. Tras mirar con aire ausente hacia la pequeña reunión durante algunos segundos, cerró los ojos y se adormiló de nuevo.

De pronto, los abrió. Había algo en aquel grupo... algo peculiar. Se sentó, y los contempló de nuevo, con el ceño fruncido: Jade, Mela, Rick, Fera, y tres desconocidos. Nada peculiar en eso. Excepto...

Veamos... El delgado con aspecto estudioso, ése debía de ser probablemente el ingeniero programador. El tipo grueso y de aspecto sano, de traje negro y mirada inquieta; Thornier no podía imaginar quién era, y se le veía fuera de lugar entre bastidores. El tercero le parecía algo familiar, aunque también fuera de lugar: un hombrecillo regordete, sin corbata y con un grueso puro, que parecía más interesado en el lío de entre bastidores que en la discusión del grupo. El tipo fuertote no dejaba de hacerle preguntas, y él murmuraba breves contestaciones sin soltar el puro, mientras contemplaba el paso de los tramoyistas.

En una ocasión, cuando respondía, se sacó el puro de la boca y miró rápidamente en dirección a Thornier. Éste se envaró y notó como un escalofrío le recorría la espina dorsal. El hombrecillo grueso era...

... ¡El encargado del almacén!

Que le había entregado la grabación y la cinta adhesiva. Que podía identificar de inmediato el problema, y que indudablemente lo estaba haciendo en aquel mismo momento.

Tengo que salir. Tengo que irme de aquí rápidamente. El tipo sanote era o bien un policía o un detective privado, uno de los varios que Smithfield tenía contratados. Tengo que escapar, tengo que ocultarme, tengo que... Me lincharán.

—No por esa puerta, amigo. Eso es el escenario; ¿qué es lo que...? ¡Oh, Thorny,

aún no es hora de entrar!

—Lo lamento —se disculpó al hombre de los decorados, y dio la vuelta.

Centelleó la luz, y sonó débilmente el zumbador:

—*Ahora* sí es hora —le dijo el hombre de los decorados.

¿Adónde iba y de qué le iba a servir?

—¡Hey, Thorny! ¡El zumbador! ¡Vuelve! Has de prepararte. Estás en escena cuando se alce el telón... ¡Hey!

Hizo una pausa, y luego se volvió de nuevo y regresó. Entró a escena y tomó su lugar. Ella ya estaba allí, contemplándolo con aire extraño mientras se aproximaba.

—No lo hiciste, ¿verdad, Thorny? —le susurró.

La miró con los labios muy apretados, y luego asintió.

Ella pareció asombrada. Lo miró como si ya no fuera una persona, como si fuera un objeto peculiar que debía ser estudiado. No estaba irritada, ni desdeñosa, ni indignada... simplemente asombrada.

—Me imagino que estaba loco —dijo él pausadamente.

—Supongo que sí.

—No obstante, no se ha ocasionado mucho daño —dijo esperanzador.

—Thorny, hubo quien vio el segundo acto y más valía que no lo hubiera visto. Y se fueron del teatro.

—¿Quién?

—Dos patrocinadores y un crítico.

—¡Oh!

Pareció anonadado. Ella dejó de mirarlo y se quedó esperando a que se alzase el telón; su rostro mostraba una asombrada tristeza. No era su espectáculo, y no tenía en él más que una muñeca que le conseguiría uno o dos cheques, y en el que ahora se hallaba como sustituto temporal de su muñeca. La tristeza era por él. Hubiera podido comprender el desprecio.

Se alzó la cortina. Un mar de vagos rostros tras las bambalinas. Y él era Andreyev, jefe de una guarnición de policía soviética, leal siervo de una causa agonizante. Era fácil seguir su papel aquella vez, embeber firmemente su ego en la persona del policía ruso, y vivir un pedazo del siglo pasado. Para el ego era más comfortable estar allí que dentro de la piel de Ryan Thornier... una piel que quizá fuese enviada pronto al disecador, a juzgar por las miradas furtivas que le llegaban de entre bastidores. Hasta sería comfortable seguir siendo Andreyev tras la función, pero aquél era un método seguro de lograr obtener a Napoleón Bonaparte como compañero de cuarto.

No había cambio de decorado entre las escenas primera y segunda, sino un simple subir y bajar del telón para indicar un lapso temporal y permitir un cambio de actores. Él permaneció en el escenario, con lo que consiguió un momento para pensar. Si bien sus pensamientos no eran placenteros.

Los patrocinadores se habían ido. Mañana el espectáculo sería cerrado, a menos

que el telefacsímil matutino del *Times* llevase una crítica excepcional. Lo que parecía totalmente improbable. Los críticos estaban molestos. La gente molesta acostumbra a mostrarse impaciente. No estarían dispuestos a olvidar el primer acto. Lo había arruinado, y no podía salvarlo.

La venganza no era dulce. Tenía gusto a podredumbre y a estómago agriado.

«Dales un buen tercer acto. No puedes hacer nada más. Pero ni eso eliminará el sabor a podrido», pensaba para sí.

—*¿Por qué lo hiciste, Thorny?* —dijo la voz de Rick, susurrándole desde la cabina a través de su receptor en el oído.

Miró hacia arriba, y vio al técnico que lo contemplaba desde la ventanilla de la cabina. Extendió las manos en un gesto de impotencia, como diciendo: «¿Qué puedo decirte, y qué puedo hacer?».

—*Seguir adelante, ¿qué otra cosa cabe?* —susurró Rick, y se apartó e la ventanilla.

El incidente parecía confirmar que Jade deseaba que, de todos modos, acabasen. No podía hacer otra cosa. En cierta manera, estaba con él. Si el auditorio averiguaba que la obra tenía sustitutos humanos, y si a los críticos no les gustaba el espectáculo, quizá cayesen sobre los encargados de producción que «habían perpetrado una sustitución tan imposible», aún con más saña de lo que caerían sobre él. Ella había apostado por él, y a pesar de su truco para obligarla a hacerlo, era su espectáculo, su responsabilidad, y recibiría más golpes que nadie. Los críticos, los propietarios, los patrocinadores, y el público... a ellos no les importaba a quién echar las culpas, no les importaban las excusas ni las razones. Lo único que les importaba era el producto entregado, y si no les gustaba, la responsabilidad de ello estaba bien clara.

¿Y en cuanto a él mismo? Había un policía esperando entre bastidores. ¿Por qué? No había estudiado el código penal, pero no podía pensar en ninguna clara etiqueta de crimen que pudiera ser colocada sobre lo que había hecho. ¿Fraude? No sin intercambio de dinero o propiedades. Él había ido tras cosas intangibles, y la ley era algo que tenía los pies muy firmes sobre la tierra, se tornaba confusa cuando los motivos llevaban a la gente más allá de las acciones en contra de la propiedad o las personas, a ataques contra las ideas o principios. Entonces, pasaba la responsabilidad a la psiquiatría.

Después de todo, quizás el tipo sanote no fuera un polizante. Tal vez se tratase de un coleccionista de maniáticos.

A Thornier no le importaba mucho. El sueño se había desplomado, y ahora tenía que dejar que los cascotes le cayeran encima hasta tener una oportunidad de subir encima de ellos. Era el fin de algo que podía haber terminado hacía años, y no podía escapar hasta que no hubiera terminado de derrumbarse.

Se alzó el telón. La escena segunda fue buena. No brillante, pero lo bastante buena como para obligarles a que dejarasen de hacer globos con sus chicles y

mantenerlos envarados sobre sus asientos, absortos en su identificación con Andreyev.

La escena tercera era su Getsemaní: cuando las masas asediaban las oficinas públicas mientras él esperaba una respuesta de Marka y una contestación a su oferta de una tregua con las fuerzas guerrilleras. La respuesta era una sola palabra.

—*Nyet.*

Su sentencia de muerte. La palabra que lo arrojaba a los chacales de las calles, la palabra que lo abandonaba a la multitud sedienta de sangre. Y la multitud tenía su propia manera de resolver el asunto. Estaba coleccionando funcionarios para su exhibición. Podía ver la colección desde la ventana, al otro lado de la plaza, y la comentaba con un ayudante. Nueve hombres empalados en las puntas de acero de la gruesa verja situada frente a las oficinas del Soviet Regional. La multitud capturó a otro espécimen con su millar de manos, y lo colocó cuidadosamente. Alzó al espécimen hasta una posición sentada sobre un espigón de más de medio metro, y luego lo dejó caer sobre él mismo. Dos especímenes aún se agitaban.

Naturalmente, no dejaría que la multitud se saliese con la suya. En la parte baja del edificio había barricadas, y tendría mucho tiempo para encontrar la muerte de una forma privada y tranquila antes de que la multitud se abriese camino hasta allí. Pero aún esperaba. Aguardaba la respuesta de Marka.

Llegó la noticia. Dos guardias entraron a la carrera.

—¡Está aquí, camarada, ha venido!

Decían que venía con el enemigo, que venía a traicionarle, a traicionar al estado. *¡Imposible!* Pero el guardia insistió.

Con furia salvaje, y rehusando creerlo, con un profundo rugido, sacó la automática, y atravesó el corazón del portador de las malas noticias con un tiro.

Con el estruendo del disparo, el maniquí se desplomó. El estallido le trajo un súbito recuerdo a la memoria, y pensó: «El segundo proyectil del cargador... *¡No es de fogueo!*». Se había olvidado de descargar el mortífero proyectil.

Durante un instante dudó en si dispararlo contra el maniquí caído para deshacerse de él, apartó la idea de su mente y obedeció al libreto. Miró a su víctima y se estremeció, dejando que el arma se le escurriese de entre los dedos y cayese al suelo. Se tambaleó hasta la ventana para mirar al otro lado de la plaza. Se cubrió el rostro con las manos y esperó el telón de transición.

Bajó el telón. Se dio la vuelta y se dirigió hacia la pistola.

—*¡No, Thorny, no!* —Fue el frenético susurro de Rick desde la cabina—. *¡Al icono... al icono!*

Se detuvo en medio del escenario. No había tiempo de volver a tomar la pistola y descargarla. El telón sólo había descendido, y ya estaba empezando a subir. Que Mela se deshiciese del proyectil, pensó. Fue hasta el altarcillo, abriéndose el cuello de un tirón, y despeinándose. Cayó de rodillas frente al antiguo icono, de hinojos ante el Dios de la antigua Rusia, una Rusia que sobrevivía tan firmemente en fiera negación

como había sobrevivido en fiera afirmación. El alma cultural era una cosa viva, y sobrevivía tanto en la caída como en la Victoria. Nunca podía ser amputada, sino solamente corroída o lentamente transmutada por el tiempo y por la suave presión del agua que desgastaba la roca.

Había un busto de Lenin bajo el icono. Y había un busto de Harvey Smithfield bajo las máscaras teatrales griegas en la pared de la oficina de D'Uccia. Los signos del tiempo y los signos de lo temporal, y el latido cultural que pulsaba al ritmo de los siglos. Él había resistido a los tiempos mientras daban un cambio brusco de dirección, pero ningún hombre podía nadar durante mucho tiempo contra la corriente mientras seguía su trayectoria en zig-zag hacia la atemporalidad. Y los pronunciados cambios de dirección del curso eran engañosos... pues a pesar de ello conducían río abajo. Ningún hombre añadía nunca su pequeño esfuerzo al fluir luchando con todas sus fuerzas para resistir a la corriente. Ésta acabaría por cansarle y se lo llevaría hasta la nada mientras el mundo seguía fluyendo.

Marka, Boris y Piotr habían entrado, y él se había vuelto para mirarlos sin comprender. Siguieron las burlas, y las secas risas, mientras empujaban al otrora altanero pero ahora desplomado cabecilla por la escena como si fuera un animal atontado incapaz de responder. Rebotaba de uno a otro mientras lo empujaban para arrancarlo de su estado como de trance.

—Termina tu oración, camarada —dijo Mela, tomando la pistola que él había dejado caer.

Mientras se tambaleaba cerca de Mela, tuvo su oportunidad y le susurró rápidamente:

—La pistola, Mela... haz saltar el primer proyectil. Hazlo, rápido.

Estaba seguro de que lo había oído, aunque no parecía reaccionar... a menos que el ligero parpadeo de sus ojos hubiera sido una rápida mirada a la pistola. ¿Le había comprendido? Un momento más tarde, tuvo otra oportunidad de susurrar:

—La siguiente bala es real. Haz funcionar el mecanismo. Dispara el proyectil.

Se tambaleó mientras Piotr lo empujaba, tropezó contra un gran sillón, se derrumbó, y se quedó mirándolos. Piotr fue a abrir la ventana y a gritar una oferta a la multitud de abajo. Un rugido se alzó de la manada de afuera. Lo llevaron hasta la ventana en triunfal exhibición.

—¿Ves, camarada? —Gruñó el guerrillero—. Tu fiel congregación te espera.

Marka cerró los ventanales.

—¡No puedo soportar esa visión! —gritó.

—Llévalo con su pueblo —ordenó el líder.

—No... —Marka alzó el arma, y agitó enérgicamente la cabeza—. No os dejaré hacer eso. La multitud no.

Piotr gruñó una maldición.

—De todas formas lo tendrán. Subirán a registrar.

Thornier miró a la actriz asombrado. Aún no había disparado el proyectil. Y el

momento se aproximaba: un balazo para evitarle la multitud, un trozo de ardiente misericordia lanzado contra él por la mujer que lo había embaucado, utilizado y traicionado.

Se volvió hacia él con el arma, y él comenzó a echarse hacia atrás.

—Está bien, Piotr... si de todas maneras van a capturarlo...

Dio unos pasos hacia él, mientras se retiraba hacia un rincón. *¡La bala de verdad, Mela, dispárala!*

Entonces el pie de ella tocó uno de los bornes de cobre, y vio la débil nube de chispas. Ojos de cristal, carne de gomaespuma, nervios que eran chorros de electrones.

Mela se había ido. Aquélla era su muñeca. Quizá la verdadera Mela no podía soportarlo tras averiguar lo que había hecho, o quizá Jade la había llamado tras la primera escena del tercer acto. Una mano de plástico sostenía el arma, y un pequeño solenoide flexible esperaba el impulso que apretaría el gatillo con el dedo. El terror lo atravesó.

—*Dale la entrada, Thorny, dásela* —susurró su auricular.

La muñeca tenía que esperar su protesta antes de poder disparar. Tenía que aguardar su turno. Los ojos de él recorrieron el escenario, buscando la manera de escapar. Sólo tenía un instante para decidir.

Podía ir hacia la muñeca y quitarle el arma de las manos sin darle la entrada... traicionándose ante el auditorio y hundiendo el final de la obra.

Podía tratar de correr, darle la entrada, y esperar que fallase, dejándose caer tras el disparo. Pero, de aquella forma, caería sobre los bornes, y rebotaría aullando.

—*¡Por Dios, Thorny!* —aullaba Rick—. *¡Márcale la entrada!*

Miró el arma y se balanceó ligeramente, de un lado a otro. La pistola se balanceó con él, algo desfasada. Un segundo de desfase, no más...

—Por favor, Marka... —dijo balanceándose más rápido.

El dedo se tensó sobre el gatillo. El arma se movió buscándole, mientras se balanceaba de un lado a otro. Era arriesgado. Tenía que calcularlo con exactitud. Era como bailar con una cobra. Deseaba escapar.

«Falsificaste la grabación, echaste a perder la obra, sólo conseguiste un segundo puesto tras el sistema que odias —se recordó a sí mismo—. Y hasta cargaste la pistola. Ahora, si no quieres arriesgarte...». Apretó los dientes, mantuvo un movimiento de balance irregular, y luego...

—Por favor, Marka... no... no... *¡Noooo!*

Un puño de hierro lo golpeó en algún punto de la cintura, le hizo dar una vuelta, y lo lanzó al suelo. La secata del arma sólo era parte del golpe. Luego, se halló yaciendo hecho un ovillo en su lado del área de seguridad marcada con tiza, sangrando y maldiciendo suavemente. La escena continuaba. Comenzó a gritar, pero contuvo el grito en su garganta. Por entre una neblina, vio cómo los otros se movían

hacia el final de la obra, vio el mar de rostros desdibujados tras las luces. La bala le había atravesado algún punto de su costado.

Debía dejar de agitarse. No podían tener a un Andreyev muerto estremeciéndose como un pez arponeado sobre las tablas. Tenía que aguantar un minuto, sólo un minuto.

Pero no podía. Se apretó el costado y tanteó en busca de la herida. Era difícil palpar entre toda aquella pegajosidad. Quería arrancarse la ropa para llegar a la herida y contener la hemorragia, pero tampoco podía hacerlo. Aceptarían un maniquí estremeciéndose en una agonía de muerte, pero la sangre ya no iría tan bien. Los maniqués no sangraban. Pero ¿es que no la veían? Tenían que verla. Pensarían que era un buen truco. Quizás un tubo de tinta roja. El realismo es...

Hizo un nudo con su mano en el cinturón, y tiró de él para que le apretase al máximo la cintura. El dolor se hizo peor durante un instante, pero pareció contener el brotar de la sangre. Siguió tirando, apretando los dientes y esperando.

Sabía el punto exacto donde le había alcanzado, pero era más difícil decir por dónde había salido. Y lo que se había llevado por el camino. Gracias a Dios estaba sangrando, quizá no hubiese demasiado daño dentro.

Trató de enfocar el resto de la escena. En algún lugar, subía la música. ¿Habían salido todos dejándole solo en escena? Pero no... allá estaba Piotr, entre la neblina. Piotr se aproximó a su sillón de ceremonias. En otro tiempo había pertenecido a un noble del Zar. Piotr, una joven máquina perfectamente fría, tenía su momento de triunfo: inspeccionando el trono.

Un débil chillido llegó de algún punto de entre bastidores. Mela. ¿No podía tener la boca cerrada durante medio minuto? Probablemente había visto la sangre. Quizá la música hubiera ahogado el alarido.

Piotr subió el escalón y se dio la vuelta. Se sentó cuidadosamente sobre el trono de tiempos del Imperio, probándolo y sonriendo victoriosamente. Parecía encontrar confortable el sillón.

—Debo conservar esto, Marka —dijo.

Thornier le lanzó una maldición en voz baja. Desde luego, sí que se lo iba a quedar, hasta que los tiempos recorriesen otro meandro del largo y viejo río. Y no habría oposición a ello, a juzgar por el atronador aplauso.

Y el telón cayó lentamente, para cubrir la ventana que era el escenario.

Sonaron pasos junto a él, y gritó «¡Socorro!» un par de veces, pero los pasos no se detuvieron. Eran los maniqués, de vuelta a sus cajas de embalaje.

Se puso en pie por sí mismo, y todo se tornó oscuro. Pero cuando se disolvió la oscuridad aún seguía en pie, así que se tambaleó hacia la salida. Corrían hacia él: Mela y Rick y un par de tramoyistas. Se tendieron manos hacia él, pero las apartó.

—¡Seguiré solo! —Gruñó.

Pero, de todos modos, las manos lo aferraron. Vio a Jade y al tipo grueso, trató de ir hacia ellos y explicarles todo, pero ella se puso aún más pálida y se echó hacia

atrás.

«Debo de tener un aspecto sangrientamente aterrador», pensó.

—Trataba de esquivado, no quería...

—Ahórrate las fuerzas —le dijo Rick—. Ya te vi; agárrate.

Lo metieron en una caja de embalaje de muñeco, y oyó que alguien aullaba al auditorio que se marchaba, pidiendo un doctor, y luego cómo muchas manos comenzaban a trastear en su costado y a tirar de él.

—Mela...

—Aquí estoy, Thorny. Aquí mismo.

Y al cabo de un rato aún seguía allí, pero la luz del sol caía sobre la cama, y olía débiles aromas de hospital. Parpadeó mirándola varias veces antes de lograr recuperar su voz.

—¿Y el espectáculo? —preguntó.

—Lo han clausurado —dijo ella suavemente.

Cerró de nuevo los ojos y gruñó.

—Pero harán dinero.

Él la miró incrédulo y tragó aire.

—La publicidad. Impresionante. ¿Quieres que te lea los periódicos?

Asintió, y ella tomó los periódicos. Todos hablaban del loco que se había desangrado sobre las tablas. La detuvo a mitad del primer artículo. El público había comenzado a darse cuenta hacia el final de la obra, y la petición de un médico había confirmado sus sospechas.

—¿Pero reanudarán el espectáculo?

—¿Cómo no van a hacerlo? Con todo ese morbo que se ha despertado, si tienen que cambiar de obra será a causa de la interpretación de Peltier.

—¿Y Jade...?

—Amargada. Muy amargada. ¿Puedes echárselo en cara?

Negó con la cabeza.

—No pretendía hacerle daño a nadie. Lo siento.

Ella lo contempló en silencio durante un momento, y luego dijo:

—Uno no puede estar haciendo el fantasma como tú lo has estado haciendo, Thorny, sin dañar a nadie, sin que alguien no odie tus entrañas, sin que te pisoteen. No es posible.

Era cierto. Cuando uno se aferra a un trozo del pasado, y se queda agarrado a él en silencio, sólo se hace daño a sí mismo. Pero cuando se trata de abrirle brecha a ese pasado en el presente, uno comienza a herir a los que le rodean.

—El teatro está muerto, Thorny. ¿Conseguirás creerlo al fin?

Durante un rato pensó en ello, y finalmente negó con la cabeza. No estaba muerto. Sólo había cambiado su forma, y quizá no de una manera permanente. Lo

había pensado así, por primera vez, la pasada noche, ante el icono. Había cosas propias de los tiempos, y otras, las menos, atemporales. Los tiempos eran resultado de una cultura humana particular. Lo atemporal era el resultado de toda la cultura humana. Y el Hombre Cultural era dado a los espectáculos. Creaba escaparates de cultura para un auditorio de hombres, mostraba sus aspiraciones, ideales y propósitos en ellos; estas muestras eran necesarias para la continuidad de la cultura, para la orientación motivada de la especie.

Tras uno de estos escaparates, erigió un altar, y colocó ante él a un sacerdote para que cantase una descripción litúrgica del razonamiento de su corazón en cada tiempo. Y, tras otro escaparate, erigió un escenario y colocó sus muñecos parlantes sobre él para que viviesen una secuencia dramática de los deseos y penas de ese tiempo.

Ciertamente, los sacerdotes cambiaban, la liturgia también, y así mismo los muñecos, los dramas y las muestras... pero los escaparates, nunca, nunca, serían cerrados mientras el Hombre viviese, pues sólo a través de tales escaparates podía el hombre transitorio verse a sí mismo contra un fondo de mayor amplitud, ver al hombre inscrito en el Hombre. Una perspectiva imposible sin esos escaparates.

La dramaturgia. Tan antigua como el Hombre civilizado. Sobreviviendo a las formas, a las técnicas y a las aplicaciones. Sobreviviendo hasta la actual adoración popular de la Gran Diosa Mecanización, que había sido elevada a los altares aun a pesar de que era generalmente incomprendida. Tal como el Gran Dios Comercio de un siglo anterior, y la Diosa Agricultura de otro tiempo.

De pronto, se echó a reír en voz alta:

—Si hoy en día usasen actores humanos, resultaría un espectáculo bastante enmohecido. Y considerando el tiempo en que vivimos, ni siquiera resultaría cierto.

Cuando otra figura apareció por la puerta, ya había comenzado a sentirse bastante orgulloso y heroico acerca de todo aquello. Al oír una tosecilla, alzó la vista, miró un instante, sonrió ampliamente, y exclamó:

—¡Hola, Richard! Entra. Ven... siéntate. Vienes a ayudarme a decidir una profesión, ¿eh? Je, je... —agitó la sección de anuncios, y se echó a reír—. ¿Qué clase de cajitas negras puede construir un viejo...?

Hizo una pausa. La expresión de Rick era yerta, y no parecía tener intención de entrar. Al cabo de un momento, dijo:

—Creo que siempre habrá algún estúpido para volver a iniciar esa carrera.

—¿Carrera?

Thorny fue frunciendo lentamente el entrecejo.

—Ajá. El siglo pasado fue entre un ábaco chino y una máquina IBM. Realmente tuvieron una verdadera carrera, ¿sabes?

—Escúchame...

—Y el siglo anterior fue entre una secretaria escribiendo a mano y otra con máquina de escribir.

—Si has venido aquí a...

—Y antes que eso fueron los tejedores a mano contra los telares mecánicos.

—Me ha encantado verte, Richard. Cuando salgas, ¿querrás decirle a la enfermera que...?

—¡Destrozad los telares, romped las máquinas, cerrad las oficinas con máquinas de escribir, que no entre ni una máquina de sumar en China! Y, entonces, ¿qué? ¿Trataréis de ser mejores herramientas que las herramientas mismas?

Thornier apartó la cabeza y fijó la mirada en la pared.

—De acuerdo. Estaba equivocado. ¿Qué es lo que quieres hacer? ¿Regocijarte? ¿Moralizar?

—No. Simplemente tengo curiosidad. Siempre sucede. Un especialista tratando de competir con herramientas especializadas a un nivel más alto. ¿Por qué?

—¿A un nivel más alto? —Thorny se sentó dando un bufido, gruñó, se apretó el costado, y se dejó caer de nuevo, jadeante.

—Tranquilo, viejo —dijo Rick suavemente—. Lo lamento. Quería decir de un nivel organizacional superior. ¿Por qué lo seguís intentando?

Thornier siguió en silencio durante unos momentos, y luego añadió:

—Por celos de estatus. Hasta los halcones tratan de echar a otros halcones de sus terrenos de caza. Hay que luchar contra la competencia.

—Pero tú no eres un halcón. Y una máquina no es competencia.

—Corta ya, Rick. ¿Para qué has venido aquí?

Rick se miró la punta de los zapatos, resopló débilmente, y entró en la habitación.

—Pensé que quizá necesitas algo de ayuda para encontrar un empleo —dijo—. Pero cuando miré desde la puerta y te vi aquí acostado como si fueras el rey Arturo, me amargué de nuevo.

Se sentó inquieto en el borde de una silla, y contempló al viejo con una mezcla de irritación, amargura y afecto.

—¿Me ayudarás... a encontrar un empleo?

—Quizás. Un empleo sí, no un nicho permanente.

—Ya es demasiado tarde para hallar un nicho permanente.

—¡Ya era demasiado tarde cuando naciste, viejo! No existe tal cosa... no ha existido desde el siglo pasado. Sea lo que sea en lo que te especialices, otra especialidad te tragará, o encontrará una forma en que reemplazarte. Si consigues lo que parece un nicho seguro, alguien llegará, lo cerrará con una lápida y escribirá sobre ella tu epitafio. Y cuanto más especializada se vuelve una sociedad, más peligrosa es para el especialista puro. ¿Crees que un ingeniero electrónico está más seguro que un actor? ¿O un peón que se dedica a cavar zanjas?

—No sé. No es justo. La carrera de un hombre...

—Siempre hay una especialidad segura.

—¿Cuál es?

—La especialidad de crear continuamente nuevas especialidades. La tuya.

—Pero eso es...

Comenzó a protestar, para decir que un tal concepto pertenecía a la minoría altamente especializada, a la élite tecnológica de aquella era, y que no era una especialización, sino una generalización. Pero ¿por qué a la minoría? La especialidad de crear nuevas especialidades...

—Pero eso es...

—Más o menos una definición del Hombre, ¿no? —terminó por él Rick—. Ahora, acerca del trabajo...

—Sí, acerca del trabajo...

Después de todo, quizá no tuviese que empezar desde el fondo, pensó. Iba a empezar considerablemente por encima del lemur, el chimpancé, el orangután, el Maestro... si es que aquello era empezar.

Artefacto

Eric Frank Russell

Sólo he visto a Eric Frank Russell una sola vez, pero fue bajo las más impresionantes circunstancias. Ocurrió en 1939, en una reunión de un club de fans en Queens. Yo había vendido un par de narraciones cortas, y Russell, por su parte, acababa de publicar una novela titulada *Sinister Barriers*, notable por dos razones. En primer lugar, era un relato al que inmediatamente se reconoció como un clásico. En segundo lugar, apareció en el primer número de una nueva revista, *Unknown*. Algo semejante nunca se había visto antes, y nunca volvería a verse. La revista se dirigía hacia la ficción fantástica, pero se trataba de una fantasía adulta, sensible e inteligente.

Es una lástima que *Unknown* no sobreviviera a la segunda guerra mundial y a la escasez de papel que azotó a los editores. Y si hay algo que pueda intensificar la agonía de tal catástrofe, es que en su caída arrastró a una historia mía, vendida pero no publicada, y ahora perdida para siempre.

Pero Russell sobrevivió —me alegra decirlo— y continuó escribiendo asombrosamente bien.

Ahora trato de recrear en mi mente la imagen del hombre tal cómo le vi en 1939: él, el venerado autor de *Sinister Barriers*, y yo el principiante. Creo poder confiar en mi memoria casi fotográfica para tal propósito (y digo «casi fotográfica» porque sólo puedo recordar cosas que ocurren cerca de donde hay fotógrafos).

Veamos: tal como recuerdo, Russell tiene dos metros de estatura (cuando está sentado, claro está), con una larga y majestuosa faz inglesa. Asimismo, también recuerdo claramente que había un pequeño halo dorado alrededor de su cabeza, un estallido de rayos cuando la movía súbitamente, y el distante rumor del trueno cuando hablaba.

Sinister Barriers habría ganado el Hugo, sin ningún género de dudas, si en 1939 se hubiesen otorgado semejantes chucherías. Pero Russell sabía perfectamente aguardar su hora (el muy perro), y en la primera ocasión en que se concedieron los Hugo, en la 13ª Convención (Cleveland, 1955), obtuvo uno para su cuento *Artefacto*.

Hacía mucho tiempo que el *Bustler* no estaba tan silencioso. Permanecía en el espaciopuerto de Sirio, los tubos fríos, el casco rayado por las partículas, con aspecto de un agotado corredor de fondo al final de la maratón. Existía una buena razón para ello: había regresado de un largo viaje no desprovisto de problemas.

Ahora, en el puerto, se había ganado un merecido descanso, al menos temporalmente. Paz, dulce paz. No más preocupaciones, no más crisis, no más sobresaltos, no más espantosos apuros como efectuar la caída libre al menos dos veces al día. Sólo paz.

¡Ja!

El capitán McNaught descansaba en su cabina, los pies sobre el escritorio, mientras disfrutaba al máximo su relajación. Los motores estaban apagados, su infernal golpeteo ausente por vez primera durante meses. Allí afuera, en la gran ciudad, cuatrocientos de sus tripulantes armaban escándalo bajo un brillante sol. Al atardecer, cuando el Primer Oficial Gregory regresara para hacerse cargo de la guardia, él saldría al fragante crepúsculo y daría una vuelta por la civilización de luces de neón.

Esto era lo bueno de permanecer en tierra largo tiempo. Los hombres podían relajarse, disminuir la tensión acumulada, cada cual según sus gustos. Sin deberes, sin preocupaciones, sin peligros, sin responsabilidades en el espaciopuerto. Un asilo de seguridad y confort para los cansados vagabundos.

De nuevo ¡ja!

Burman, el oficial de radio, entró en la cabina. Era uno de la media docena que quedaban de servicio, y su expresión era la de un hombre que puede pensar en veinte cosas mejores para hacer.

—Acabo de captar una retransmisión, señor.

Le entregó un papel y esperó a que el otro lo leyera, por si había respuesta.

Tomando la hoja, McNaught retiró los pies de encima del escritorio, se sentó erguido, y leyó el mensaje en voz alta:

—«Cuartel General de Tierra a *Bustler*, Permanezca en Siriopuerto y espere nuevas órdenes. Contralmirante Vane W. Cassidy llegará 17. Feldman. Comando Op. de Marina, Siriosecc».

Levantó la mirada, toda felicidad borrada de sus correosas facciones, y gruñó.

—¿Algo va mal? —preguntó Burman, ligeramente alarmado.

McNaught señaló los tres delgados libros que había sobre el escritorio.

—El que está en medio. Página veinte.

Hojeándolo, Burman encontró un párrafo que decía: «Vane W. Cassidy, Contralm. Jefe Inspector de Naves y Almacenes».

Burman tragó con dificultad.

—¿Quiere eso decir que...?

—Así es —dijo McNaught, sin ningún entusiasmo—. De nuevo, la inspección y toda su murga: estropajo y jabón, escupir y pulir. —Adoptó una expresión oficial, y el tono adecuado—: Capitán, sólo tiene usted setecientas noventa y nueve raciones de emergencia. Su asignación es de ochocientas. Nada en su diario a bordo justifica la que falta. ¿Dónde está? ¿Qué ocurrió con ella? ¿Por qué en uno de los armarios de la tripulación faltan un par de tirantes entregados reglamentariamente? ¿Ha informado de esta pérdida?

—¿Por qué se meten con nosotros? —preguntó Burman, aterrorizado—. Nunca nos habían incordiado antes.

—Precisamente por eso —informó McNaught, haciendo una mueca a la pared—. Es nuestro turno para que nos metan en el potro. —Su mirada halló el calendario—. Tenemos tres días... ¡y vamos a necesitarlos! Diga al Segundo Oficial Pike que venga en seguida.

Burman se retiró abatido. Al poco tiempo entraba Pike. Su expresión confirmaba el viejo refrán de que las malas noticias viajan rápidamente.

—Haga un pedido para cuatrocientos litros de pintura plástica —ordenó McNaught—. Gris Navy, de la calidad aprobada. Haga otro para ciento veinte litros de esmalte blanco interior. Llévelos al almacén del espaciopuerto ahora mismo y diga que lo entreguen a las seis de esta tarde junto con el juego de brochas y esprays reglamentario. Coja también cualquier material de limpieza que sea gratis.

—A los hombres no les va a gustar eso —indicó Pike débilmente.

—Les gustará —aseguró McNaught—. Una nave brillante y reluciente, flamante, es buena para la moral. Es lo que dice el libro. Muévase y tramite el pedido. Cuando vuelva, busque las hojas de almacén y equipo y tráigalas aquí. Debemos comprobar las existencias antes de que llegue Cassidy. Una vez haya llegado, no tendremos posibilidad de disimular lo que falte o esconder algún artículo extra que tengamos en nuestro poder.

—Muy bien, señor.

Pike salió con la misma expresión que Burman tenía.

Reclinado en su silla, McNaught murmuró para sí. Tenía la sensación de que algo iba a provocar problemas en el último instante. La falta de cualquier artículo sería bastante seria a no ser que estuviera respaldada por un informe previo, y un excedente sería malo, muy malo. Lo primero significaba descuido o falta de disciplina; lo último suponía el hurto de una propiedad gubernamental en circunstancias toleradas por el comandante.

Por ejemplo, estaba el caso reciente de Williams, del crucero pesado *Swift*. Había oído hablar de ello en una espaciotaberna cuando salía de Bootes. Williams se había encontrado con que tenía once rollos de alambre para cercas electrificables cuando lo reglamentario eran diez. Se precisó de un consejo de guerra para decidir si el rollo extra —que tenía un formidable valor de cambio en cierto planeta— había sido

robado de los espacioalmacenes o, en el argot espacial, «teleportado a bordo». Williams había sido amonestado, y eso no favorecía la promoción.

Aún seguía gruñendo su descontento cuando Pike regresó con una carpeta llena de papeles.

—¿Empezará ahora mismo, señor?

—Debemos hacerlo —adoptó un aire marcial, y se despidió mentalmente de su tiempo libre y de su ansia de luces de neón—. Necesitaremos trabajar duro para efectuar la inspección. Debemos revisar a fondo los armarios de la tripulación.

Salió de la cabina, hacia la proa, y Pike le siguió con melancólica desgana.

Al pasar la abierta compuerta principal, Peaslake les observó, subió apresuradamente la rampa y se colocó detrás de ellos. Legítimo miembro de la tripulación, se trataba de un enorme perro cuyos antepasados habían sido más entusiastas que selectivos. Llevaba con orgullo un gran collar con esa inscripción: «Peaslake; propiedad del S. S. Bustler». Sus obligaciones principales, que cumplía a la perfección, eran mantener fuera de la nave a los roedores alienígenas y, en raras ocasiones, husmear peligros que no eran visibles para los ojos humanos.

Los tres desfilaron hacia delante, McNaught y Pike con la actitud de hombres que sacrificaban ceñudamente su placer por exigencias de su deber, y Peaslake con la voluntad anhelante de alguien dispuesto a cualquier nuevo juego, fuese cual fuese.

Al llegar a la cabina de proa, McNaught se dejó caer en el asiento del piloto y tomó la carpeta que el otro le entregaba.

—Usted, mejor que yo, sabe lo que hay aquí. Mis dominios están en la sala de investigación. Así que yo leeré mientras usted hace las comprobaciones. —Abrió la carpeta, empezando en la primera página—: K1. Compás de vara, tipo D, uno.

—Comprobado —dijo Pike.

—K2. Indicador de distancia y dirección, electrónico, tipo JJ, uno.

—Comprobado.

—K3. Medidores de gravedad de babor y estribor, modelos Casini, un par.

—Comprobado.

Peaslake colocó su cabeza en el regazo de McNaught, parpadeo conmovedoramente y lloriqueó. Empezaba a darse cuenta de lo que sentían los otros. Aquella tediosa comprobación e inventariado era un juego infernal. Consoladoramente, McNaught iba rascando las orejas de Peaslake a medida que descendía en la lista.

—K187. Almohadones de gomaespuma para piloto y copiloto, un par.

—Comprobado.

Cuando el Primer Oficial Gregory hizo su aparición ya estaban en el pequeño cubil de comunicaciones, y en la penumbra tanteaban a su alrededor. Hacía rato que Peaslake se había marchado aburrido.

—M24. Minialtavoces de reserva, ocho centímetros, tipo T2, un juego de seis.

—Comprobado.

Observándolos, a Gregory se le saltaron los ojos de las órbitas.

—¿Qué ocurre? —dijo.

—Habrá una inspección general. —McNaught miró su reloj—. Vaya a ver si almacén ha entregado el pedido, y si no, averigüe por qué. Luego será mejor que me eche una mano y dejemos que Pike disfrute de unas horas de descanso.

—¿Significa eso que el permiso ha sido cancelado?

—Apueste por ello, hasta que Hizonner haya venido y se haya largado. —Miró a Pike—. Cuando vaya a la ciudad, busque por allí y envíeme a toda la tripulación que pueda encontrar. Sin discusiones ni excusas. Tampoco quiero justificaciones ni retrasos. Es una orden.

Pike se mostró descontento y Gregory le lanzó una mirada. Se marchó y volvió:

—Almacén traerá las cosas dentro de veinte minutos.

Con una torva mirada, contempló cómo Pike se marchaba.

—M47. Cable intercomunicador, con protección de tejido de acero, tres rollos.

—Comprobado —dijo Gregory, pateándose mentalmente por haber vuelto en momento tan inoportuno.

La tarea continuó hasta entrada la noche, y se reanudó a primera hora de la mañana. Por entonces, las tres cuartas partes de la tripulación estaban trabajando duramente fuera y dentro de la nave, realizando su labor como si fueran sentencias por crímenes proyectados pero no cometidos todavía.

El avance por los corredores y escalerillas de la nave tenía que hacerse al estilo de los cangrejos, con unos nerviosos esquives laterales. Una vez más se demostraba que la forma de vida terrestre sufría el ancestral miedo a la pintura fresca. El primero que ensuciara lo recién pintado se vería expulsado de este mundo durante diez años.

En esas condiciones, a media tarde del segundo día, McNaught tuvo la certeza de que su presentimiento se había realizado. Recitaba la novena página, mientras Jean Blanchard confirmaba la presencia y actual existencia de todos los artículos enumerados. A dos tercios de su trayecto hacia abajo se dieron de bruces, metafóricamente hablando, y empezaron a hundirse.

McNaught recitaba aburridamente:

—V1097. Tazón para beber, esmaltado, uno.

—Aquí está —decía Blanchard, tocándolo.

—V1098. Perofi, uno.

—¿*Quoi*? —preguntó Blanchard, mirándole.

—V1098. Perofi, uno —repitió McNaught—. Bueno, ¿por qué me mira tan sorprendido? Estamos en la cocina de la nave. Usted es el cocinero jefe. Se supone que debe saber lo que hay en la cocina, ¿no? ¿Dónde está ese perofi?

—Nunca oído hablarr de eso —declaró Blanchard con firmeza.

—Pues debería. Está escrito en la hoja de inventario con letra clara y legible. Perofi, uno, dice aquí. Estaba aquí cuando fuimos abastecidos hace cuatro años. Lo

comprobamos nosotros mismos y firmamos el conforme.

—Yo no firrrmé porrr nada llamado perrofi —negó Blanchard—. En la cocina no hay nada así.

—¡Mire!

McNaught lanzó una mueca y le mostró la hoja.

Blanchard la miró e hizo un gesto despectivo.

—Yo tengo aquí horrrno electrónico, uno, herrrvidorres blindados, con capacidad grrradaada, un juego. Yo tengo cazos para bain marie, seis. Perro no perrofi. Yo no oído nunca hablarr de eso. Yo no sé qué cosa es. —Extendió sus manos y se alzó de hombros—. Ningún perrofi.

—Tiene que haberlo —insistió McNaught—. Y lo peor, cuando Cassidy llegue aquí será un infierno si eso no aparece.

—Encuéntrrrelo usted —sugirió Blanchard.

—Tiene usted un título en arte culinario de la Escuela Internacional de Hostelería. Tiene un diploma del Colegio de Cocina Cordón Bleu. Tiene otro con tres estrellas del Centro de Alimentación de la Marina Espacial —señaló McNaught—. ¡Todo eso y no sabe lo que es un perofi!

—¡*Nom d'un chien!* —exclamó Blanchard, agitando los brazos—. Yo le he dicho diez mil veces que no hay ningún perrofi. Nunca ha habido ningún perrofi. Ni el mismo Escoffierr podría encontrarr un perrofi sin haberrlo. ¿Acaso soy un mago?

—Es parte del equipo de cocina —mantuvo McNaught—. Debe serlo porque está en la página nueve, y la página nueve indica que su sitio está en la cocina, a cargo del jefe de la misma.

—¡Y un cuerrno! —replicó Blanchard, y apuntó a una caja de metal en la pared—. Interrrcomunicadorrr con arriba. ¿Es esto de cocina?

McNaught reflexionó.

—No —transigió—, es de Burman. Sus aparatos están por toda la nave.

—Entonces prrregúntele porrr ese maldito perrofi —dijo Blanchard, triunfal.

—Lo haré. Si no es suyo, debe ser de él. Acabemos primero esta comprobación. Si no lo hago concienzudamente, Cassidy me arrancará la insignia. —Su mirada buscó en la lista—. V1099. Collar grabado, de piel, con adornos de latón, para uso del perro. No hay necesidad de comprobar eso. Lo he visto hace cinco minutos. —Hizo una señal en la línea y continuó—: V1100. Canasta para dormir, de caña trenzada, una.

—Aquí está —dijo Blanchard, enviándola a un rincón de una patada.

—V1101. Almohadón, de gomaespuma, para la canasta de dormir, uno.

—Medio —contradijo Blanchard—. En cuatrrro años se ha comido la otrra mitad.

—Tal vez Cassidy nos permita hacer un vale para uno nuevo. No importa. Estará correcto mientras podamos mostrar la mitad que tenemos. —McNaught se levantó,

cerrando la carpeta—. Esto es todo lo de aquí. Veré a Burman acerca del artículo que falta.

El grupo del inventario se marchó.

Burman desconectó el receptor UHF, se quitó los auriculares, y levantó interrogadoramente una ceja.

—En la cocina hemos encontrado que falta un perofi —explicó McNaught—. ¿Dónde está?

—¿Por qué me lo pregunta? La cocina corresponde a Blanchard.

—No del todo. Un montón de sus cables pasan por allí. Tiene dos cajas terminales, así como un desconectador automático y un intercomunicador. ¿Dónde está el perofi?

—Nunca he oído hablar de eso —dijo Burman, intrigado.

—¡No me diga eso! —gritó McNaught—. ¡Ya estoy harto de oírsele decir a Blanchard! Hace cuatro años teníamos un perofi. Lo dice aquí. Ésta es la copia de lo que comprobamos y firmamos. Dice que firmamos por un perofi. Por lo tanto, debemos tener uno. Hay que encontrarlo antes de que Cassidy venga.

—Lo siento, señor —se lamentó Burman—. No puedo ayudarle.

—Piénselo bien —aconsejó McNaught—. Arriba en la proa hay un indicador de dirección y distancia. ¿Cómo lo llama usted?

—Un didín —dijo Burman, desconcertado.

—¿Y cómo llama a eso? —continuó McNaught, señalando el transmisor de pulsaciones.

—El transup.

—Apodos, ¿no? Didín y transup. Ahora estruje su cerebro y recuerde a qué llamaba perofi hace cuatro años.

—Que yo sepa, nada ha sido llamado nunca perofi —aseguró Burman.

—¿Entonces por qué firmamos por uno? —exigió McNaught.

—Yo no firmé nada. Es usted quien lo firmo.

—Mientras usted y otros hacían la comprobación. Hace cuatro años, probablemente en la cocina, yo dije: «Perofi, uno», y usted o Blanchard lo señalaron y dijeron: «Comprobado». Confié en la palabra de otro. He de confiar en la palabra de los especialistas. Yo soy un piloto experto, familiarizado con los últimos cacharros de navegación, pero no con lo demás. Por lo tanto, me veo obligado a confiar en los que saben lo que es un perofi, o que deberían saberlo...

Burman tuvo una idea brillante:

—Se depositaron todo tipo de cosas raras en la compuerta principal, los corredores y la cocina cuando fuimos abastecidos. Tuvimos que clasificar gran cantidad de cosas y meterlas donde correspondían, ¿lo recuerda? El perofi de marras podría estar hoy en cualquier sitio. Ni Blanchard ni yo somos necesariamente responsables de ello.

—Voy a ver qué dicen los demás oficiales —concedió McNaught, aceptando este punto de vista—. Gregory, Worth, Sanderson o cualquier otro puede que esté sentado encima. Dondequiera que se halle hay que encontrarlo; o al menos notificar si ha sido consumido.

Salió. Burman hizo una mueca, se colocó los auriculares y continuó manipulando sus aparatos. Una hora más tarde, McNaught regresó con el ceño fruncido.

—Decididamente, no hay nada así en la nave —anunció airado—. Nadie sabe nada. Nadie puede siquiera adivinar de qué se trata.

—Táchelo e indique que se ha perdido —sugirió Burman.

—¿Ahora que estamos en tierra? Sabe tan bien como yo que las pérdidas deben consignarse en el momento en que se producen. Si le digo a Cassidy que el perofi se perdió hacia el oeste, en el espacio, querrá saber cuándo, dónde, cómo y por qué no fue registrado en su momento. Habrá un verdadero tumulto si resulta que el cacharro está valorado en medio millón de créditos. No puedo hacer que desaparezca con un pase de manos.

—Entonces, ¿cuál es la respuesta? —inquirió Burman, cayendo inocentemente en la trampa.

—Hay una y sólo una —anunció McNaught—. Usted creará un perofi.

—¿Quién? ¿Yo? —dijo Burman, con los pelos erizados.

—Usted y sólo usted. Estoy totalmente seguro de que, de cualquier manera, eso es cosa suya.

—¿Por qué?

—Porque es un típico apodo de los que usted utiliza para designar su material. Apostaría un mes de paga a que ese perofi es algún tipo de artefacto científico. Algo relacionado con aterrizajes a ciegas.

—El transmisor-receptor para aterrizar a ciegas se llama cegato —informó Burman.

—¡Eso es! —dijo McNaught, como si aquello solucionara el asunto—. Usted construirá un perofi. Estará terminado mañana por la tarde, a las seis, y listo para mi inspección. Tiene que ser más convincente que atractivo. De hecho, su función será resultar convincente.

Burman se levantó, los brazos colgando, y dijo con gravedad:

—¿Cómo puedo construir un perofi cuando ni siquiera sé lo que es?

—Tampoco lo sabe Cassidy —indicó McNaught, mirándole de soslayo—. Cassidy es más un inspector de cantidades que otra cosa. Se conforma con contar cosas, certificar que existen, y aceptar afirmaciones de que funcionan satisfactoriamente o que están gastadas. Todo lo que necesitamos es inventar un artefacto imponente y decirle que es un perofi.

—¡Santo cielo! —dijo Burman, fervientemente.

—No confiemos en la dudosa asistencia bíblica —reprobó McNaught—. Hagamos uso de los cerebros que Dios nos ha dado. Coja su soldador y haga un

perofi de primera calidad para mañana a las seis de la tarde. ¡Es una orden!

Salió, satisfecho con aquella solución. Detrás de él, Burman miró obscuramente a la pared y se humedeció los labios una, dos veces.

El Contralmirante Vane W. Cassidy llegó a la hora en punto. Era un tipo bajo, panzudo, con unos ojos que se parecían a los de un pez muerto hacía tiempo. Su paso era enormemente afectado.

—Ah, capitán, espero que lo tenga todo en orden.

—Normalmente lo está —aseguró McNaught, voluble—. Velo para que así sea —dijo con convicción.

—¡Bien! —aprobó Cassidy—. Me gustan los comandantes que toman en serio sus responsabilidades. Aunque, lamento decirlo, hay algunos que no lo hacen. —Pasó a través de la compuerta principal, y sus ojos de bacalao se fijaron en el fresco esmalte blanco—. ¿Por dónde prefiere empezar, por la proa o por la popa?

—Mis hojas de equipo empiezan por la proa. Mejor que sigamos ese orden.

—Muy bien. —Trotó oficialmente hacia la nariz de la nave, haciendo una pausa en su camino para acariciar a Peaslake y examinar su collar—. Bien alimentado, por lo que veo. ¿Ha demostrado su utilidad?

—En Mardia salvó cinco vidas al ladrar un aviso.

—Supongo que los detalles se registrarían en el diario de a bordo.

—Sí, señor. El diario está esperando su inspección en el cuarto de mapas.

—Pasaremos por allí a su debido tiempo.

Al llegar a la cabina de proa, Cassidy se sentó, aceptando la carpeta que le entregaba McNaught, y empezó a revisarla con una rapidez profesional.

—K1. Compás de vara, tipo D, uno.

—Aquí está, señor —dijo McNaught, mostrándoselo.

—¿Aún funciona correctamente?

—Sí, señor.

Continuaron por el cubil de intercomunicadores, la sala del ordenador, y una sucesión de otras dependencias hasta llegar a la cocina. Allí, Blanchard lucía ropas blancas, limpias y recién planchadas, observando con aprensión al recién llegado.

—V147. Horno electrónico, uno.

—*Voici* —dijo Blanchard, señalándolo con desdén.

—¿Es adecuado? —inquirió Cassidy, obsequiándole con una mirada de sus ojos de pescado.

—No es lo bastante grrrande —declaró Blanchard, mostrando con un gesto expresivo toda la cocina—. Nada es suficientemente grrrande. El lugarr es demasiado pequeño. Todo es demasiado pequeño. Yo soy el chef de cuisina, y la cuisina es como un ático.

—Esto es una nave de guerra, no un transporte de lujo —espetó Cassidy, y frunció el ceño a la hoja de inventario—. VMS. Desconector automático de tiempo,

horno electrónico, uno.

—Éste es —escupió Blanchard, dispuesto a tirarlo por la compuerta más cercana si Cassidy se lo autorizaba.

Continuando hacia abajo, Cassidy se acercaba cada vez más, mientras iba en aumento la tensión nerviosa. Cuando llegó al punto crítico dijo:

—V1098. Perofi, uno.

—¡*Morbleu!* —dijo Blanchard, sacando chispas por los ojos—. Ya lo dije antes y lo vuelvo a decirrr, nunca hubo...

—El perofi está en la cabina de radio, señor —interpuso rápidamente McNaught.

—¿De veras? —Cassidy dio otra ojeada a la hoja—. ¿Por qué está registrado junto con el equipo de cocina entonces?

—Lo dejaron en la cocina cuando nos equiparon, señor. Es uno de esos instrumentos portátiles que dejaron para que los instaláramos donde nos pareciera mejor.

—¡Hmmm! Entonces debería haber sido transferido a la lista de la cabina de radio. ¿Por qué no lo hicieron así?

—Creí que sería mejor esperar a que usted diera su autorización, señor.

Los ojos de bacalao registraron gratitud.

—Muy amable por su parte, capitán. Lo transferiré ahora. —Tachó la línea en la hoja nueve, puso su visto bueno y la registró en la hoja dieciséis, poniendo otra vez su visto bueno—. V1099. Collar grabado, de piel... Oh, sí, ya lo he visto. Lo llevaba el perro.

Hizo una señal. Una hora más tarde, entraba contoneándose en la cabina de radio. Burman se levantó y cuadró sus hombros, pero no pudo evitar que sus pies y sus manos se movieran inquietos. Tenía los ojos salidos, y los desviaba continuamente hacia McNaught, pidiendo silenciosamente ayuda. Era como un hombre que tuviera un puerco espín en sus pantalones.

—V1098. Perofi, uno —dijo Cassidy en su tono habitual de no aceptar insensateces.

Moviéndose con las contracciones espasmódicas de un robot no muy bien coordinado, Burman indicó una pequeña caja llena de diales, conmutadores y luces de colores. Parecía el resultado de la pesadilla de un radioaficionado. Conectó un par de conmutadores y las luces se encendieron, parpadeando enigmáticas combinaciones.

—Aquí está, señor —informó con dificultad.

—¡Ah! —Cassidy se levantó de la silla y se aproximó para verlo de cerca—. No recuerdo haber visto antes ese aparato. Pero hay tantos modelos distintos de las mismas cosas... ¿Aún funciona correctamente?

—Sí, señor.

—Es uno de los de mayor utilidad en la nave —contribuyó McNaught, para mayor convicción.

—¿Para qué sirve? —inquirió Cassidy, invitando a Burman a que mostrara su sabiduría ante él.

Burman palideció.

McNaught intervino apresuradamente:

—Una explicación completa sería bastante complicada y técnica, pero, resumiendo, permite obtener un equilibrio entre campos gravitacionales opuestos. Las variaciones en las luces indican la extensión y el grado de desequilibrio en un momento determinado.

—Es una idea genial —añadió Burman, temeroso ante la explicación—, basada en la Constante de Finagle.

—Ya veo —dijo Cassidy, sin ver nada en absoluto.

Se sentó de nuevo e hizo una señal en el perofi antes de continuar:

—Z44. Centralita automática, cuarenta líneas de intercomunicación, una.

—Aquí está, señor.

Cassidy la observó antes de volver la mirada al papel. Los otros utilizaron este momento de distracción para secarse el sudor de la frente.

La victoria había sido ganada.

Todo iba bien.

Por tercera vez, ¡ja!

El contraalmirante Vane W. Cassidy se despidió complacido, y al cabo de una hora la tripulación corría libremente por la ciudad.

McNaught se turnó con Gregory para disfrutar de las alegres luces, y durante cinco días todo fue paz y alegría.

Al sexto día, Burman recibió un mensaje, lo dejó caer sobre el escritorio de McNaught, y esperó su reacción. Mostraba satisfacción, la alegría de alguien cuya virtud está a punto de ser recompensada.

«Cuartel General de Tierra a Bustler. Regrese inmediatamente para revisión y equipamiento. Se instalará planta de energía mejorada. Feldman. Comand. Op. de la Marina. Siriosec».

—Volvemos a la Tierra —comentó McNaught alegremente—. Una revisión supone al menos un mes de permiso. —Miró a Burman—. Diga a todos los oficiales de guardia que vayan a la ciudad en seguida y ordenen volver a la tripulación. Los hombres vendrán corriendo cuando sepan el motivo.

—Sí, señor —dijo Burman, sonriente.

Todo el mundo aún sonreía dos meses más tarde, cuando Sirio puerto había quedado atrás y el Sol había crecido hasta formar un pequeño círculo en la centelleante niebla del campo de estrellas de proa. Once semanas de viaje aún, pero valía la pena. De regreso a la Tierra. ¡Hurra!

En la cabina del capitán, las sonrisas se desvanecieron abruptamente una tarde

cuando Burman sufrió un repentino ataque. Entró, y fue mordiéndose el labio inferior mientras aguardaba a que McNaught terminara de escribir en el diario.

Finalmente, McNaught empujó el libro a un lado, levantó la mirada y frunció el ceño.

—¿Qué ocurre ahora? ¿Tiene dolor de estómago o algo parecido?

—No, señor. He estado pensando.

—¿Y eso duele mucho?

—He estado pensando —insistió Burman en tono fúnebre—. Vamos de regreso para una revisión. ¿Sabe lo que eso significa? Saldremos de la nave y una nube de expertos entrará en ella... —Contempló trágicamente al otro—. He dicho expertos.

—Claro que serán expertos —convino McNaught—. Los equipos no pueden ser comprobados y transformados en chatarra por un atajo de imbéciles.

—Haría falta algo más que un simple experto para convertir al perofi en chatarra —indicó Burman—. Hará falta un genio.

McNaught cayó hacia atrás, cambiando de expresión como si de máscaras se tratase.

—¡Por Judas! Me había olvidado completamente de esa cosa. Cuando lleguemos a Tierra no podremos engañar a esos muchachos sabihondos.

—No, señor, no podremos —apoyó Burman, que no añadió «ya más», aunque su rostro lo gritaba—. Usted me metió en esto. Ahora debe sacarme. —Esperó un rato mientras McNaught pensaba intensamente, y luego dijo—: ¿Qué sugiere usted, señor?

Lentamente la sonrisa de satisfacción volvió a las facciones de McNaught mientras contestaba:

—Destruya el artefacto y métalo en el desintegrador.

—Eso no solucionará el problema —dijo Burman—. Continuará faltando un perofi.

—No, porque voy a notificar su pérdida debido a riesgos del vuelo espacial. —Cerró un ojo en un enfático guiño—. En este momento estamos en vuelo libre...

Cogió un cuaderno de mensajes y garabateó en él mientras Burman aguardaba de pie, enormemente aliviado:

«Bustler a Cuartel General de Tierra. V1098, perofi, uno, se partió en dos bajo tensión gravitacional cuando pasábamos a través del campo del doble sol Héctor Major-Minor. Material utilizado como combustible. McNaught, Comandante. Bustler».

Burman se llevó el mensaje a la cabina de radio y lo transmitió a la Tierra. Todo fue paz y tranquilidad durante otros dos días. La próxima vez que acudió a la cabina del capitán, lo hizo corriendo y preocupado.

—Llamada general, señor —anunció sin aliento, y metió el mensaje en manos del

otro:

«Cuartel General de Tierra a todos los sectores. Urgente e Importante. Todas las naves aterrizarán inmediatamente. Los navíos en vuelo con misión oficial se dirigirán al espaciopuerto más próximo y aguardarán instrucciones. Welling. Comando Alarma y Rescate. Tierra».

—Algo ha reventado —comentó McNaught, sin alarmarse. Se dirigió al cuarto de mapas, seguido por Burman, y consultó los mapas. Marcó luego en el teléfono intercomunicador y habló con Pike, en la proa:

—Hay pánico. Todas las naves tienen que aterrizar. Debemos dirigirnos a Zaxtedpuerto, a unos tres días de distancia. Cambie el rumbo inmediatamente. Diecisiete grados a estribor, declinación diez —luego colgó, gimiendo—: Se nos ha esfumado el dulce mes en Tierra. Nunca me ha gustado Zaxted. Apesta. La tripulación se sentirá morir con todo esto, y no les culpo.

—¿Qué piensa usted que ha ocurrido, señor? —preguntó Burman, inquieto y molesto a un tiempo.

—¡Quién sabe! La última llamada general ocurrió hace siete años, cuando el *Starider* estalló a mitad de su ruta hacia Marte. Obligaron a aterrizar a todas las naves mientras investigaban la causa. —Se frotó la barbilla, pensativo, antes de continuar—: Y la alarma anterior a esa otra ocurrió cuando toda la tripulación del *Blowgun* enloqueció. Sea lo que sea ahora, puede estar seguro de que se trata de algo serio.

—¿No será el comienzo de una guerra espacial?

—¿Contra quién? —McNaught hizo un gesto de desprecio—. Nadie tiene las naves con las cuales oponerse a nosotros. No, se trata de algo técnico. Ya lo sabremos en su momento. Se nos informará antes de llegar a Zaxted o poco después.

Y se les informó.

Seis horas más tarde, Burman entró precipitadamente con expresión llena de horror.

—¿Qué te preocupa ahora? —preguntó McNaught, mirándole.

—El perofi —tartamudeó Burman, gesticulando como si apartara invisibles arañas.

—¿Qué ocurre con eso?

—Hay un error de transcripción. En su copia debería decir perro ofi.

El comandante se le quedó mirando fijamente.

—¿Perro ofi? —repitió McNaught, pronunciándolo como si fuera una palabra sucia.

—Véalo usted mismo.

Dejando caer el mensaje sobre el escritorio, Burman salió bruscamente, haciendo que la puerta oscilara sobre sus goznes.

McNaught frunció el ceño y recogió el mensaje.

«Cuartel General de Tierra a Bustler. Su informe V1098, Peaslake, perro oficial de la nave. Detalle completas circunstancias en que el animal se partió en dos bajo tensión gravitacional. Interrogue tripulación e informe síntomas concurrentes experimentados por la misma. Urgente e Importante. Welling. Comando Alarma y Rescate. Tierra».

En la soledad de su cabina, McNaught había empezado a morderse las uñas. De vez en cuando bizqueaba los ojos para ver cuánto faltaba para morderse la carne.

1956

14ª Convención - New York

Equipo de exploración

Murray Leinster

Murray Leinster es el verdadero decano de la ciencia ficción. Es un auténtico veterano. Yo le contemplo con el respeto y veneración que se le debe a tan antigua y patriarcal grandeza. Al fin y al cabo, en la década de los treinta, cuando el mundo era verde y joven, Murray Leinster escribió alguna de las historias que hicieron latir a mi joven y ansioso corazón con más fuerza. Poco imaginaba yo entonces que llegaría un día en que conocería, incluso llegaría hasta estar tan cerca de semejante semidios.

Aun así, tengo que admitir que resulta francamente irritante compartir un terreno con un decano tan poco característico, aunque sea un semidios.

Al fin y al cabo, se supone que ustedes saben cómo debe ser un decano. Debe ser un tranquilo hombre de barba canosa que hace una entrada impresionante y que, ante las miradas de admiración y humildes saludos, sabe cómo sonreír benevolentemente. Y, sobre todo, no mancha la santidad de su posición compitiendo con hombres más jóvenes.

Verdaderamente, Leinster debería ser un decano así. Le publicaron una historia (El rascacielos fugitivo) en Amazing Stories de junio de 1926, el tercer número que aparecía de la primera de las revistas de ciencia ficción. Sin duda, estarán de acuerdo en que actualmente debiera tomarse una temporada de descanso.

¿No les parece, pues, bastante difícil de asimilar el hecho de que Leinster, ágil y enérgico como cualquier jovencito, haya continuado escribiendo copiosamente hasta nuestros días, y consiga hacerlo tan bien que en la 14ª Convención (Nueva York, 1956) se le otorgase un Hugo por Equipo de exploración?

Yo apunté lo poco apropiado de su conducta y, más dolido que irritado, le expliqué que, como decano, tenía que tener presente su dignidad. Le urgí a que devolviese el Hugo, y me ofrecí a guardárselo...

Me cuesta tener que decir que se limitó a echarse a reír, y que se marchó llevando su Hugo en alto para que todo el mundo pudiera verlo..., como si hubiese perdido por completo el sentido de la vergüenza.

I

El satélite más próximo pasó en lo alto. Era dentado y de forma irregular, probablemente un asteroide capturado. Huyghens lo había visto a menudo, de modo que no salió a contemplar cómo cruzaba velozmente el cielo, ocultando a su paso las estrellas. En cambio, se afanó en su trabajo de oficina, cosa extraña, ya que Huyghens era técnicamente un delincuente, y todos sus trabajos en Loren Dos eran delictivos. Resultaba raro, también, ver a un hombre ocupado en trabajos de oficina en una estancia con ventanas blindadas y ante una enorme águila —en estado de libertad— dormitando sobre una percha de diez centímetros clavada en la pared. Pero el trabajo de oficina no era la auténtica tarea de Huyghens. Su único ayudante había tenido problemas con un caminante nocturno, y las naves furtivas de la Kodius Company se lo habían llevado al lugar de donde procedían las naves de la Kodius Company. Huyghens tenía que hacer ahora el trabajo de dos hombres. Por lo que sabía, era el único hombre en aquel sistema solar.

Bajo él se oyeron unos resoplidos. Sitka Pete se arrastró pesadamente hacia donde estaba el agua, la lamió y estornudó con violencia. Sourdough Charley se despertó y desperezó con unos cuantos gruñidos. Desde el suelo le contestaron otros gruñidos. Huyghens murmuró: «¡Quietos!», y continuó trabajando. Terminó un informe climatológico, alimentó de cifras un ordenador y, mientras la máquina zumbaba, anotó los datos en el libro de registro de la estación, señalando los suministros que le quedaban. Luego empezó a escribir el diario:

«Sitka Pete —escribió— parece haber resuelto el problema de matar esfexes individualmente. Ha aprendido que no debe abrazarse a ellos, y que sus garras no pueden desgarrar su piel. Hoy, Semper nos ha notificado que un grupo de esfexes había encontrado el rastro de la estación. Sitka se ocultó hasta que llegaron. Luego atacó por la retaguardia y dejó caer sus zarpas sobre ambos lados de la cabeza de un esfex. Fue algo así como dos obuses de doce pulgadas llegando de direcciones opuestas al mismo tiempo. El esfex cayó muerto. Del mismo modo mató a otros dos. Sourdough Charley hacía de espectador, gruñendo, y cuando los esfexes se volvieron contra Sitka, atacó a su vez. Yo, desde luego, no pude disparar estando él tan cerca, a fin de no herirle, pero Faro Nell salió de su madriguera para ayudar. Esto hizo que Sitka Pete pudiera seguir utilizando su nueva técnica levantándose sobre sus patas traseras. La lucha terminó rápidamente. Semper voló y gritó, pero, como de costumbre, no intervino. Nota: Nugget, el cachorro, trató de mezclarse en el altercado, pero su madre le apartó de allí. Sourdough y Sitka le ignoraron, como de costumbre. ¡Los genes de Kodius Champion siguen en forma!».

En el exterior se podían oír los ruidos de la noche. Sonidos como notas de un

órgano: el canto de los saurios. La risa convulsiva de los caminantes nocturnos. Sonidos parecidos a martillazos, y a puertas que se cierran, y a hipos en diversos tonos, producidos por los pequeños animales que en Loren Dos ocupaban el lugar de los insectos.

Huyghens continuó escribiendo:

«Sitka parecía estar enojado cuando terminó la lucha. Con cuidado, utilizaba su truco con cada uno de los esfexes, tanto con los muertos como con los heridos, excepto con los que había matado de esa forma, levantando sus cabezas para golpearles con su técnica de martillo a ambos lados a la vez; como si tratara de enseñar a Sourdough cómo hacerlo. Gruñía mucho mientras arrastraban los cadáveres al horno crematorio. Casi parecía...».

Sonó la campana de la entrada, y Huyghens alzó rápidamente la cabeza hacia ella. Semper, el águila, abrió sus helados ojos. Parpadeó.

Desde el suelo se oía un largo y profundo resoplido. Algo chilló desde afuera, en el bosque. Hipos. Chasquidos y notas parecidas a las de un órgano...

La campana sonó de nuevo. Significaba que una nave había entrado en contacto con el radiofaro —cuya existencia sólo era conocida por las naves de la Kodius Company—, y estaba comunicando que se disponía a aterrizar. ¡Pero en aquel momento no podía haber ninguna nave en aquel sistema solar! Era el único planeta habitable del sol, y había sido declarado oficialmente inhabitable a causa de la existencia de una vida animal hostil. Eso significaba esfexes. En consecuencia, se había prohibido el establecimiento de una colonia, y la Kodius Company había infringido la ley. Y había pocos delitos tan graves como ocupar un nuevo planeta sin autorización.

La campana sonó por tercera vez y Huyghens maldijo en voz baja. Su mano se extendió hacia el interruptor del radiofaro..., aunque eso no serviría de nada: el radar ya habría localizado el sitio entre el cercano mar y la meseta de Sere. De todos modos, la nave podría encontrar el sitio y descender con la luz del día.

—¡El diablo! —exclamó Huyghens, esperando a que el timbre volviera a sonar.

Una nave de la Kodius Company llamaría de nuevo para tranquilizarle, pero no esperaba la llegada de una nave de la Kodius Company hasta pasados unos meses.

La lucecita del teléfono espacial se iluminó repetidas veces, y el amplificador dejó oír una voz, desfigurada por la distorsión atmosférica.

—¡Llamando a Tierra! ¡Llamando a Tierra! La nave *Odysseus*, de la Línea Creta, llamando a Tierra en Loren Dos. Aterrizaje de un pasajero en un bote. Enciendan las luces del campo.

Huyghens abrió la boca asombrado. Una nave de la Kodius Company sería bien recibida. Una nave de la Vigilancia Colonial sería muy mal acogida, porque destruiría a la colonia, a Sitka, a Sourdough, a Faro Nell y a Nugget... y a Semper... y se

llevaría a Huyghens para ser juzgado por colonización no autorizada, con todo lo que aquello significaba.

Pero una nave comercial, enviando a un pasajero en un bote... Simplemente, no había ninguna circunstancia que pudiese justificar aquello. Y menos en una colonia ilegal y desconocida. ¡No en una estación furtiva!

Huyghens encendió las luces del campo de aterrizaje y contempló su luminosidad afuera. Luego se levantó y se preparó para tomar las medidas requeridas en caso de ser descubierto. Metió en la caja destructora los papeles en los que había estado trabajando. Reunió todos los documentos personales y los echó también en su interior. Cada informe, cada evidencia de que la Kodiak Company mantenía aquella estación fue a parar a la caja. Cerró de golpe la puerta y rozó con un dedo el botón de destrucción que acabaría con el contenido, e incluso destruiría las mismas cenizas para impedir utilizarlas como evidencia ante un tribunal.

Luego dudó. Si se trataba de una nave de la Vigilancia, el botón debía oprimirse y él resignarse a una larga temporada en prisión. Pero una nave de la línea Creta —si el espaciofona decía la verdad— no resultaba amenazadora; simplemente, era increíble...

Meneó la cabeza, se puso la ropa de viaje y se armó. Bajó al alojamiento de los osos y encendió las luces. Se oyeron unos gruñidos de sorpresa, y Sitka Pete adoptó una posición absurda, sentándose para mirarle. Sourdough Charley permanecía tumbado sobre sus espaldas, con las patas al aire; había descubierto que dormir así era más fresco. Rodó sobre sí, produciendo un ruido sordo, y emitió unos gruñidos que en cierto modo sonaban cordiales. Faro Nell apareció en la puerta del apartamento que se le había asignado para que Nugget no se metiera siempre por todas partes, irritando a los grandes machos.

Huyghens, la población humana de Loren Dos, se situó frente a la fuerza de trabajo, de combate y —con Nugget— las cuatro quintas partes de la población terrestre no humana del planeta. Eran osos kodiak mutados, descendientes del campeón Kodiak que había dado nombre a la compañía. Sitka Pete era una masa de mil kilos de inteligencia carnívora. Sourdough Charley daba un peso inferior en unos cincuenta kilos. Faro Nell era ochocientos kilos de encanto femenino... y ferocidad. Entonces Nugget sacó su hocico por entre las peludas piernas de su madre para ver qué ocurría, y aparecieron trescientos kilos de infancia osuna. Los animales contemplaron expectantes a Huyghens. Si hubiese llevado a Semper en su hombro, habrían sabido lo que esperaba de ellos.

—Vamos —dijo Huyghens—. Afuera está oscuro, pero alguien se acerca. ¡Y puede que sea malo!

Abrió la puerta exterior del alojamiento de los osos y Sitka Pete salió torpemente por allí. Una carga frontal era la mejor forma de hacer frente a cualquier situación... cuando se trataba de un oso kodiak tamaño gigante. Sourdough le siguió. No había

nada hostil por allí cerca. Sitka se incorporó sobre sus patas traseras, con lo cual alcanzó una altura de cuatro metros, y olfateó el aire. Metódicamente, Sourdough se giró hacia un lado y luego hacia el otro, olfateando también. Nell, ocho décimas partes de una tonelada de delicadeza, gruñó admonitoriamente a Nugget, que le seguía de cerca. Huyghens se presentó en el portal con su fusil de visión nocturna preparado. No le agradaba enviar a los osos por delante en una jungla de Loren Dos por la noche. A pesar de que ellos estaban preparados para oler el peligro, mientras que él no. Las cosas tenían un extraño aspecto debido a la iluminación de la jungla en un ancho camino hacia el campo de aterrizaje. Había unos enormes helechos que dibujaban arcos, y árboles columnares que crecían por encima de ellos, y el extraordinario matorral lanceolado de la jungla. Desde abajo, todo quedaba iluminado por las lámparas de alta potencia situadas a nivel de tierra. Así, contra el negro cielo nocturno, el follaje estaba tan brillantemente iluminado que apagaba las estrellas. Por todas partes, se podían ver unos asombrosos contrastes de luz y sombra.

—¡Adelante! —ordenó Huyghens agitando el brazo—. ¡Hop!

Cerró la puerta del lugar donde se alojaban los osos. Fue en dirección al campo de aterrizaje, atravesando el camino de bosque iluminado. Los dos kodiak gigantes avanzaban sordamente ante él. Sitka Pete se dejó caer sobre sus cuatro patas y caminó errante. Sourdough Charley le seguía de cerca, yendo de un lado para otro. Tras ellos, Huyghens iba alerta y Faro Nell vigilaba la retaguardia, con Nugget siguiéndola pegado a sus ancas.

Aquella resultaba una excelente formación militar para caminar a través de una jungla peligrosa. Sitka era la avanzadilla y Sourdough la vanguardia, mientras Faro Nell vigilaba la retaguardia. Con Nugget a su cuidado, estaba especialmente alerta contra cualquier ataque por detrás. Lógicamente, Huyghens era el grueso de la fuerza. Su arma disparaba balas explosivas que desanimarían incluso a los esfexes, y su dispositivo de visión nocturna: un cono de luz que se encendía cuando se apoyaba el dedo en el gatillo, señalaba con toda exactitud el lugar donde haría impacto. No era un arma deportiva, pero las criaturas de Loren Dos no eran tampoco unos antagonistas deportivos. Los caminantes nocturnos, por ejemplo... pero los caminantes nocturnos temían a la luz. Tan sólo atacaban en una especie de histeria si era muy brillante.

Huyghens se dirigió al resplandor del campo de aterrizaje. Mentalmente estaba algo confundido. La estación de la Kodius Company en Loren Dos era completamente ilegal. Sucedió que, desde un punto de vista, resultaba necesaria, pero no dejaba de ser ilegal. La débil voz del espaciofono no era convincente al ignorar esta ilegalidad. Pero si aterrizaba una nave, Huyghens podría volver a la estación antes de que pudieran seguirlo, y poner en funcionamiento la caja de destrucción a tiempo para así proteger a los que lo habían enviado allí.

Llegó a oír el lejano y agudo sonido de los cohetes del bote de aterrizaje, pero no el rugido de los de la nave. Mientras caminaba a través de la irreal maleza, el sonido

se agudizó a medida que se aproximaba, con los tres grandes kodiaks caminando aquí y allá, husmeando, creando una perfecta formación defensivo-ofensiva para las condiciones particulares de aquel planeta.

Llegó al límite del campo de aterrizaje, que brillaba cegadoramente, con los acostumbrados rayos divergentes apuntados hacia el cielo en tal forma que una nave pudiese comprobar su aterrizaje instrumental visualmente. Los campos de aterrizaje como aquél habían sido estándar hacía algún tiempo; ahora, todos los planetas desarrollados tenían redes de aterrizaje, monstruosas estructuras que tomaban su energía de la ionosfera y que elevaban y hacían descender a las astronaves con enorme suavidad y fuerza ilimitada. El tipo de campo de aterrizaje que había allí se podía encontrar donde un equipo de vigilancia estaba trabajando, o donde alguna investigación estrictamente temporal de ecología o bacteriología estaba efectuándose, o donde una colonia recién autorizada no había sido todavía capaz de construir su red de aterrizaje. ¡Naturalmente, era increíble que cualquiera pudiese tratar de efectuar una colonización en contra de la ley!

Mientras Huyghens alcanzaba el borde del quemado espacio abierto, las criaturas nocturnas ya se habían lanzado hacia la luz como las polillas en la Tierra. El aire estaba nublado con pequeñas cosas voladoras girando alocadamente. Eran innumerables, y de cualquier forma y tamaño posibles, desde los blancos midges de la noche y los gusanos voladores de muchas alas hasta aquellos repugnantes bichos de mayor tamaño que pudieran haber pasado por monos voladores despellejados si no hubieran sido carnívoros o peor. Las cosas voladoras planeaban y revoloteaban y danzaban y giraban locamente en la zona iluminada. Emitían unos sonidos zumbantes peculiarmente quejumbrosos. Casi formaban un techo iluminado sobre el claro. Ocultaban las estrellas. Mirando hacia arriba, Huyghens casi no podía ver la llama blanco azulada de los cohetes del espaciobote a través de la niebla de alas y cuerpos.

Progresivamente, la llama del cohete aumentó de tamaño. Una vez, aparentemente, cambió de posición para ajustar la trayectoria de descenso del bote. Volvió a la normalidad. Un punto de incandescencia primero, creció hasta que fue como una gran estrella, y luego una luna más que brillante, luego un ojo despiadadamente fijo. Huyghens apartó la mirada de él. Sitka Pete se dejó caer, una tonelada de él, y parpadeó sabiamente hacia la oscura jungla, apartando la vista de la luz. Sourdough ignoró el creciente y cada vez más profundo rugido de los cohetes. Olfateaba delicadamente el aire. Bajo una enorme manaza, Faro Nell aguantaba firmemente a Nugget y lamía su cabeza como preparándolo para la visita. Nugget se agitaba.

El sonido se convirtió en el de diez mil tormentas juntas. Una brisa cálida sopló desde el campo de aterrizaje. El bote-cohete descendió, y su llama tocó la niebla formada por las cosas voladoras, y éstas se retorcieron, y ardieron, y luego se quemaron. Y entonces hubo agitadas nubes de polvo por todas partes, y el centro del campo llameó terriblemente y algo se deslizó sobre una columna de fuego, y la

aplastó, y se posó sobre ella, y la llama se apagó. Sostenido sobre sus timones de cola, el bote-cohete estaba allí, apuntando hacia las estrellas de las que provenía.

Tras el estruendo, hubo un terrible silencio. Entonces, muy débilmente; volvieron los ruidos de la noche. Se oían sonidos como los de los tubos de los órganos, y unos muy débiles y tímidos rumores como hipidos. Todos esos ruidos subieron de tono y, de repente, Huyghens pudo oír casi con normalidad. Entonces se abrió una portezuela lateral con un chasquido metálico, y algo se desplegó de donde había estado el casco del bote; una plancha metálica se extendió a través del espacio recalentado sobre el que se alzaba el bote.

Un hombre salió por la portezuela. Se volvió, y estrechó muy formalmente una mano. Descendió por la escalerilla hasta la plancha, caminó por encima de la humeante área recocida, llevando consigo una bolsa de viaje. Alcanzó el final de la pasarela, y bajó a tierra. Se movió rápidamente hacia el extremo del claro. Agitó la mano en dirección al bote espacial. Tal vez, tras los ojos de buey, alguien le devolvió el gesto. La pasarela se recogió hacia el casco y desapareció en él. Una llama explotó bajo los alerones de cola. Se produjeron nuevas nubes de monstruoso y asfixiante polvo, y un brillo como el de un sol. Se oyó un ruido que sobrepasaba el límite de lo soportable. Entonces, la luz se elevó rápidamente a través de la nube de polvo, y saltó hacia arriba, y subió todavía más rápido. Cuando los oídos de Huyghens le permitieron volver a percibir de nuevo algo, tan sólo había un decreciente murmullo en los cielos, y un pequeño y brillante punto de luz subiendo al espacio y girando hacia el este a medida que se elevaba para interceptar a la nave de la que había descendido.

Los sonidos nocturnos de la jungla continuaron. La vida en Loren Dos no necesitaba prestar atención a las acciones de los hombres. Pero había un punto de incandescencia en el centro del claro, iluminado como si fuera de día, y un hombre bajo y activo miraba desorientado a su alrededor, con una bolsa de viaje en su mano.

Mientras la incandescencia se iba apagando, Huyghens avanzó hacia él. Sourdough y Sitka le siguieron. Faro Nell le seguía fielmente, fijando un ojo maternal sobre su retoño. El hombre, desde el claro, observó la procesión que constituían. Debía de ser impresionante, aun estando preparado, aterrizar por la noche en un planeta extraño y ver partir al bote de desembarco y con él todo lazo de unión con el resto del cosmos, y entonces ver acercarse, aunque más parecía echársele encima, a dos colosales osos kodiak, con un tercero y un cachorro tras ellos. Una solitaria figura humana en tal compañía debía de parecer insignificante.

El recién llegado miraba inexpresivamente. Se agitó inquieto. Entonces Huyghens dijo:

—¡Eh, usted! ¡No se asuste por los osos, son amigos!

Suspiciousamente, Sitka llegó hasta él, colocándose a favor del viento, y olfateó. El olor era satisfactorio: olor de hombre. Sitka se sentó con el sólido impacto de una

tonelada de carne de oso, aterrizando sobre el polvo apisonado. Miró amistosamente al hombre. Sourdough dijo «¡Uooosch!» y se dirigió a olfatear más allá del claro. Huyghens se acercó. El recién llegado vestía el uniforme de la Vigilancia Colonial. Eso era malo. Lucía insignias de un oficial superior. Peor.

—¡Ah! —dijo el recién llegado—. ¿Dónde están los robots? Por los diecinueve infiernos, ¿qué son esas criaturas? ¿Por qué ha cambiado usted la situación de su estación? Soy Roane, y estoy aquí para dar cuenta de los progresos de su colonia.

Huyghens dijo:

—¿Qué colonia?

—La Instalación Robot de Loren Dos... —entonces dijo Roane indignado—: ¡No me diga que ese idiota de capitán me ha dejado caer en un lugar equivocado! Esto es Loren Dos, ¿no es así? Y éste es el campo de aterrizaje. Pero ¿dónde están sus robots? ¡Debería usted haber iniciado ya la construcción de una red! ¿Qué demonios ha ocurrido aquí, qué son esas bestias?

Huyghens hizo una mueca.

—Esto —dijo cortésmente— es una instalación sin permiso, ilegal. Soy un criminal. Estas bestias son mis aliados. Naturalmente, si usted no desea asociarse con criminales, no es necesario que lo haga. Pero dudo que viva usted hasta el amanecer, a menos que acepte mi hospitalidad mientras pienso qué hacer con respecto a su aterrizaje. Razonablemente, debería matarlo.

Faro Nell se detuvo tras Huyghens, pues ése era su puesto correcto en cualquier salida que efectuasen en el exterior. Nugget, sin embargo, vio a un nuevo humano. Nugget era un cachorro y, por consiguiente, amistoso. Gateó hacia delante, queriendo hacerse simpático. Hacía un metro veinte de altura hasta los hombros, andando a cuatro patas. Se contoneó tímidamente mientras se acercaba a Roane. Estornudó, vergonzoso.

Su madre lo alcanzó rápidamente y, de un bofetón, lo apartó hacia un lado. Nugget berreó. El berrido de un osezo kodiak de trescientos kilos es un sonido impresionante. Roane dio un paso atrás.

—Creo —dijo midiendo sus palabras— que es mejor que hablemos de todo esto. Pero, si ésta es una colonia ilegal, naturalmente está usted arrestado, y cualquier cosa que diga será usada en su contra.

Huyghens hizo de nuevo una mueca.

—Correcto —dijo—. Pero ahora, si camina junto a mí, volveremos a la estación. Haría que Sourdough llevase su bolsa, le gusta llevar cosas, pero puede que necesite sus dientes. Tenemos que viajar casi un kilómetro. —Se volvió hacia los animales—: ¡Vámonos! —dijo en tono de mando—: ¡De vuelta a la estación! ¡Hop!

Gruñendo, Sitka Pete se alzó y tomó su puesto como avanzadilla del grupo de combate. Sourdough le seguía, yendo de un lado a otro. Huyghens y Roane caminaron juntos. Faro Nell y Nugget cerraban la marcha. Naturalmente, para cualquiera éste era el único sistema relativamente seguro de caminar en Loren Dos,

en la jungla, a casi un kilómetro de la residencia, a modo de fortaleza, de uno.

En el camino de vuelta sólo hubo un incidente. Fue un caminante nocturno, por el camino iluminado. Estaba histérico, y apareció entre los matorrales, emitiendo gritos similares a las carcajadas de un maníaco.

A unos diez metros de Huyghens, Sourdough lo derribó. Cuando todo hubo acabado, Nugget se erizó frente al animal muerto, lanzando gruñidos de cachorro. Hizo ver que lo atacaba.

Su madre le dio un sonoro bofetón.

II

Abajo se oían confortables y tranquilizadores sonidos. Los osos gruñían y murmuraban, pero al fin se quedaron silenciosos. El resplandor del campo de aterrizaje había desaparecido. El camino iluminado a través de la jungla de nuevo estaba oscuro. Huyghens guió al hombre del espaciobote hasta su habitación. Se oyó el sonido como de un bostezo, y Semper sacó su cabeza de bajo el ala. Miró fríamente a los dos humanos. Estiró sus monstruosas alas de dos metros y las agitó. Abrió su pico y lo cerró con un chasquido.

—Éste es Semper —dijo Huyghens—. Semper Tiranis. Es el resto de la población terrestre de este lugar. Al no ser un animal nocturno, no acudió a darle la bienvenida.

Roane parpadeó mirando al enorme pájaro, colocado sobre su percha de un metro en la pared.

—¿Un águila? —preguntó—. Osos kodiak, mutaciones como usted dice, pero de cualquier forma osos, y ahora un águila. Tiene usted en los osos una buena unidad de combate.

—Además, son animales de carga —dijo Huyghens—. Pueden llevar varios centenares de kilos sin perder demasiada eficacia en el combate. Y no hay ningún problema con los suministros. Viven de la jungla..., de cualquier cosa menos esfexes. Nadie puede comerse a un esfex, aun suponiendo que pueda matarlo.

Sacó vasos y una botella. Indicó una silla. Roane dejó su bolsa de viaje. Cogió un vaso.

—Soy curioso —observó—. ¿Por qué Semper Tiranis? Puedo comprender Sitka Pete y Sourdough Charley como nombres. El hogar de sus antepasados los hace comprensibles. Pero ¿por qué Semper?

—Fue criado según las normas de la cetrería —dijo Huyghens—. Obsérvelo. Resulta demasiado grande para llevarlo sobre un guante de cetrero, así que los hombros de mi ropa están acolchados para que pueda colocarse ahí. Es un explorador volante. Lo he entrenado para que nos avise de la presencia de esfexes y en vuelo lleva una pequeña cámara de televisión. Es útil, pero no tiene la inteligencia de los osos.

Roane se sentó y bebió un trago.

—¡Interesante..., muy interesante! Pero éste es un asentamiento ilegal. Yo soy un oficial de la Vigilancia Colonial. Mi trabajo es informar de los progresos según el plan, aun así, me veo obligado a arrestarle. ¿No dijo usted algo sobre pegarme un tiro?

Huyghens dijo, pensativamente:

—Estoy intentando encontrar otra solución. Sume todas las penas por una colonización ilegal y verá que estaré en una situación muy mala si usted sale de ésta e informa sobre el asunto. Pegarle un tiro sería lo más lógico.

—Lo comprendo —dijo Roane razonablemente—. Pero ya que ha planteado la cuestión... tengo un atomizador apuntándole en mi bolsillo.

Huyghens hizo un gesto de indiferencia.

—Es más posible que mis compañeros vuelvan aquí antes que sus amigos. Se encontraría usted en muy mala situación si volviesen y le encontrasen más o menos sentado sobre mi cadáver.

Roane asintió.

—Eso también es verdad. Y también es probable que su equipo no cooperase conmigo como lo está haciendo con usted. Parece que usted tiene la sartén por el mango, a pesar de estarle apuntando con mi atomizador. Por otra parte, hubiera sido más fácil matarme después de que el bote partió, nada más aterrizar. Entonces no tenía la menor sospecha. Así que es muy posible que no tenga ninguna intención de asesinarme.

Huyghens volvió a mostrar indiferencia.

—Por tanto —dijo Roane—, y ya que el secreto de llevarse bien con la gente consiste en evitar las peleas... suponga que dejamos para más adelante la cuestión de quién mata a quién. Sinceramente, si puedo voy a enviarle a usted a prisión. La colonización ilegal es un asunto muy feo. Pero supongo que usted tiene que tomar una decisión definitiva sobre mí. En su lugar, yo también lo haría. ¿Firmamos una tregua?

Huyghens pareció indiferente. Roane dijo, vejado:

—¡Entonces yo lo hago! ¡Tengo que hacerlo! Por tanto...

Sacó su mano del bolsillo, y depositó el atomizador de bolsillo sobre la mesa. Se echó hacia atrás, en actitud desafiante.

—Consérvelo —dijo Huyghens—. Loren Dos no es un lugar en el que se pueda vivir mucho tiempo estando desarmado. —Se volvió hacia un armario—. ¿Hambriento?

—Podría comer —admitió Roane.

Del armario, Huyghens extrajo dos raciones de comida y las introdujo en el preparador instalado debajo. Puso platos en la mesa.

—Y ahora... ¿qué le ocurrió a la colonia oficial, autorizada y con licencia, que había aquí? —preguntó vivamente Roane—. Licencia concedida hace dieciocho

meses. Hubo un aterrizaje de colonizadores con una flota robot de equipos y abastecimientos. Desde entonces ha habido cuatro contactos por medio de naves. Debería haber varios millares de robots trabajando bajo la adecuada supervisión humana. Debería haber un claro de doscientos kilómetros cuadrados, plantado con vegetales alimenticios para los siguientes humanos que llegasen. Debería haber una red de aterrizaje al menos casi terminada. Obviamente, debería haber un radiofaro espacial para guiar a las naves en su aterrizaje. No hay nada. No hay ningún claro visible desde el espacio. Esa nave de la Línea Creta ha estado en órbita durante tres días, tratando de encontrar un lugar donde dejarme. Su capitán echaba humo. Su radiofaro es el único en el planeta, y lo encontramos por casualidad. ¿Qué ocurrió?

Huyghens sirvió la comida. Dijo secamente:

—Podría haber un centenar de colonias en este planeta sin que ninguna de ellas supiese nada de las otras. Tan sólo puedo imaginarme lo que les ocurrió a los robots, aunque supongo que se encontraron con los esfexes.

Sujetando el tenedor en la mano, Roane hizo una pausa.

—He leído sobre este planeta, ya que tenía que hacer un informe sobre su colonia. Un esfex es parte de la vida animal hostil de aquí. Un carnívoro beligerante de sangre fría, no un lagarto sino un género en sí mismo. Caza en manadas, cuando es adulto, pesa de trescientos a cuatrocientos kilos. Mortalmente peligroso, y simplemente demasiado numeroso para combatirlo. Son la causa del motivo por el cual nunca se concedió una licencia a colonizadores humanos. Solamente los robots podrían trabajar aquí puesto que son máquinas. ¿Qué animal ataca a las máquinas?

Huyghens dijo:

—¿Qué máquina ataca a los animales? Parece evidente que los esfexes no molestarían a los robots, pero ¿molestarían los robots a los esfexes?

Roane masticó y tragó.

—¡Espere! Acepto que usted pueda fabricar un robot cazador. Una máquina puede discriminar, pero no puede decidir. Por esa razón no hay ningún peligro de una revuelta robot. No pueden tomar la decisión de hacer algo para lo que no están programados. Pero esta colonia fue planificada teniendo en cuenta lo que pueden o no pueden hacer los robots. A medida que el terreno iba siendo desbrozado, era circundado por una valla eléctrica que ningún esfex podía tocar sin quedarse frito.

Huyghens, pensativamente, cortó su comida. Luego:

—El aterrizaje fue en la época invernal —observó—. Debió de ser así, porque la colonia sobrevivió durante un tiempo. E imagino que el último aterrizaje de una nave fue antes del deshielo. Los años duran dieciocho meses aquí.

Roane admitió:

—Fue en invierno cuando se efectuó el desembarco. Y el último aterrizaje de una nave fue antes de primavera. La idea era iniciar la explotación de minas para obtener material, y tener el terreno desbrozado y rodeado por una valla a prueba de esfexes antes de que éstos volviesen de los trópicos. Según creo, invernan allí.

—¿Ha visto alguna vez a un esfex? —preguntó Huyghens. Luego añadió—: No, naturalmente que no. Pero si usted tomase una cobra venenosa y la cruzase con un gato salvaje, la pintase de color bronce y azul, y luego le inoculase hidrofobia y manía homicida al mismo tiempo... tal vez tuviese usted un esfex, pero no la raza de los esfexes. A propósito, pueden subir a los árboles, así que una valla no los detendría.

—Una valla electrificada —dijo Roane—. ¡Nada puede subir eso!

—No un animal solo —dijo Huyghens—. Pero los esfexes son una raza. El olor de un esfex muerto atrae a la carrera a otros, con los ojos inyectados en sangre. Deje un esfex muerto abandonado durante seis horas, y los encontrará por docenas congregados a su alrededor. Dos días, y serán centenares. ¡Más tiempo, y serán millares! Se reúnen para lloriquear sobre su compañero muerto y cazar a aquel o aquello que lo mató.

Volvió a su comida. Momentos después dijo:

—No hay necesidad de preguntarse lo que le ocurrió a la colonia. Durante el invierno, los robots quemaron un claro e instalaron una valla electrificada según los manuales. Llega la primavera, y los esfexes vuelven. Entre otras peculiaridades, son curiosos. Un esfex trataría de subir la valla simplemente para ver lo que había al otro lado. Se electrocutaría. Su cuerpo atraería a otros, rabiosos porque un esfex había muerto. Algunos de ellos tratarían de subir la valla, y morirían. Y sus cuerpos atraerían a otros. Luego, la valla se rompería por el peso de los cuerpos colgados de ella, o se crearía un puente de cadáveres de bestias sobre ella, y desde tan lejos en dirección del viento como alcanzase el olor llegarían más y más esfexes, rabiosos, irritados, enloquecidos por el olor, corriendo hacia aquel punto. Invasión el claro a través o por encima de la valla, gritando, rechinando dientes, buscando algo que matar. Y creo que lo encontrarían.

Roane dejó de comer. Parecía sentirse mal.

—Había... fotos de esfexes entre los datos que leí. Supongo que son capaces de... todo.

Trató de levantar su tenedor. Lo volvió a dejar caer.

—No puedo comer —dijo abruptamente.

Huyghens no hizo ningún comentario. Terminó su comida, ceñudo. Se levantó y puso los platos en la parte superior del limpiador. Se oyó un zumbido. Los sacó de la parte inferior y los guardó.

—Déjeme ver esos informes, ¿eh? —pidió—. Me gustaría saber qué clase de organización tenían esos robots.

Roane dudó, y luego abrió su bolsa de viaje. Había un visor de microfilms y varias bobinas de película. Una de ellas se titulaba: «Especificaciones para la construcción, Vigilancia Colonial», y seguramente contendría planos detallados de todas las necesidades de material y trabajo para cualquier cosa, desde escritorios,

oficina, personal administrativo, hasta redes de aterrizaje, planetas de gran gravedad, capacidad de elevación de un centenar de millar de toneladas terrestres. Pero Huyghens encontró otra bobina. La insertó y giró el control rápidamente aquí y allí, deteniéndose tan sólo brevemente en los índices hasta que llegó a la sección que deseaba. Comenzó a estudiar la información con una impaciencia creciente.

—¡Robots, robots, robots! —saltó—. ¿Por qué no los dejan allí donde deberían estar, en las ciudades, para hacer el trabajo sucio, y en los planetas sin atmósfera, donde no ocurre nada inesperado? ¡No hay sitio para ellos en las nuevas colonias! ¡Sus colonizadores dependían de ellos para su defensa! ¡Maldita sea, tenga a un hombre trabajando el suficiente tiempo con robots y llegará a creer que toda la naturaleza es tan limitada como ellos! ¡Y éste es un plan para crear un ambiente controlado! ¡En Loren Dos! Ambiente controlado... —blasfemó sonoramente—. ¡Complacientes, idiotas, estúpidos chupatintas!

—Los robots son útiles —dijo Roane—. No podríamos tener civilización sin ellos.

—¡Pero usted no puede conquistar un lugar salvaje sirviéndose de ellos! —cortó Huyghens—. Ustedes hicieron aterrizar a una docena de hombres, con cincuenta robots montados para comenzar. Llevaban los componentes para mil quinientos más... y me apostaría cualquier cosa a que las naves contacto todavía desembarcaron otros.

—Lo hicieron —admitió Roane.

—Los desprecio —murmuró Huyghens—. Siento por ellos lo que los antiguos griegos y romanos sentían por los esclavos. Sólo sirven para tareas serviles: la clase de trabajo que un hombre haría para sí mismo, pero que no efectuaría nunca para otro por dinero. ¡Trabajo degradante!

—¡Muy aristocrático! —dijo Roane con un deje de ironía—. Supongo que los robots limpian el alojamiento de los osos, ahí abajo.

—¡No! —atajó Huyghens—. ¡Lo hago yo! ¡Son mis amigos! ¡Luchan por mí! ¡Ellos no pueden comprender la necesidad y ningún robot lo haría correctamente!

Refunfuñó de nuevo. Fuera continuaban los ruidos de la noche. Sonidos de órgano e hipidos y el sonido de martillos pilones y puertas cerrándose. En alguna parte se oía una réplica extrañamente similar al discordante chirrido de una bomba oxidada.

—Estoy buscando —dijo Huyghens mientras fijaba la mirada en el visor— el informe de sus operaciones de minería. Un trabajo a cielo abierto no significaría nada, pero si perforaron un túnel y había alguien allí supervisando a los robots cuando la colonia fue destruida, existe una remota posibilidad de que sobreviviese algún tiempo.

Roane lo miró con ojos súbitamente preocupados.

—¿Y...?

—Maldita sea —atajó Huyghens—. ¡Si así fuera, iría a ver! No tendría... tendrían

ninguna posibilidad, de otra forma. ¡En cualquier caso, la posibilidad no es demasiado buena!

Roane alzó las cejas.

—Soy un oficial de la Vigilancia Colonial —dijo—. Le he dicho que lo enviaré a prisión si puedo. Manteniendo comunicación no sujeta a cuarentena con un planeta sin licencia. Ha arriesgado usted las vidas de millones de personas. Si usted rescata a alguien de las ruinas de la colonia robot, ¿no se le ocurre que podrían ser testigos de su ilegal presencia aquí?

Huyghens hizo funcionar el visor de nuevo. Se detuvo. Lo hizo avanzar y retroceder, y encontró lo que deseaba. Murmuró, satisfecho:

—¡Perforaron un túnel! —Luego, alzando la voz—: Me preocuparé sobre los testigos cuando llegue el momento.

Abrió la puerta de otro armario. En su interior había toda la clase de cosas extrañas que un hombre utiliza para las reparaciones de su casa, de objetos en los que nunca se fija hasta que dejan de funcionar. Había un gran surtido de cables, transistores, tuercas, y artículos sueltos similares a los que un hombre viviendo solo podrá necesitar. Y más cuando sabe a ciencia cierta que es el único habitante de un sistema solar.

—¿Y ahora qué? —preguntó calmadamente Roane...

—Trataré de averiguar si hay alguien vivo allí. Lo habría investigar antes si hubiera sabido que la colonia existía. No puedo probar si están todos muertos, pero tal vez pruebe que todavía hay alguien vivo. Sólo es un viaje de dos semanas desde aquí. Es extraño que dos colonias eligiesen unos puntos tan cercanos.

Absorto, recogió los objetos que había seleccionado. Roane dijo, molesto:

—¡Infierno! ¿Cómo puede usted comprobar si hay alguien con vida, a algunos centenares de kilómetros de distancia... cuando hace media hora ni siquiera sabía si existían?

Huyghens apretó un interruptor y abrió un panel de la pared, dejando al descubierto circuitos y aparatos electrónicos. Empezó a husmear allí.

—¿Alguna vez ha pensado en cómo buscar a un naufrago? —preguntó por encima de su hombro—. Tenemos un planeta con varias decenas de millones de kilómetros cuadrados en él. Usted sabe que hay un navío estrellado, pero no tiene ni idea del lugar. Supone que los supervivientes tienen energía... ningún hombre civilizado estará mucho tiempo sin energía mientras pueda fundir minerales, pero el fabricar un radiofaro espacial requiere unas mediciones de alta precisión y un trabajo concienzudo. No se puede improvisar. Así que, ¿qué es lo hará su naufrago civilizado para guiar a una nave de rescate hacia el kilómetro cuadrado o dos que ocupa entre las decenas de millones del planeta?

Roane vaciló visiblemente.

—¿Qué?

—Para empezar, ha tenido que volver al primitivismo —explicó Huyghens—.

Cocina su carne sobre un fuego, etcétera. Tiene que conseguir una señal estrictamente primitiva. Es todo lo que puede hacer sin galgas ni micrómetros ni aparatos muy especializados. Pero puede llenar toda la atmósfera del planeta con una señal que los que le estén buscando no puedan dejar de advertir. ¿Lo ve usted?

Roane pensó, irritado. Negó con la cabeza.

—Fabricará —dijo Huyghens— un transmisor de chispa. Fijará su emisión en la frecuencia más corta que pueda: será en algún punto de la banda de ondas entre los cinco y los cincuenta metros, pero la sintonizará muy ancha, y será una señal claramente humana. La pondrá en emisión. Algunas de esas frecuencias circundarán todo el planeta por debajo de la ionosfera. Cualquier nave que descienda bajo el techo radial recibirá su señal y marcará una posición, se desplazará para conseguir otra marcación, y entonces irá directamente hasta donde el náufrago esté esperando plácidamente, en una hamaca hecha por él mismo, sorbiendo cualquier clase de bebida que haya logrado improvisar partiendo de la vegetación local.

Roane dijo a regañadientes:

—Ahora que lo menciona, naturalmente...

—Mi espaciofono recibe las microondas —dijo Huyghens—. Estoy alterando algunos elementos para poder escuchar las ondas más largas. No será muy bueno, pero si hay alguna señal de socorro en el aire, la recibirá. Sin embargo, no tengo muchas esperanzas de que así sea.

Funcionó. Roane permaneció sentado, quieto, durante largo rato, observándole. De abajo surgió un sonido rítmico; era Sourdough Charley que roncaba. Yacía sobre su espalda, con las patas al aire. Había descubierto que dormía más fresco así. Sitka Pete gruñía en su descanso. Estaba soñando. En la habitación general de la estación, Semper, el águila, parpadeó rápidamente y después introdujo su cabeza bajo una gigantesca ala y se dispuso a dormir. Los ruidos de la jungla de Loren Dos llegaban a través de las ventanas con persianas de acero. La luna más cercana, que había pasado por encima no mucho antes del tañido de la campana de llegada, volvió a pasar sobrevolando el horizonte del este. Su velocidad se asemejaba a la de un avión. Allá arriba, podía ser vista como una masa irregular de roca o metal, llena de aristas, corriendo ciegamente alrededor del gran planeta, por siempre.

En el interior de la estación, Roane dijo, irritado:

—¡Veamos, Huyghens! Tiene usted un motivo para asesinarme. Aparentemente, no piensa hacerlo. Tiene usted una razón excelente para despreocuparse de la colonia robot, pero se está preparando para ayudar, si es que queda alguien con vida que lo necesite. Y sin embargo, es usted un criminal... ¡y quiero decir un verdadero criminal! Ha habido algunas bacterias aterradoras exportadas desde planetas como Loren Dos. Se han perdido muchas vidas a consecuencia de eso, y usted está arriesgando otras. ¿Por qué lo hace? ¿Por qué hace usted algo que podría acarrear monstruosas consecuencias para otros seres?

Huyghens refunfuñó.

—Está usted asumiendo tan sólo el que no se toman precauciones sanitarias y de cuarentena en mis comunicaciones. De hecho, sí se toman. En lo que respecta al resto, usted no lo comprendería.

—Yo no lo comprendería —cortó Roane—, pero eso no prueba que no pueda comprenderlo. ¿Por qué es usted un criminal?

Con pericia, Huyghens utilizó un destornillador dentro del panel de la pared. Delicadamente, alzó un diminuto ensamblaje electrónico. Comenzó a colocar en el interior, con sumo cuidado, un nuevo conjunto de unidades más grandes.

—Estoy cortando mi amplificación definitivamente —observó—, pero creo que funcionará. Estoy haciendo lo que estoy haciendo —añadió calmadamente—. Estoy siendo un criminal porque me parece correcto lo que pienso que soy. Cada cual actúa de acuerdo con la idea que sobre sí mismo tiene. Usted es un ciudadano consciente y un empleado público leal, y una personalidad bien ajustada. Usted se considera a sí mismo como un animal racional inteligente. ¡Pero no actúa de tal forma! Me está usted recordando mi necesidad de pegarle un tiro o algo similar, lo cual un animal meramente racional estaría tratando de hacerme olvidar. Ocurre, Roane, que es usted un hombre. Yo también lo soy, pero me doy cuenta de ello. Por lo tanto, hago cosas deliberadamente, y eso un animal meramente racional no lo haría, porque son mi noción de lo que un hombre, que es más que un animal racional, debería hacer.

Con mucha delicadeza, apretó un pequeño tomillo tras otro. Roane dijo, molesto:

—Oh. Religión.

—Autorrespeto —corrigió Huyghens—. No me gustan los robots. Se parecen demasiado a los animales racionales. Un robot hará cualquier cosa que pueda que su supervisor le ordene hacer. Un animal meramente racional hará cualquier cosa que algunas circunstancias le lleven a hacer. No me gustaría un robot a menos que tuviera alguna idea de lo que es correcto hacer, y que me escupiese a la cara si tratase de obligarle a hacer cualquier otra cosa. Los osos de ahí abajo, por ejemplo... ¡no son robots! Son bestias leales y honorables, pero se volverían contra mí y me harían pedazos si tratase de obligarles a hacer algo que vaya contra su naturaleza. Faro Nell lucharía contra mí y contra toda la creación junta si tratáramos de hacerle daño a Nugget; sería estúpido, irrazonable e irracional; perdería y moriría, ¡pero a mí me gusta que sea así! Y yo lucharé contra usted y contra toda la creación cuando usted quiera obligarme a hacer algo contra mi naturaleza. Seré estúpido, irrazonable e irracional acerca de ello. —Sonrió, mirando por encima de su hombro—. Igual que haría usted, aunque no se dé cuenta de ello.

Volvió a su trabajo. Momentos después instalaba un botón de control manual sobre un eje en un improvisado ensamblaje.

—¿Qué es lo que alguien intentó obligarle a hacer? —preguntó Roane sagazmente—. ¿Qué es lo que se le pidió a usted que lo convirtió en un criminal? ¿En

contra de qué está usted?

Huyghens bajó un conmutador. Hizo girar el botón que controlaba el mando de su receptor improvisado.

—Bueno —dijo, divertido—, cuando yo era joven la gente que me rodeaba trató de convertirme en un ciudadano consciente y en un leal empleado y una personalidad bien ajustada. Trataron de transformarme en un animal racional altamente inteligente y nada más. La diferencia entre nosotros, Roane, es que yo me di cuenta. Naturalmente, me reb...

Se calló en seco. Del altavoz del espaciofono modificado ahora para recibir ondas cortas, surgieron sonidos débiles, chasqueantes y entrecortados.

Huyghens escuchó. Incluyó la cabeza, atento. Giró el botón muy, muy lentamente. Entonces, Roane hizo una señal para que se detuviera, a fin de llamarle la atención sobre algo en el silbante sonido. Huyghens asintió. Giró de nuevo el botón, con incrementos infinitesimales.

De entre la estática surgió un murmullo acompasado. A medida que Huyghens cambiaba, la sintonía se hacía más fuerte. Llegó a un volumen en el que era inconfundible. Era una secuencia de sonidos similares a un zumbido discordante. Había tres zumbidos de medio segundo con pausas de medio segundo entre ellos. Una pausa de dos segundos. Tres zumbidos de un segundo, con pausas de medio entre ellos. Otra pausa de dos segundos, y de nuevo tres zumbidos de medio segundo. Luego, silencio durante cinco segundos. A continuación se repetía la secuencia.

—¡Diablos! —dijo Huyghens—. ¡Eso es una señal humana! Además, está hecha mecánicamente. En realidad, hubo un tiempo en que era una llamada de socorro habitual. Se le llamaba S. O. S., aunque no tengo ni idea de lo que quiere decir. No obstante, alguien debe de haberla leído alguna vez puesto que la conoce. Así que alguien está todavía con vida allí, en su colonia robot con licencia pero destruida. Y están pidiendo ayuda. Diría que seguramente deben necesitarla.

Miró a Roane.

—Lo inteligente sería sentarnos y esperar a que llegase una nave, ya sea de mis amigos o de los suyos. Una nave puede ayudar a supervivientes o náufragos mucho mejor de lo que podamos hacerlo nosotros. Una nave puede hasta encontrarlos más fácilmente. Pero tal vez el tiempo sea importante para esos pobres diablos. Así que voy a coger mis osos y ver si puedo llegar hasta ellos. Si lo desea, puede usted esperar aquí. ¿Qué le parece? ¡Viajar por Loren Dos no es ninguna excursión de placer! Iré luchando en casi cada metro del camino: hay una buena cantidad de «vida animal hostil» aquí.

—¡No sea estúpido! —dijo Roane, indignado—. ¡Claro que voy! ¿Por quién me toma usted? Y dos de nosotros deberían tener cuatro veces las posibilidades de uno.

Huyghens sonrió.

—Casi, casi. Se olvida de Sitka Pete, Sourdough Charley y Faro Nell. En vez de cuatro, seremos cinco si usted viene. Y, naturalmente, Nugget tiene que venir, lo cual

no será precisamente una ayuda. Pero Semper compensará. Usted no cuadruplicará nuestras posibilidades, Roane, pero me alegrará que venga si pretende ser un estúpido completamente irracional y acompañarnos.

III

Por encima del valle de un río había un espolón de piedra alzándose sobre un precipicio. Trescientos metros más abajo, un amplio torrente corría hacia el oeste, en dirección al mar. Treinta kilómetros al este, una pared de montañas se erguía contra el cielo, y sus picos parecían llegar a la misma altura. Había un terreno ondulado entre ellas que se extendía hasta donde abarcaba la vista.

Un punto en el cielo descendió velozmente. Unas grandes alas se extendieron y aletearon, y unos fríos ojos otearon el espacio rocoso. Con otros enormes aleteos, Semper, el águila, aterrizó. Plegó sus grandes alas y giró su cabeza bruscamente, sin pestañear. Un pequeño arnés soportaba una cámara en miniatura contra su pecho. Caminó sobre la roca pelada hasta el punto más alto. Se quedó allí, cual figura arrogante y solitaria en la inmensidad.

Se oyeron golpes y crujidos, y después ruidos de jadeo. Sitka Pete llegó pesadamente, saliendo al espacio abierto. Llevaba también un arnés, y una mochila. El arnés era complejo, porque no sólo tenía que sujetar una mochila en el camino normal, sino que, cuando se alzaba sobre sus patas traseras, no debía impedirle el uso de las delanteras para combatir.

Con nerviosismo, caminó por todo el espacio abierto. Miró por encima del borde extremo del espolón. Se dirigió al otro lado, y miró hacia abajo. Con sumo cuidado, exploraba. Una vez se acercó a Semper y el águila abrió su gran pico curvado y lanzó un graznido indignado. Sitka no le hizo el menor caso.

Se relajó, satisfecho. Se sentó desmañadamente, con sus patas traseras muy abiertas. Tenía una expresión que se acercaba a la benevolencia mientras contemplaba el paisaje a su alrededor y debajo de él.

Más jadeos y chasquidos. Sourdough Charley apareció a la vista, con Huyghens y Roane tras él. Sourdough llevaba también una mochila. Luego se oyó un chillido, y Nugget vino corriendo desde atrás, empujado por un tortazo de su madre. Faro Nell apareció, con el cuerpo de un animal de apariencia cérvica, atado a su arnés.

—Escogí este lugar en una foto espacial —dijo Huyghens— para tomar un punto de referencia direccional. Me prepararé.

Se quitó la mochila de los hombros, y la dejó en el suelo. Extrajo un instrumento de evidente construcción casera, y lo colocó a su lado. Extendió la antena, luego enchufó una considerable extensión de cable flexible y desplegó una pequeña e improvisada antena direccional con un amplificador, aún más pequeño en su base. Roane descargó la mochila de sus hombros y se quedó contemplándole. Huyghens se colocó unos auriculares sobre los oídos. Miró hacia arriba y dijo tajantemente:

—Vigile a los osos, Roane. El viento está soplando en la dirección de la que vinimos. Cualquier cosa que no esté siguiendo, los esfexes por ejemplo, enviará su olor antes. Los osos nos lo dirán.

Se atareó con los instrumentos que había traído. Oyó el sonido de fondo, silbante y como de fritura, que podía ser cualquier cosa excepto una señal humana. Alcanzó su pequeña antena y la hizo girar a su alrededor. Tonos chirriantes y zumbantes surgieron del altavoz, primero débiles y después más intensos. Este receptor, sin embargo, había sido hecho especialmente para esta banda de ondas. Era mucho más eficaz de lo que había sido el espaciofono modificado. Captó tres zumbidos cortos, tres largos y tres cortos de nuevo. Tres puntos, tres rayas y tres puntos. Una y otra vez. S. O. S., S. O. S., S. O. S.

Huyghens tomó una marcación y movió la antena direccional a una distancia cuidadosamente medida. Tornó otra marcación. La movió de nuevo, y repitió la operación. Cuidadosamente, anotando y midiendo cada punto, tomando notas de las lecturas del instrumento. Cuando terminó, había comprobado la dirección de la señal no sólo por su intensidad, sino también por su fase: tenía una marcación tan precisa como le era posible obtener con un aparato portátil.

Pete husmeó el aire y se alzó. Faro Nell le dio un tortazo a Nugget, desplazándolo, quejumbroso, hacia el rincón más alejado. Quedó en pie, de cara al camino por donde habían llegado.

—¡Maldición! —dijo Huyghens.

Se levantó e hizo una señal con el brazo a Semper, que había girado la cabeza al oír a los osos. Semper graznó en una forma muy poco propia de un águila y se dejó caer del espolón, comenzando a luchar inmediatamente contra la corriente de aire descendente que había más allá. En el momento en que Huyghens tomó su arma, el águila regresó por encima de ellos. Les pasó majestuosamente, a una altura de unos treinta metros, maniobrando y aleteando en las engañosas corrientes. Gritó abruptamente, giró y volvió a gritar. Huyghens extrajo una pequeña pantalla visora de su funda, colocándola ante su vista. Naturalmente, veía lo que podía ver la pequeña cámara en el pecho de Semper: un terreno oscilante y en cambio continuo, tal como el propio Semper lo veía, aunque sin su amplitud de campo de visión. Entre los árboles podían observarse objetos en movimiento. Su color era inconfundible.

—Esfexes —dijo Huyghens hoscamente—. Ocho. No los busque por el camino que hemos seguido, Roane. Corren paralelamente a ambos lados del sendero. De esta forma atacan a todo lo ancho y de improviso cuando alcanzan a su presa. Y escuche: los osos pueden enfrentarse con cualquier cosa que se les ponga por delante. Nuestra tarea será encargarnos de los que no entren en combate. Y dispáre al cuerpo. Las balas son explosivas.

Quitó el seguro de su arma. Faro Nell, lanzando retumbantes gruñidos, se dirigió hacia una posición entre Sitka Pete y Sourdough. Sitka le echó una ojeada y dio un

bufido, como riéndose de sus gruñidos espeluznantes. Sourdough gruñía de una manera continua. Él, y Sitka se apartaron de Nell hacia cada lado. Cubrirían un frente más amplio.

Además de los sonidos de los increíblemente pequeños animales que en aquel planeta eran los pájaros, y los gruñidos rabiosos, en un profundo bajo, de Faro Nell, no había otro signo de vida. Y luego, el ruido del seguro quitado del arma que Huyghens le había dado a Roane.

Semper gritó de nuevo, aleteando bajo, casi rozando las copas de los árboles, siguiendo a las multicolores y monstruosas figuras allá abajo.

Ocho cosas diabólicas de color azul y bronce salieron corriendo de entre los matorrales. Tenían orlas espinosas, cuernos y ojos brillantes, y se veían como si hubiesen salido directamente del infierno. En el instante de su aparición saltaron, emitiendo alaridos chillones y ensordecedores que eran como gritos de gatos peleándose, pero aumentados diez mil veces. El rifle de Huyghens chasqueó y su sonido se fundió con la detonación más sonora de la bala al chocar contra la carne del esfex. Un monstruo azul y bronce se desplomó aullando. Faro Nell cargó, la verdadera encarnación de la furia al rojo blanco. Roane disparó, y su bala explotó contra un árbol. Sitka Pete juntó sus enormes patas delanteras en un sonoro y monstruoso movimiento de abofeteo. Un esfex murió.

Entonces Roane volvió a disparar. Sourdough Charley dio un bufido. Cayó hacia delante sobre un escupiente enemigo bicolor, le hizo dar una voltereta y le arañó con sus patas traseras. La piel del vientre del esfex era más tierna que la del resto de su cuerpo. El animal escapó rodando, abriéndose aún más sus propias heridas. Otro esfex se encontró a sí mismo apartado del tumulto, cerca de Sitka Pete. Giró para saltar sobre él por detrás, y Huyghens disparó con frialdad... y dos cayeron sobre Faro Nell, y Roane hizo estallar a uno, y Faro Nell eliminó al otro con una furia verdaderamente monstruosa. Entonces Sitka Pete se alzó, erecto, pareciendo derramar esfexes, y Sourdough se le acercó, y cogió a uno, lo mató, y volvió a por otro. Y ambos rifles sonaron a la par, y de pronto no hubo contra lo que luchar.

De uno a otro, los osos recorrieron los cadáveres. Sitka Pete gruñó suavemente y levantó una cabeza inerte. ¡Crash! Luego otra. Los recorrió a todos, diesen o no signos de vida. Cuando terminó, estaban sumidos en la máxima quietud.

Semper descendió aleteando desde el cielo. Había chillado y planeado por encima mientras luchaban. Ahora, aterrizó velozmente. Huyghens fue, tranquilizador, de unos a otros, calmándolos con su voz. Le llevó más tiempo calmar a Faro Nell, que estaba dando lametones a Nugget con una solicitud apasionada, y rugiendo horriblemente mientras lamía.

—Vamos —dijo Huyghens, cuando Sitka dio signos de tratar de sentarse de nuevo—. Tirad esos cuerpos por un precipicio. ¡Vamos! ¡Sitka! ¡Sourdough! ¡Hop!

Los guió mientras los dos grandes osos, fastidiados en parte, levantaban las

criaturas de pesadilla que ellos y las armas habían abatido, y las llevaban al borde del espolón de piedra. Dejaron que las bestias muertas cayeran rebotando y deslizándose hacia el valle.

—Esto —dijo Huyghens—, es para que sus amiguitos se reúnan a su alrededor y maúllen su desesperación allí donde no haya una pista nuestra para darles malas ideas. Si hubiésemos estado cerca de un río, los habría echado allí para que hubiesen flotado río abajo y reuniesen plañideras dondequiera que quedasen varados. Alrededor de la estación los incinero. Si tuviera que dejarlos, prepararía una pista falsa. Aproximadamente unos setenta kilómetros en contra del viento, sería una buena idea.

Abrió la mochila que llevaba Sourdough, y sacó varias esponjas de tamaño gigante y algunos litros de antiséptico. Se Ocupó de los kodiaks por turno, limpiando no sólo las heridas y los arañazos que habían recibido, sino también empapando profundamente su piel, allí donde pudiera haber una sospecha de sangre de esfex derramada.

—Este antiséptico es también desodorante —le dijo a Roane—, o seríamos seguidos por cualquier esfex que pasase a una distancia olfateable de nosotros. Por la misma razón, cuando iniciemos la marcha mojaré las patas de los osos.

Roane estaba sumido en el silencio. Había fallado su primer disparo con un arma lanzabalas; y una bala explosiva tiene mucho más poder que un rayo. Se había ido enfadando consigo mismo en una forma desmedida. En los últimos segundos de la lucha había disparado cuidadosamente, y cada bala había sido un blanco. Ahora dijo amargamente:

—Si me está instruyendo para que pueda continuar en el caso de que a usted le ocurra algo, dudo que valga la pena.

Huyghens buscó en su mochila y sacó las ampliaciones que había hecho de las fotos espaciales de aquella parte del planeta. Cuidadosamente, se orientó en el mapa, observando los detalles sobresalientes del terreno. Trazó cuidadosamente una línea a través de la foto.

—La señal de S. O. S. viene de alguna parte cercana a la colonia robot —informó—. Creo que es un poco hacia el sur, probablemente de una mina que perforaron en el extremo más alejado, naturalmente, de la Meseta Sere. ¿Ve cómo lo he marcado en el mapa? Dos marcaciones, una desde la estación y otra desde aquí. Me aparté de la línea recta para obtener una marcación aquí de forma que tuviésemos dos líneas de posición hacia el transmisor. La señal podría haber venido del otro lado del planeta. Pero no es así.

—Las probabilidades eran astronómicas en contra de que hubiese otras personas en peligro —protestó Roane.

—Nooooo —dijo Huyghens—. Han estado viniendo naves aquí, a la colonia robot. Una podría haberse estrellado. Y yo también tengo amigos.

Guardó otra vez su aparato, e hizo una señal a los osos. Los llevó más allá del

lugar del combate y muy cuidadosamente limpió sus patas, de tal forma que no pudiesen dejar ni un rastro de olor a sangre de esfex tras ellos. Hizo un gesto a Semper, el águila, para que alzase el vuelo.

—Vámonos —dijo a los kodiaks—. ¡Adelante! ¡Hop!

Descendiendo por la ladera, el grupo retornó de nuevo a la jungla. Ahora era el turno de Sourdough de ocupar la vanguardia, y Sitka Pete marchaba con más amplitud tras él. Faro Nell con Nugget, seguía a los hombres. Mantenía una cuidadosa vigilancia sobre el cachorro. Todavía era una cría, pues pesaba menos de trescientos kilos, y naturalmente estaba atenta a cualquier peligro desde la retaguardia.

Por encima, Semper planeaba y volaba en círculos y espirales gigantes, sin apartarse nunca demasiado. Huyghens observaba constantemente la pantalla que mostraba lo que le mostraba la cámara aérea. La imagen se agitaba, hacía círculos, cabeceaba y daba bandazos. No era en absoluto el mejor sistema de reconocimiento aéreo que podía ser imaginado, pero era el mejor de los que podían funcionar. Entonces, Huyghens dijo:

—Giraremos aquí a la derecha. Todo recto, el camino es malo, y además parece que una manada de esfexes ha cazado y se está alimentando allí.

Roane estaba contrariado. No estaba satisfecho consigo mismo, así que dijo:

—Va contra toda razón el que unos carnívoros sean tan numerosos como usted dice: tiene que haber una cierta cantidad de otras vidas animales por cada bestia carnívora. Demasiadas de éstas se comerían toda la caza y luego se morirían de hambre.

—Se han ido durante todo el invierno —explicó Huyghens—, que en estos alrededores no es tan severo como usted podría pensar. Y muchos animales acostumbran a tener crías justamente después de que los esfexes partan hacia el sur. Además, los esfexes no están por aquí durante la estación cálida. Hay algo así como un punto máximo, y luego, durante unas semanas, no se ve a ninguno. De pronto, la jungla está llena de ellos otra vez. Luego, en un momento dado, se marchan al sur. Aparentemente son migratorios en alguna forma, pero nadie lo sabe a ciencia cierta. —Dijo secamente—: No han pasado muchos naturalistas por este planeta. La vida animal no es amistosa.

Roane se preocupó. Era un alto cargo de la Vigilancia Colonial y estaba acostumbrado a llegar a lugares con una colonización realizada totalmente o en gran parte, emitiendo su juicio sobre si se había completado o no la instalación planeada tal cual había sido diseñada. Ahora, se encontraba inmerso en un ambiente totalmente hostil, dependiendo para sobrevivir de un colonizador ilegal, llevando a cabo una empresa desmoralizadora indefinida: dado que la señal mecánica de chispa podía estar funcionando mucho después de que sus constructores hubieran muerto... y todas sus ideas acerca de un cierto número de cuestiones se estremecían. Por

ejemplo, estaba con vida gracias a tres gigantescos osos kodiak y un águila. Él y Huyghens podían haber estado rodeados por diez mil robots y a pesar de eso haber resultado muertos. Los esfexes y los robots se hubieran ignorado mutuamente, y los esfexes hubieran ido directamente a por los hombres, los cuales hubieran tenido menos de cuatro segundos para descubrir por sí mismos que estaban siendo atacados, prepararse para defenderse y matar a ocho esfexes.

Las convicciones de Roane como hombre civilizado se tambaleaban. Los robots eran unos artefactos maravillosos para hacer lo esperado, cumplir con lo planificado, enfrentarse con lo predicho. Pero también tenían sus defectos. Los robots sólo podían seguir instrucciones: si sucede esto, haced esto; si pasa aquello, haced lo otro. Pero, ante una cosa totalmente diferente, que ni era esto ni aquello, los robots no sabían qué hacer. Por ello, una civilización robótica funcionaba únicamente en un ambiente en el que nunca surgía nada imprevisto y en que los supervisores humanos nunca pedían nada inesperado. Roane estaba anonadado. Jamás, en toda su vida y carrera, había encontrado lo verdaderamente impredecible.

Halló a Nugget, el cachorro, caminando inquieto tras él. El cachorro agachó las orejas con aire miserable cuando Roane le miró. Se le ocurrió que Nugget estaba recibiendo un buen número de coscorrones disciplinarios de Faro Nell. Estaba siendo golpeado físicamente de una forma similar a como él lo estaba siendo psicológicamente. Se le estaba haciendo aprender con sangre su falta de información e incapacidad para una supervivencia independiente en aquel ambiente.

—¡Hey, Nugget! —dijo Roane amistosamente—. ¡Me siento igual que tú!

Visiblemente, Nugget se alegró. Retozó. Tendía a brincar. Miró muy esperanzado el rostro de Roane... y tenía metro veinte puesto a cuatro patas, y pasaría en altura a Roane si se levantaba sobre las patas traseras...

Roane extendió una mano y le dio unas palmadas a Nugget en la cabeza. Por primera vez en toda su vida, acariciaba a un animal.

Oyó un resoplido tras él. Los pelos de la nuca se le erizaron. Se dio la vuelta.

Faro Nell lo contemplaba: setecientos veinte kilos de osa a sólo tres metros de distancia y mirándole a los ojos. Durante un instante de pánico, Roane se quedó helado. Luego se dio cuenta de que los ojos de Faro Nell no ardían. No estaba resoplando airada. No emitía aquellos sonidos que hacían paralizarse el corazón que había lanzado en las rocas ante la simple idea de peligro para Nugget. Lo contemplaba amistosamente. De hecho, al cabo de un momento, partió a investigar algo que le había llamado la atención.

El grupo siguió su viaje, con Nugget retozando junto a Roane y tendiendo a chocar con él por pura torpeza de cachorro. De vez en cuando miraba con adoración a Roane, con el instantáneo y arrollador afecto de los muy jóvenes.

Roane siguió adelante. Por un momento miró nuevamente hacia atrás. Ahora Faro Nell exploraba un campo más amplio. Se sentía satisfecha al tener a Nugget al

cuidado de un hombre. De vez en cuando la ponía nerviosa.

Un poco más tarde, Roane exclamó:

—¡Huyghens, mire! ¡Me han nombrado niñera de Nugget!

Huyghens miró hacia atrás.

—Oh, abofetéelo unas cuantas veces, y volverá con su madre.

—¡Y un infierno! —protestó Roane—. Me gusta.

Siguieron la marcha.

Cuando cayó la noche, acamparon. Naturalmente, no podían encender fuego ya que todos los diminutos seres nocturnos acudirían ansiosos a bailar a la luz de la lumbre. Pero tampoco podían permanecer en la oscuridad, porque las bestias nocturnas cazaban entre las sombras. Así que Huyghens instaló las lámparas de barrera que creaban una pared de penumbra alrededor de su lugar de acampada, y el animal parecido a un ciervo que Faro Nell había traído se convirtió en su cena. Luego, durmieron, o al menos eso hicieron los hombres, y los osos se amodorraron y roncaban y se despertaron y se adormilaron de nuevo. Pero Semper permanecía inmóvil, en la rama de un árbol, con su cabeza bajo el ala. Y, al fin, hubo un maravilloso silencio helado, y todo el mundo brilló a la luz del alba difundida a través de la jungla por un sol recién nacido. Y se levantaron y reemprendieron la marcha.

Mientras unos esfexes curioseaban la pista que habían dejado los osos, permanecieron totalmente quietos durante dos horas. Huyghens habló con calma de la necesidad de un repelente para ser usado en las botas de los hombres y las patas de los osos, y que resultase poco agradable para los esfexes seguir sus huellas. Roane captó la idea y sugirió, absorto, que podía ser desarrollado un producto que produjese un olor repelente para los esfexes y que convirtiese a un hombre en repugnante para ellos. Si eso se lograba... bueno, los hombres podrían caminar libremente, sin ser molestados.

—Como los zorrinos —dijo Huyghens sardónicamente—. ¡Una idea muy inteligente! ¡Muy racional! Puede sentirse orgulloso.

Y de pronto, Roane, por alguna razón oscura, no estuvo orgulloso, en lo más mínimo, de la idea.

Acamparon de nuevo. A la tercera noche, estaban en la base de aquella peculiar formación, la meseta Sere, que desde lejos parecía una cordillera, pero que en realidad era una extensión desierta, elevada. No parecía lógico que hubiese un desierto en lo alto, mientras en las tierras bajas llovía. Pero en la cuarta mañana hallaron la respuesta. Vieron, muy, muy a lo lejos, una masa montañosa verdaderamente monstruosa al extremo de la gran extensión de la meseta. Era como la proa de un barco. Se hallaba, como observó Huyghens, directamente alineada en la dirección de los vientos dominantes, dividiéndolos, igual como la proa de un barco divide las aguas. Las corrientes de aire que llevaban la humedad soplaban a ambos lados de la meseta, y no por encima de ella, y su interior era puro desierto bajo la luz solar no filtrada de las grandes alturas.

Tardaron un día en llegar a medio camino de la ladera. Y allí, en dos ocasiones mientras subían, Semper voló dando graznidos sobre grupos de esfexes a un lado u otro de ellos. Eran grupos mucho mayores de los que jamás había visto Huyghens: de cincuenta a cien monstruos en manada, y eso que una docena era ya un grupo de caza muy nutrido en cualquier otra parte. Miró la pantalla que le mostraba lo que veía Semper a seis o siete kilómetros de distancia. Los esfexes subían hacia la meseta Sere en una larga línea. Cincuenta... sesenta... setenta... bestias infernales de color azul y bronce.

—No me gustaría que ese grupo cayese sobre nosotros —le dijo a Roane—. No creo que tuviéramos ni una sola posibilidad de salir con vida.

—Aquí es donde nos vendría bien un buen tanque robot —observó Roane.

—Cualquier cosa acorazada —puntualizó Huyghens—. Un hombre en una posición blindada como la mía estaría a salvo. Pero, si matase a un esfex, sería cercado. Tendría que permanecer encerrado, respirando el hedor del esfex muerto hasta que dejase de oler. Y no debería matar a ningún otro, o lo tendrían cercado hasta que llegase el invierno.

Roane no sugirió las ventajas que en otros campos presentaban los robots. En aquel momento, por ejemplo, estaban subiendo una ladera de una inclinación media de cincuenta grados. A pesar de sus cargas, los osos subían sin esfuerzo. Para los hombres, era un trabajo infinito. Semper, el águila, manifestaba impaciencia tanto con los osos como con los hombres, pues se movían lentamente por una pendiente que ella sobrevolaba con facilidad.

Se adelantó ladera arriba y planeó en las corrientes de aire del borde de la meseta. Huyghens miró la pantalla visora mediante la que divisaba lo que el águila veía.

—¿Cómo infiernos entrena osos como éstos? —jadeó Roane; se habían detenido para tomarse un respiro, y los osos los esperaban pacientemente—. A Semper sí que lo entiendo.

—No los entreno —dijo Huyghens, mirando a la pantalla—. Son mutaciones. En la herencia, la unión sexual de características físicas es cosa habitual. Pero se ha llevado a cabo un buen trabajo en lo referente a la unión de genes de factores psicológicos. En mi planeta nativo se necesitaba un animal que pudiera luchar como un demonio, vivir de lo que hallase, llevar una mochila y relacionarse con los hombres al menos tan bien como hacen los perros. En los viejos tiempos hubieran intentado desarrollar las características deseadas en un animal que ya tuviera los rasgos de personalidad que deseaban. Por ejemplo, algo así como un perro gigante. Pero allá en mi hogar pensaban de otra manera. Buscaron las características físicas deseadas, y lo que desarrollaron fue la personalidad... la psicología. El trabajo fue llevado a cabo hace un siglo: un oso kodiak llamado Kodius Champion fue el primer éxito verdadero. Era justo lo que deseaban. Estos osos son sus descendientes.

—Parecen normales —comentó Roane.

—¡Lo son! —dijo Huyghens acalorado—. ¡Tan normales como un perro honesto!

No están entrenados como Semper. ¡Se entrenan ellos mismos! —Volvió a mirar a la pantalla que tenía entre las manos, que mostraba el terreno a mil quinientos o dos mil metros por encima—. Semper, en cambio, es un pájaro amaestrado que no tiene demasiado cerebro. Está entrenado... el *summum* de las aves de cetrería. Pero los osos quieren convivir con el hombre. ¡Dependen emocionalmente de nosotros! Como los perros. Mientras que Semper es un servidor, ellos son compañeros y amigos. El águila está amaestrada, pero ellos son leales. Ella está condicionada, ellos nos aman. Ella me abandonaría si alguna vez se diera cuenta de que podía hacerlo... cree que sólo puede comer lo que le dan los hombres, pero los osos no desearían hacerlo. Les gustamos. Y yo admito que a mí también me gustan. Quizá sea porque el cariño es mutuo.

Roane dijo deliberadamente:

—¿No es usted un poco demasiado charlatán, Huyghens? Soy un empleado de la Vigilancia Colonial. Tarde o temprano tendré que arrestarle. Me acaba de contar algo que servirá para localizar y llevar ante los tribunales a la gente que le ha instalado aquí. No sería difícil encontrar el lugar en el que se crían osos para lograr unas mutaciones psicológicas, y donde un oso llamado Kodius Champion tuvo descendencia. ¡Puedo averiguar de dónde vino usted, Huyghens!

Huyghens miró a la pantalla con su pequeña imagen televisiva oscilante, enviada desde donde Semper flotaba impaciente en medio del aire.

—No he metido la pata —dijo amablemente—. También allí soy un criminal. Oficialmente, ha quedado registrado que robé estos osos y escapé con ellos. Lo cual, en mi planeta de origen, es uno de los crímenes más monstruosos que puede cometer un hombre. Es peor de lo que, en los viejos tiempos, era el robo de caballos en la Tierra. Los familiares de mis osos son muy apreciados. Allá en mi planeta soy un criminal de renombre.

Roane se quedó mirándolo.

—¿Los robó? —preguntó.

—Confidencialmente —le respondió Huyghens—, no. ¡Pero pruébelo! —Luego, añadió—: Dé una ojeada a esta pantalla. Vea lo que ve Semper al borde de la meseta.

Roane se halló volando, por allá donde el águila planeaba en grandes pasadas y picados. Gracias a la experiencia de los pasados días, Roane se imaginó que Semper estaba graznando fieramente mientras volaba. Se lanzó en picado hacia el borde de la meseta.

Roane miró la imagen transmitida. Sólo tenía diez por quince centímetros, pero era perfectamente definida y con colorido real. Se movía y giraba con los círculos y planeos del águila que llevaba la cámara. Durante un instante, la pantalla mostró una ladera muy inclinada, y en uno de los bordes se podía ver, como puntos, al grupo de hombres y osos. Luego, siguió más allá y mostró la parte superior de la meseta.

Había esfexes. Una manada de doscientos trotaba hacia el interior del desierto. Se movían tranquila y abiertamente. La cámara visora se inclinó, y se vieron más.

Mientras Roane miraba y el pájaro volaba más alto, pudo ver a otros esfexes moviéndose sobre el borde de la meseta surgiendo de un pequeño desfiladero creado por la erosión y de otro similar que había un poco más allá. La meseta Sere estaba repleta de esos seres infernales. No era concebible que hubiera bastante caza para que pudieran vivir todos ellos. Se veían tantos como si fueran los rebaños de los planetas ganaderos.

Era totalmente imposible.

—Están migrando —observó Huyghens—. Dije que lo hacían. Deben de ir a algún sitio. ¿Sabe?, no creo que sea muy aconsejable para nosotros intentar cruzar la meseta entre esas manadas de esfexes.

Roane maldijo, cambiando súbitamente de humor.

—¡Pero la señal aún sigue llegando! ¡Alguien está con vida en la colonia robot! ¿Debemos esperar hasta que haya terminado la migración?

—No sabemos si seguirán con vida —señaló Huyghens—. Quizá necesiten urgentemente ayuda. Tenemos que llegar hasta ellos. Pero al mismo tiempo...

Miró a Sourdough Charlie y Sitka Pete, aferrados pacientemente a la ladera mientras los hombres hablaban y descansaban. Sitka había encontrado un sitio en el que sentarse, aunque tenía que anclarse con una de sus enormes garras.

Huyghens agitó el brazo, señalando en una nueva dirección.

—¡Vamos! —dijo con decisión—. ¡Vamos allá! ¡Hop!

IV

Siguieron por la ladera de la meseta Sere sin ascender a su parte superior, donde se congregaban los esfexes, ni tampoco descender al pie de la misma, donde se juntaban los esfexes. Se movieron a lo largo de la ladera, que tenía una pendiente que iba de los treinta a los sesenta grados, y no cubrieron mucha distancia. Prácticamente se olvidaron de lo que era caminar sobre terreno llano. Semper, el águila, flotaba por encima de ellos, no muy lejos, durante el día. Al caer la noche descendía para recibir su comida de la mochila de uno de los osos.

—Los osos no lo están pasando muy bien por lo que respecta a la comida —dijo Huyghens, secamente—. Una tonelada de oso necesita mucho que comer. Pero nos son leales. Semper no tiene ninguna lealtad, es demasiado estúpida, pero se la ha condicionado para que crea que sólo puede comer lo que le dan los hombres. Los osos no creen en eso, pero aun así siguen con nosotros. Me caen muy bien esos osos.

Evidentemente, la afirmación quedaba corta, y con mucho. Se hallaban en un lugar de acampada en la parte alta de una enorme roca que se proyectaba desde una montañosa pared de piedra. Habían pasado seis días desde que iniciaron el viaje. En la roca apenas si había sitio para todo el mundo. Y Faro Nell insistió intransigentemente en que Nugget debía hallarse en el lugar más seguro, o sea, junto al flanco de la montaña. Hubiera echado a los hombres hacia afuera, pero Nugget

gimió pidiendo la presencia de Roane. Por consiguiente, cuando Roane se acercó a reconfortarlo, Faro Nell se echó alegremente hacia atrás, y resopló a Sitka y Sourdough, que le hicieron sitio cerca del borde.

Era un campamento hambriento. Ocasionalmente, se habían encontrado con pequeños arroyuelos que fluían ladera abajo. Allí, los osos habían bebido largamente, y los hombres habían llenado sus cantimploras. Pero aquélla era su tercera noche, y no habían encontrado ninguna presa. Huyghens no hizo gesto alguno de sacar comida para Roane o para él mismo. Roane no hizo comentarios. Comenzaba a participar en la relación entre osos y hombres, una relación que no era la esclavitud de los osos sino algo más. Funcionaba en ambos sentidos. Lo notaba.

—Parece ser —dijo preocupado— que, dado que los esfexes no parecen cazar mientras suben, debe de haber algo que cazar ahí arriba. Lo ignoran todo mientras suben.

Era cierto. La habitual formación de lucha de los esfexes era el ir desplegados en línea, con lo que automáticamente rodeaban a cualquier cosa que tratase de huir y flanqueaban a todo lo que intentase luchar. Pero allí subían por la montaña, en largas hileras, uno tras otro, siguiendo aparentemente senderos muy antiguos. El viento soplaba a lo largo de las laderas, y únicamente llevaba los olores hacia los lados. Pero los esfexes no se apartaban de sus caminos elegidos. Las largas procesiones de repugnantes seres azul y bronce seguían simplemente escalando. Era difícil pensar en ellos como animales normales, con machos y hembras que ponían huevos como los reptiles de otros planetas.

—Han pasado otros millares de bestias antes que ellos —dijo Huyghens—. Deben de haber estado siguiendo este camino durante días, e incluso semanas. Hemos visto decenas de millares en la cámara de Semper. Todos juntos deben de ser una cantidad inconmensurable. Los primeros en llegar se comieron toda la caza que había, y los últimos deben de tener otra idea en lo que usen como mente.

Roane protestó:

—¡Pero es imposible que haya tantos carnívoros en un mismo lugar! ¡Sé que están ahí, pero es imposible!

—Son de sangre fría —señaló Huyghens—. No queman comida para mantener la temperatura de sus cuerpos. Después de todo, hay seres que pasan largas temporadas sin comer. Hasta los osos invernan. Pero esto no es hibernación. Ni tampoco estiviación.

En la oscuridad, estaba montando el receptor de radio. No tenía sentido el intentar obtener allí una marcación. El transmisor estaba en el otro lado de la meseta Sere que, inexplicablemente, estaba plagada por las más feroces y mortíferas de todas las criaturas de Loren Dos. Los hombres y los osos cometerían un suicidio tratando de cruzar por allí.

Pero Huyghens conectó el receptor. Se oyó el susurrante y chirriante sonido de la estática de fondo. Luego, la señal: tres puntos, tres rayas, tres puntos. Tres puntos,

tres rayas, tres puntos. Seguía una y otra vez. Huyghens lo apagó. Roane dijo:

—¿No deberíamos haber contestado a su señal antes de salir de la estación? ¿Para animarlos?

—Dudo que tengan un receptor —dijo Huyghens—. De todas maneras, no esperarán una respuesta en meses. No estarán escuchando continuamente, y si están viviendo en el túnel de una mina y tratando de hacer salidas para buscar comida conque alargar sus raciones... Bueno, estarán demasiado ocupados para tratar de montar algún instrumento complicado.

Roane permaneció unos segundos en silencio.

—Tenemos que conseguir comida para los osos —dijo al fin—. Nugget está ya destetado, y tiene hambre.

—La conseguiremos —prometió Huyghens—. Quizá me equivoque, pero me parece que el número de esfexes que están subiendo por la ladera hoyes menor que ayer y aún menos que el día anterior. Quizás hayamos acabado de cruzar por el grueso de su migración. Sus filas están clareando. Cuando hayamos abandonado su sendero, tendremos que volver a cuidarnos de las bestias de presa nocturnas y demás, pero por ahora estamos seguros, pues creo que en su camino migratorio han eliminado toda la vida animal.

No tenía del todo razón. En la oscuridad, se despertó por el sonido de golpes y el gruñido de los osos. Soplidos de una brisa suave como una pluma le dieron en el rostro. Encendió la linterna de su cinturón. El mundo estaba oculto por una película blanquecina que se despegó alejándose. Algo aleteaba. Luego vio las estrellas y el vacío al borde del cual estaban acampados. Entonces, grandes cosas blancas aletearon hacia él.

Sitka Pete dio un tremendo resoplido y manoteó. Faro Nell gruñó y lanzó golpes. Cazó algo entre sus garras. Lo aplastó. Al darse cuenta, Huyghens apagó la luz. Luego, dijo:

—No dispare, Roane. —Escuchó y oyó en la oscuridad el sonido de alguien que se alimentaba. Terminó—: ¡Mire esto!

Encendió de nuevo la luz de su cinturón. Algo de extraña forma y pálido como la piel humana giró en el aire y aleteó locamente hacia él. Y algo más. Cuatro... cinco... diez... veinte... más...

Una enorme pata peluda se lanzó hacia la luz y cazó una de las cosas voladoras. Otra garra enorme. Huyghens movió la luz y vio a los tres grandes kodiaks apoyados sobre sus patas traseras, lanzando manotazos a los seres que revoloteaban locamente, incapaces de resistir la fascinación de la luz. Debido a sus locos giros, era imposible verlos con detalle, pero eran aquellos poco agradables animales nocturnos que parecían monos voladores rapados, pero que en realidad eran algo totalmente diferente.

Los osos ni gruñían ni golpeaban en vano. Lanzaban manotazos con un notable

aire de competencia y decisión. Los pequeños montones de animales que yacían rotos a sus pies fueron creciendo.

De pronto, ya no hubo más. Huyghens apagó la luz. Los osos se acurrucaron y se alimentaron ansiosamente en la oscuridad.

—Esos bichos son carnívoros y chupadores de sangre, Roane —dijo tranquilamente Huyghens—. Dejan a sus víctimas sin sangre como los vampiros. De alguna forma consiguen no despertarlas y, cuando están muertas, toda la bandada come. Pero los osos tienen un pelo espeso, y en cuanto los tocan se despiertan. Y son omnívoros, pueden comer cualquier cosa excepto esfexes, y les gusta hacerlo. Uno podría decir que esos animales vinieron por lana y salieron trasquilados. Se han convertido en la cena de los osos que, como siempre, buscan sobre el terreno su propio alimento.

Roane lanzó una repentina exclamación. Encendió una pequeña luz y vio cómo la sangre fluía por su mano. Huyghens le pasó su equipo de bolsillo con antiséptico y vendajes. Roane secó la herida y se envolvió la mano. Entonces pudo percatarse de que Nugget estaba masticando algo. Cuando apagó la luz, Nugget tragó convulsivamente. Según parecía, había cazado y devorado al animal que le había chupado sangre. Pero Roane apenas si había perdido sangre.

Por la mañana, comenzaron de nuevo a caminar por la ladera. Durante el camino, Roane dijo, a regañadientes:

—Los robots no hubieran podido ocuparse de esos seres vampiro, Huyghens.

—Oh, podrían construirse para que vigilaran por si se acercaban —dijo Huyghens tolerantemente—, pero uno tendría que eliminarlos por sí mismo. Prefiero los osos.

Abría camino. Su formación de la jungla no servía aquí. En una ladera inclinada, los osos caminaban confortablemente, con la dura planta de sus patas agarrándose muy bien a las rocas inclinadas, pero los hombres lo hacían trabajosamente. En dos ocasiones, Huyghens se detuvo para examinar, con sus prismáticos, el terreno de la base de las montañas. A medida que avanzaban pareció más animado. El monstruoso pico que parecía la proa de un buque, situado al extremo más lejano de la meseta Sere, se veía ya más cercano. Hacia mediodía, se alzaba muy alto sobre el horizonte, a no más de veinticinco kilómetros de distancia. Y, al mediodía, Huyghens ordenó un alto final.

—Ya no hay más grupos de esfexes abajo —dijo alegremente—, y no hemos visto ninguna de sus hileras subiendo en muchos kilómetros.

El cruzar uno de los senderos de esfexes representaba, simplemente, esperar hasta que hubiese pasado un grupo, y luego cruzar antes de que se viera otro.

—Tengo la impresión de que hemos cruzado ya su ruta de migración. ¡A ver qué es lo que nos dice Semper! —concluyó.

Le indicó al águila que se pusiera en vuelo. Semper, como todos los animales excepto el hombre, normalmente sólo se preocupaba de satisfacer su apetito, y una vez logrado esto tendía a holgazanear y dormir. Había recorrido los últimos

kilómetros subida sobre la mochila de Sitka Pete. Ahora, se lanzó hacia lo alto mientras Huyghens contemplaba la pequeña pantalla.

Semper se elevó y la imagen de la pantalla giró y subió y subió, y al cabo de pocos minutos se hallaba sobre el borde de la meseta. Allí había alguna vegetación y el terreno estaba algo ondulado, hasta se veían manchas de matorrales. Pero en las cercanías todo estaba limpio de animales. Sólo en una ocasión, cuando el águila se inclinó sobre un ala, la cámara miró hacia lo lejos sobre la meseta, y entonces Huyghens vio signos de las bestias azul y bronce. Vio entonces lo que parecían ser masas de ellas que casi formaban rebaños. Aunque, naturalmente, los carnívoros no se reúnen en rebaños.

—Vamos hacia arriba —dijo Huyghens satisfecho—. Cruzaremos la meseta por aquí... y hasta podremos ir un poco en dirección contraria al viento. Creo que hallaremos algo interesante de camino a su colonia robot.

Hizo una seña a los osos para que subieran colina arriba.

Horas más tarde, justo antes de la puesta del sol, llegaron a lo alto. Y vieron animales que cazar. No muchos, pero al menos algunos en el borde de hierba y matorrales del desierto. Huyghens derribó un peludo rumiante que no le parecía muy apropiado para vivir en un desierto. Pero cuando cayó la noche, hubo un abrupto helor en el aire. Hacía mucho más frío de lo que había hecho en las laderas por la noche. El aire era tenue. Roane pensó, y al final creyó averiguar la causa. En los alrededores de la montaña-proa, el aire estaba en calma. No había nubes. El suelo irradiaba su calor al vacío espacio. Podía hacer un frío terrible por la noche.

—Y calor durante el día —estuvo de acuerdo Huyghens cuando lo mencionó—. El sol da un calor terrible allí donde el aire es tenue, pero en la mayor parte de las montañas hace viento. Aquí, de día, el suelo debe tender a calentarse como la superficie de un planeta sin atmósfera. Al mediodía quizá llegue a sesenta o sesenta y cinco grados en la arena. Pero debe enfriarse mucho por la noche.

Así era. Antes de la medianoche, Huyghens preparó un fuego. No había peligro de animales nocturnos allá donde la temperatura bajaba hasta el punto de congelación.

Por la mañana, los hombres estaban rígidos por el frío, pero los osos resoplaban y se movían con agilidad. Parecían encantados con el frío matutino. De hecho, Sitka y Sourdough Charley se pusieron de buen humor e iniciaron una pelea de broma, lanzándose el uno al otro golpes que sólo eran fintas, pero que habrían aplastado el cráneo de cualquier hombre. Nugget, excitado, se sorbió las narices mientras los contemplaba. Faro Nell los miraba con femenina desaprobación.

Siguieron adelante. Semper parecía más torpe. Tras un único vuelo de corta duración, descendió y se colocó sobre la mochila de Sitka, como el día anterior. Se quedó allí, contemplando el paisaje mientras éste cambiaba de semiárido a verdadero desierto a medida que iban adelantando. Su aire era arrogante, pero no quería volar. A

los pájaros planeadores no les gusta volar allí donde no hay vientos que creen corrientes de aire de las que puedan aprovecharse. En el camino, Huyghens le mostró a Roane su localización exacta en la ampliación fotográfica tomada desde el espacio, y el punto exacto de donde parecía provenir la señal de socorro.

—Lo está haciendo por si le sucede algo —dijo Roane—. Admito que tiene sentido, pero... sin usted, ¿qué es lo que iba a poder hacer para ayudar a esos supervivientes, aunque lograrse llegara hasta ellos?

—Lo que ha aprendido acerca de los esfexes ya sería una ayuda —dijo Huyghens—, y los osos le echarían una mano. Y dejamos una nota en mi estación. Quienquiera que aterrice en el campo, y el faro está funcionando de nuevo, encontrará instrucciones para ir al lugar al que estamos tratando de llegar.

Roane caminó en silencio junto a él. El estrecho borde no desértico de la meseta Sere había quedado ya tras ellos. Caminaban sobre polvorienta arena.

—Escuche —dijo Roane—. Quiero saber una cosa. Me dice que está usted declarado ladrón de osos en su planeta nativo. Me dice que es una mentira, para proteger a sus amigos contra toda acción de la Vigilancia Colonial. Está usted solo, arriesgando su vida cada minuto de cada día. Corrió un riesgo al no disparar contra mí. Ahora aún se arriesga más al ir en ayuda de hombres que tendrán que ser testigos de que es usted un criminal. ¿Por qué lo está haciendo?

Huyghens sonrió.

—Porque no me gustan los robots. No me gusta el hecho de que estén dominando al hombre; haciendo que los hombres sean sus subordinados.

—Prosiga —insistió Roane—. No veo por qué el no agradarle los robots puede haberle convertido en un criminal. ¡Ni tampoco veo que los hombres se estén subordinando a los robots!

—Pues lo están haciendo —dijo Huyghens con voz suave—. Naturalmente, yo soy un tipo raro, pero... vivo como un hombre en este planeta. Voy a donde quiero y hago lo que quiero. Mis ayudantes, los osos, son mis amigos. Si la colonia robot hubiera tenido éxito, ¿habrían vivido como hombres los humanos que hubiera en ella? ¡Casi seguro que no! ¡Tendrían que vivir de la forma en que les dejasen los robots! Tendrían que permanecer en el interior de una verja que construyesen los robots. Tendrían que comer los alimentos que les pudieran proporcionar los robots, y nada más. Vaya... ¡un hombre no podría ni acercarse a una ventana porque, de hacerlo así, los robots que se cuidan de la limpieza no podrían trabajar! Los robots les servirían de la forma en que los mismos robots determinasen... ¡pero, ocupándose de los robots, lo único que obtendrían sería trabajo!

Roane agitó la cabeza.

—Si los hombres desean el servicio de los robots, tienen que aceptar el servicio que los robots pueden darles y, si usted no quiere esos servicios...

—Quiero decidir lo que quiero —dijo Huyghens, de nuevo con voz suave—, en lugar de verme limitado a escoger lo que se me ofrece. Mi planeta nativo medio lo

civilizamos con perros y escopetas. Luego hicimos evolucionar a los osos, y acabamos el trabajo con ellos. Ahora, hay superpoblación y nos va faltando el espacio para los osos, los perros y los hombres. Más y más gente está siendo privada de su poder de decisión, y quedando reducida a poder elegir entre las cosas que les permiten los robots. Cuanto más dependemos de los robots, más limitada se hace la elección. ¡No queremos que nuestros hijos se vean limitados a desear lo que los robots puedan suministrarles! ¡No queremos que se vean reducidos a abandonar todo aquello que los robots no pueden darles... o no quieren darles! Queremos que sean hombres y mujeres, y no malditos autómatas que vivan apretando controles robot para poder seguir apretando controles robot. Si eso no es subordinación a los robots...

—Eso es una argumentación emotiva —protestó Roane—. No todo el mundo piensa así.

—Pero yo pienso así —dijo Huyghens—, y también muchos otros. Ésta es una gran galaxia, y seguramente debe contener muchas sorpresas. De lo que no cabe duda acerca de un robot y de un hombre que depende de ellos es que no pueden enfrentarse con lo inesperado. Llegará un día en que necesitaremos hombres que puedan hacerlo. Así que, en mi planeta de origen, algunos pedimos que se nos entregase Loren Dos para colonizarlo. Se nos denegó diciéndonos que era demasiado peligroso. Pero los hombres, si son verdaderos hombres, pueden colonizar cualquier lugar. Así que vine a estudiar este planeta; especialmente los esfexes. Eventualmente, esperábamos pedir de nuevo una licencia, con pruebas de que podíamos manejar incluso a esas bestias. Yo ya lo estoy haciendo, aunque no sea de un modo definitivo. Pero la Vigilancia dio licencia a una colonia robot... y, ¿dónde está?

Roane puso cara de pocos amigos.

—Huyghens, ustedes eligieron mal el camino. Es ilegal. Lo es. Tienen el espíritu de los pioneros, lo cual es admirable, pero lo llevan por mal camino. Después de todo, fueron los pioneros los que abandonaron la Tierra para ir a las estrellas. Pero...

Sourdough se alzó sobre sus patas traseras y olisqueó el aire. Huyghens se descolgó el rifle del hombro para tenerlo a mano. Roane quitó el seguro del suyo. No pasó nada.

—En cierto modo —dijo Roane, vejado—, está usted hablando de libertad y libre albedrío, cosas que la mayor parte de la gente piensa que son políticas. Usted dirá que pueden ser más que eso. En principio, estoy de acuerdo. Pero, tal como usted lo dice, suena como uno de esos cultos religiosos extraños.

—Es respeto hacia uno mismo —corrigió Huyghens.

—Quizás usted...

Faro Nell gruñó. Dio un golpe con el hocico a Nugget para empujarlo más cerca de Roane, y le lanzó un resoplido a éste. Rápidamente, trotó hasta donde Sitka y Sourdough se habían situado dando cara al amplio espacio repleto de esfexes que era

la Meseta Sere. Se situó entre ellos.

Huyghens miró con detenimiento más allá de donde estaban, y luego miró todo cuanto les rodeaba.

—¡Esto puede ser malo! —dijo suavemente—. Pero, por fortuna, no hay viento. Allí hay una especie de colina. ¡Venga, Roane!

Corrió delante, con Roane siguiéndole y Nugget trastabillando pesadamente junto a él. Llegaron al lugar elevado, que en realidad era un simple promontorio de no más de un metro y medio o dos sobre la arena que lo rodeaba, con una retorcida vegetación, parecida a los cactus, creciendo encima. Huyghens miró de nuevo, esta vez usando sus prismáticos.

—Un esfex —dijo asombrado—. ¡Uno solo! ¡Y no hay razón alguna para que un esfex ande solo! ¡Pero tampoco la hay para que se reúnan por centenares de miles! —Se humedeció un dedo y lo alzó bien alto—. No hay el menor viento.

Usó de nuevo los prismáticos.

—No sabe que estamos aquí —dijo—. Se está alejando. No hay ningún otro a la vista... —añadió dudando y mordiéndose los labios—. Escuche, Roane. Me gustaría matar a ese esfex solitario y averiguar algo. Hay un cincuenta por ciento de posibilidades de que pueda averiguar una cosa realmente importante, pero... quizá tenga que correr. Si tengo razón... —Luego dijo hoscamente—: Tendrá que hacerse rápidamente. Voy a montarme en Faro Nell, para ir veloz. Dudo que Sitka o Sourdough se queden atrás. Pero Nugget no puede correr lo bastante. ¿Quiere quedarse aquí con él?

Roane inspiró profundamente. Luego dijo con calma:

—Usted sabe lo que está haciendo. Claro que me quedaré.

—Tenga los ojos bien abiertos. Si ve algo, aunque sea de lejos, dispare y regresaremos... ¡a toda prisa! No espere hasta que ese algo esté lo bastante cerca como para alcanzado. Dispare en cuanto vea cualquier cosa... ¡si es que la ve!

Roane asintió. Le resultaba particularmente difícil hablar de nuevo. Huyghens regresó con los osos. Se montó sobre el lomo de Faro Nell, aferrándose con fuerza a su pelaje.

—¡Vamos! —ordenó—. ¡Por ahí! ¡Hop!

Los tres kodiaks iniciaron una carrera loca, con Huyghens saltando y rebotando sobre el lomo de Faro Nell. La repentina carrera lanzó a Semper a su percha. Aleteó locamente y alzó el vuelo. Luego, siguió con esfuerzo, volando bajo.

Sucedió muy rápidamente. Si le es necesario, un oso kodiak puede viajar tan rápido como un caballo de carreras. Aquellos tres se abalanzaron como flechas hacia un punto situado a quizás unos ochocientos metros, justo donde una forma azul y bronce se volvía para enfrentárseles. Se oyó el estampido del arma de Huyghens cuando disparó sin bajarse de Faro Nell: la explosión del arma y de la bala fueron un único sonido. El monstruo huesudo saltó y murió.

Huyghens se apeó de Faro Nell. Se atareó febrilmente con algo en el suelo... allá donde había caído el esfex. Semper aleteó y giró, descendiendo al suelo. Se quedó vigilando, con la cabeza ladeada.

Roane miraba desde el lugar en que se encontraba. Huyghens estaba haciéndole algo al esfex muerto. Los dos osos vagaban por los alrededores. Faro Nell contemplaba a Huyghens con intensa curiosidad. Allá en la colina, Nugget gimió un poco. Roane le dio unas fuertes palmadas. Nugget gimió con más fuerza. En la distancia, Huyghens se alzó y dio tres pasos hacia Faro Nell. Montó en ella. Sitka volvió la cabeza hacia Roane. Pareció ver u oler algo raro. Se inclinó hacia delante. Aparentemente, emitió algún sonido, porque Sourdough fue hacia él. Las dos grandes bestias iniciaron el trote de regreso. Semper aleteó locamente y, faltándole una corriente de viento, osciló como ebria en el aire. Aterrizó en el hombro de Huyghens y se aferró a él con sus uñas.

Luego, Nugget aulló histéricamente y trató de subirse sobre Roane, tal como un animalillo trata de subirse al árbol más cercano cuando hay peligro. Roane se derrumbó, con la cría de oso encima... y hubo un destello de maloliente piel escamosa, mientras el aire se llenaba de los aullidos y bufidos de un esfex dando un tremendo salto. La bestia había pasado de largo, pues se había abalanzado sobre Roane y la cría de oso cuando estaban de pie, llegando sobre ellos cuando estaban en el suelo. Cayó rodando.

Roane no oyó más que el horrible bufido pero, en la distancia, Sitka y Sourdough llegaban a la velocidad de un cohete. Faro Nell lanzó un rugido y casi hendió el aire. Y entonces, se vio al peludo osezo corriendo hacia ella, aullando, mientras Roane se ponía en pie y agarraba su rifle. Lo hacía por puro instinto. El esfex se acurrucó para saltar en persecución de la cría de oso, y Roane usó su arma como una maza. Verdaderamente estaba demasiado cerca para disparar... y quizá el esfex únicamente hubiera visto a la cría de oso que huía. El caso es que le lanzó un furioso golpe.

Y el esfex se volvió hacia él. Roane perdió el equilibrio. Una monstruosidad de cuatrocientos kilos salida directamente del infierno: medio gato salvaje, medio cobra airada, a la que se hubiese añadido hidrofobia y manía homicida, no es un animal al que se pueda resistir cuando simplemente, al girar su cuerpo, le da uno un golpe en el pecho.

Fue entonces cuando llegó Sitka, rugiendo. Se alzó sobre sus patas traseras lanzando rugidos que parecían truenos y retando al esfex a luchar. Éste se adelantó. Llegó Huyghens, pero no podía disparar ya que Roane estaba en la esfera de acción destructiva de las balas explosivas. Faro Nell rabiaba y resoplaba, incierta entre el deseo de asegurarse de que Nugget no había resultado dañado y la frenética furia de una madre cuyo cachorro ha corrido peligro.

Montado sobre Faro Nell, con Semper agarrándose estúpidamente sobre su hombro, Huyghens contempló inerte como el esfex escupía y bufaba a Sitka, teniendo únicamente que extender una garra para acabar con la vida de Roane.

Aunque Sitka parecía desear alzar la inerte masa de su víctima con los dientes para lanzarla repetidamente contra el suelo, se alejaron de allí. Parecía doblemente irritado porque un hombre, con quien todos los descendientes de Kodiús Champion tenían una relación emotiva, había sido maltratado. Pero Roane no estaba gravemente herido. Rebotaba y maldecía mientras los osos corrían hacia el horizonte. Huyghens lo había colocado sobre la mochila de Sourdough, y le había gritado que se agarrase fuerte. Saltaba, y exclamaba furioso:

—¡Maldita sea, Huyghens! ¡No hay derecho a esto! ¡Sitka tiene algunos arañazos profundos! ¡Quizá las garras de ese horrible animal sean venenosas!

Pero Huyghens gritaba: «¡Hop! ¡Hop!» a los osos, y éstos continuaban su carrera contra el tiempo. Habían recorrido sus buenos tres kilómetros, cuando Nugget gimió desesperado su cansancio, y Faro Nell se detuvo firmemente para acariciarlo con el hocico.

—Quizás esto ya baste —dijo Huyghens—, considerando que no hay viento y que la masa principal de las bestias está hacia ese lado de la meseta, y que sólo había esas dos por aquí. ¡Hasta quizás estén demasiado ocupadas para hacer turnos de vigilancia! De todos modos...

Saltó al suelo, y sacó el antiséptico y el algodón.

—Primero a Sitka —inquirió Roane—. Yo estoy bien.

Huyghens limpió las heridas del gran oso. Eran triviales, porque Sitka Pete era experto en la lucha contra los esfexes. Luego, Roane dejó de mala gana que le aplicase aquella cosa de olor tan extraño, a ozono, a los cortes de su pecho. Aguantó la respiración mientras le escocía. Luego dijo:

—Fue culpa mía, Huyghens. Le miré a usted en lugar de vigilar los alrededores. No podía imaginar lo que estaba haciendo.

—Estaba haciendo una disección rápida —le explicó Huyghens—. Por suerte, aquel primer esfex era una hembra, como había esperado. Y estaba a punto de poner sus huevos. ¡Uf!, y ahora sé por qué los esfexes emigran, y a dónde, y por qué no necesitan que haya caza aquí arriba.

Le colocó un rápido vendaje a Roane. Abrió camino hacia el este, poniendo aún más distancia entre los esfexes muertos y el grupo. Era únicamente un paso rápido, pero Semper aleteaba indignada por encima, irritada porque no se le permitiese ir de nuevo montada.

—Ya los había diseccionado antes —dijo Huyghens—. No se sabe aún lo bastante sobre ellos. Hay que averiguar algunas cosas si es que alguna vez se quiere que los hombres vivan aquí.

—¿Con los osos? —preguntó irónicamente Roane.

—Oh, sí —dijo Huyghens—. Pero lo importante es que los esfexes acuden al desierto a reproducirse, a aparearse y a poner sus huevos para que el sol los incube.

Es un lugar especial. Las focas regresan a un lugar especial para aparearse, y, al menos los machos, no comen durante semanas. Los salmones regresan a sus arroyos nativos para poner sus huevas. No comen, y luego mueren. Y también las anguilas... Y estoy usando únicamente ejemplos terrestres, Roane... Viajan varios miles de kilómetros hacia los Sargazos para aparearse y morir. Por desgracia, los esfexes no parecen morir, pero resulta claro que tienen un lugar de apareamiento ancestral, y que vienen aquí, a la meseta Sere, a poner sus huevos.

Roane siguió caminando. Estaba irritado: irritado consigo mismo porque no había tomado las precauciones elementales, porque se había sentido seguro, como es habitual entre los hombres de una civilización servida por robots, porque no había usado su cerebro cuando Nugget se había puesto a gemir, teniendo, a pesar de ser únicamente un cachorro de oso, un presentimiento de peligro.

—Y ahora —añadió Huyghens—, necesito algo del equipo que tenía la colonia robot. Sirviéndonos de él, creo que podremos dar un paso importante hacia el objetivo de convertir este planeta en un lugar en el que los hombres puedan vivir como tales.

Roane parpadeó.

—¿De qué habla?

—De equipo —dijo Huyghens con impaciencia—. Estará en la colonia robot. Los robots no servían porque no prestaban atención a los esfexes. Seguirán sin servir. ¡Pero si eliminamos los controles robot, servirán como máquinas! ¡No se habrán estropeado con unos pocos meses a la intemperie!

Roane siguió hacia delante. Al fin, dijo:

—¡Nunca supuse, Huyghens, que fuera a desear algo que viniese de esa colonia!

—¿Por qué no? —preguntó Huyghens, impaciente—. Cuando los hombres hacen que las máquinas realicen lo que ellos quieren, eso está bien. Incluso los robots... cuando están donde deben estar. Pero serán hombres los que deben manejar los lanzallamas en el trabajo que quiero que hagan. Debe de haber algunos lanzallamas allí, porque tenían que abrir un claro de centenar y medio de kilómetros. Y esterilizadores de suelo, previstos para matar las simientes de cualquier planta con la que no pudieran enfrentarse los robots. ¡Volveremos aquí, Roane, y por lo menos destruiremos las crías de esas bestias infernales! Aunque no podamos hacer más que eso... solamente con eso cada año acabaremos, a su debido tiempo, por eliminar la raza. Probablemente haya otras hordas, además de ésta, con otros lugares de cría; pero también los hallaremos. ¡Convertiremos este planeta en un lugar donde pueda venir la gente de mi mundo... y seguir siendo hombres!

Roane dijo sardónicamente:

—Fueron los esfexes los que derrotaron a los robots. ¿No estará usted convirtiendo este planeta en seguro para los robots?

Huyghens lanzó una corta carcajada.

—Sólo ha visto a un caminante nocturno —explicó—. ¿Y qué me dice de esas

cosas de la ladera, que le hubieran dejado sin sangre y luego lo hubieran devorado? ¿Se atrevería a vagar por este planeta con sólo unos guardaespaldas robot, Roane? ¡No me lo creo! ¡Los hombres no pueden vivir en este planeta si sólo tienen robots para ayudarles y... para impedirles que sean completamente humanos! ¡Ya lo verá!

Sólo después de otros diez días de viaje hallaron la colonia, y luego de que muchos esfexes y algunos animales parecidos a ciervos y rumiantes peludos hubieran caído ante sus armas y las de los osos. Pero primero hallaron a los supervivientes de la colonia.

Eran tres. Los encontraron demacrados, barbudos y muy amargados. Cuando la verja eléctrica se derrumbó, dos de ellos estaban lejos, en un túnel de la mina, instalando un nuevo panel de control para los robots que trabajaran en ello. El tercero estaba a cargo de la operación de minería. Se sintieron algo alarmados por el cese de la comunicación con la colonia, así que decidieron regresar en un camión blindado, para averiguar lo que había sucedido, y sólo el hecho de estar desarmados los salvó. Hallaron esfexes corriendo y saltando alrededor de la ya caída colonia, en número que apenas si podían creer. Los esfexes olieron a hombre en el interior del vehículo acorazado, pero no podían acceder a su interior. A su vez, los hombres no podían matarlos y, en caso de haberlo hecho, hubieran sido seguidos hasta la mina y una vez allí asediados durante tanto tiempo como hubieran sido capaces de aguantar mientras mataban algún monstruo ocasional.

Naturalmente, los supervivientes cesaron sus labores de minería, y trataron de usar robots dirigidos por control remoto para vengarse y a la vez proveerse de alimentos. Sus robots mineros no estaban diseñados para ninguna de esas tareas, y carecían de armas. Improvisaron lanzadores en miniatura de combustible de cohete ardiendo, y obligaron a algún que otro esfex que se acercaba demasiado a que se retirase aullando de dolor, con los costados quemados. Pero sólo resultaba útil porque no mataba a las bestias. Suponía un gasto de combustible. Al fin, hicieron una barricada, pudiendo usar el combustible sólo para mantener en funcionamiento la señal de chispa, a la espera del día en que otra nave viniera a investigar lo que sucedía en la colonia. Permanecieron en la mina como si de una prisión se tratase, con los alimentos racionados, aguardando sin tener verdadera esperanza. Como única diversión, miraban los robots mineros, que no ponían en marcha para así ahorrar combustible, y que no sabían hacer otra cosa que ser mineros.

Cuando Huyghens y Roane llegaron hasta ellos, se echaron a llorar. Odiaban a los robots y a todo lo robótico sólo un poco menos de lo que odiaban a los esfexes. Pero Huyghens les explicó, y les dio armas tomadas de las mochilas de los osos, y marcharon hacia la colonia muerta con los osos en punta como avanzadilla, y con Faro Nell de retaguardia. En el camino, mataron a dieciséis esfexes. En el claro, de nuevo repleto de vegetación, había cuatro más. En los refugios de la colonia hallaron únicamente la suciedad y los restos de lo que habían sido hombres. Pero había algo

de comida... ciertamente no mucha, ya que los esfexes desgarraban todo aquello que olía a hombre, y habían arruinado los paquetes de plástico que contenían alimentos esterilizados por irradiación. Pero había algunos alimentos en latas metálicas que no habían sido destruidos.

También encontraron combustible que podían utilizar en cuanto alcanzasen los paneles de control de equipo. Por todas partes había robots brillantes y relucientes y dispuestos a operar, pero inmóviles, con plantas creciendo a su alrededor y por encima de ellos.

Ignoraron a esos robots. Pero alegremente llenaron de combustible los lanzallamas sobre orugas, adaptándolos para ser controlados por humanos y no por robots, y el gigantesco esterilizador de suelos que había sido construido para destruir la vegetación que no podía ser arrancada o cultivada por los robots. Y regresaron a la meseta Sere, con los ojos encendidos, ardiendo de ira.

Pero Nugget se convirtió en una cría de oso demasiado mimada, puesto que los tres hombres que habían sobrevivido de la colonia aprobaban apasionadamente cualquier cosa que algún día pudiera convertirse en una amenaza para los esfexes. Cada vez que acampaban lo cuidaban con un cariño excesivo.

Atravesando un sendero de los esfexes que llevaba hasta la cima consiguieron llegar a la meseta. Y Semper escudriñó en busca de esfexes, los gigantes kodiaks los molestaban y los esfexes se acercaban bufando y escupiendo para destruirlos; y, mientras Roane y Huyghens disparaban tranquilamente contra ellos, las grandes máquinas barrían el terreno con sus armas especiales. Averiguaron que el esterilizador de terreno resultaba tan mortífero contra la vida animal como contra las simientes cuando se alzaba y apuntaba su haz diatérmico. Pero tenía que ser manejado por un hombre. Ningún robot podía decidir el momento justo en que debía ser usado, y contra qué objetivo.

Al fin, ya no necesitaron a los osos, puesto que los cuerpos quemados de los esfexes atraían a los que estaban aún vivos desde todos los confines de la meseta, aunque no hubiera ninguna brisa apreciable. Aunque seguramente ya había terminado la tarea que había traído allí a los esfexes, regresaban para buscar venganza... que no lograban hallar. Entonces, los supervivientes de la colonia robot manejaron las máquinas, tal como los hombres debían hacer aquí, en grandes círculos alrededor del mayor de los montones de monstruos destruidos, aniquilando a los que iban llegando a medida que lo hacían. Era una matanza tal cual el hombre nunca había hecho antes en ningún planeta, y no quedarían muchos supervivientes de la horda de esfexes en aquel trozo de desierto. Quizás hubieran otras hordas en distintos lugares, y otras zonas de cría, durante aquel año, pero, el territorio normal de aquella masa de monstruos iba a quedar bastante libre de ellos.

Y también durante el siguiente. Porque el esterilizador de terreno pasaría sobre la arena en que yacían enterradas las crías de los esfexes, esperando que el sol las incubase. Y el sol jamás llegaría a incubarlas.

Pero, en aquel momento, Huyghens y Roane se hallaban acampados al borde de la meseta con los kodiaks. Técnicamente se hallaban a contraviento de la escena de la matanza y, de alguna manera, les parecía más apropiado que la llevaran a cabo los hombres de la colonia robot. Después de todo, eran los compañeros de aquellos hombres que habían muerto.

Una tarde, cuando Huyghens apartó amablemente a coscorriones a Nugget del lugar en que estaba olisqueando demasiado ansiosamente un filete de cérvido que se asaba sobre el fuego, éste se escondió dolido tras la protectora forma de Roane, y dio un resoplido.

—Huyghens —dijo dolido Roane—, tenemos que arreglar nuestros asuntos. Soy un miembro de la Vigilancia Colonial. Usted es un colono ilegal. Es mi deber arrestarlo.

Huyghens le miró con sumo interés.

—¿Me ofrecerá un buen trato si le informo acerca de mis cómplices? —preguntó con voz átona—. ¿O puedo alegar que no se me puede obligar a testificar en mi contra?

—¡Esto es irritante! —dijo vejado Roane—. He sido honesto toda mi vida, pero... ya no creo en los robots como antes, excepto allá donde deben estar. Y desde luego, no deben estar aquí. O al menos, tal como se planificó la colonia robot. Los esfexes han sido eliminados, pero no quedarán extintos, y los robots no pueden ocuparse de ellos. Aquí tendrán que vivir hombres y osos o... la gente que viva aquí tendrá que pasar su vida tras barreras a prueba de esfexes, aceptando sólo lo que los robots les puedan dar. ¡Y hay demasiadas cosas en este planeta que no deben perderse los humanos! ¡El vivir en un ambiente controlado, dirigido por los robots, en un planeta como es Loren Dos, no sería... no sería respetarse a sí mismos!

—No se estará usted volviendo de alguna secta religiosa extraña, ¿verdad? —preguntó secamente Huyghens—. Así es como usted llamaba antes al respeto hacia uno mismo.

Semper, el águila, graznó indignada cuando Sitka Pete casi la pisó, aproximándose al fuego. Sitka Pete olisqueó, y Huyghens le habló autoritariamente, y se dejó caer sentado con un *thumb*. Se quedó allí, hecho un montón desmadejado, mirando el filete, babeando.

—¡No me deja terminar! —protestó con tono de queja Roane—. Soy miembro de la Vigilancia Colonial, y es mi deber el informar acerca del trabajo realizado en un planeta antes de que puedan venir nuevos colonizadores a vivir a él. Y, naturalmente, debo vigilar que se sigan las especificaciones. Bueno, la colonia que me enviaron a supervisar fue prácticamente destruida. Tal como la diseñaron, no serviría. No lograría sobrevivir.

Huyghens gruñó. Caía la noche. Le dio la vuelta a la carne que estaba sobre el fuego.

—Bueno, en las emergencias —dijo cuidadosamente Roane—, los colonizadores tienen derecho a pedir auxilio a cualquier nave que pase. ¡Naturalmente! Así que... siempre fui un hombre honesto, Huyghens. Mi informe será de que tal como fue diseñada, la colonia no era posible, y que fue arrasada y destruida exceptuando a tres supervivientes que se atrincheraron y pidieron auxilio. ¡Usted sabe que fue así!

—Prosiga —insistió Huyghens.

—Así que —dijo con tono irritado Roane— sucedió... recuerde, sucedió, que una nave que le llevaba a bordo a usted, a Sitka, a Sourdough y a Faro Nell, y también, claro está, a Nugget y Semper, captó la señal de socorro. Y entonces usted aterrizó para ayudar a los colonos. Y lo hizo. Eso es lo que sucedió. Por consiguiente, no es ilegal que esté usted aquí. Sólo era ilegal que estuviera aquí cuando no lo necesitaban, pero haremos ver que entonces no estaba.

Huyghens dirigió por encima del hombro una mirada a la noche que avanzaba. Luego, dijo con calma:

—Si yo contara eso, ni yo mismo me lo creería. ¿Piensa que la Vigilancia se lo va a creer?

—No son tontos —dijo un tanto molesto Roane—. ¡Naturalmente que no lo creerán! Pero cuando mi informe señale que a causa de esta poco creíble serie de acontecimientos resulta práctico colonizar el planeta, mientras que antes no lo era... y cuando mi informe demuestre que una colonia robot es una loca monstruosidad, pero que contando con osos y hombres de su mundo podrán venir aquí tantos millones de colonos por año... y dado que, de todas formas, mucho de eso es cierto...

Huyghens, que ahora era una oscura silueta recortada contra las llamas, pareció agitarse un poco. Algo más lejos, Sourdough olisqueó esperanzado el aire. Con una luz brillante como la del fuego, pronto aparecerían cosas voladoras que podrían ser cazadas en pleno vuelo. Eran succulentas... para un oso.

—Mis informes tienen peso —insistió Roane—. ¡De todos modos, se habrá ofrecido el trato! Los organizadores de la colonia robot tendrán que aceptarlo o dejarlo correr. ¡Es cierto! Y su gente podrá hacerles aceptar los términos que deseen.

El estremecimiento de Huyghens se hizo comprensible: era risa.

—Es usted un mal mentiroso, Roane —dijo, muerto de risa—. ¿No es poco inteligente y poco razonable y loco el abandonar una vida de honestidad para sacarme de un lío? Roane, no está usted actuando como un animal racional. Pero siempre pensé que, cuando llegara el momento, no lo iba a hacer.

Roane tuvo un sobresalto.

—Aunque es la única solución que se me ocurre, servirá.

—La acepto —dijo Huyghens, sonriendo—. Y le doy las gracias. Aunque sólo sea porque significa algunas generaciones de hombres viviendo como hombres en un planeta que va a darles trabajo para dominarlo. Y... si quiere saberlo, porque evita que Sourdough, Sitka, Nell y Nugget sean eliminados por el simple hecho de que los traje aquí ilegalmente.

Algo se apretó con fuerza contra Roane. Nugget, el cachorro, le empujaba con urgencia en su deseo de acercarse más a la olorosa carne asada. Avanzó hacia delante. Desde donde estaba, Roane cayó en cuclillas, quedando tumbado en el suelo. Nugget olisqueó con ansia.

—Dele un bofetón y se echará atrás —dijo Huyghens.

—¡No quiero! —repuso Roane, indignado, desde donde yacía—. ¡No quiero hacerlo! ¡Es amigo mío!

La Estrella

Arthur C. Clarke

En el supuesto de que Arthur C. Clarke tuviera más cabello y fuera mucho más atractivo, podrían confundirlo conmigo.

Más o menos somos de la misma edad, y ha estado escribiendo casi durante el mismo tiempo que yo. Ha escrito novelas de ciencia ficción y ha publicado colecciones de sus relatos cortos de ciencia ficción, como yo. Ha recibido una enseñanza profesional científica al igual que me ocurrió a mí (él en astronomía, yo en química), y le han publicado libros sobre «verdadera ciencia», al igual que a mí.

Así como yo fui invitado de Honor de la 13ª Convención (Cleveland, 1955), él lo fue de la 14ª Convención (Nueva York, 1956). Fue en esa ocasión cuando llegué a conocer bien a Arthur y aprendí a estimarle, pues es un tipo encantador y un conversador ameno.

No obstante, como amigo hay un aspecto en el que deja mucho que desear. Normalmente, me hallo en una posición inexpugnable cuando de lo que se trata es de conservar mi tierno ego. Cuando estoy acompañado de alguien de quien tengo la sospecha de que sus relatos tienen más éxito que los míos, con astucia cambio de conversación y la dirijo a la ciencia, y cuando es la ciencia en lo que voy a verme relegado a un segundo plano, cambio el tema y discuto sapientemente sobre temas literarios.

Con Arthur siento que ambos caminos quedan del todo bloqueados. Su ciencia ficción (ay), es una de las más imaginativas y cuidadosamente pensadas que se puede hallar, a la vez que sus ensayos son a un mismo tiempo claros, inteligentes y están escritos con una fascinante habilidad. Lo peor de todo es que ni siquiera tengo como último recurso echar mano de la pura cantidad, pues Arthur es casi tan prolífico como yo, tanto en relatos como en ensayos.

La gota que faltaba para colmar el vaso fue el hecho de que Arthur consiguiera fácilmente lo que yo no he podido. En la Convención en que él era Invitado de Honor, dejó su asiento para aceptar un Hugo por su relato corto La estrella, y era tan excelente esta historia, y tan merecido el premio, que me sorprendí hallando a mis traidoras manos aplaudiendo con desmesurada alegría.

Sin embargo, tengo que admitir que algunas mañanas, al peinar mi abundante

mata de rizado cabello castaño, tengo una sensación de placer por el hecho de que Arthur sea más bien calvo. Le está bien empleado, digo.

Hasta el Vaticano hay tres mil años-luz. En otro tiempo creí que el espacio no tendría ningún poder sobre la fe. Igual que creí que los cielos proclamaban la gloria de la obra divina. Ahora, tras ver una parte de esta obra, mi fe se siente en extremo ofuscada.

En mi camarote, contemplo el crucifijo que cuelga sobre la computadora Tipo VI y, por vez primera en mi vida, me interrogo sobre si se tratará únicamente de un símbolo vacío.

Todavía no se lo he contado a nadie, pero la verdad no puede ocultarse. Las informaciones están aquí para que cualquiera pueda leerlas, registradas en los incontables kilómetros de cinta magnética y en los miles de fotografías que traemos de regreso a la Tierra. A otros científicos les puede resultar tan fácil de interpretar como a mí. Hasta puede que les sea más fácil. Yo no soy de esos que toleran las manipulaciones con la Verdad que con tanta frecuencia dieron a mi Orden mala fama en tiempos pasados.

La tripulación ya está bastante deprimida, y me pregunto cómo se tomará esta definitiva ironía. Pocos de ellos tienen fe religiosa y, a pesar de esa carencia, no creo que sientan algún placer en utilizar esta última arma en su campaña contra mí... esa guerra privada, bienintencionada pero fundamentalmente seria, que ha durado todo el trayecto desde la Tierra. Les resultaba divertido contar con un jesuita como astrofísico jefe. El doctor Chandler, por ejemplo, nunca pudo sobreponerse a ello (¿por qué los médicos siempre serán unos ateos tan notorios?). A veces se encontraba conmigo en la cubierta de observación, donde la luz que alumbra es siempre mortecina para no disminuir esplendor en el brillar de las estrellas. En la oscuridad, se acercaba a mí y miraba a través del gran portillo ovalado, mientras a nuestro alrededor los cielos pasaban lentamente al girar la nave sobre sí misma debido a aquel impulso residual que nunca nos preocupamos de corregir.

—Bien, padre —me decía, rompiendo el silencio—, se extiende por siempre jamás, y quizás Algo lo hizo. Pero, el que usted pueda creer que ese Algo tiene un interés especial en nosotros y en nuestro miserable pequeño mundo, eso es algo que me desconcierta.

A partir de esta argumentación se iniciaba la discusión, mientras las estrellas y nebulosas nos rodeaban en silenciosos e interminables arcos, más allá del impolutamente transparente plástico del portillo de observación.

Creo que era la aparente incongruencia de mi posición lo que divertía... sí, divertía, a la tripulación. En vano, les mostraba mis tres informes publicados en el *Astrophysical Journal*, o los cinco en la *Monthly Notices of the Royal Astronomical Society*. Les recordaba que nuestra Orden ha sido famosa desde hace mucho por sus

trabajos científicos. Ahora quizá seamos pocos, pero siempre, desde el siglo XVIII, continuamente hemos hecho desproporcionadas contribuciones a la astronomía y a la geofísica; desproporcionadas aportaciones con respecto a nuestro reducido número.

¿Mi informe sobre la nebulosa Fénix terminará con nuestro millar de años de historia? Mucho me temo que terminará con más que eso.

Desconozco quién dio su nombre a la nebulosa, que por otra parte me parece muy poco apropiado. Si contiene una profería, hasta pasados varios miles de millones de años no podrá ser verificada. Hasta la palabra nebulosa induce a engaño: es un objeto pequeño, mucho más que esas maravillosas nubes de niebla que la materia de las estrellas aún no nacidas forma, que se pueden encontrar esparcidas a lo largo y ancho de la Vía Láctea. Lo cierto es que, en una escala cósmica, la nebulosa del Fénix es algo minúsculo: una tenue capa de gases rodeando una única estrella.

Desde su lugar, sobre los gráficos de los espectrómetros, el grabado de Loyola hecho por Rubens parece burlarse de mí. ¿Qué harías tú, Padre, de este conocimiento que me ha llegado hasta aquí, lejos del pequeño mundo que era el universo que tú conocías? ¿Habría superado tu fe este desafío, cosa que no he logrado yo con la mía?

Tú miras a la distancia, Padre, pero yo he tenido la oportunidad de ir a una distancia más allá de todo lo que tú, cuando hace un millar de años fundaste nuestra Orden, podrías ni siquiera haber imaginado. Hasta ahora nadie, a bordo de una nave de exploración ha logrado estar tan lejos de la Tierra; nos encontramos en la mismísima frontera del universo explorado. Nuestra misión era explorar la nebulosa de Fénix, lo conseguimos, y volvemos con el bagaje de los conocimientos adquiridos. Me gustaría poder sacarme el peso de encima, pero mi súplica te la dirijo en vano a través de los siglos y los años-luz que hay entre nosotros.

Las palabras se pueden leer con nitidez, están grabadas en el libro que sujetan tus manos: AD MAIOREM DEI GLORIAM, ahora me es imposible ya creer en este mensaje. Si tuvieras la oportunidad de ver lo que he hallado, ¿todavía creerías en él?

Por supuesto, ya teníamos conocimiento de lo que era la nebulosa del Fénix. Cada año, tan sólo en nuestra galaxia, estallan tal cantidad de estrellas, que superan el centenar, brillan durante algunas horas e incluso días con tal intensidad que supera con creces el brillo normal. Y todo, para al fin regresar a la muerte y a la oscuridad. Son las novas normales: los habituales desastres de nuestro universo. Desde que empecé a trabajar en el observatorio lunar, he ido observando los espectrogramas y curvas de luz de docenas de novas normales.

Cada millar de años, tres o cuatro veces sucede algo que hace que incluso una nova palidezca para convertirse en una total y absoluta insignificancia. Si sucede que una estrella se convierte en supernova, puede, durante un breve lapso de tiempo, brillar más que todos los soles de la galaxia juntos. En el año 1054 de nuestra era, astrónomos chinos tuvieron la oportunidad de ver esto, sin poder saber de qué se trataba. Pasados cinco siglos, en 1572, una supernova brilló en Casiopea con un

fulgor tal que incluso se podía ver en el cielo a pleno día. En el millar de años que ha pasado desde entonces, la situación se ha repetido en tres ocasiones.

Teníamos como misión visitar los restos de una de estas catástrofes, reconstruir los hechos que habían dado lugar a esa situación, y, si era posible, descubrir sus causas. Lentamente, atravesamos las concéntricas esferas de gas que habían sido impulsadas seis mil años antes por la explosión y que, a pesar del tiempo transcurrido, seguían expandiéndose. Inmensamente calientes, todavía emanaban una intensa luz violácea, aunque ya eran demasiado tenues como para poder causar algún daño. Al estallar la estrella, sus capas exteriores habían sido expelidas hacia fuera con una velocidad tal que su campo gravitacional estaba totalmente fuera de su alcance. Lo que ahora formaban era una esfera hueca, lo suficientemente grande como para dar cobijo a un millar de sistemas solares, y en su punto central resplandecía un pequeño y fantástico objeto que era en lo que se había transformado la estrella: una enana blanca, más pequeña que la Tierra y, aun así, pesaba un millón de veces más.

Estábamos rodeados de brillantes esferas de gas que cerraban el paso a la oscuridad tan habitual del espacio interestelar. Navegábamos con el rumbo fijado hacia el centro de una bomba cósmica ya detonada en tiempos pasados, y cuyos fragmentos incandescentes todavía se alejaban. La inmensa escala de la explosión junto con los restos que ocupaban un espacio de muchos miles de millones de kilómetros de diámetro, ocultaban todo movimiento visible a la escena. Pasaría mucho tiempo antes de que el ojo desnudo pudiese percibir algún movimiento en aquellos torturados remolinos y nubes de gases, y, a pesar de ello, la sensación de una expansión turbulenta resultaba francamente sobrecogedora.

Horas antes habíamos parado nuestros motores principales, y nos aproximábamos con extrema lentitud, por la fuerza del impulso, hacia la estrella enana. En el pasado se había tratado de un sol como el nuestro, pero en cuestión de horas había derrochado la energía que le hubiera permitido seguir brillando durante un millón de años. Se había transformado en una empedecida miseria, que con avaricia acumulaba sus recursos, intentando compensar su pródiga juventud.

Las esperanzas de hallar planetas nos habían abandonado a todos. Si antes de la explosión había existido algún planeta, se había convertido en nubecillas de gas, y su sustancia inmersa en la superior cantidad de restos producidos por la propia estrella. A pesar de todo, hicimos la habitual investigación que siempre se hace al aproximarse a una estrella desconocida. Y nuestra sorpresa fue hallar un pequeño y solitario mundo que a gran distancia circundaba la estrella. Seguramente se trataba del Plutón de aquel desconocido sistema solar, dibujando su órbita en las fronteras de la noche, demasiado alejado del sol central como para haber conocido en alguna ocasión la vida, y la lejanía del cual había cambiado su destino del de sus compañeros perdidos, salvándolo.

Sus rocas se habían fundido debido al paso de las llamas junto a él, la capa de gas

helado que debía de haberlo cubierto los días que precedieron al desastre, se había volatilizado. Aterrizamos, y encontramos la Bóveda. La encontramos gracias a que sus constructores habían tenido mucho cuidado en que así sucediese. Sobre la entrada se encontraba una monolítica señal que ahora pudimos comprobar que era un muñón fundido; incluso las primeras fotografías tomadas a gran distancia nos mostraban indicios de que aquello era trabajo de seres inteligentes. Más tarde, pudimos localizar las tramas radiactivas que, a nivel continental, estaban grabadas en las rocas. Aun suponiendo que el pilón localizado encima de la Bóveda hubiera sido destruido, el inmóvil y, a pesar de ello, casi eterno faro llamando a las estrellas hubiera permanecido. Nuestra nave cayó en el gigantesco blanco como una flecha va en dirección a su meta.

El pilón semejava una vela fundida hasta convertirse en un charco de cera, pero a buen seguro que en otro tiempo debió de haber tenido un par de kilómetros de altura, cuando fue construido. Tardamos una semana en perforar la roca fundida, ya que carecíamos de las herramientas necesarias para semejante trabajo. Éramos astrónomos, no arqueólogos, pero aun así nos quedaba la improvisación. Nuestro programa original estaba casi olvidado: aquel monumento solitario, construido con tanto trabajo a esa distancia, la mayor posible del condenado sol, sólo podía tener un significado. Era la última baza para ganar la inmortalidad, que jugaba una civilización que sabía que estaba a punto de morir.

Pasarán muchas generaciones antes de que investiguemos todos los tesoros que colocaron en la Bóveda. Dispusieron de mucho tiempo para prepararse, ya que su sol, antes de la detonación final, debió de haber dado sus primeros avisos con la suficiente antelación. En los días inmediatamente anteriores al fin, todo aquello que deseaban conservar lo llevaron a aquel lejano mundo, todos los frutos de su genio, con la esperanza puesta en que alguna otra raza los hallase y no fuesen olvidados del todo.

¡Si hubieran dispuesto de un poco más de tiempo! Viajar entre los planetas de su propio sol era habitual en ellos, cruzar los abismos interestelares era algo que les faltaba por aprender y el sistema solar más cercano se hallaba a cien años-luz de distancia.

No podríamos haber dejado de sentir admiración por ellos y lamentarnos de su destino, aun suponiendo que no hubieran sido tan sorprendentemente humanos como nos los muestran sus esculturas. Nos legaron millares de grabaciones visuales y las máquinas para proyectarlas, así como detalladas instrucciones pictográficas, con la ayuda de las cuales resultará bastante fácil aprender su lenguaje escrito. Ya hemos revisado muchas de esas grabaciones, volviendo, por primera vez en seis mil años, a la vida, el calor y la belleza de toda una civilización que debió superar con creces a la nuestra en muchos sentidos. Aunque no se les pueda culpar por ello, es probable que sólo nos mostrasen lo mejor de lo mejor. Sus mundos resultaban encantadores, la sutileza con que estaban edificadas sus ciudades bien puede compararse con lo mejor

que nosotros tenemos. A través de los tiempos los hemos podido contemplar, mientras trabajaban y mientras se recreaban, y nos hemos recreado con su musical lenguaje. Como paralizada ante mis ojos pasa una escena: en una extraña playa de azulosa arena, un grupo de niños jugando con las olas, tal como lo hacen los niños de la Tierra. En el mar, cálido y amistoso, portador de vida, se ve hundir lentamente el sol, un sol que poco tardará en devenir traidor, destruyendo toda esa inocente felicidad.

La profunda conmoción que hemos sentido tal vez no la hubiéramos experimentado si no hubiéramos estado tan alejados de nuestros hogares. Aunque la mayoría habíamos tenido ocasión de ver las ruinas de antiguas civilizaciones en otros mundos, nunca antes nos habían afectado de manera tan profunda.

Aquella tragedia era algo inaudito. Que una raza degenera y muera, como ha sucedido con las naciones y las culturas en la Tierra, es algo muy distinto a que la destrucción sea tan completa justo en el punto álgido de su desarrollo, sin dejar supervivientes... ¿Cómo es posible reconciliar todo esto con la misericordia divina?

Ante las preguntas que sobre esto me han formulado mis colegas, mis respuestas han sido las que buenamente he podido dar. Quizá tú lo hubieras hecho mejor, Padre Loyola, pero de nada me ha servido buscar en los *Exercitia Spiritualia* algo útil en este caso. Desconozco a qué dioses adorarían, en caso de adorar alguno; no era mala gente. Lo he comprobado a través de los siglos, observándolos a la par que su moribundo sol iluminaba, por última vez, la belleza, a la conservación de la cual dirigieron sus últimos esfuerzos.

Ya conozco cuáles serán las respuestas de mis colegas cuando estemos de regreso en la Tierra. Sus argumentos se basarán en que el Universo no tiene propósito ni plan, y, al igual que un gran número de soles estallan cada año en nuestra propia galaxia, ahora mismo alguna raza muere en los confines del espacio. Al final carece de importancia que esa raza haya obrado correcta o incorrectamente durante su vida: no existe la justicia divina, ya que no hay Dios.

A pesar de eso, queda claro que nada de lo que hemos visto prueba eso. Quienquiera que utilice argumentaciones como ésta, se está dejando llevar más por la emoción que por la lógica. Ante el hombre, Dios no tiene ninguna necesidad de justificar sus actos. Él, como único creador del universo, puede destruirlo a su merced. Tratar de decirle a Dios qué es lo que puede o no hacer es verdaderamente arrogante, además de estar en el límite de la blasfemia.

Aunque me resulte difícil contemplar mundos y pueblos enteros lanzados al horno, podría haberlo aceptado. Pero todo tiene un límite, en un momento dado, hasta la fe más profunda se tambalea; y, justo en el instante en que reviso mis cálculos, soy consciente de que al fin he llegado a ese momento.

Antes de llegar a la nebulosa era imposible saber con seguridad el tiempo transcurrido desde la explosión. Pero, gracias a las evidencias astronómicas y las

grabaciones en las rocas de aquel planeta superviviente, me ha sido fácil datarla con precisión. Conozco el año en que la luz de aquella vasta detonación llegó a la Tierra. También tengo constancia de la manera tan brillante en que la supernova, hace tiempo ya, iluminó los cielos de la Tierra. La misma supernova cuyo cadáver empequeñece a nuestras espaldas. Sé que debió de haber aparecido, antes de que despuntara el día, baja, remontando el límite del horizonte del este, cual faro en aquella alba oriental.

No me cabe la menor duda: finalmente el antiguo misterio ha quedado resuelto. Y, no obstante, ¡oh, Dios!, cuántas estrellas podrías haber usado...

¿Qué necesidad había de arrojar a toda esa gente al fuego para que el símbolo de su fin brillase sobre Belén?

1958

16ª Convención - Los Ángeles

Todos los mares llenos de ostras

Avram Davidson

Avram Davidson se abrió camino en mi corazón mediante un cuento aparecido en The Magazine of Fantasy and Science Fiction, en el cual había un personaje que me mencionaba.

No fue con poca emoción que conocí personalmente al caballero en la 17ª Convención (Detroit, 1959), ya que entonces descubrí exactamente por qué había entrado en mi corazón; comprendí el hormigueo en mi pecho y los intermitentes parones que mi corazón estaba padeciendo, pues, ¡oh, amables lectores!, debéis saber que Avram es mayormente una barba.

Hay barbas y barbas: hay cuidadas barbitas que caracterizan a los cultos y estudiosos intelectuales, hay otras desgredadas que nos hablan de jóvenes contestatarios, y también aquellas masas de extraña forma que señalaron el periodo de la guerra de Secesión.

En este caso, tenemos una buena barba negra, que extiende su mayestática longitud a lo largo de la impresionante y rotunda figura de Avram. Avram no necesita usar corbata, cuello o pasador de camisa. De hecho, Avram no necesita ni la hebilla de su cinturón. Sólo es necesario que un hombre con una linterna roja preceda a Avram allá donde vaya, para hacer que la visión de su barba, apareciendo inesperadamente, no ocasione desmayos ni un pánico destructivo entre las multitudes.

Pero la barba tiene sus usos. En cualquier lucha intelectual, Avram resulta un hombre peligroso. Las agudas réplicas hechas con su engañosa y dulce voz podrían causar verdadero daño, de no ser suavizadas por su paso a través de los numerosos filtros que constituyen los vericuetos de su barba. Así es como su más salvaje réplica se transforma en un comentario acariciante y almibarado que le hace ser una persona amada por todos.

Además, cuando decide anudarse la barba alrededor de su cintura para sacársela de en medio, para conseguir que sus manos puedan llegar libremente a la máquina de escribir, puede crear unos relatos condenadamente buenos. Uno de ellos, Todos los mares llenos de ostras, le hizo ganar el Hugo en la 16ª Convención (Los Ángeles, 1958), en cuyo momento, según me han informado (no asistí

personalmente), su barba se tornó momentáneamente roja de alegría.

Cuando el hombre entró en la tienda de bicicletas F & O, Oscar le salió al encuentro con un cordial:

—¡Hola, amigo! —Poco a poco, a medida que podía ver más de cerca al cliente, un hombre de mediana edad con gafas y traje impecable, Oscar frunció el ceño y la sensación de duda bañó su rostro—. Esto... yo a usted le conozco —murmuró—, señor... hum, tengo su nombre en la punta de la lengua. Maldita sea, no me sale.

Oscar era un tipo corpulento. Tenía el pelo anaranjado.

—Apuesto que sí —repuso el hombre. De la solapa del impecable traje llevaba prendido un emblema con un león—. ¿Recuerda que me vendió una bicicleta de chica para mi hija? Estuvimos hablando de la bicicleta de carreras roja hecha en Francia en la que su socio estaba trabajando...

Oscar dio un manotazo a la caja registradora, alzó la cabeza y los ojos se le salían de las órbitas.

—¡El señor Whatney! ¡El señor Whatney! —Sonrió abiertamente—. Oh, seguro. Vaya, ¿cómo se me pudo olvidar? Recuerdo que después cruzamos la calle y nos tomamos un par de cervezas. Bien, ¿cómo le van las cosas, señor Whatney? Espero que la bicicleta... era un modelo inglés, si no me equivoco. Sí, debe haberle satisfecho, de lo contrario no habría vuelto, ¿no?

La respuesta disipó las dudas de Oscar; dijo que la bicicleta era excelente, verdaderamente excelente, y añadió:

—Creo que ha habido algún cambio por aquí. Ahora está solo. Su socio...

Oscar bajó la mirada, adelantó el labio inferior y asintió con la cabeza.

—¿Oyó hablar de eso? Ahora, estoy solo. Hace tres meses que estoy solo.

Aunque ya se tambaleaba hacía tiempo, la sociedad se había disuelto hacía tres meses. Las preferencias de Ferd se dirigían a los discos, los libros y las conversaciones profundas. Mientras que a Oscar le gustaban la cerveza, los bolos y las mujeres. Cualquiera mujer, a cualquier hora. Como la tienda estaba situada cerca del parque, hacían mucho negocio con la gente que iba allí a merendar y alquilaban bicicletas. En el caso de que una mujer fuese lo suficientemente mayor como para ser llamada mujer y no lo bastante como para ser llamada vieja, o en el que estuviese en un punto intermedio, si se encontraba sola, Oscar se apresuraba a preguntarle:

—¿Qué tal le va esta bicicleta? ¿Se siente bien?

—Bueno... yo diría que sí.

Tomando otra bicicleta, Oscar añadía:

—Bueno, para estar seguro iré un poco con usted. Vuelvo enseguida, Ferd.

Aunque con seriedad, Ferd asentía siempre. Sabía que Oscar tardaría en regresar. De vuelta, Oscar solía hacerle siempre el mismo comentario:

—Espero que te haya ido tan bien en la tienda como a mí en el parque.

—Siempre y a todas horas me estás dejando solo —contestaba Ferd malhumorado.

Y Oscar generalmente le replicaba:

—De acuerdo, cambiaremos los papeles; la próxima vez tú vas y me dejas aquí a mí. Para que luego digas que no te dejo divertirme. —Naturalmente, ya sabía de antemano que Ferd, el alto, delgado, desorbitado Ferd, nunca iría—. Te hará que te salgan los pelos —añadía Oscar, dándole palmaditas en el pecho.

Ferd farfullaba que no necesitaba más pelos en el pecho, que así estaba bien. Cuando nadie podía verle, miraba sus antebrazos: cubiertos de espeso y largo vello oscuro, por contra, sus brazos eran blancos y sin pelo. Desde que iba a la escuela ya era así, provocando las risas y burlas de algunos compañeros que llegaban a insultarle llamándole «Ferd el bicho». Sabían que esto le molestaba, a pesar de lo cual insistían en ello. En la escuela, y ahora también, se interrogaba sobre cómo era posible que, de modo deliberado, la gente hiciese daño a alguien que jamás les había molestado. ¿Cómo era eso posible?

También había otras cosas que le preocupaban. Constantemente.

«Los comunistas...», meneaba la cabeza mientras leía el periódico. En pocas palabras Oscar daba su opinión acerca de los comunistas. A lo mejor se trataba de la opinión que le merecía la pena capital.

—Oh, es verdaderamente terrible que se pueda llegar a ejecutar a un hombre inocente —se quejaba Ferd.

Por respuesta, Oscar decía que mala suerte para el tipo.

—Dame ese gancho de neumáticos —le pedía Oscar.

A Ferd incluso le preocupaban los pequeños problemas de los demás. Por ejemplo, en aquella ocasión en que una pareja con una bicicleta tándem y una cestita para niño entró en la tienda. Simplemente hincharon las ruedas, y gratis. La mujer quiso cambiar los pañales al niño, y entonces se le rompió uno de los imperdibles que sujetan los lados.

—¿Por qué será que nunca llevo imperdibles encima? —comentó la mujer, mientras rebuscaba en su bolso—. Nunca se llevan imperdibles encima.

Tras hacer un comentario amistoso, Ferd miró a ver si tenía alguno; pero, aun sabiendo a ciencia cierta que en la oficina debía tener alguno, no consiguió encontrarlos. La pareja se marchó con un lado de los pañales atado con un tosco nudo por imperdible.

Ferd hizo un comentario durante la comida, diciendo que era una pena lo de los imperdibles. Oscar hincó los dientes en su bocadillo, tiró, arrancó y masticó, tragando luego. A Ferd le gustaba hacer experimentos con composiciones para bocadillo: la que más le gustaba era crema de queso, aceitunas, anchoas y aguacates, todo trinchado y mezclado con mayonesa... Pero la comida de Oscar era siempre la

misma: carne de lata.

—Eso de tener un niño debe de ser complicado —dijo Ferd, entre bocado y bocado—. No sólo al viajar, sino también al criarlo.

—¡Por Dios! —exclamó Oscar—. Casi en cada esquina hay una tienda, y no es preciso saber leer para fijarse en los escaparates.

—¿Tiendas? Ah, para comprar imperdibles, quieres decir.

—En efecto. Imperdibles.

—Pero... ¿sabes?, sucede así... nunca hay imperdibles cuando se necesitan.

Oscar destapó su cerveza, tomando un primer trago.

—Exacto. Pero, en cambio, siempre hay muchas perchas. Cada mes se tiran, y al mes siguiente de nuevo el armario está lleno. Si quieres, cuando no tengas nada que hacer, te dedicas a intentar inventar un aparato que transforme las perchas de ropa en imperdibles.

Ensimismado, Ferd asintió.

—Ya sabes que mi tiempo libre lo dedico a la bicicleta de carreras francesa...

Se trataba de una hermosa máquina, ligera, baja, rápida, roja y brillante. Cuando uno montaba en ella se sentía tan ligero como un pájaro. Por muy buena que fuera, Ferd estaba convencido de que la podía mejorar. Insistentemente se la enseñaba a todo el que entraba en la tienda.

La naturaleza, cualquier texto que tratase de ella, se había convertido en su más reciente afición. Un día, unos chicos que volvían del parque, le enseñaron unas latas de conserva en las que habían recogido y guardado salamandras y sapos. Tras este incidente, abandonó mucho su trabajo en la bicicleta de carreras roja. A partir de entonces dedicó su tiempo libre, casi en exclusiva, a leer libros de historia natural.

—¡La mimetización! —le gritaba a Oscar—. ¡Es algo fantástico!

Oscar, que estaba absorto leyendo las noticias sobre bolos en el periódico, le miró.

—La otra noche en la televisión salió Edie Adams, haciendo su imitación de Marilyn Monroe. Muchacho, ¡qué número!

Ferd agitó la cabeza, estaba realmente enojado.

—No me refiero a ese tipo de mimetismo. Me refiero al modo en que los insectos y arácnidos se mimetizan adoptando la forma de hojas y ramitas, evitando así que los pájaros u otros insectos y arácnidos los degüellen.

El grueso rostro de Oscar se transformó en un grueso rostro incrédulo.

—¿Me intentas explicar que cambian de forma? ¿Qué pretendes hacerme creer?

—No intento hacerte creer nada que no sea cierto. Aunque a veces el mimetismo viene motivado por actitudes agresivas... como en el caso de una tortuga africana que parece una roca, al no hacer sospechar, los peces nadan hasta ella y así los atrapa. O en el de esa araña de Sumatra. Cuando está sobre su espalda, parece un excremento de pájaro. Es así como consigue cazar a las mariposas.

El molesto e increíble sonido de la risa de Oscar se dejó oír. El sonido cesó

cuando la atención de Oscar se centró en los resultados de los bolos. Sin dejar de leer, su mano buscó en su bolsillo, salió de él, rascó ausentemente la pelambarrera anaranjada bajo la camisa, y, por último, se perdió en el bolsillo trasero de su pantalón.

—¿Dónde está ese lápiz? —preguntó. Se levantó del asiento para ir hasta la oficina y allí rebuscar en los cajones. Dio un fuerte grito—: ¡Hey!

Ferd entró en la pequeña habitación.

—¿Qué pasa? —le preguntó.

Oscar le indicó el cajón.

—¿Supongo que recordarás que aquí no había ningún imperdible? Pues mira... todo ese maldito cajón está lleno.

Tras mirar con asombro, Ferd se rascó la cabeza, y con un hilillo de voz dijo que estaba seguro de haber mirado allí...

Un tono de voz totalmente contrario al de Ferd le dijo desde fuera de la estancia:

—¿Hay alguien?

Inmediatamente, Oscar dio la espalda al escritorio y a lo que contenía, y contestó:

—Voy en seguida —dijo mientras desaparecía.

Lentamente Ferd le siguió.

La persona que había entrado era una mujer joven, una mujer joven de aspecto bastante robusto, con musculosas pantorrillas y gran pecho. Señalaba el sillín de su bicicleta como queriendo mostrarle algo a Oscar, pero éste la miraba más a ella que a otra cosa, al tiempo que decía: «Uh-u».

—Como puede ver («Uh-u»), está demasiado hacia delante. Tan sólo necesito una llave inglesa («Uh-u»). Qué despistada soy, olvidé mis herramientas.

—Uh-u —repitió automáticamente Oscar, y luego añadió—: Se lo arreglaré en un instante.

Aunque ella insistía en que podía arreglarlo por sí misma, fue Oscar quien lo hizo, aunque no en un instante. No quiso aceptar dinero. Prolongó la conversación tanto como le fue posible.

—Bueno, gracias —le dijo la joven—. Ahora tengo que irme.

—¿Está bien tal como ha quedado ahora?

—Perfectamente, gracias...

—Le diré lo que haremos. Iré con usted un rato, para ver si...

El pecho de la joven se agitó por las carcajadas.

—¡Oh, no iba a poder seguir mi ritmo! ¡Mi máquina es de carreras!

En cuanto vio la mirada de Oscar dirigirse hacia el rincón, Ferd supo en lo que estaba pensando. Dio un paso hacia delante. Su grito: «¡no!», fue ahogado por la voz de su socio diciendo:

—¡Bueno, supongo que esta otra podrá mantener ese ritmo!

La joven rió alegremente, dijo: «Bueno, ya veremos», y salió. Oscar, ignorando la mano de Ferd, montó sobre su bicicleta francesa y desapareció. Ferd se quedó en la

puerta, mirando cómo las dos figuras, inclinadas sobre los manillares, se desvanecían a lo largo del camino que llevaba al parque. Volvió a entrar, lentamente.

Había oscurecido ya cuando Oscar regresó sudando, aunque sonriendo. Sonreía de oreja a oreja.

—¡Hey, vaya una chica! —gritó. Agitó la cabeza, silbó, hizo gestos y sonidos como de vapor que escapa—. ¡Muchacho, oh, muchacho, qué tarde!

—Dame la bicicleta —ordenó Ferd.

Oscar dijo que sí, que seguro; la entregó, y fue a lavarse. Ferd observó la máquina. El esmalte rojo estaba cubierto de polvo; tenía barro, suciedad y fragmentos de hierba seca. Parecía envilecida..., degradada. Y la había notado como un pájaro cuando montaba en ella...

Oscar regresó húmedo y sonriente. Lanzó un grito de desaliento y corrió.

—Apártate —dijo Ferd, haciendo un gesto con el cuchillo.

Rasgó los neumáticos, el sillín y su tapizado, una y otra vez.

—¿Estás loco? —aulló Oscar—. ¿Has perdido la cabeza? ¡Ferd, no lo hagas, no, Ferd...!

Ferd cortó los radios, los dobló, los rompió. Tomó el martillo más pesado y golpeó con él el bastidor hasta hacerle perder la forma. Y luego siguió golpeándolo hasta no poder más.

—No sólo estás loco —le dijo Oscar amargamente—, sino terriblemente celoso. ¡Y puedes irte al infierno!

Se marchó, pisando muy fuerte.

Ferd, sintiéndose mareado y envarado, cerró la tienda y se marchó lentamente a casa. No tenía ganas de leer, apagó la luz y se dejó caer sobre la cama, donde transcurrieron las horas escuchando los sonidos susurrantes de la noche y sufriendo pensamientos agrios y enrevesados.

Excepto para las necesidades del trabajo, no se hablaron durante muchos días después de aquel incidente. Los restos de la bicicleta de carreras francesa se hallaban detrás de la tienda. Durante dos semanas ninguno deseó ir allí, no querían verlos.

Una mañana, cuando Ferd llegó y fue saludado por su socio, éste empezó a agitar su cabeza, asombrado, aun antes de empezar a hablar:

—¿Cómo lo hiciste? ¿Cómo lo hiciste, Ferd? ¡Jesús, qué hermosura! Tengo que reconocerlo... Ya no habrán malos sentimientos entre nosotros, ¿eh, Ferd?

Ferd le estrechó la mano.

—Seguro, seguro. Pero ¿de qué estás hablando?

Oscar le acompañó a la parte trasera de la tienda. Allí estaba la bicicleta de carreras roja, en una pieza, sin una marca o señal, con su esmalte tan brillante como siempre. Ferd abrió desmesuradamente la boca. Se acurrucó y la examinó. Era su máquina. Presentaba cada cambio y cada mejora que le había hecho.

Se alzó lentamente.

—Regeneración...

—¿Qué? ¿Qué dices? —le preguntó Oscar—. Oye, chico, estás muy pálido. ¿Qué has hecho, trabajar toda la noche sin dormir? Entra y siéntate. Pero sigo sin saber cómo has conseguido hacerlo.

Una vez dentro, Ferd se sentó. Se humedeció los labios y dijo:

—Oscar, escúchame...

—¿Ajá?

—Oscar, ¿sabes lo que es la regeneración? ¿No? Escucha: en algunos tipos de lagartos, cuando los agarras por la cola, ésta se rompe y les crece una nueva. Si un cangrejo pierde una pinza, regenera otra. Algunos tipos de gusanos, y las hidras y las estrellas de mar, si los cortas a trozos, a cada uno de ellos le crecen las partes que le faltan. Las salamandras pueden regenerar manos perdidas, y a las ranas les crecen otra vez las patas.

—No me digas, Ferd. De acuerdo, todo eso de la naturaleza me parece muy interesante. Pero volvamos ahora a la bicicleta... ¿Cómo lograste repararla tan bien?

—Ni la toqué. Se regeneró. Como una lagartija acuática. O una langosta.

Oscar pensó en ello. Bajó la cabeza, y miró a Ferd de reojo.

—Bueno, Ferd... Óyeme... ¿Cómo es que no todas las bicicletas hacen eso?

—Ésta no es una bicicleta corriente. Quiero decir que no es una verdadera bicicleta. —Observando la mirada de Oscar, le gritó—: ¡Bueno, pues es cierto!

El grito transformó la actitud de Oscar, de asombro pasó a incredulidad. Se puso en pie.

—Supongamos por un momento que todas esas cosas de los bichos y lagartijas o lo que infiernos estés hablando sea cierto. Pero esos están vivos. Una bicicleta no.

Bajó la vista, triunfante.

Ferd movió la pierna de un lado a otro, y se la miró.

—Un cristal tampoco está vivo, pero un cristal rojo puede regenerarse, si se dan las condiciones correctas. Oscar, mira si los imperdibles siguen en el escritorio. Por favor.

Escuchó a Oscar murmurar mientras abría los cajones del escritorio, buscando en ellos. Los cerró de golpe y regresó.

—No —dijo—. Han desaparecido todos. Como dijo aquella señora, o como dijiste tú, nunca hay imperdibles cuando uno los busca. Desapare... ¿Ferd? ¿Qué es lo que...?

Repentinamente, Ferd abrió de un tirón la puertecilla del armario de la ropa, y retrocedió al tiempo que una cascada de perchas caía al suelo.

—Y como tú dijiste —comentó Ferd con la boca torcida—, por otra parte, siempre hay muchas perchas. Antes no estaban ahí.

Oscar se encogió de hombros.

—No sé adónde quieres ir a parar. Cualquiera pudo entrar, llevarse los imperdibles y dejar las perchas. Yo pude hacerlo, pero no lo hice. O tú pudiste.

Quizá... —entrecerró los ojos—. Quizá viniste dormido, sonámbulo, y lo hiciste. Será mejor que vayas a ver a un doctor. Jesús, pareces estarte pudriendo.

Ferd volvió a sentarse, sujetándose la cabeza entre las manos.

—Me siento podrido. Estoy asustado, Oscar. ¿Y asustado de qué? —Suspiró profundamente—. Te lo diré. Como te expliqué antes, hay cosas que viven en lugares poco seguros y se mimetizan como si fueran otras cosas. Ramas, hojas... sapos que parecen rocas. Bueno, supongo que hay... cosas... que viven en los lugares en que vive el hombre. Ciudades, casas. Esos seres podrían imitar... Bueno, otras cosas que se encuentran en los hogares de los hombres.

—¡Qué idea!

—Quizá se trate de una forma de vida distinta. Quizá se alimentan de los elementos que hay en el aire. ¿Sabes lo que son los imperdibles... esos pseudoimperdibles? Oscar, esos imperdibles son las crisálidas, y después se transforman, pasando a ser larvas. Que tienen la forma de perchas. Hasta tienen el mismo tacto que éstas, pero no lo son. Oscar, no lo son. En realidad no lo son. No lo son...

Comenzó a llorar, sin levantar la cabeza de entre las manos. Oscar lo miró y agitó la cabeza.

Al cabo de un minuto, Ferd consiguió controlarse un poco. Sorbió por la nariz.

—Todas esas bicicletas que encuentra la policía, y que guarda esperando que aparezcan sus dueños, y que luego les compramos en una subasta porque nadie las ha reclamado, porque no tienen dueños, son iguales que estas que los chicos siempre tratan de vendernos, diciéndonos que se las han encontrado, y es cierto, pues nunca fueron hechas en una fábrica. Crecieron. Crecen. Las aplastas, y las tiras, y se regeneran.

Oscar se volvió hacia alguien que no estaba allí, y movió la cabeza.

—Jooooo, muchacho —dijo. Y luego, volviéndose hacia Ferd—: ¿Quieres decir que un día son un imperdible, y al día siguiente una percha?

Ferd le contestó:

—Un día hay un huevo; al siguiente, una polilla. Un día hay un huevo; al siguiente, un pollo. Pero con esas... cosas, no sucede de día, cuando puede verse. Pero durante la noche, Oscar, durante la noche, puedes oír cómo sucede. Todos estos ruiditos de la noche, Oscar...

—Entonces, ¿cómo es que no estamos forrados de bicicletas? —dijo Oscar—. Si tuviera una por cada percha...

Pero Ferd también había pensado en ello. Si cada hueva de bacalao, explicó, o cada una de ostra creciese hasta madurar, un hombre podría caminar a través del océano pisando los bacalao o las ostras que lo cubrirían. Pero morían tantas, y tantas eran devoradas por animales predatorios, que la naturaleza tenía que producir un máximo con el fin de lograr que un mínimo llegase a la madurez. Y la pregunta de

Oscar fue: entonces, ¿quién, esto, se come las, esto, perchas?

Los ojos de Ferd se enfocaron a través de la pared, los edificios, el parque, y más edificios, hasta llegar al horizonte.

—Tienes que verlo de una manera global. No te estoy hablando de imperdibles o perchas reales. Tengo un nombre para esos otros; los llamo: falsos amigos. En la escuela, cuando estudiaba francés, teníamos que vigilar las palabras francesas que se parecían a otras de nuestro idioma pero que en realidad eran diferentes. *Faux amis*, les llamábamos. Falsos amigos. Seudoimperdibles, seudoperchas... ¿quién se los come? No estoy seguro. ¿Serán los pseudoaspiradores?

Con un fuerte gruñido, su socio se golpeó las caderas con las manos.

—Ferd, Ferd, por Cristo —dijo—. ¿Sabes cuál es tu problema? Que hablas de ostras, pero te olvidas para qué sirven. Olvidas que hay dos tipos de gente en el mundo. Cierra los libros, esos libros de bichos yesos libros de francés. Sal, mézclate con la gente, haz amigos. Bebe cerveza. ¿Sabes qué haremos? La próxima vez que Norma, que es esa chica de la bicicleta de carreras, la próxima vez que venga por aquí, tú coges la bicicleta roja y te vas al bosque con ella. No me importa. Y no creo que a ella le importe tampoco. Al menos, no demasiado.

Pero Ferd dijo que no.

—Nunca quiero volver a tocar esa bicicleta de carreras. Le tengo miedo.

Ante esta respuesta, Oscar lo obligó a levantarse, y entre protestas lo arrastró hasta la parte trasera, obligándole a subirse a la máquina francesa.

—Es la única forma de que te quites el miedo que le tienes.

Ferd se puso en marcha, con el rostro pálido y tembloroso. Y un momento más tarde estaba por el suelo, rodando y pataleando, chillando.

Oscar le sacó de debajo de la máquina.

—¡Me tiró al suelo! —aulló Ferd—. ¡Trató de matarme! ¡Mira... sangre!

Su socio dijo que había sido un bache lo que le había tirado... y su propio miedo. ¿La sangre? Había sido un radio roto que le había arañado la mejilla. Insistió en que Ferd montara de nuevo la bicicleta, para controlar su miedo.

Pero Ferd se había puesto histérico. Gritó que nadie estaba a salvo, que la humanidad tenía que ser avisada. Oscar tardó un buen rato en poder calmarlo y lograr llevarlo a casa y meterlo en la cama.

Obviamente, al señor Whatney no le explicó todo esto. Simplemente le dijo que su socio se había hartado del negocio de bicicletas.

—No sirve de nada preocuparse tratando de cambiar el mundo —señaló—. Siempre he dicho que las cosas son como son. Si uno no puede derrotarlas, tiene que unirse a ellas.

El señor Whatney dijo que justamente ésa era su propia filosofía, y le preguntó cómo iban las cosas.

—Bueno... no demasiado mal. ¿Sabe?, estoy prometido. Se llama Norma. Está

loca por las bicicletas. Considerándolo bien, las cosas no van nada mal. Sí, tengo más trabajo, pero ahora puedo hacer las cosas a mi manera, así que...

El señor Whatney asintió. Paseó su mirada por toda la tienda.

—Veo que todavía hacen bicicletas para chica —dijo—. Aunque, ya que cada vez se ven más chicas con pantalones, no sé por qué se preocupan.

Oscar le contestó:

—Bueno, no sé. A mí me gusta así. ¿No ha pensado nunca que las bicicletas son como la gente? Quiero decir que, de todas las máquinas del mundo, las bicicletas son las únicas en las que hay machos y hembras.

El señor Whatney, con una sonrisa en los labios, dijo que tenía razón, y que jamás había pensado en ello. Entonces, Oscar le preguntó al señor Whatney si deseaba alguna cosa en especial... y no era que no apreciara su visita en cualquier momento.

—Bueno, quería ver lo que tiene por aquí. Se acerca el cumpleaños de mi chico y...

Oscar asintió comprensivamente.

—Aquí tiene una bicicleta —dijo— que no es posible conseguir en ningún otro lugar. Es la especialidad de la casa. Es una combinación de las mejores características de la bicicleta de carreras francesa y la bicicleta estándar norteamericana. Sólo que se fabrica aquí mismo, y se presenta en tres modelos: infantil, juvenil y normal. ¿No le parece hermosa?

El señor Whatney observó que justamente podía ser lo que andaba buscando.

—Por cierto —preguntó—, ¿qué pasó con aquella bicicleta de carreras, la roja, que andaba por allí?

El rostro de Oscar se contorsionó en una mueca. Luego tomó una expresión suave e inocente, y se inclinó hacia su cliente dándole un codazo.

—Oh, ¿ésa? ¿La vieja francesa? ¡Pues la uso de semental!

Y se echaron a reír, después se contaron algunos chistes y realizaron la transacción, se tomaron unas cuantas cervezas, y continuaron riendo. Comentaron que era una pena lo del pobre Ferd, el pobre Ferd, que había sido encontrado en su propio armario, con una percha enrollada fuertemente alrededor de su cuello...

1959

17ª Convención - Detroit

El gran patio delantero

Clifford D. Simak

Considero a Clifford D. Simak uno de mis amigos más antiguos, casi invisibles. Voy a explicar la historia de esta amistad.

Fue en 1938. Antes de que yo hubiera publicado ninguna historia, me consideraba, como todos los fans de la ciencia ficción, un feroz crítico del género. Nunca había dudado en escribir cartas al director denunciando los relatos que no me agradaban, y además lo hacía en el tono más áspero que se me ocurría. Con una historia titulada Regla 18, de Clifford D. Simak, no me privé de ello.

Cliff me contestó con prontitud pidiéndome más detalles sobre lo que había hecho mal, para poder mejorar. Lo hacía sin sarcasmo, sintiendo lo que decía. Así es él. Lo cual me obligó a leer de nuevo la historia y me di cuenta de que lo que en realidad me molestaba era la costumbre que tenía Cliff de saltar repentinamente de una escena a otra, cambiando impunemente de tiempo, de lugar y de personajes.

En la primera lectura, esto era desorientador, pero a la segunda comprendí lo que buscaba. Daba a la historia un sentido de acción rápida y, correctamente logrado, incrementaba la sensación dramática. Escribí una carta de disculpas y, sin el menor remordimiento de conciencia, adopté a mi vez este subterfugio en los relatos que en aquel tiempo intentaba escribir.

Así empezó nuestra amistad, y desde entonces nos escribimos durante más de veinte años, sin vernos el uno al otro. El destino quería que él no fuera a aquellas Convenciones a las que yo asistía, y a las que él iba yo no pudiera hacerlo. ¡Incluso en la 17ª Convención (Detroit, 1959), cuando entregué el Hugo concedido a su relato El gran patio delantero, mandó a un representante!

Finalmente, el 20 de octubre de 1961 nos encontramos en Nueva York. Por aquel entonces ya le había perdonado su falta de consideración al ganar un Hugo, y comimos juntos. Tras veintitrés años de amistad, conocí a Cliff en persona.

Sé muy bien cuál debería ser el final adecuado para esta historia: antiguos amigos por correspondencia se encuentran tras muchos años y pierden todas las ilusiones mantenidas durante ese tiempo...

Pero lo siento. La vida real dista de ser como las novelas. Fue como si siempre nos hubiéramos conocido personalmente. Lo pasamos muy bien en aquella comida:

un par de viejos amigos comunicándose, esta vez de forma algo distinta a lo habitual en ellos, a través de las ondas sonoras en lugar de letras impresas sobre papel.

Todavía hoy mantenemos correspondencia.

El señor Hiram Taine se despertó y se sentó en la cama.

Observó que Towser, su perro, estaba ladrando y arañando el suelo.

—¡Cállate ya! —ordenó Hiram a su perro.

Towser levantó las orejas, sorprendido, y siguió ladrando y arañando el suelo.

Hiram se frotó los ojos. Se mesó el cabello, que parecía un nido de ratas.

Consideró la posibilidad de acostarse nuevamente y cubrirse con la manta.

Sin embargo, no podía hacerlo con el perro ladrando.

—¿Qué te pasa? —preguntó con irritación al perro.

—*Guau* —ladró el perro, arañando frenéticamente el suelo.

—Si quieres salir, sólo tienes que abrir la puerta mosquitera —le dijo Hiram—. Ya sabes cómo hacerlo. Lo haces en todo tiempo.

El perro dejó de ladrar y se sentó pesadamente, contemplando cómo su dueño se levantaba de la cama. Hiram se puso la camisa y los pantalones, y no se preocupó por los zapatos.

El perro se dirigió a un rincón, restregó la nariz contra la madera del suelo, y resopló babeante.

—¿Acaso has cazado un ratón? —le preguntó Hiram.

—*Guau* —ladró el perro enfáticamente.

—Jamás habías armado tanto escándalo por un ratón —dijo Hiram con cierto asombro—. Debes de estar fuera de tus cabales.

Era una mañana de verano muy hermosa. Los rayos del sol entraban por la ventana abierta.

Sin duda es un buen día para ir a pescar, se dijo Hiram a sí mismo, y luego recordó que no podía ir. Debía ver aquella antigua cama con baldaquino de madera de arce que le habían dicho que podía encontrar camino de la casa de los Woodman. Pensó que lo más probable sería que le pidieran el doble de su valor. Pensó que las cosas se estaban poniendo de una forma que un hombre no se podía ganar la vida honestamente. Todos se estaban volviendo expertos en cuestión de antigüedades.

Se levantó de la cama y llegó hasta la sala de estar.

—Vamos —ordenó al perro.

Towser le siguió, deteniéndose para olisquear los rincones y husmear el suelo.

—Veo que te ha cogido fuerte, ¿eh? —dijo Hiram.

Tal vez sea una rata, pensó. La casa se estaba volviendo vieja.

Abrió la mosquitera y Towser salió al exterior.

—Deja en paz a esa marmota —le aconsejó Hiram—. No hay nada que hacer. Nunca lograrás hacerla salir de su agujero.

Towser rodeó la esquina de la casa.

Hiram se dio cuenta de que algo le había pasado al cartel que colgaba del poste junto al camino. Una de las cadenas se hallaba suelta.

Cruzó el césped todavía mojado por el rocío, para arreglar el cartel. Quizás hubiera sido el viento, o algún gamberro. Aunque posiblemente no fuera esto último. Se llevaba bien con los chicos. Nunca le molestaban, como hacían con otra gente del pueblo. El banquero Stevens, por ejemplo. Siempre lo estaban molestando.

Retrocedió un poco para comprobar que el cartel no estaba torcido.

En grandes letras, se podía leer:

REPARACIONES

Y debajo, con letras más pequeñas:

SE VENDEN ANTIGÜEDADES

¿Qué tiene usted para cambiar?

Tal vez debería tener dos carteles, uno para su negocio de reparaciones y otro para el de antigüedades e intercambio, se dijo a sí mismo. Algún día, cuando tuviera tiempo, pintaría otros dos, uno para cada lado del camino. Daría un nuevo aspecto al paisaje.

Se volvió y miró al otro lado del camino, hacia el bosque de Turner. Pensó que era una hermosa vista: una buena extensión de bosque justo al lado del pueblo. Era un lugar lleno de pájaros, conejos, marmotas y ardillas. También estaba repleto de fortines construidos por los muchachos de Willow Bend.

Algún día, naturalmente, algún tipo listo lo compraría para edificar una urbanización o algo igualmente cuestionable. Y, cuando esto sucediese, desaparecería una parte de su niñez.

Towser llegó tras rodear la esquina de la casa. Andaba reptando, olisqueando la hilera más baja de la madera de las paredes, las orejas erguidas por la expectación.

—Ese perro es un cabezota —dijo Hiram, y entró en la casa.

Descalzo, se dirigió a la cocina, llenó la tetera, la colocó sobre la cocina y enchufó el quemador.

Conectó la radio, olvidando que estaba estropeada.

Cuando no produjo ni un solo sonido, lo recordó y la desconectó molesto. Así es como iban las cosas: arreglaba lo de los demás pero nunca tenía tiempo para arreglar lo suyo.

Fue al dormitorio y se puso los zapatos. Deshizo la cama.

De vuelta a la cocina, vio que ésta no funcionaba. El quemador bajo la tetera seguía frío.

Hiram tomó carrerilla y le dio una patada a la cocina. Alzó la tetera y mantuvo la palma de su mano sobre el quemador. Al cabo de unos segundos pudo detectar algo

de calor.

—Ya funciona —se dijo a sí mismo en voz alta.

Sabía que algún día la patada a la cocina ya no daría resultado. Cuando tal cosa sucediese, tendría que arreglarla. Probablemente no debía de ser más que una conexión suelta.

Colocó de nuevo la tetera en el fogón.

Se oía un traqueteo en la parte delantera. Hiram salió para ver qué pasaba.

Beasly, el factótum de los Horton, estaba metiendo por el sendero, marcha atrás, un renqueante y viejo camión. Junto a él estaba sentada Abbie Horton, la esposa de H. Henry Horton, el más importante ciudadano del pueblo. En la parte trasera del camión, atado con cuerdas y medio protegido por viruta de papel de brillante color púrpura, se hallaba un gigantesco aparato de televisión. Hiram lo conocía desde hacía mucho. Hacía como mínimo diez años que ya estaba pasado de moda, pero sin embargo, se mirase como se mirase, seguía siendo el aparato más caro que jamás se encontrase en ninguna casa de Willow Bend.

Abbie saltó del camión. Era una mujer enérgica, impetuosa y mandona.

—Buenos días, Hiram —dijo—. ¿Puedes reparar este aparato de nuevo?

—Nunca he encontrado nada que no pudiera reparar —dijo Hiram. Sin embargo, contempló el aparato con cierto desaliento. No era la primera vez que se peleaba con él, y sabía lo que le esperaba—. Aunque quizá le cueste más de lo que vale —le advirtió—. Lo que necesita es uno nuevo. Éste se está volviendo viejo y...

—Es lo que dijo Henry —contestó tozuda Abbie—. Él quiere comprar uno de éstos en colores. Pero yo no quiero deshacerme de éste. Tiene incorporado radio y tocadiscos, hace juego con el otro mobiliario y además...

—Sí, ya sé —dijo Hiram, que ya había oído antes todo aquello.

¡Pobre viejo Henry!, pensó. ¡Qué vida tenía aquel hombre! Pasarse todo el día en la fábrica de computadoras, aguantando el tipo y chillándole a todo el mundo, para luego regresar a su casa y caer bajo la tiranía de su esposa.

—Beasly —ordenó Abbie con su mejor voz de sargento instructor—. Ven aquí de inmediato y ayuda a desatar esto.

—Sí, señora —acató Beasly.

Era un hombre enjuto y desmadejado, que no parecía demasiado inteligente.

—Ten mucho cuidado. No quiero que se raye.

—Descuide, señora —respondió Beasly.

—Te ayudaré —se ofreció Hiram.

Ambos subieron al camión y comenzaron a desatar aquel aparato.

—Pesa mucho —advirtió Abbie—. Tendrán que ir con cuidado.

—Sí, señora —dijo Beasly.

Además de pesado, era difícil de llevar, pero lograron arrastrarlo a la parte trasera de la casa, meterlo por la puerta y bajarlo al sótano, con Abbie siguiéndoles muy atenta, alerta ante el menor peligro de rayarlo.

Aquel sótano era una mezcla de taller y sala de exposición de antigüedades. Uno de sus extremos estaba repleto de mesas, herramientas, maquinaria y cajas llenas de cosas diversas, y montones de pura basura que se hallaban por todas partes. El otro extremo albergaba una colección de inseguras sillas, desvencijadas camas, viejas carboneras pintadas de dorado, pesadas pantallas de hierro para chimeneas y un montón de otras cosas que había buscado por los alrededores pagando por ellas lo menos posible.

Él y Beasly colocaron cuidadosamente el aparato en el suelo. Abbie les contemplaba detenidamente desde la escalera.

—Caramba, Hiram —exclamó excitada—, has puesto un revestimiento al techo del sótano. Así tiene mucho mejor aspecto.

—¿Cómo? —preguntó Hiram.

—El revestimiento. Te digo que has puesto un revestimiento.

Hiram alzó la cabeza y vio que lo que decía era cierto. Allí había un revestimiento, pero él nunca lo había puesto.

Tragó saliva y bajó la cabeza. Luego, la alzó rápidamente y miró otra vez. El revestimiento seguía allí.

—No es de losetas —dijo Abbie con admiración—. ¡No se ve ninguna clase de junta! ¿Cómo lo has hecho?

Hiram tragó de nuevo saliva y logró recuperar su voz.

—Me lo inventé —logró contestar.

—Tendrás que venir a ponerlo en nuestro sótano, pues está hecho una porquería. Beasly puso el techo en la sala de juegos, pero Beasly es un manazas.

—Sí, señora —dijo contrito Beasly.

—En cuanto tenga tiempo —prometió Hiram, dispuesto a prometer cualquier cosa con tal de sacárselos de encima.

—Tendrías mucho más tiempo —le dijo con acidez Abbie— si no estuvieras vagabundeando por toda la región comprando todos esos muebles viejos y rotos a los que llamas antigüedades. Podrás engañar a la gente de la ciudad cuando viene por aquí, pero no a mí.

—Gano mucho dinero con algunas cosas —le dijo calmadamente Hiram.

—Y pierdes la camisa con las demás —le respondió ella.

—Tengo unas porcelanas antiguas que son justamente lo que usted anda buscando —dijo Hiram—. Las adquiriré hace uno o dos días. Las compré a buen precio. Se las puedo dejar baratas.

—No me interesa —contestó ella, y apretó los labios.

Se giró y subió de nuevo la escalera.

—Hoy tiene mal día —dijo Beasly a Hiram—. Lo pasaremos mal. Siempre está así cuando se levanta temprano.

—No le hagas caso —le aconsejó Hiram.

—Trato de hacerlo, pero no es posible. ¿Estás seguro de que no necesitas ayuda?

Trabajaría por poco dinero...

—Lo siento, Beasley. Escucha una cosa... Ven cualquier noche de éstas y jugaremos al ajedrez. ¿De acuerdo?

—Lo haré. Eres el único que me invita alguna vez. Los demás me chillan o se ríen de mí.

Se oyó la voz de Abbie aullando desde lo alto de la escalera:

—¿Vienes? No podemos estar aquí todo el día. Tengo que quitar el polvo de unas alfombras.

—Sí, señora —dijo Beasley, comenzando a subir la escalera.

Ya en el camión, Abbie se volvió hacia Hiram con determinación:

—¿Repararás de inmediato ese aparato? Estoy perdida sin él.

—Inmediatamente —afirmó Hiram.

Los contempló alejarse, y luego miró a su alrededor, buscando a Towser. Pero el perro había desaparecido. Lo más probable es que estuviera de nuevo en el agujero de aquella marmota del bosque al otro lado del camino. Se había ido, pensó Hiram, sin esperar el desayuno.

El agua estaba hirviendo furiosamente cuando Hiram regresó a la cocina. Puso café en el tamiz y echó el agua. Luego bajó al sótano.

El techo seguía allí.

Encendió todas las luces y recorrió el sótano, estudiándolo. Era un material deslumbradoramente blanco, y parecía ser traslúcido..., es decir, formaba cierto punto. Uno podía ver dentro del mismo, pero no a su través. Y no había señales de juntas. Estaba colocado limpio y ceñidamente alrededor de las conducciones de agua y las luces del techo.

Se subió a una silla y lo golpeó secamente con los nudillos. Produjo un sonido parecido al de una campana, como si hubiera golpeado una copa de buen cristal con una uña.

Bajó de la silla y se quedó de pie, agitando la cabeza. Todo aquello era superior a sus fuerzas. Había pasado parte de la tarde anterior reparando la cortadora de césped del banquero Stevens, y entonces no había el recubrimiento del techo.

Buscó dentro de una caja, y halló una perforadora. Tomó una de las brocas pequeñas, y la colocó en el vástago. Conectó el aparato, se subió de nuevo a la silla, y probó la broca contra el techo. La punta de la broca se deslizó locamente de un lado a otro. No produjo ni una señal. Desconectó la perforadora, y contempló detenidamente el techo. No había marca alguna sobre el mismo. Lo intentó de nuevo, apretando la perforadora con todas sus fuerzas. La broca se rompió.

Hiram bajó de la silla. Tomó otra broca, la colocó en la perforadora, y subió lentamente la escalera, reflexionando. Pero estaba demasiado confuso para poder hacerlo. Aquel revestimiento no debía estar allí, pero estaba, y a menos que se estuviera volviendo loco, podía afirmar que él no lo había colocado.

En la sala de estar, apartó una esquina de la gastada y descolorida alfombra, y

enchufó la perforadora. Se arrodilló, y comenzó a perforar el suelo. La broca atravesó fácilmente el viejo suelo de madera de roble, y luego se detuvo. Apretó más, y la broca giró sin lograr morder.

Se suponía que no debía haber nada bajo aquella madera. Nada que pudiera detener una perforadora. Atravesado el revestimiento, debía haber llegado al espacio libre.

Sacó la broca y dejó la perforadora a un lado. Fue a la cocina, en donde el café ya estaba dispuesto. Pero, antes de servírselo, trasteó en un armarito y encontró una linterna. De regreso a la sala de estar, dirigió la luz al interior del agujero que había hecho la broca.

Había algo brillante en el fondo del agujero.

Regresó a la cocina, encontró algunas pastas del día anterior, y se sirvió una taza de café. Se sentó en la mesa de la cocina, comiéndose las pastas y preguntándose qué podía hacer.

No parecía, al menos por el momento, que pudiera hacer mucha cosa. Podía pasarse todo el día tratando de imaginar lo que había sucedido en su sótano y, probablemente, no sabría más de lo que sabía ahora.

Su alma yanqui, ansiosa por ganar dinero, se rebelaba contra tal horrible pérdida de tiempo.

Pensó en aquella cama con baldaquino que tenía que conseguir antes de que algún desvergonzado anticuario de la ciudad se la llevase. Una pieza como ésa debía poderse vender por un buen precio. Tal vez lograrse un buen beneficio con ella si sabía llevar bien las cosas. Quizá pudiera hacer un buen trueque con ella. Había aquel aparato de televisión portátil que había cambiado por un par de patines de hielo el pasado invierno. Aquella gente, los Woodman, quizá desearan cambiar la cama por un aparato de televisión reacondicionado, casi tan bueno como nuevo. Después de todo, probablemente no estaban usando la cama, y esperaba que no tuvieran idea del valor de aquella antigüedad.

Comió apresuradamente las pastas y bebió una taza más de café. Preparó para el perro un plato de restos, y lo colocó junto a la puerta. Luego, fue al sótano y recogió la televisión portátil, metiéndola en su furgoneta. Pensándose bien, añadió una escopeta y algunos otros cacharros que podían servirle en aquel trueque.

Regresó tarde. Resultó un día atareado y bastante satisfactorio. No sólo llevaba en la camioneta la cama, sino también una mecedora, una pantalla contra incendios, un montón de revistas antiguas, una vieja mantequera de barril, una cómoda de madera de nogal, y otro mueble al que algún estúpido y despreocupado decorador había aplicado una capa de pintura color verde pera. El aparato de televisión, la escopeta y cinco dólares le habían proporcionado todo aquello. Y, lo que era mejor, lo había hecho tan bien que probablemente la familia Woodman estaba muriéndose de risa en aquel mismo momento pensando en la forma en que lo habían engañado.

Se sentía un tanto avergonzado... Eran una gente tan amable. Lo habían tratado amistosamente, y le habían obligado a quedarse a comer y luego habían estado charlando y mostrándole la granja y hasta le habían pedido que los pasase a visitar si alguna vez volvía por allí.

Había perdido todo un día, pensó, y eso le molestaba bastante, pero quizá valía la pena irse haciendo con una cierta reputación, portándose así, y logrando que pensasen de él diciendo que era un tipo con pájaros en la cabeza y que no sabía el valor de las cosas. De esa manera, quizás algún otro día pudiera hacer nuevos negocios en el vecindario.

Oyó el aparato de televisión mientras abría la puerta trasera; sonaba alto y claro, y bajó estremecido la escalera que llevaba al sótano, en un estado que se aproximaba al pánico. Pues ahora que había hecho un intercambio con el aparato portátil, el de Abbie era el único que había allá abajo. Y el aparato de Abbie estaba estropeado.

Efectivamente, era el aparato de Abbie. Estaba exactamente donde él y Beasley lo habían dejado aquella mañana, y no tenía nada malo... nada en absoluto. Daba una perfecta imagen a todo color.

¡A todo color!

Se detuvo al pie de la escalera y se apoyó contra la barandilla para no caerse.

El aparato siguió dando imágenes en color.

Hiram llegó hasta el mismo y dio una vuelta a su alrededor.

La tapa posterior del televisor estaba quitada y apoyada contra una mesa que se hallaba tras el mismo, y podía ver su interior brillando alegremente.

Se puso en cuclillas y atisbó el iluminado interior, que le pareció bastante diferente a como debía ser. Lo había reparado en muchas ocasiones, y creía tener una idea clara del aspecto que debían tener las cosas. Y ahora todas parecían diferentes, aunque no sabía decir por qué.

Sonaron unos pesados pasos por la escalera, y una alegre voz le llegó retumbando:

—Bien, Hiram, veo que está arreglado.

Hiram se irguió de un salto, y se quedó helado, incapacitado para hablar.

Henry Horton estaba feliz y contento en la escalera, con aspecto de sentirse muy complacido.

—Le dije a Abbie que no habrías acabado aún, pero ella me dijo que, de todas maneras, viniese... ¡Es en color! ¿Cómo lo hiciste?

Hiram sonrió con aire enfermizo.

—Trasteando en el interior —dijo.

Henry descendió el resto de los escalones con paso mayestático, y se detuvo frente al aparato, con sus manos detrás de la espalda, mirándole fijamente con su mejor expresión de ejecutivo.

Lentamente, agitó la cabeza.

—Nunca hubiese creído que fuera posible —dijo.

—Abbie dijo que deseabas un aparato en color.

—Pues sí, claro. Pero no este viejo aparato. Jamás esperé que se pudiera adaptar al color. ¿Cómo lo hiciste, Hiram?

Hiram le dijo la solemne verdad:

—Realmente, no lo sé —contestó.

Henry encontró una barrica de clavos frente a uno de los tableros, y la hizo rodar hasta llevarla frente al viejo aparato. Se sentó cuidadosamente, y se relajó cuando la halló comfortable.

—Así es como son las cosas —dijo—. Hay hombres como tú, pero no muchos. Verdaderos yanquis habilidosos. Trastean las cosas, prueban una cosilla aquí y otra allí, y, sin saber cómo, obtienen estos resultados. —Miró el aparato—. Realmente es mejor que el color que tienen en Minneapolis. La última vez que estuve allí fui a un par de sitios y miré los aparatos en color. Y hablando sinceramente, Hiram, ninguno era tan bueno como éste.

Hiram se secó la frente con la manga de la camisa. De una u otra forma parecía que el sótano se estaba recalentando. Tenía todo el cuerpo cubierto de sudor.

Henry sacó un grueso cigarro de uno de los bolsillos y se lo ofreció a Hiram.

—No, gracias. Jamás fumo.

—Quizá sea lo más inteligente —dijo Henry.

Se puso el cigarro en la boca y lo hizo girar.

—Cada cual tiene sus gustos —proclamó con grandilocuencia—. Cuando se trata de una cosa como ésta, tú eres el hombre adecuado. Pareces pensar sólo en artilugios mecánicos y circuitos electrónicos. Yo no tengo ni puñetera idea de esto. Ni siquiera en los asuntos de computadoras sé lo más mínimo: contrato a la gente que sabe. No sé ni tan sólo aserrar un madero o clavar un clavo. Pero sé organizar. ¿Te acuerdas, Hiram, como todo el mundo ponía mala cara cuando comencé en la fábrica?

—Bueno, supongo que alguien la pondría.

—Puedes estar seguro de que así fue. Durante semanas se llevaban las manos a la cara para ocultar sus sonrisas burlonas. Decían: «¿Qué se cree que está haciendo, montando una fábrica de computadoras aquí en el campo? ¿Acaso cree que podrá competir con las grandes empresas del Este?». Y no dejaron de reírse hasta que vendí un par de docenas de equipos y tuve pedidos adelantados para un año o dos.

Buscó en sus bolsillos y encendió cuidadosamente el cigarro, sin apartar ni un instante la vista del aparato de televisión.

—Has logrado algo que quizá valga mucho dinero —dijo pensativamente—. Una simple adaptación que puede hacerse en todo aparato. Si puedes conseguir que esta vieja basura dé color, también lo lograrás con cualquier aparato jamás, construido. —Sorbeteó babosamente su cigarro—. Si los de la RCA supieran lo que está pasando aquí en este minuto, seguro que se suicidaban.

—Pero no sé cómo lo hice —protestó Hiram.

—Bien, de acuerdo —dijo feliz Henry—. Me llevaré este aparato a la fábrica

mañana, y pondré a algunos de los chicos a trabajar en él. Averiguarán lo que ha pasado aunque tengan que desmontarlo pieza a pieza. —Sacó el cigarro de la boca y lo estudió detenidamente, metiéndoselo luego de nuevo—. Como te decía, Hiram, hay una diferencia en nosotros. Tú puedes hacer esas cosas, pero no te das cuenta de sus posibilidades. Yo no sé hacer nada, pero puedo organizar las cosas una vez han sido hechas. Antes de que hayamos acabado con esto, nadarás en dinero...

—Pero yo no...

—No te preocupes. Déjame todo a mí. Tengo la fábrica y el dinero que se pueda necesitar. Ya arreglaremos un reparto de beneficios.

—Muy considerado por tu parte —dijo mecánicamente Hiram.

—En absoluto —insistió Henry ampulosamente—. Es simplemente mi agresivo y sistemático sentido de los beneficios. Me avergonzaría a mí mismo si me quedase con este negocio para mí solo.

Siguió sentado sobre la barrica, fumando y contemplando cómo el televisor retransmitía con una sorprendente nitidez de color.

—¿Sabes, Hiram? A veces pienso en una cosa pero jamás me decido a llevarla a cabo. Tengo una antigua computadora en la fábrica, que tendremos que destinar a chatarra. Es uno de nuestros modelos primitivos, una especie de aparato experimental que nos salió mal. Es un verdadero lío. Intentamos algunas técnicas que probablemente estaban equivocadas..., o quizá no, pero no sabíamos lo bastante como para lograr ponerla en funcionamiento. Ha estado en un rincón durante todos estos años, y deberíamos habernos desprendido de ella hace mucho. Pero realmente me molesta hacerlo. Me pregunto si no te gustaría tenerlo... para trastear con él.

—Bueno, no sé —contestó Hiram.

Henry volvió a asumir su aire grandilocuente.

—Sin ninguna clase de obligación, desde luego. Quizá no puedas hacer nada con él. Francamente, me sorprendería que lo lograras, pero no se pierde nada con intentarlo. Quizá puedas desmontarlo para aprovechar las piezas. Hay mucho dinero de equipo en su interior. Probablemente podrías utilizar la mayor parte del mismo de una u otra forma.

—Quizá fuera interesante —concedió Hiram sin mucho entusiasmo.

—Bien —dijo un Henry eufórico—. Haré que los chicos lo traigan mañana. Es un cacharro pesado. Mandaré bastantes hombres para que lo descarguen, lo bajen al sótano y lo monten aquí. —Henry se puso cuidadosamente en pie y sacudió la ceniza de su pantalón—. Al mismo tiempo, haré que los chicos recojan el televisor —añadió—. Tendré que decirle a Abbie que aún no lo has arreglado. Si lo llevo a casa, tal como está funcionando ahora, jamás se lo podría arrancar.

Subió pesadamente la escalera. Hiram lo vio salir por la puerta y alejarse en la noche de verano.

Hiram se quedó en las sombras, contemplando cómo la silueta de Henry cruzaba

el patio de la viuda Taylor para llegar a la calle situada detrás de la casa. Respiró profundamente el fresco aire nocturno, y agitó la cabeza para tratar de aclarar su zumbante cerebro, pero el zumbido prosiguió.

Habían sucedido demasiadas cosas. Demasiadas cosas para un solo día: primero el techo, y ahora el aparato de televisión. Quizá después de un buen descanso pudiera intentar averiguar qué había pasado.

Towser llegó dando la vuelta a la esquina de la casa, y se arrastró lentamente escalera arriba, para quedarse junto a su dueño. Estaba cubierto de barro hasta las orejas.

—Veo que has tenido un día agitado —dijo Hiram—. Y, como te dije, no has logrado cazar esa marmota.

—*Guau* —ladró Towser, amargamente.

—Eres igual que todos nosotros —le dijo Hiram severamente—. Como yo, Henry Horton y todos los demás. Vas buscando algo y crees saber lo que buscas, pero en realidad no lo sabes. Y, lo que es peor, ni siquiera tienes la más ligera idea de por qué lo andas buscando.

Towser golpeó con su cansada cola el suelo.

Hiram abrió la puerta y se hizo a un lado para dejar que Towser entrara tras él.

Fue al refrigerador: halló un trozo de asado, un par de lonchas de carne de lata, un trozo de queso reseco y medio plato de fideos. Se hizo un tazón de café, y compartió la comida con su perro.

Luego bajó al sótano y apagó el televisor. Buscó una lámpara portátil, la enchufó, y dirigió su luz hacia el interior del aparato.

Se acuclilló en el suelo y sostuvo la lámpara, tratando de imaginar qué había pasado con el televisor. Naturalmente, era diferente, pero resultaba bastante difícil determinar en qué consistía la diferencia. Alguien había trasteado con las lámparas y las había deformado, y había pequeños tubos blancos de metal colocados aquí y allí en lo que parecía ser una disposición al azar y totalmente ilógica. Aunque, admitió para sí, probablemente no había nada de azar en aquello. Y también vio que habían modificado el circuito y le habían añadido bastantes cables.

Sin embargo, lo más asombroso era que el conjunto parecía una reparación de urgencia, como si alguien hubiera hecho un remiendo rápido para conseguir que el aparato volviera a funcionar de forma provisional.

Un pensamiento cruzaba por su cerebro: ¿quién había sido el autor?

Miró a su alrededor y atisbó en los rincones oscuros del sótano, y sintió como si innumerables insectos imaginarios de muchas patas le corrieran por el cuerpo.

Alguien había quitado la tapa posterior del aparato, apoyándola contra la mesa, y había dejado los tornillos que la sujetaban alineados en el suelo. Luego había reparado el aparato, dejándolo mucho mejor de lo que jamás había estado.

Considerando aquello una reparación de emergencia, reflexionó, ¿qué hubiera hecho de haber tenido tiempo para hacerlo bien? Porque, evidentemente, anduvo, o

anduvieron, escasos de tiempo. Quizá los hubiera asustado al regresar a casa..., antes de que pudieran colocar de nuevo la tapa trasera.

Su estupefacción iba en aumento. Primero el techo por la mañana... y ahora, por la tarde, el aparato de televisión de su cliente.

Ya que el techo no era un simple techo. Otro revestimiento, si ésta era la palabra adecuada, igual al techo, había sido colocado bajo el suelo, formando una especie de área encajonada entre las vigas.

¿Y si toda la casa estuviera así?, se preguntó a sí mismo.

Sólo había una respuesta para todo aquello: ¡había algo en la casa además de él!

Towser había oído ese algo o lo había olido, o de alguna otra manera lo había advertido, y había arañado frenéticamente el suelo en un intento de sacarlo, como si fuera una marmota.

Sólo que, fuera lo que fuese, ciertamente no era ninguna marmota.

Dejó la lámpara y subió.

Towser estaba echado sobre la alfombra de la sala de estar, junto a la tumbona, y agitó su cola con educado respeto para saludar a su dueño.

Hiram se quedó contemplando al perro. Éste le devolvió la mirada con ojos soñolientos y satisfechos. Luego lanzó un suspiro canino y se arrellanó para dormir.

Fuera lo que fuese lo que Towser hubiera oído, olido o notado aquella mañana, era evidente que en aquel momento ya no lo sentía.

Entonces Hiram recordó algo más.

Había llenado el pote para calentar agua para el café, colocándolo sobre la cocina. Había encendido el quemador, y éste había funcionado al primer intento.

¡No había tenido que dar una patada a la cocina para poner en marcha el fuego!

Por la mañana, cuando se despertó, algo le sujetaba los pies. Se sentó para ver lo que sucedía.

Pero no había nada de que sentirse alarmado. Era simplemente Towser, que se había subido a la cama y ahora dormía estirado sobre sus pies.

Towser gimió suavemente, y sus patas traseras se agitaron mientras cazaba conejos en sueños.

Hiram sacó sus pies de debajo del perro y se sentó, tomando su ropa. Era pronto, pero repentinamente recordó que había dejado en la camioneta todo el mobiliario adquirido el día anterior. Debía bajarlo al sótano.

Towser seguía durmiendo.

Hiram entró tambaleándose en la cocina y miró por la ventana, y allí, acucillado en el cuarto trasero, estaba Beasley, el factótum de los Horton.

Salió por la puerta trasera para ver qué pasaba.

—Me he despedido, Hiram —le dijo Beasley—. Ella no dejaba de acosarme a cada momento del día, y nada de lo que hacía la complacía, así que me harté y me he ido.

—Bueno, entra —respondió Hiram—. Comerás algo y tomarás una taza de café.

—Me preguntaba si podría quedarme aquí, Hiram. Simplemente vivir aquí hasta que pudiera encontrar algo.

—Desayunemos primero —dijo Hiram—. Luego hablaremos.

No le gustaba, se dijo a sí mismo. No le gustaba en absoluto. En una hora o así, Abbie aparecería y comenzaría a armar un escándalo acerca de cómo le había arrebatado a Beasly. Porque, por muy estúpido que fuera éste, trabajaba como un negro, y soportaba el mal temperamento de Abbie, ya que nadie del pueblo quería trabajar para ella.

—Tu mamá acostumbraba a darme galletas continuamente —dijo Beasly—. Tu mamá era una mujer muy buena.

—Cierto —dijo Hiram.

—Mi mamá decía que tu familia estaba entre los primeros colonizadores. ¿Es así, Hiram?

—Bueno, no exactamente los primeros colonizadores, supongo. Pero esta casa lleva aquí casi cien años. Mi padre acostumbraba a decir que durante todos esos años jamás hubo una noche en la que no hubiera al menos un Taine bajo este techo. Parece que ese tipo de cosas representaban mucho para mi padre.

—Debe de ser estupendo poder sentirse así. Debe usted estar orgulloso de esta casa, Hiram.

—Lo que estoy no es exactamente orgulloso, sino más bien siento que pertenezco aquí. No puedo imaginarme vivir en ninguna otra casa.

Hiram encendió el fogón y llenó el pote. Al llevarlo hacia la cocina, dio una patada a ésta. Pero no había necesidad de ello: el fogón estaba comenzando a tomar un tinte rosáceo.

Dos veces seguidas, pensó Hiram. ¡Esa cosa está mejorando!

—Caray, Hiram —dijo Beasly—, esta radio está muy bien.

—No funciona —dijo Hiram—. Está estropeada. Aún no he tenido tiempo de repararla.

—Me parece que no, Hiram. La he encendido, y ya está caliente.

—¿Que ya está...? ¡Déjame ver! —gritó Hiram.

Beasly decía la verdad. Un débil zumbido surgía de las lámparas.

Apareció una voz, ganando en volumen a medida que el circuito se calentaba.

Hablaba algo incomprensible.

—¿En qué idioma está hablando? —preguntó Beasly.

—No lo sé —dijo Hiram, a punto de caer en el pánico.

¡Primero el aparato de televisión, luego la cocina, y ahora la radio!

Giró el botón de sintonía, y la aguja se movió lentamente a lo largo del dial en lugar de seguir un arco como recordaba que hacía antes. Y emisora tras emisora fueron apareciendo y desapareciendo. Sintonizó la siguiente emisora que apareció, y también hablaba en un lenguaje extraño, y entonces supo exactamente lo que tenía allí.

En lugar de un trasto barato, tenía sobre la mesa de su cocina un receptor de varias frecuencias, como los que se anuncian en las revistas caras.

Se enderezó y le dijo a Beasly:

—Mira a ver si puedes encontrar alguna emisora que hable en nuestro idioma. Yo seguiré con los huevos.

Conectó el segundo fogón, y sacó la sartén. La colocó sobre la cocina y buscó huevos y tocino en la nevera.

Beasly encontró una emisora que estaba tocando música de orquesta.

—¿Qué tal va esto? —preguntó.

—Muy bien —dijo Hiram.

Towser salió de la alcoba, estirándose y bostezando. Fue hasta la puerta, e indicó que quería salir.

Hiram le abrió la puerta.

—Si yo fuera tú —le dijo al perro—, dejaría correr a esa marmota. Debes de tener ya todo el bosque lleno de agujeros.

—No está buscando ninguna marmota, Hiram.

—Bueno, entonces debe de ser un conejo.

—Tampoco es un conejo. Ayer, cuando se suponía que debía estar sacudiendo las alfombras, me largué a dar un paseo. Por eso es por lo que Abbie se molestó tanto.

Hiram gruñó, cascando los huevos.

—Me marché y fui hasta donde estaba Towser. Hablé con él, y me dijo que no era ni una marmota ni un conejo. Me dijo que era otra cosa. Fui con él y le ayudé a cavar. Me parece que encontró un viejo tanque enterrado en el bosque.

—Towser no iba a preocuparse por un tanque —protestó Hiram—. No le importa otra cosa que no sea alguna marmota o conejo.

—Cavaba con insistencia y parecía estar muy excitado —añadió Beasly.

—Quizás alguna marmota tuviese su madriguera bajo ese viejo tanque o lo que sea.

—Tal vez —aceptó Beasly, y siguió trasteando con la radio.

Hiram colocó los huevos y el tocino en los platos, y los llevó a la mesa. Sirvió grandes tazas de café, y comenzó a poner mantequilla en las tostadas.

—Adelante —le dijo a Beasly.

—Te doy las gracias por aceptar que me quede. No permaneceré más tiempo que el que me lleve encontrar un nuevo empleo.

—Bien, todavía no he dicho que...

—Hay momentos en que me pongo a pensar en que no tengo ningún amigo, y entonces recuerdo a tu mamá, y lo buena que era conmigo, y...

—Oh, de acuerdo —dijo Hiram.

Sabía cuándo le habían derrotado.

Llevó las tostadas y un tarro de mermelada a la mesa y se sentó, comenzando a comer.

—Quizá pueda ayudarte en algo —sugirió Beasly, al tiempo que se limpiaba el huevo de su barbilla con el dorso de la mano.

—Tengo una carga de muebles en la entrada. Necesito a alguien que me ayude a bajarla al sótano.

—Me encantará hacerlo —dijo Beasly—. Soy fuerte y bueno para el trabajo. Me gusta trabajar. Lo que no soporto es que la gente me grite.

Acabaron el desayuno, y llevaron los muebles al sótano. Tuvieron problemas con algunos, pues eran difíciles de manejar.

Cuando finalmente los tuvieron abajo, Hiram se irguió y miró el último de los muebles. Quienquiera que fuese, se dijo a sí mismo, el que hubiera tapado con pintura aquella maravillosa madera de cerezo, no estaba bien de la cabeza.

Le dijo a Beasly:

—Tendremos que sacar la pintura de este mueble. Y lo tendremos que hacer con cuidado. Usaremos un disolvente y una espátula envuelta con un trapo, para irlo despegando a tiras. ¿Te gustaría probarlo?

—Seguro que sí. Oye, Hiram, ¿qué vamos a comer?

—No sé —dijo Hiram—. Ya prepararemos algo. No me irás a decir que ya tienes apetito.

—Bueno, ha sido duro bajar todas esas cosas aquí.

—Hay galletas en el pote del armario de la cocina —dijo Hiram—. Coge las que quieras.

Cuando Beasly subió, Hiram recorrió lentamente el sótano. Vio que el techo seguía tal cual. Ninguna otra cosa parecía haber variado.

Quizá lo del aparato de televisión, la cocina y la radio, pensó, fuera su forma de pagarle la renta. Y, si era eso, se dijo a sí mismo, fuera quien fuese, estaba muy contento de que siguiera allí.

Miró un poco más a su alrededor, y no pudo hallar nada inusitado.

Subió y llamó a Beasly, que seguía en la cocina.

—Ven al garaje. Tengo allí las pinturas. Buscaremos algo de disolvente y te enseñaré cómo se hace.

Beasly, con un buen suministro de galletas en la mano, trotó alegremente tras él.

Mientras daban la vuelta a la esquina de la casa, podían oír el apagado ladrar de Towser.

Tres días, pensó, ¿o eran cuatro?

—Si no hacemos algo, ese perro estúpido va a morir de agotamiento.

Fue al garaje y salió con dos palas y un pico.

—Vamos —le dijo a Beasly—, debemos acabar con esto, si es que queremos tener algo de paz.

Towser había hecho un buen trabajo de excavación. Estaba casi fuera de la vista. Sólo el extremo de su muy sucio rabo aparecía por el exterior del agujero que había arañado en la tierra del bosque.

Beasly tenía razón acerca de que era una cosa parecida a un tanque. Un extremo del mismo aparecía ya por un lado del agujero.

Towser salió del orificio y se sentó cansadamente, con los bigotes chorreando arcilla y la lengua colgando al costado de su boca.

—Dice que ya era hora de que apareciéramos —explicó Beasly.

Hiram se acercó al agujero y se arrodilló. Extendió la mano para sacudir el polvo del extremo descubierto de lo que Beasly decía que era un tanque. La arcilla era testaruda y costaba despegarla, pero por el tacto de la cosa, parecía estar hecha de un metal resistente.

Hiram tomó una pala y golpeó con ella el tanque. Éste emitió un sonido.

Comenzaron a trabajar, sacando con palas la tierra que cubría el objeto. Era un trabajo duro, la cosa era mayor de lo que habían calculado, y les llevó bastante tiempo dejarla medianamente al descubierto.

—Tengo hambre —se quejó Beasly.

Hiram miró su reloj. Era casi la una.

—Vuelve a la casa —le dijo a Beasly—. Encontrarás algo en la nevera, y puedes beber leche.

—¿Y tú, Hiram? ¿Nunca tienes apetito?

—Me puedes traer un bocadillo y a ver si encuentras un trapo.

—¿Para qué quieres un trapo?

—Quiero sacarle el polvo a esa cosa y ver lo que es.

Se acuclilló junto al objeto que habían desenterrado, y contempló como Beasly desaparecía entre los árboles.

—Towser, éste es el bicho más extraño que jamás hayas cazado —bromeó Hiram.

Se dijo que era mejor bromear acerca del asunto..., aunque tan sólo fuera para mantener alejado el miedo.

Beasly no tenía miedo. Beasly no tenía el bastante sentido común como para tener miedo de aquello.

Tres metros y medio de ancho por seis de largo, y forma ovalada. Del tamaño de una buena sala de estar. Y jamás había habido un tanque de aquella forma o tamaño en todo Willow Bend.

Con una navaja de bolsillo comenzó a raspar la tierra en un punto de la superficie de la cosa. Logró limpiar un par de centímetros cuadrados, y el metal que había debajo no se parecía a ningún otro que hubiera visto jamás. A lo que más se parecía era al cristal.

Siguió rascando la tierra hasta que tuvo limpio un trozo tan grande como la palma de una mano.

No era metal. Casi podía jurarlo. Parecía opalina similar a la de las copas y jarros que siempre estaba buscando. Había mucha gente que la coleccionaba, y pagaban precios asombrosos por ello.

Cerró el cuchillo, lo volvió a meter en el bolsillo, y se acurrucó, mirando la forma ovalada que Towser había descubierto.

Y una convicción creció en él: fuera lo que fuese lo que había venido a vivir con él, indudablemente había llegado en aquel artilugio. Había llegado del espacio o del tiempo, pensó, y le asombró tener este pensamiento, pues nunca antes había pensado en nada así. Tomó su pala, y comenzó a cavar de nuevo, más hondo esta vez, siguiendo la curvatura de aquella cosa extraña que yacía dentro de la tierra.

Y, mientras cavaba, se preguntó a sí mismo qué iba a decir de aquello... ¿debía decir algo? Quizá lo más inteligente fuera cubrirlo de nuevo y no decir ni palabra a nadie.

Claro está que Beasly hablaría de ello. Pero nadie del pueblo prestaría atención a lo que dijese Beasly. Todo el mundo en Willow Bend sabía que Beasly estaba majareta.

Finalmente, Beasly regresó. Llevaba tres bocadillos hechos burdamente, envueltos en un viejo periódico, y una botella de litro casi llena de vino.

Y una convicción creció en él:

—Has tardado mucho tiempo —dijo Hiram, algo irritado.

—Me quedé para observar —explicó Beasly.

—¿Observar qué?

—Bueno, había tres grandes camiones, y descargaban gran cantidad de armatostes al sótano. Dos o tres armarios muy grandes, además de otras cosas. Y se llevaron el aparato de televisión de Abbie. Yo les dije que lo dejaran, pero no me hicieron caso.

—Lo olvidé —dijo Hiram—. Henry dijo que enviaría la computadora, y lo olvidé por completo.

Hiram se comió sus bocadillos, compartiéndolos con Towser, que se mostró muy agradecido, de una forma irritantemente embarrada.

Tras acabar, Hiram se alzó y tomó su pala.

—Vamos a trabajar —dijo.

—Pero tienes esas cosas en el sótano.

—Eso puede esperar —dijo Hiram—. Antes tenemos que acabar este trabajo.

Anocheía cuando terminaron.

Hiram se apoyó cansadamente en la pala.

Tres metros y medio por seis en su parte superior, y tres metros de grosor. Y todo ello hecho con ese cristal traslúcido que sonaba como una campana cuando se lo golpeaba con una pala.

Debían de ser muy pequeños, si eran varios, para vivir en un espacio de aquel tamaño, especialmente si tenían que permanecer allí durante mucho tiempo. Y eso concordaba, naturalmente, pues si no fueran pequeños no podrían estar ahora viviendo en el espacio entre las vigas del sótano, suponiendo que estuvieran viviendo allí. Si todo no era pura suposición.

Pensó que aunque hubieran estado viviendo en la casa, tal vez ya no estuvieran allí, ya que Towser los había oído, oído o notado de alguna manera por la mañana, pero al llegar la noche ya no les había prestado ninguna atención.

Se echó la pala sobre el hombro, y tomó el pico.

—Volvamos —dijo—. Hemos tenido un día muy accidentado.

Caminaron por entre los matorrales, y llegaron a la carretera. Las luciérnagas parpadeaban entre la oscuridad del bosque, y las luces de la calle oscilaban con la brisa del verano. Las estrellas eran nítidas y brillantes.

Quizás aún siguieran en la casa, pensó Hiram. Quizá cuando se dieron cuenta de que molestaban a Towser, habían arreglado las cosas para que ya no percibiese su presencia.

Probablemente se adaptaban con mucha facilidad, pues les había llevado poco tiempo adaptarse a una casa humana.

Él y Beasley fueron por el sendero de grava, en la oscuridad, a devolver las herramientas al garaje, y algo raro pasaba: no había garaje.

No había garaje, y no había parte delantera de la casa, y el sendero quedaba cortado abruptamente y no se veía nada más que la pared curvada de lo que aparentemente había sido la parte de atrás del garaje.

Llegaron a la pared curvada y se detuvieron, mirando incrédulos en la noche de verano.

No había garaje, ni porche, ni nada de la parte delantera de la casa. Era como si alguien hubiera tomado los extremos opuestos de la parte delantera de la casa, forzándolos juntos hasta que se tocasen, doblando toda la parte delantera del edificio dentro de la curvatura de las esquinas juntadas. Hiram tenía ahora una casa con un frontis curvado. Aunque realmente las cosas no eran así de simples, pues la curvatura no guardaba proporción con lo que realmente hubiera sucedido caso de haberse producido tal imposible. La curva era larga y grácil, y, de alguna manera, no del todo aparente. Como si la parte delantera de la casa hubiera sido eliminada y se hubiera creado una imagen ficticia del resto de la casa para enmascarar la desaparición.

Soltó el pico y la pala, que resonaron contra la grava del sendero. Se llevó la mano a la cara, y se frotó con ella los ojos, como para borrar de ellos algo que realmente no podía estar allí.

Pero cuando apartó la mano, nada había cambiado.

No había parte delantera de la casa.

Y entonces se halló corriendo alrededor de la misma, casi sin darse cuenta de que corría, y en su interior sentía miedo por lo que había sucedido a la casa.

Pero la parte de atrás estaba bien. Exactamente igual a como siempre había sido.

Llegó a la puerta de atrás con Beasley y Towser pegados a sus talones. Abrió la puerta de un empujón y entró corriendo. Subió la escalera a la carrera para meterse en la cocina, y la cruzó en tres zancadas para ver la parte delantera de la casa.

Se detuvo en la puerta entre la cocina y la sala de estar, y sus manos se agarraron

al marco de la misma mientras contemplaba incrédulo las ventanas de la sala de estar.

Fuera era de noche. De eso no cabía duda. Había visto luciérnagas parpadeando entre los matorrales, las luces de la calle encendidas y las estrellas en el cielo.

Pero un torrente de luz solar entraba por las ventanas de la sala de estar, y a través de las mismas se veía un paisaje que no era el de Willow Bend.

—Observa la parte delantera, Beasly.

Beasly miró.

—¿Qué lugar es éste? —preguntó.

—Es lo que me gustaría saber.

Towser había encontrado su plato, y lo estaba arrastrando por el suelo de la cocina con su nariz, como para decirle a Hiram que ya era hora de comer. Hiram cruzó la sala de estar y abrió la puerta delantera. Vio que el garaje estaba allí. La camioneta estaba con el morro en la abierta puerta del garaje, y dentro se veía el coche.

No había nada anormal en la parte delantera de la casa.

Pero aunque la parte delantera estaba bien, no se podía decir lo mismo del resto.

Pues el sendero quedaba cortado a pocos pasos detrás de la parte trasera de la camioneta; no había ni patio ni bosques ni camino, sólo un desierto..., un desierto llano que se extendía hasta el horizonte, tan liso como un pavimento, con montones de piedras, algunos matorrales y cubierto por arena y guijarros. Un enorme sol cegador caía sobre un horizonte que parecía estar demasiado lejos y, cosa extraña, el sol estaba en el norte, donde ningún sol que se respetase podía estar. Además, tenía un peculiar color blanco.

Beasly salió al porche. Hiram le vio estremecerse como un perro asustado.

—Será mejor que vayas a preparar algo de cena —le dijo amablemente Hiram.

—Pero, Hiram...

—Todo va bien —replicó Hiram—. Todo irá bien.

—Si lo dices...

Entró, y la mosquitera se cerró de golpe tras él, y al cabo de un minuto Hiram le oyó trastear por la cocina.

No podía culpar a Beasly por estar temblando, admitió para sí. Resultaba aterrador atravesar la puerta delantera de la casa de uno y hallarse en un territorio desconocido. Uno podía llegar a acostumbrarse a ello, pero necesitaba algún tiempo.

Bajó del porche, caminó alrededor de la camioneta y giró en la esquina del garaje, y cuando la dobló estaba medio preparado a hallarse de regreso a su familiar Willow Bend..., pues cuando había entrado por la puerta trasera el pueblo estaba allí.

No había ningún Willow Bend. Había más desierto, mucho más desierto.

Y no había parte trasera. La parte trasera de la casa era ahora igual que antes la delantera: la misma curva suave uniendo las esquinas de la casa.

Rodeó la casa hasta llegar de nuevo a la parte delantera, y sólo se veía desierto. La parte delantera seguía igual. No había cambiado. La camioneta estaba allí, en el sendero cortado, y el garaje estaba abierto con el coche dentro.

Hiram caminó por aquel desierto, se inclinó, y pudo comprobar que los guijarros eran simplemente guijarros.

Se acuclilló y dejó caer los guijarros por entre los dedos.

En Willow Bend había una puerta trasera y no había parte frontal de la casa. Aquí, estuviera donde estuviese, había parte delantera, pero no existía parte trasera de la casa.

Se levantó, lanzó el resto de los guijarros, y se limpió las polvorientas manos en los pantalones.

Captó con el rabillo del ojo un movimiento en el porche. Estaban allí.

Observó que una hilera de animalillos avanzaba escalera abajo, uno tras otro. Tenían unos diez centímetros de alto, e iban a cuatro patas, aunque resultaba claro que sus patas delanteras eran en realidad manos y no pies. Tenían rostro de rata, y se podía observar algo humano, con nariz larga y puntiaguda. Su piel debía de ser escamosa pues sus cuerpos destellaban al caminar. Y todos tenían colas que se parecían mucho a las colas de alambre enrollado que tienen algunos juguetes: se alzaban enhiestas tras ellos, vibrando mientras caminaban.

Descendieron los escalones en fila india, en formación militar, guardando unos quince centímetros de distancia entre sí.

Luego se adentraron en el desierto, en línea recta y sin desviarse, como si supieran exactamente a donde iban. Tenían un aire serio aunque parecían no tener prisa.

Hiram contó dieciséis, y observó cómo se adentraban en el desierto hasta que casi se perdieron de vista.

Ahí van los que vinieron a vivir conmigo, pensó. Son los que han hecho ese techo, reparado la televisión de Abbie y compuesto la cocina y la radio. Y casi seguro que son también los que llegaron a la Tierra en aquel extraño artilugio de cristal traslúcido que hay en el bosque. Y, si habían llegado a la Tierra en aquel artefacto del bosque, ¿qué clase de lugar era éste?

Subió al porche, abrió la mosquitera, y vio el limpio círculo de quince centímetros que sus huéspedes habían realizado en la tela para salir de la casa. Tomó nota mental de que algún día, cuando tuviera tiempo, tendría que arreglado.

Entró, y cerró la puerta tras él.

—¡Beasly! —gritó.

No hubo respuesta.

Towser se arrastró debajo de un sillón y se excusó.

—No te preocupes, muchacho —le dijo Hiram—. Esa gente también me asustó a mí.

Entró en la cocina. La débil bombilla del techo iluminaba la cafetera derribada, la taza rota en medio del suelo, el bol de huevos caído de lado. Un huevo roto mostraba su mancha blanca y amarilla.

Fue hacia atrás, y vio que la mosquitera de la puerta estaba rota sin posibilidad de

arreglo. Su herrumbrosa tela estaba deshecha... aunque quizás hubiera sido mejor decir que había estallado, y una parte del marco estaba hecho astillas.

Hiram lo contempló con asombrada admiración.

—El pobre tonto —dijo—. La atravesó sin molestarse en abrirla.

Encendió la luz y bajó al sótano. A mitad de la escalera se detuvo, totalmente anonadado.

A su izquierda había una pared..., una pared del mismo tipo de material que habían utilizado para hacer aquel techo.

Se detuvo y vio que la pared se extendía a lo largo del sótano, desde el techo hasta el suelo, cerrando el área de trabajo.

¿Y qué había dentro del taller?

Por una parte, recordó, el computador que Henry había mandado aquella misma mañana. Tres camiones, había dicho Beasly..., camiones de equipo que le habían sido entregados directamente.

Hiram se sentó sin fuerzas en los escalones.

¡Debieron de pensar que estaba cooperando! Quizá se figuraron que sabía lo que buscaban y que les estaba ayudando. O tal vez pensasen que les pagaba por arreglar el aparato de televisión, la cocina y la radio.

¿Por qué habían reparado la televisión, la cocina y la radio? ¿Como una especie de pago por el alquiler? ¿Como un gesto amistoso? ¿Como una especie de entrenamiento para averiguar lo que podían hacer con la tecnología de aquel mundo? ¿Para averiguar cómo podía ser adaptada su tecnología a los materiales y condiciones de aquel planeta que habían hallado?

Hiram alzó una mano y golpeó con los nudillos la pared situada junto a la escalera, y la lisa y blanca superficie emitió un sonido.

Apoyó la oreja junto a la pared, escuchó atentamente, y le pareció que podía oír un débil zumbido. Sin embargo, era tan débil que no podía estar seguro.

La podadora de césped del banquero Stevens estaba allí detrás, tras la pared, y muchas otras cosas que esperaban ser reparadas. Le iban a arrancar la piel a tiras, pensó, especialmente el banquero Stevens. Stevens era un hombre duro.

Beasly debía de haber medio enloquecido por el terror, pensó. Cuando había visto aquellas cosas subiendo del sótano y acercándose, debía de haber perdido la cabeza. Había atravesado la puerta sin preocuparse de abrirla, y ahora estaría en el pueblo, hablando con cualquiera que se detuviera a escucharle.

Habitualmente, nadie le prestaba mucha atención a Beasly, pero si hablaba lo bastante y con la suficiente excitación, probablemente tratarían de comprobar lo que decía. Llegarían aquí en masa, y examinarían la casa, y se quedarían con los ojos desorbitados al ver lo que había en la parte delantera, y pronto alguno de ellos encontraría una forma para controlar la situación.

Sin embargo aquello no era asunto de nadie, se dijo a sí mismo testarudamente. Había un considerable terreno en la parte delantera de su casa, y la única forma en

que cualquiera podía llegar a ellos era a través de la misma. Dado el caso, se podía pensar que toda aquella tierra era suya. Quizá no sirviese para nada. Tal vez no hubiera nada allí. Sin embargo, antes de que otros le tomasen la delantera, sería mejor comprobarlo.

Enfiló la escalera, y salió al garaje.

El sol seguía sobre el horizonte, al norte. Nada se movía.

Halló un martillo, algunos clavos y algunas maderas en el garaje, y se las llevó a la casa.

Towser había aprovechado la situación durmiendo en el sillón tapizado de dorado.

Hiram no le molestó. Cerró la puerta trasera, y clavó algunos maderos atravesándola. También cerró las ventanas de la cocina y la alcoba clavando otras maderas. Pensó que ello frenaría durante un tiempo a la gente del pueblo cuando llegasen para ver lo que pasaba.

De un armario sacó su rifle para cazar ciervos, una caja de munición, unos prismáticos y una vieja cantimplora. Llenó esta última en el grifo de la cocina, metió en un zurrón algo de comida para Towser y para él, para la travesía, pues no había tiempo para detenerse a comer.

En la sala de estar hizo saltar a Towser del sillón tapizado.

—Vamos, Towser —dijo—. Tenemos que ver cómo está el panorama.

Comprobó el depósito de gasolina de la camioneta, y vio que estaba casi lleno. Entraron en la cabina. Colocó el rifle al alcance de su mano. Dio marcha atrás, giró la camioneta, y se dirigió hacia el norte, por el desierto.

Era fácil viajar por aquel desierto. Era llano como un pavimento. Las pequeñas ondulaciones no eran peores que muchos de los caminos vecinales que recorría cuando buscaba antigüedades.

El paisaje seguía invariable. Aquí y allí se veían colinas bajas, pero el desierto en sí seguía siendo muy llano, extendiéndose hasta aquel lejano horizonte. Hiram siguió conduciendo hacia el norte, directamente hacia el sol. Encontró algunas extensiones arenosas, pero la arena era dura y firme, sin problemas.

Media hora más tarde alcanzó la hilera de los dieciséis animalillos que habían salido de su casa. Seguían caminando en línea, con paso acompasado.

Reduciendo la velocidad de la camioneta, Hiram viajó paralelo a ellos durante un tiempo, pero ello carecía de aliciente. Seguían su camino, sin mirar a un lado ni a otro.

Hiram los dejó a sus espaldas.

El sol seguía en el norte, sin moverse, y aquello era realmente extraño. Quizás aquel mundo se movía alrededor de su eje mucho más despacio que la Tierra, y el día era más largo. Por la forma en que parecía estar quieto, se diría que era mucho más largo.

Frente al volante y mirando la ilimitada extensión del desierto, notó por primera vez todo el impacto de su extrañeza.

No le cabía la menor duda de que aquél era otro mundo, otro planeta que orbitaba alrededor de otra estrella, y nadie en la Tierra tenía la menor idea de dónde pudiera hallarse en el espacio. Y debido a alguna maquinación de aquellos dieciséis animalillos que caminaban en línea recta, se encontraba también frente a su casa.

Ante él se alzaba una colina algo más alta. Mientras se acercaba, divisó una hilera de objetos brillantes colocados en su cima. Al poco rato, detuvo el camión y salió con los prismáticos.

A través de los mismos vio que los objetos brillantes eran el mismo tipo de aparatos de cristal traslúcido que había encontrado en el bosque. Contó ocho, brillando al sol, colocados sobre algún tipo de receptáculos de roca gris. Y también había otros receptáculos vacíos.

Apartó los prismáticos de los ojos, y se quedó un instante pensativo, considerando si debía subir a la colina e investigar aquello de cerca. Pero agitó la cabeza. Habría tiempo para aquello más tarde. Lo mejor sería seguir moviéndose. Aquélla no era una verdadera expedición de exploración, sino un reconocimiento rápido.

Subió a la camioneta y siguió adelante, vigilando el indicador de la gasolina. Cuando se acercase a la mitad, tendría que dar la vuelta y regresar a casa.

Ante él vio una tonalidad blancuzca sobre la nebulosa línea del horizonte, y la contempló fijamente. A veces se desvanecía y luego aparecía de nuevo. Estaba tan lejos que no podía distinguirla con precisión.

Miró el indicador de gasolina, y vio que se acercaba a la señal de medio depósito. Detuvo la camioneta y bajó con los prismáticos.

Se sintió asombrado por lo lentas y cansadas que parecían estar sus piernas. Debería haber estado en la cama hacía ya muchas horas. Miró el reloj y vio que eran las dos, lo cual significaba que allá en la Tierra eran las dos de la madrugada. Llevaba despierto más de veinte horas, y gran parte de este tiempo lo había dedicado al agotador trabajo de desenterrar aquella cosa extraña en el bosque. Alzó los prismáticos, y la imprecisa línea blancuzca resultó ser una cordillera. La azulada y escarpada masa se alzaba con el brillo de la nieve en sus picos y desfiladeros. Estaba muy lejos, pues hasta los poderosos prismáticos no le mostraban nada más que una nebulosa masa azul.

Apartó los prismáticos de la montaña y examinó el desierto que se extendía ante él. Seguía igual a lo que había estado atravesando: igual de llano que un pavimento, con los mismos montones de piedras e idéntica vegetación raquítica.

¡Y una casa!

Sus manos temblaron mientras bajaba los prismáticos, y luego se los llevaba de nuevo a los ojos para echar otra ojeada. Desde luego, era una casa. Una casa de raro aspecto que se alzaba al pie de una de las colinas, y que estaba oscurecida por esa colina de tal forma que uno no podía divisarla a simple vista.

Parecía ser una casa pequeña. Su techo era como un cono truncado y se aplastaba contra el suelo, como si deseara hundirse en él. Había una abertura ovalada, que

seguramente era una puerta, pero no había ni señal de ventanas.

Bajó de nuevo los prismáticos y miró la colina. Debía de estar a seis o siete kilómetros, pensó. La gasolina bastaría para ir hasta allí y, aunque se le acabase antes de regresar, podía caminar los últimos kilómetros hasta llegar a Willow Bend.

Era extraño que hubiera una casa solitaria allí, pensó. En todos los kilómetros que había recorrido en el desierto no había visto otro signo de vida que los dieciséis animalillos parecidos a ratas que caminaban en fila india, y ningún signo de construcción artificial que no fueran los ocho aparatos de cristal traslúcido que se hallaban sobre sus receptáculos.

Subió al camión, y lo puso en marcha. Diez minutos más tarde se detenía frente a la casa, que seguía bajo la sombra de la colina.

Salió de la camioneta y tomó su rifle. Towser saltó al suelo y se quedó con el lomo erguido y un gruñido que le salía de lo más profundo de su garganta.

—¿Qué sucede? —preguntó Hiram.

Towser gruñó de nuevo.

La casa se alzaba silenciosa. Parecía estar desierta.

Hiram vio que las paredes estaban construidas de unos ladrillos burdos y mal hechos, y además mal colocados, unidos por una sustancia parecida al barro que hacía de mortero. Originalmente, el techo había sido de césped, y esto era raro, pues no había nada que se pareciese al césped en aquella extensión desierta. Pero ahora, aunque uno podía ver las líneas donde el césped había sido colocado, no quedaba más que la tierra de debajo, reseca por el sol del desierto.

La casa en sí no tenía ningún rasgo determinante, y estaba totalmente desprovista de ornamentación, sin ningún intento de suavizar la seca utilidad que tenía como simple refugio. Era el tipo de casa que un pueblo de pastores hubiera construido. Tenía el aspecto de ser muy antigua; los muros se habían agrietado y semidesmoronado con el paso del tiempo.

Con el rifle bajo el brazo, Hiram caminó hacia ella. Llegó a la puerta y miró a su interior. Sólo había oscuridad y ningún movimiento.

Miró hacia atrás y buscó a Towser. Vio que el perro se había metido bajo la camioneta, desde donde estaba atisbando y gruñendo.

—Quédate aquí —le dijo Hiram—. No te escapes.

Con el rifle frente a él, Hiram entró por la puerta. Se quedó quieto durante un largo momento, hasta que sus ojos se acostumbraron a la oscuridad.

Por fin pudo entrever la habitación en la que se hallaba. Era simple y tosca, con un burdo banco de piedra que se extendía a lo largo de una pared, y unos extraños nichos nada funcionales excavados en la otra. En un rincón se veía un desvencijado mueble de madera, para el que Hiram no pudo encontrar ninguna utilidad.

Un viejo y desierto lugar, abandonado hacía mucho. Quizás un pueblo de pastores hubiera vivido allí en alguna edad muy lejana, cuando el desierto había sido una llanura fértil y llena de pastos.

Había una puerta que llevaba a otra habitación. Mientras la atravesaba pudo oír un lejano y débil sonido retumbante; y otra cosa: ¡ruido de la lluvia! Por la puerta abierta que daba a la parte de atrás le llegó un aroma de brisa marina, y se quedó allí helado en el centro de esa segunda habitación.

¡Otra!

¡Otra casa que llevaba a otro mundo!

Avanzó lentamente, atraído hacia la puerta de salida, y salió a un nuboso y oscuro día con la lluvia cayendo a cascadas de unas nubes que corrían locamente. A un kilómetro de distancia, más allá de un campo de rocas color gris acero, se extendía un alborotado mar que se abalanzaba airado contra la costa, lanzando grandes nubes de irritada espuma a lo alto de los cielos.

Salió por la puerta y miró hacia el cielo, y las gotas de lluvia cayeron a su rostro con cortante furia. Se notaba una humedad y frío en el aire, y el lugar parecía encantado... Era como un mundo arrancado de algún viejo cuento fantástico de espíritus y enanos.

Miró a su alrededor, y no pudo ver nada más, pues la lluvia ocultaba el mundo que se hallaba más allá de aquella extensión de costa. Pero tras la lluvia podía notar, o le pareció notar, una presencia que le hizo venir escalofríos. Tragando saliva, asustado, Hiram dio la vuelta y entró de nuevo, tambaleante, por la puerta que daba a la casa.

Si a un mundo de distancia del suyo ya era suficiente, a dos mundos de distancia era más de lo que uno podía soportar. Tembló ante aquella situación de soledad. Repentinamente aquella casa abandonada desde hacía tanto le resultó insoportable. Salió corriendo de ella.

Fuera, el sol brillaba, y notó un agradable calor. Tenía las ropas húmedas por la lluvia, y en el cañón de su rifle se habían formado gotitas de humedad.

Miró a su alrededor buscando a Towser. No lo vio por parte alguna. No estaba bajo la camioneta. Había desaparecido.

Hiram lo llamó. No hubo respuesta. Su voz sonaba solitaria y vacía en el silencio de aquel desierto.

Caminó alrededor de la casa, buscando al perro. No había puerta trasera en la casa. Las paredes de los lados de la casa se cerraban sobre sí mismas con aquella extraña curvatura. Y no mostraban parte trasera alguna.

Pero Hiram no estaba interesado en ello; ya se lo había imaginado. Ahora estaba buscando a su perro. Notó como el pánico crecía en él. En cierto modo, se sentía infinitamente lejos de casa.

Tres horas buscando. Towser no estaba en la casa. Fue de nuevo al otro mundo, y buscó entre las escarpadas rocas, y Towser tampoco estaba allí. Regresó al desierto y caminó alrededor de la colina, y luego subió a la cima de la misma y usó los prismáticos, y no había nada más que el extenso desierto.

Muerto de cansancio, tambaleándose, casi dormido aún de pie, regresó a la

camioneta.

Se apoyó en ella y pensó que seguir así sería un esfuerzo inútil. Tenía que dormir algo. Tenía que regresar a Willow Bend y llenar el depósito, y conseguir algo de gasolina extra para poder llegar más lejos en su búsqueda de Towser.

Se resistía a dejar al perro allí... eso era inimaginable. Pero tenía que planear, y actuar de una forma inteligente. No le haría ningún bien a Towser con seguir vagando en su estado actual.

Entró en la camioneta y regresó a Willow Bend, siguiendo las débiles marcas que sus neumáticos habían dejado en los lugares arenosos, luchando contra un cansancio mortal que trataba de cerrarle los ojos.

Cuando pasó junto a la colina en la que estaban los artefactos de cristal, se detuvo a caminar un poco, para no quedarse dormido tras el volante, y ahora vio que sólo había siete de aquellas cosas en sus receptáculos. Pero aquello no significaba nada para él en aquel momento. Lo único que le importaba era resistir a la fatiga que estaba cayendo sobre él, agarrarse al volante y soportar los kilómetros para volver a Willow Bend, dormir un poco, y regresar de nuevo a buscar a Towser.

Cuando había recorrido algo más de la mitad del camino de vuelta, vio el otro coche. Lo contempló con anonadado asombro, pues la camioneta que él llevaba y el coche que estaba en su garaje eran los dos únicos vehículos a este lado de la casa.

Detuvo la camioneta, y salió de ella.

El coche se acercó, y Henry Horton, Beasly y un hombre que llevaba una estrella saltaron rápidamente de él.

—¡Gracias a Dios que te hemos encontrado, muchacho! —gritó Henry, acercándose a él.

—No estaba perdido —protestó Hiram—. Ya regresaba.

—Está desfallecido —dijo el hombre que llevaba la estrella.

—Éste es el *sheriff* Hanson —dijo Henry—. Estábamos siguiendo tus huellas.

—He perdido a Towser —murmuró Hiram—. Tuve que volver. Buscad a Towser. Yo puedo regresar a casa solo.

Extendió la mano y se agarró al borde de la puerta de la camioneta para mantenerse en pie.

—Derribaron la puerta —le dijo a Henry—. Entraron violentamente en mi casa, y tomaron mi coche...

—Teníamos que hacerlo, Hiram. Temíamos que te hubiera sucedido algo. Lo que nos contó Beasly nos puso los pelos de punta.

—Será mejor que lo meta en el coche —dijo el *sheriff*—. Yo conduciré la camioneta.

—¡Pero tengo que buscar a Towser!

—No puede hacer nada hasta que haya descansado algo.

Henry le asió por el brazo y le llevó hacia el coche, y Beasly abrió la puerta de atrás.

—¿Tienes idea de dónde está este lugar? —le preguntó en tono confidencial Henry.

—No lo sé exactamente —murmuró Hiram—. Quizá sea otro...

Henry se echó a reír.

—Bueno, no importa. Sea lo que sea, nos ha dado importancia. Somos noticia, y los periódicos hablan de nosotros en las primeras páginas, y el pueblo está repleto de periodistas y cámaras, y están a punto de llegar personalidades políticas... Hiram, te aseguro que este asunto nos va a hacer famosos.

Hiram no oyó más. Estaba dormido antes de tocar el asiento.

Se despertó y se quedó silencioso, echado en la cama. Vio que las cortinas estaban corridas. La habitación era fresca y apacible.

Pensó que era bueno despertarse en una habitación que uno conocía, en una habitación que uno había conocido durante toda su vida, en la casa que había sido de su familia durante casi cien años.

Entonces recordó, y se sentó de un salto. Y oyó el murmullo insistente que llegaba del exterior.

Saltó de la cama y apartó una cortina. Mirando hacia afuera, vio el cordón policial que mantenía alejada a la multitud que llenaba su patio trasero y los otros patios traseros de más allá.

Soltó la cortina y comenzó a buscar sus zapatos, pues estaba totalmente vestido. Probablemente, Henry y Beasley lo habían dejado caer en la cama y le habían quitado los zapatos. Pero no podía recordar nada de ello. Debía de haber quedado dormido en el mismo momento en que Henry lo había introducido en el asiento trasero del coche.

Halló los zapatos en el suelo, a los pies de la cama, y se sentó para ponérselos.

Y reflexionaba sobre lo que debería hacer.

Conseguiría de alguna manera algo de gasolina para la camioneta, colocaría una o dos latas adicionales en la parte de atrás, conseguiría algo de comida y agua, y quizás llevaría un saco de dormir, pues no iba a regresar hasta que hallase a su perro.

Se colocó los zapatos y salió a la sala de estar. No había nadie allí, pero se oían voces en la cocina. Miró por la ventana, y el desierto seguía allá afuera, inalterable. Notó que el sol había subido algo más en el cielo, pero en su patio delantero aún seguía siendo por la mañana.

Miró su reloj, y eran las seis, y por la forma en que las sombras caían cuando había mirado por la ventana de la alcoba sabía que eran las seis de la tarde. Se dio cuenta, con una sensación de culpabilidad, de que había dormido casi doce horas. No pensaba dormir tanto. No deseaba dejar a Towser tanto tiempo allá afuera.

Entró en la cocina y se encontró a tres personas: Abbie, Henry Horton, y un hombre con uniforme militar.

—¡Por fin! —gritó alegremente Abbie—. Nos preguntábamos cuándo ibas a despertarte.

—¿Hay algo de café, Abbie?

—Sí, tengo una cafetera llena. Y te prepararé algo más.

—Unas simples tostadas —dijo Hiram—. No tengo mucho tiempo. Debo salir en busca de Towser.

—Hiram —dijo Henry—, te presento al coronel Ryan, de la Guardia Nacional. Tiene a sus chicos ahí afuera.

—Sí, los vi por la ventana.

—Fue necesario —dijo Henry—. Totalmente necesario. El *sheriff* no podía controlarlo. La gente llegó en masa, y hubiera desecho el lugar, así que llamé al gobernador.

—Siéntese, señor Taine —dijo el coronel—. Quiero hablar con usted.

—De acuerdo —dijo Hiram, tomando una silla—. Lamento tener tal prisa, pero perdí a mi perro ahí afuera.

—Este asunto es mucho más importante de lo que pueda serlo cualquier perro —dijo algo irritado el coronel.

—Bien, coronel, esto sólo demuestra que usted no conoce a Towser. Es el mejor perro que jamás he tenido, y eso que he tenido muchos. Lo crié desde que era un cachorrillo, y ha sido un buen amigo durante todos estos años.

—De acuerdo —dijo el coronel—. Es un amigo. Pero insisto en que debo hablar con usted.

—Siéntate y habla —dijo Abbie a Hiram—. Yo te prepararé unos pastelillos, y Henry traerá unas de esas salchichas de la granja.

Se abrió la puerta trasera, y Beasly entró tambaleante, acompañado de un estrépito metálico. Llevaba tres latas de gasolina de veinte litros vacías en una mano y dos en la otra, que entrechocaban y resonaban mientras se movía.

—¿Qué es lo que pasa ahí? —aulló Hiram.

—Tómatelo con calma —le dijo Henry—. No tienes ni idea de los problemas con que nos enfrentamos. Queríamos meter un tanque de gasolina grande, pero no pudimos. Tratamos de arrancar la parte trasera de la cocina para hacerlo pasar...

—¡Que hicieron ¿qué?!

—Tratamos de arrancar la parte trasera de la cocina —le dijo con calma Henry—. No se puede hacer pasar uno de esos grandes tanques a través de una puerta ordinaria. Pero cuando lo intentamos nos dimos cuenta de que toda la casa está revestida interiormente con el mismo tipo de material que utilizaste en el sótano. Se lo golpea con un hacha, y se embota el acero.

—Henry, ésta es mi casa, y nadie tiene derecho a comenzar a derribarla.

—Me gustaría saber, señor Taine —dijo el coronel—, qué clase de material es ése que no podemos perforar.

—Calma, Hiram —advirtió Henry—. Tenemos un gran mundo nuevo esperándonos ahí afuera...

—No le espera ni a usted ni a nadie —aulló Hiram.

—Y tenemos que explorarlo, y para explorarlo necesitamos una buena cantidad de gasolina. Así que, como no hemos podido hacer pasar un tanque grande, estamos llevando tantas latas como nos es posible, y luego haremos pasar una manguera y...

—Pero, Henry...

—Me gustaría que dejases de interrumpirme y pudiera explicarme —dijo severamente Henry—. No te puedes imaginar los problemas logísticos con que nos enfrentamos. Tenemos un cuello de botella del tamaño de una puerta normal. Tenemos que conseguir llevar suministros ahí afuera, y medios de transporte. Los coches y los camiones no nos irían mal. Podemos desmontarlos y hacerlos pasar pieza por pieza. Pero con un avión tendremos problemas.

—Escucha, Henry. Nadie va a hacer pasar un avión por aquí dentro. Esta casa ha sido propiedad de mi familia durante casi cien años, y es de mi propiedad, y tengo derechos sobre ella, y nadie puede entrar aquí como si fuera una propiedad pública y comenzar a pasar material por ella.

—Pero necesitamos mucho un avión. Se puede cubrir mucho más terreno con un avión —dijo quejumbrosamente Henry.

Beasley pasó resonando por la cocina con sus latas, y salió a la sala de estar.

El coronel suspiró.

—Había esperado, señor Taine, que comprendería cómo estaban las cosas. Para mí resulta muy claro que tiene usted el deber patriótico de cooperar con nosotros en este asunto. Naturalmente, el Gobierno podría ejercer sus derechos y expropiarle su inmueble, pero preferiríamos no tener que hacerlo. Naturalmente, hablo de una forma no oficial, pero creo poder decir que al Gobierno le gustaría más llegar a un arreglo amistoso.

—Lo dudo —dijo Hiram, marcándose un farol, pues no sabía nada del asunto—. Dudo que se pueda aplicar aquí el derecho de expropiación. Según tengo entendido, sólo es aplicable a grandes edificios y caminos...

—Éste es un camino —le dijo llanamente el coronel—. Un camino que lleva a través de su casa hasta otro mundo.

—En primer lugar —declaró Hiram—, el Gobierno tendrá que demostrar que es de interés público, y que la negativa del propietario a ceder su posición equivale a una interferencia del procedimiento gubernativo y...

—Creo que el Gobierno podrá probar que es en interés público —interrumpió el coronel.

—Creo que será mejor que me busque un abogado —dijo irritado Hiram.

—Si realmente lo deseas —se ofreció Henry, siempre dispuesto a ayudar—, y quieres conseguir uno bueno, como supongo que así es, me alegraría recomendarte una empresa que estoy seguro que representaría tus intereses de una forma muy adecuada y, al mismo tiempo, te cobraría unos honorarios muy razonables.

El coronel se puso en pie, hirviendo.

—Tendrá muchas cosas que responder, señor Taine. Habrá muchas cosas que el

Gobierno querrá saber. Antes que nada, querrán saber cómo ha logrado eso. ¿Está dispuesto a contarlo?

—No —dijo Hiram—. No creo que esté dispuesto.

Y pensó con cierta alarma: creen que soy el que hizo esto. Y caerán sobre mí como una manada de lobos, para tratar de averiguar cómo lo hice. Tuvo visiones del FBI, el Departamento de Estado, y el Pentágono, y, aun sentado, notó como las piernas no le sostenían.

El coronel giró sobre sus talones y se marchó muy tieso, saliendo de la cocina. Fue a la puerta de atrás, y la cerró de golpe tras él. Henry miró especulativamente a Hiram.

—¿Piensas en realidad oponerte a ellos? —preguntó.

—Estoy irritado —dijo Hiram—. No pueden venir y allanar mi casa sin siquiera pedirme permiso. No importa lo que pueda pensar nadie, pero ésta es mi casa. Nací aquí, he vivido aquí toda mi vida, me gusta el lugar, y...

—Sé cómo te sientes —dijo Henry.

—Aunque sea infantil por mi parte, te digo que no me molestaría tanto si mostrasen una cierta voluntad explicándome qué esperan hacer. Pero ni siquiera parecen dispuestos a preguntarme mi opinión al respecto. Y te aseguro, Henry, que las cosas son diferentes de lo que parecen. Éste no es un lugar en el que podamos entrar y apoderarnos de él, piense lo que piense Washington. Hay algo ahí afuera, y será mejor que midamos nuestros pasos...

—Mientras estaba sentado aquí, estaba pensando que tu actitud es muy razonable y que merece un apoyo —interrumpió Henry—. Se me ha ocurrido que demostraría muy poca buena voluntad si siguiera tan tranquilo y te dejase solo en la lucha. Podemos contratar a un buen grupo de abogados y luchar en este caso. Y, mientras tanto, podemos formar una compañía de explotación de terrenos, y así asegurarnos que este nuevo mundo tuyo sea utilizado correctamente.

»No cabe duda, Hiram, de que soy la persona adecuada para estar junto a ti, codo a codo, dado que ya somos socios en el asunto de la televisión.

—¿Qué televisión? —dijo con tono agudo Abbie, colocando un plato de pastelillos frente a Hiram.

—Sí, Abbie —dijo pacientemente Henry—, ya te he explicado que tu aparato de televisión está al otro lado de esa separación que hay en el sótano, y que no sabemos cuándo lo podremos sacar.

—Lo sé —dijo Abbie, trayendo una fuente llena de salchichas y sirviendo una taza de café.

Beasley llegó de la sala de estar y salió por la puerta de atrás.

—Después de todo —dijo Henry, aprovechando su posición de ventaja—, supongo que yo tengo algo que ver con esto. Dudo que pudieras haber hecho mucho sin el computador que te envié.

Hasta Henry pensaba que él era quien lo había hecho, pensó Hiram.

—Pero ¿no se lo explicó Beasly?

—Beasly dijo muchas cosas, pero ya sabes cómo es él.

Para la gente del pueblo, sería simplemente otra de las historias que Beasly se había imaginado. No había nadie que creyese lo que Beasly pudiera decir.

Hiram tomó la taza de café, ganando tiempo para pensar una respuesta, pero no había ninguna respuesta. Si decía la verdad, sonaría aún más increíble que cualquier mentira que contase.

—A mí puedes contármelo, Hiram. Después de todo, somos socios.

«Está tomándome por tonto. Henry cree que puede utilizar a cualquiera para sus propósitos», pensó Hiram.

—No me creerías aunque te lo contase, Henry.

—Bueno —dijo Henry resignadamente, poniéndose en pie—. Creo que eso puede esperar.

Beasly llegó tambaleándose y haciendo estrépito a través de la cocina, con otra carga de latas.

—Necesito algo de gasolina —dijo Hiram—. Es para ir a buscar a Towser.

—Me ocuparé de eso inmediatamente —prometió suavemente Henry—. Enviaré a Ernie con su coche-cuba, y haremos pasar una manguera por aquí dentro, y llenaremos estas latas. Y miraré si encuentro a alguien para que vaya contigo.

—Eso no es necesario. Puedo ir solo.

—Si tuviéramos un transmisor de radio, podrías mantenerte en contacto con nosotros.

—Pero no tenemos ninguno. Y, Henry, no puedo esperar. Towser está en algún lado de ahí afuera...

—Seguro. Sé lo mucho que lo quieres. Ve a buscarlo si crees que debes hacerlo, y yo mientras comenzaré con lo otro. Conseguiré algunos abogados, prepararemos los papeles para nuestra empresa de explotación...

—Oye, Hiram —dijo Abbie—, ¿querrás hacer algo por mí?

—Claro que sí —le dijo Hiram.

—¿Querrás hablar con Beasly? La forma en que está actuando no tiene sentido. No había necesidad alguna de abandonarnos. Quizá me mostrase algo dura con él, pero es tan simple de mente, que llega a ponerle a una furiosa. Se escapó, y pasó medio día con Towser en el bosque, y...

—Hablaré con él —dijo Hiram.

—Gracias. A ti te escuchará. Eres el único al que escucha, y me gustaría que hubieras podido arreglar mi aparato de televisión antes de que pasara todo esto. Estoy simplemente perdida sin él. Deja un hueco en la sala de estar. Hace juego con el resto del mobiliario, ¿sabes?

—Sí, lo sé —dijo Hiram.

—¿Vienes, Abbie? —preguntó Henry, de pie en la puerta.

Alzó la mano, en un saludo de despedida a Hiram.

—Te veré más tarde, Hiram. Lo arreglaré todo.

Regresó a la mesa, y se sentó pesadamente en una silla.

Se abrió la puerta delantera, y Beasly llegó jadeante, excitado.

—¡Towser está de regreso! —aulló—. ¡Ha vuelto, y trae a la marmota más grande que jamás se haya visto!

Hiram se puso en pie de un salto.

—¡Marmota! ¡Ése es un planeta extraño! ¡No tiene por qué haber marmotas!

—¡Ven y verás! —aulló Beasly.

Se volvió, y corrió de nuevo hacia atrás, con Hiram siguiéndole muy de cerca.

Ciertamente, era algo bastante parecido a una marmota..., una especie de marmota del tamaño de un hombre. Se parecía más a una marmota de un cuento infantil, pues caminaba sobre sus patas traseras y trataba de mantener un aspecto digno mientras seguía a Towser.

Towser iba a unos treinta metros detrás de ella, manteniendo una prudente distancia entre él y la gigantesca marmota. Tenía la postura de un buen perro pastor, caminando acurrucado, dispuesto a cortar cualquier intento de fuga.

La marmota llegó cerca de la casa y se detuvo. Entonces dio media vuelta, de forma que miró de nuevo al desierto, y se puso en posición de descanso.

Giró su gran cabeza para mirar a Beasly y a Hiram, y en sus límpidos ojos marrones, Hiram vio algo más que la mirada de un simple animal.

Caminó rápidamente, y tomó al perro en sus brazos, apretándolo muy fuerte contra él. Towser giró su cabeza y pasó una húmeda lengua por toda la cara de su amo.

Hiram se quedó con el perro en sus brazos y miró a la marmota de tamaño humano. Notó un gran descanso y tranquilidad. Pensó que todo iba bien ahora que Towser había regresado.

Entró en la casa y fue a la cocina.

Puso a Towser en el suelo, tomó un plato y lo llenó en el grifo. Lo puso en el suelo, y Towser lo lamió, sediento, echando agua por el suelo de linóleo.

—Tómalo con calma —le advirtió Hiram—. No abuses.

Buscó en la nevera y encontró algunos restos, que colocó en el plato de Towser.

Towser agitó su cola con canina alegría.

—Desde luego —dijo Hiram—, debería atarte después de escaparte de esta forma.

Beasly entró.

—Esa marmota se muestra amistosa —anunció—. Está esperando a alguien.

—Está bien —dijo Hiram, sin prestar atención.

Miró el reloj.

—Son las siete treinta —dijo—. Podemos escuchar las noticias. ¿Quiere ponerlas, Beasly?

—Seguro. Sé cómo hacerlo: buscar a ese tipo de Nueva York.

—Justamente —dijo Hiram.

Fue a la sala de estar, y miró por la ventana. La marmota de tamaño humano no se había movido. Estaba sentada de espaldas a la casa, mirando en la dirección por la que había venido.

«Esperando a alguien», había dicho Beasly. Y parecía como si así fuese. Aunque posiblemente todo eran imaginaciones de Beasly.

Y, si estaba esperando a alguien, ¿quién sería ese alguien?, se preguntó Hiram. ¿Qué sería ese alguien? Ciertamente, ya se había extendido la noticia de que había una puerta a otro mundo. Y, se preguntó, ¿cuántas puertas habían sido abiertas a lo largo de las eras? Henry había dicho que allí afuera había un enorme nuevo mundo que esperaba a los terrestres. Y eso no era todo. También era cierto lo contrario.

La voz del comentarista surgió potente a mitad de una frase:

—... finalmente se ha pasado a la acción. Radio Moscú dijo esta tarde que el delegado soviético hará mañana la petición en la ONU de que se internacionalice ese otro mundo, así como la puerta que da al mismo.

»Y de la puerta en sí, en la casa de un hombre llamado Hiram Taine, no se tienen más noticias. Se ha montado una zona de seguridad a su alrededor, y un cordón policial forma un sólido muro que la rodea, manteniendo apartada a la multitud. Los intentos de telefonar a la casa son bloqueados por una amable voz que dice que no se aceptan llamadas para ese número, y el mismo Hiram Taine no ha salido de la casa».

Hiram regresó a la cocina y se sentó.

—Está hablando de usted —dijo Beasly, con aire de importancia.

—Circula el rumor de que Hiram Taine, un tranquilo pueblerino que se dedica a hacer reparaciones y a negociar con antigüedades, un desconocido hasta ayer, ha regresado finalmente de un viaje hecho a este nuevo y desconocido mundo. Pero lo que encontró, si es que encontró algo, nadie puede decirlo. Ni tampoco existe ninguna información acerca de ese otro lugar, excepto el hecho de que es un desierto, y que, por el momento, parece desprovisto de vida.

»Ayer había crecido la excitación por el hallazgo de un extraño objeto en los bosques que se extienden al otro lado de la carretera que pasa junto a la casa, pero igualmente aquella área ha sido acordonada, y hasta este instante el coronel Ryan, que se halla al mando de las tropas, no ha querido decir qué era lo que se había encontrado.

»La persona misteriosa de toda esta situación es un tal Henry Horton, que parece ser la única persona sin cargo oficial que tiene entrada en la casa de Hiram Taine. Horton, que fue entrevistado a primera hora de hoy, no quiso decir mucho, pero logró sugerir que había una atmósfera de gran conspiración. Dejó entrever que él y Taine eran socios en alguna misteriosa empresa, y quedó colgando en el aire la impresión de que él y Taine habían colaborado para abrir el nuevo mundo.

»Debemos añadir que Horton posee una pequeña fábrica de computadoras, y se

sabe de buena fuente que acababa de suministrar a Taine una computadora, o bien algún tipo de máquina sobre la cual se mantiene un gran misterio. Una versión que circula es que ese aparato ha estado siendo elaborado durante seis o siete años.

»Para saber cómo sucedió esto, y qué sucedió en realidad, se deberá esperar a la investigación de un grupo de científicos que ha salido de Washington esta tarde, tras todo un día de conferencias en la Casa Blanca, a las que asistieron representantes militares, el departamento de estado, las agencias de seguridad y el grupo de armas especiales.

»En todo el mundo, el impacto de lo que sucedió ayer en Willow Bend puede ser comparado únicamente a la sensación creada hace casi veinte años por la noticia del lanzamiento de la primera bomba atómica. Entre muchos observadores existe la tendencia a creer que las implicaciones de lo sucedido en Willow Bend pueden tener más importancia que las relacionadas con Hiroshima.

»Como es natural, Washington insiste en que este asunto es únicamente de interés nacional, y en que piensa tratar el asunto como mejor convenga a los intereses del país.

»Sin embargo, en el extranjero existe una creciente insistencia de que no se trata de un asunto de política interna que concierne únicamente a un país, sino que necesariamente tiene que afectar a los intereses de todo el mundo.

»Existe un informe no confirmado acerca de que un informador de la ONU llegará de un momento a otro a Willow Bend. Francia, Gran Bretaña, Bolivia, México y la India han solicitado ya permiso de Washington para enviar observadores a la escena de los acontecimientos, e, indudablemente, otros países planean presentar peticiones similares.

»En estos momentos, el mundo se halla muy excitado, esperando noticias de Willow Bend y...

Hiram extendió la mano y apagó la radio.

—Parece ser que seremos invadidos por una manada de extranjeros —dijo Beasly.

Sí, quizá lleguen una manada de extranjeros, pero no exactamente los que pensaba Beasly, pensó Hiram. El uso de esa palabra, en lo que se refería a los seres humanos, había quedado anticuada. Ningún hombre de la Tierra podía ser llamado extranjero, cuando había formas de vida extrañas a la puerta..., literalmente a la puerta. ¿Quiénes eran las gentes de la casa de ladrillos? Quizá no fueran la forma de vida de un solo planeta, sino las extrañas formas de vida de muchos planetas. Pues él mismo había hallado la puerta a otro planeta más, y quizás hubiera muchas de esas puertas y, ¿cómo serían esos otros mundos? ¿Cuál era el propósito de esas puertas?

Alguien o algo había encontrado una forma para ir a otro planeta sin necesidad de recorrer los años luz de solitario espacio: una forma más simple y corta de viajar a través de los abismos del espacio. Y una vez abierto el camino, éste permanecía abierto. Y seguirlo era tan fácil como caminar de una habitación a otra.

Pero había una cosa ridícula que seguía preocupándole: el giro y el movimiento de los planetas conectados, de todos los planetas unidos, debía ser compensado de alguna manera. Uno no podía establecer uniones sólidas y reales entre dos objetos que se mueven independientemente el uno del otro.

Sin embargo, hace un par de días hubiera rebatido de una forma igualmente testaruda la totalidad de la idea como fantástica e imposible. Y, no obstante, se había llevado a cabo. Y, una vez realizado lo imposible, ¿qué hombre lógico podía decir, sinceramente, que no se podía llevar a cabo lo otro?

Sonó el timbre de la puerta, y se levantó para abrir. Era Ernie, el de la gasolinera.

—Henry me ha dicho que quería usted algo de gasolina, y he venido a decirle que no la podré tener hasta mañana.

—De acuerdo —le dijo Hiram—. No la necesito de inmediato.

Y, rápidamente, cerró de golpe la puerta.

Se apoyó en ella, reflexionando: «Tendré que enfrentarme con ellos en algún momento. No puedo tener la puerta cerrada a todo el mundo. En algún momento, más pronto o más tarde, la Tierra y yo tendremos que solucionar este asunto». Y aunque era estúpido pensar de esa manera, era lo único que podía hacer.

Tenía aquí algo que la Tierra pedía, algo que la Tierra deseaba o quería desear. Y, no obstante, en un análisis más profundo, resultaba que él era responsable. Había sucedido en su propiedad, en su casa; quizá sin que él lo deseara, pero había ayudado y colaborado a que sucediese.

La propiedad y la casa son mías, pensó orgulloso. Y el mundo de ahí afuera era una extensión de su patio delantero. Por muy grande que fuese, seguía siendo una extensión de su patio.

Hiram entró en la sala de estar. Beasley había salido de la cocina, y Towser estaba acurrucado durmiendo tranquilamente en el sillón.

Hiram decidió que lo iba a dejar allí. Después de todo, el perro se había ganado el derecho a dormir donde quisiera.

Se dirigió hacia la ventana. El desierto se extendía hasta el lejano horizonte, y allí, junto a la ventana, estaba sentada la marmota de tamaño humano. Beasley, junto a ella y de espaldas a la ventana, miraba el otro lado de aquel desierto.

En cierta forma, parecía natural que la marmota y Beasley estuvieran sentados allí juntos: a Hiram le pareció que ambos tenían mucho en común. Y aquello era un buen comienzo, el hecho de que un hombre y un alienígena estuviesen sentados juntos y amistosamente.

Trató de imaginarse la relación de aquellos mundos unidos, de los cuales ahora la Tierra formaba parte. Y las posibilidades inherentes al hecho desbordaron su imaginación.

¿Qué surgiría de un contacto entre la Tierra y esos otros mundos?

Pues el contacto ya había sido realizado, pero de una forma tan natural, tan poco dramática, que no había sido pensado como un gran e importante encuentro, pues

Beasley y la marmota de allí afuera estaban en contacto y, si todo seguía así, no había nada de lo que preocuparse.

Era consciente de que aquello había sido planeado y ejecutado con la pericia de una larga práctica. Del mismo modo que no era el primer mundo contactado, y tampoco sería el último.

Los pequeños animalillos parecidos a ratas habían atravesado el espacio. No podía imaginarse cuántos años luz de espacio habían tenido que recorrer, en el vehículo que había desenterrado en el bosque. Luego, lo habían enterrado, quizá como un niño que esconde un plato bajo un montón de arena. Y habían ido a su propia casa y montado el aparato que la había convertido en un túnel entre un mundo y otro. Y, una vez hecho esto, se había terminado para siempre la necesidad de cruzar el espacio. Sólo tenía que haber un cruce, y este cruce servía para unir ambos mundos.

Y, una vez realizado el trabajo, los pequeños seres parecidos a ratas se habían ido, pero no sin antes asegurarse de que aquella puerta podría enfrentarse a cualquier prueba. Habían tapizado el interior de las paredes de la casa con un material que resistía un hacha y que, indudablemente, podía resistir mucho más que una simple hacha. Y habían marchado en formación hacia la colina donde otras ocho máquinas espaciales se hallaban en sus receptáculos. Y ahora sólo había siete en la colina, y los animalillos parecidos a ratas se habían ido, y tal vez más adelante aterrizarían en otro planeta, y otro portal quedaría abierto para unir otro planeta.

Más importante que la unión de simples mundos era la unión de los pueblos de cada mundo.

Miró a su alrededor por la habitación, y ésta era exactamente igual a como la recordaba: con todos los cambios del exterior, con todo lo que estaba pasando afuera, la habitación seguía inalterada.

Ésta es la realidad, pensó Hiram. Ésta es toda la realidad que importa. Pase lo que pase, aquí es donde estoy: en esta habitación con su hogar ennegrecido por muchos fuegos de invierno, con las estanterías llenas de los viejos y ajados libros, la mecedora, la antigua alfombra desgastada por pies amados y no olvidados a lo largo de muchos años.

Y sabía también que éste era el momento de calma que precede a la tormenta.

En poco tiempo comenzarían a llegar las personalidades: los equipos de científicos, los funcionarios del Gobierno, los militares, los observadores de otros países, los funcionarios de la ONU. Y, contra todos éstos, se daba cuenta de que se encontraría inerte y sin fuerzas. Por mucho que dijera o pensara un hombre, no podía enfrentarse a todos ellos.

Aquél era el último día que permanecería allí. Aquella casa, después de casi cien años, tendría otro destino.

Y, por primera vez en todos aquellos años, nadie de su familia dormiría bajo aquel techo.

Se quedó mirando el hogar y las estanterías de libros. Sintió los viejos y pálidos fantasmas caminando por la habitación, y alzó una mano dubitativa como para hacer un saludo de adiós, no sólo a los fantasmas, sino también a la habitación. Pero, antes de lograrla alzar, la dejó caer al costado. ¿De qué serviría?

Salió al porche, y se sentó en los escalones. Beasly lo oyó, y se dio la vuelta.

—Es un buen chico —dijo a Hiram, dando palmadas en la espalda a la marmota—. Es como un enorme osito de felpa.

—Sí, lo veo —dijo Hiram.

—Y, lo mejor de todo, es que puedo hablar con él.

—Cierto —dijo Hiram, recordando que Beasly también podía hablar con Towser.

Se preguntó cómo sería vivir en el mundo simple de Beasly. Decidió que, a veces, debía de ser confortable.

Los animalillos parecidos a ratas habían llegado en la espacionave, pero ¿por qué habían ido a Willow Bend? ¿Por qué habían escogido su casa, la única de todo el pueblo en que podían haber hallado el equipo que necesitaban para montar tan fácil y rápidamente su aparato? Pues no existía duda de que habían utilizado las piezas de la computadora para obtener el equipo que necesitaban. Al menos en esto Henry había tenido razón. Pensando en ello, después de todo, Henry había intervenido en el asunto.

¿Podrían haber previsto que en aquella semana en especial, en aquella casa en especial, había muchas probabilidades de hacer rápida y fácilmente lo que habían venido a hacer?

¿Acaso eran clarividentes?

—Viene alguien —anunció Beasly.

—No veo nada.

—Ni yo —dijo Beasly—. Pero la marmota me ha dicho que los ve.

—¡Te lo ha dicho!

—Sí. Hemos estado hablando. También puedo verles.

Estaban muy lejos, pero se acercaban rápidamente: tres puntos que atravesaban rápidamente el desierto. Continuó sentado, contempló como se acercaban y pensó en ir a buscar el rifle, pero no se movió de donde estaba en los escalones. Se dijo a sí mismo que el rifle no serviría para nada. Sería estúpido ir a buscarlo; peor que esto: sería una actitud poco sensata. Lo mejor que podía hacer un hombre, pensó, era recibir a esos seres de otro mundo con las manos limpias y vacías.

Ahora que estaban más cerca le pareció que venían sentados en sillas sobre algo invisible y que viajaban muy deprisa.

Eran humanoides, al menos hasta cierto punto, y vio que sólo eran tres.

Se acercaron a toda prisa, y se detuvieron repentinamente a unos treinta metros de donde estaba sentado sobre los escalones.

No se movió ni dijo una palabra: no había nada que decir. Hubiera sido demasiado ridículo.

Quizás eran un poco más pequeños que él, tan negros como el carbón, y llevaban pantalones cortos muy ceñidos y unos chalecos que parecían algo grandes; todo el conjunto tenía el color azul del cielo de abril.

Pero eso no era todo.

Estaban sentados sobre sillas de montar, con cuernos en la parte delantera y estribos, y una especie de manta atada a la parte de atrás, pero sin caballos.

Las sillas flotaban en el aire, con los estribos a menos de un metro sobre el suelo, y los seres estaban sentados tranquilamente sobre las sillas y le miraban mientras él los miraba.

Finalmente se levantó y dio un paso o dos hacia delante y, al hacerlo, los tres bajaron de sus sillas y también se adelantaron, mientras las sillas colgaban en el aire, exactamente tal como las habían dejado.

Hiram se adelantó, y los tres se le acercaron, hasta que no estuvieron a más de un par de metros de distancia.

—Te están diciendo hola —dijo Beasly—. Te están diciendo bienvenido.

—Bueno, de acuerdo. Diles que... ¡Hey, ¿cómo sabes todo esto?!

—La marmota me lo cuenta, y yo te lo cuento a ti. Me puedes decir cosas, yo se las diré a ella, y ella se lo dirá a ellos. Así es. Para eso está ella aquí.

—Vaya, si yo... —dijo Hiram—. Así que realmente puedes hablar con ella.

—Ya te he dicho que podía —estalló Beasly—. También te dije que podía hablar con Towser, pero pensaste que estaba loco.

—¡Telepatía! —dijo Hiram.

Y ahora las cosas estaban peor. Los seres parecidos a ratas no sólo habían sabido todo lo demás, sino también las capacidades de Beasly.

—¿Qué dices, Hiram?

—No importa —dijo éste—. Dile a esa amiga suya que les transmita que me alegra conocerles, y que estoy a su disposición.

Se quedó algo inquieto, contemplando a los tres seres, y vio que sus chalecos tenían muchos bolsillos, y que los bolsillos estaban repletos, probablemente con sus equivalentes a tabaco y pañuelos, navajas y cosas similares.

—Dicen que quieren hacer un cambalache —tradujo Beasly.

—¿Cambalache?

—Claro, Hiram. Ya sabes, comerciar. —Beasly se echó a reír suavemente—. Imagínate exponiéndose a un comerciante yanqui. Eso es lo que Henry dice de ti. Dice que puedes despellejar a un hombre sin que...

—Dejemos a Henry fuera de esto —estalló Hiram—. No tenemos por qué meterlo en todo.

Se sentó en el suelo y los tres se sentaron frente a él.

—Pregúntales qué desean cambiar.

—Ideas —dijo Beasly.

—¡Ideas! Qué cosa más rara...

Y entonces vio que no lo era.

De todos los bienes que podían ser intercambiados por gente de distintos mundos, las ideas eran los más valiosos y los más fáciles de manejar. No ocupaban espacio, y no alteraban las economías, al menos no de inmediato, y contribuían de una forma mayor al bienestar de las culturas que cualquier intercambio de bienes materiales.

—Pregúntales qué quieren a cambio de la idea de esas sillas en las que iban —dijo Hiram.

—Preguntan qué puedes ofrecerles.

Y ése era el problema. Un problema difícil de contestar.

Automóviles y camiones, el motor de combustión interna. Bueno, probablemente no, porque ya tenían las sillas. Desde el punto de vista de aquella gente, la Tierra estaba atrasada en sistemas de transporte.

Arquitectura... No, ésta no era una buena idea, de todas maneras había la otra casa, así que ya conocían las casas.

¿Ropas? No, ya tenían ropas.

Pintura, pensó. Quizá la pintura sirviese.

—Mira si están interesados en la pintura —dijo Hiram a Beasly.

—Dicen que qué es eso. Explicáte, por favor.

—De acuerdo. Veamos. Es un producto protector que puede ser extendido sobre casi cualquier superficie, se almacena fácilmente, y se aplica también con facilidad. Protege contra el tiempo y la corrosión. Además, es decorativo. Se encuentra en todo tipo de colores, y es barato de producir.

—Se encogen de hombros mentalmente —le dijo Beasly—. Están poco interesados, pero te siguen escuchando. Sigue adelante y explícaselo.

Así es mejor, pensó Hiram.

Era el tipo de lenguaje que podía comprender.

Se arrellanó más firmemente en el suelo, y se inclinó hacia delante, pasando su vista por los tres inescrutables y oscuros rostros, tratando de imaginar lo que podían estar pensando.

No había forma de lograrlo. Eran los tres rostros más inexpresivos que jamás hubiera visto.

Todo ello le resultaba familiar. Le hacía sentirse en su elemento. Estaba muy a gusto.

Los tres que tenía frente a él eran, lo sabía de una forma subconsciente, los mejores oponentes en un cambalache con los que jamás se hubiera enfrentado. Y esto le hacía sentirse bien.

—Diles que no estoy muy seguro. Que quizá me haya precipitado. Después de todo, la pintura es una idea demasiado valiosa.

—Dicen que, como favor personal, y no es que estén interesados, si querrías explicarles un poco más.

Han mordido el anzuelo, se dijo Hiram a sí mismo. Si manejaba correctamente las

cosas...

Se dispuso a cambalachear lo mejor que sabía.

Algunas horas más tarde, Henry Horton apareció. Iba acompañado por un caballero muy atildado, impecablemente vestido, que llevaba un impresionante maletín.

Henry y el hombre se detuvieron en los escalones, totalmente asombrados.

Hiram estaba de cuclillas en el suelo, con un trozo de madera, y estaba aplicándole pintura mientras los extraterrestres le contemplaban. Por los embadurnamientos que se veían sobre sus anatomías, resultaba claro que los seres habían estado investigando por sí mismo la pintura. Por el suelo se hallaban otros trozos de madera a medio pintar, y un par de docenas de viejas latas de pintura.

Hiram alzó la vista y vio a Henry y al hombre.

—Estaba esperando que alguien apareciese —dijo.

—Hiram —dijo Henry, con un énfasis superior al habitual—. ¿Te presento al señor Lancaster? Es un representante de las Naciones Unidas.

—Me alegra conocerle, señor —dijo Hiram—. Me pregunto si usted querría...

—El señor Lancaster tenía algunos problemas para atravesar el cordón de afuera, así que le ofrecí mis servicios. Ya le he explicado nuestro interés conjunto en este asunto —explicó grandilocuentemente Henry.

—Fue muy amable por parte del señor Horton —dijo Lancaster—. Ese estúpido sargento...

—Se trata simplemente de saber cómo manejar a la gente —dijo Henry.

Hiram se dio cuenta de que el comentario no era bien recibido por el funcionario de las Naciones Unidas.

—¿Puedo preguntarle qué está haciendo señor Taine? —inquirió Lancaster.

—Estoy cambalacheando —dijo Hiram.

—Cambalacheando. Qué extraña forma de expresarse...

—Es una vieja palabra —dijo Henry rápidamente— que tiene ciertas connotaciones especiales. Cuando uno comercia con alguien, efectúa un intercambio de bienes, pero cuando cambalachea, trata de sacarle la piel a tiras.

—Interesante —dijo Lancaster—. Y supongo que ahora está tratando de despellejar a los caballeros de los trajes azules.

—Hiram es el cambalacheador más astuto de estos contornos —dijo Henry orgullosamente—. Tiene un negocio de antigüedades, y tiene que cambalachear muy duro para...

—¿Puedo preguntarle qué es lo que está haciendo con esas latas de pintura? —dijo Lancaster, ignorando a Henry—. ¿Son esos caballeros unos clientes potenciales de pintura o...?

Hiram arrojó al suelo la madera y se alzó irritado.

—¿Pueden hacer el favor de callarse los dos? —gritó—. He tratado de explicarles

algo desde que llegaron, y no hay forma de decir una sola palabra. Les aseguro que es importante...

—¡Hiram! —exclamó horrorizado Henry.

—Está bien —dijo el funcionario de las Naciones Unidas—. Hemos estado diciendo tonterías. ¿Qué tiene que decirnos, señor Taine?

—Estoy acorralado y necesito ayuda —les dijo Hiram—. Les he vendido a esos tipos la idea de la pintura, pero no tengo ninguna noción acerca de la misma: el principio por el que se rige, o cómo se hace, o sus componentes, o...

—Pero, señor Taine, si les vende la pintura, ¿qué diferencia...?

—¡No les vendo la pintura! —aulló Hiram—. ¿No pueden comprenderlo? ¡No quieren la pintura! ¡Quieren la idea de la pintura, el principio de la pintura! Es algo en lo que nunca pensaron, y están interesados. Les ofrecí la idea de la pintura a cambio de la idea de sus sillas, y casi lo he logrado...

—¿Sillas? ¿Se refiere a esas cosas que hay aquí, colgando en el aire?

—Exactamente. Beasly, ¿quieres pedirle a uno de nuestros amigos que nos haga una demostración de las sillas?

—Claro que sí —dijo Beasly.

—¿Qué tiene que ver Beasly con todo esto? —preguntó Henry.

—Beasly es el intérprete. Supongo que se podría decir que es un telépata. ¿Recuerda como siempre decía que podía hablar con mi perro?

—Ése siempre decía cosas.

—Pero ahora tenía razón. Transmite lo que yo digo a la marmota, ese ser de aspecto tan extraño, y la marmota se lo dice a esos seres. Y esos seres hablan con la marmota, y la marmota se lo cuenta a Beasly, y Beasly me lo explica a mí.

—¡Qué ridículo! —resopló Henry—. Beasly no tiene bastante sentido como para ser... ¿Qué dijiste que era?

—Un telépata —contestó Hiram.

Uno de los seres se había levantado y subido a una silla. Viajó en ella adelante y atrás. Luego saltó de la misma y se sentó de nuevo.

—Interesante —dijo el funcionario de las Naciones Unidas—. Algún tipo de unidad antigravitatoria, con un control completo. Desde luego, podríamos hacer uso de ella.

Se pasó una mano por la barbilla.

—¿Y va usted a cambiar la idea de la pintura por la idea de esa silla?

—Exactamente —respondió Hiram—. Pero necesito algo de ayuda. Necesito un químico o un fabricante de pinturas o alguien que les explique cómo se hace la pintura. Y necesito algún profesor u otra persona que entienda lo que están diciendo cuando me hablen de la idea de la silla.

—Ya veo —dijo Lancaster—. Sí, desde luego, eso es un pequeño problema. Señor Taine, me parece que usted es un hombre que sabe discernir.

—Sin duda —interrumpió Henry—. Hiram es muy astuto.

—Así que supongo que comprenderá que todo este asunto es bastante irregular...
—dijo el funcionario de las Naciones Unidas.

—De ningún modo —estalló Hiram—. Así es su forma de operar. Abren un planeta, e intercambian ideas. Lo han estado haciendo con otros planetas durante largo tiempo. Y lo único que desean son ideas, simplemente nuevas ideas, porque ésa es la manera de seguir edificando tecnología y cultura. Y tienen cantidad de ideas que los humanos pueden utilizar.

—Ése es exactamente el centro de la cuestión —dijo Lancaster—. Probablemente sea ésta la cosa más importante que jamás nos haya sucedido a nosotros los humanos. En un simple año de tiempo, podemos obtener datos e ideas que nos pueden hacer avanzar, al menos teóricamente, un millar de años. Y, en un asunto de tanta envergadura, deberíamos destinar los mejores especialistas.

—Pero no podrá usted hallar un cambalacheador mejor que Hiram —protestó Henry—. Cuando uno cambalachea con él, no puede estar seguro ni de conservar la dentadura. ¿Por qué no le deja seguir? Hará bien el trabajo que usted desee. Puede reclutar a sus expertos y a sus grupos de planificación, y dejar que Hiram esté de fachada. Esas gentes lo han aceptado, y han demostrado que están dispuestos a negociar con él, así que ¿qué más desea usted? Lo único que necesita es un poco de ayuda.

Beasly se acercó, y se enfrentó con el funcionario de las Naciones Unidas.

—No trabajaré con ninguna otra persona —dijo—. Si echan a Hiram de aquí, yo me iré con él. Hiram es la única persona que me ha tratado como ser humano...

—¡¿Lo ve?! —dijo triunfalmente Henry.

—Espere un segundo, Beasly —dijo el funcionario de las Naciones Unidas—. Podríamos proponerle un trato. Me imagino que un buen intérprete en estas condiciones podría obtener un salario muy tentador.

—El dinero no me importa lo más mínimo —dijo Beasly—. No podría obtener amigos con él. La gente seguiría riéndose de mí.

—Dice lo que piensa, caballero —advirtió Henry—. No hay nadie que pueda ser tan testarudo como Beasly. Yo lo sé muy bien; antes trabajaba para nosotros.

El funcionario estaba más que desesperado.

—Tal vez le lleve bastante tiempo hallar a otro telépata, o sea alguien que pueda hablar con la gente de ahí fuera —indicó Henry.

El funcionario parecía como si se estuviera ahogando.

—Dudo que haya otro en toda la Tierra —afirmó.

—Bueno, de acuerdo —dijo Beasly, brutalmente—. Tomemos una decisión. No pienso pasarme aquí todo el día.

—De acuerdo —lloriqueó el funcionario—. Ustedes dos pueden seguir adelante. Por favor, ¿quieren seguir adelante? Tenemos aquí una oportunidad que no podemos dejar escapar. ¿Necesitan algo? ¿Puedo hacer algo por ustedes?

—Sí, efectivamente —dijo Hiram—. Van a llegar los chicos de Washington, y los

jefazos de otros países. Simplemente, sáquemelos de encima.

—Me explicaré muy cuidadosamente con todo el mundo. No habrá interferencias.

—Necesito a ese químico y a alguien que pueda entender las sillas. Y los necesito rápido. Puedo entretener a esos chicos un poco más, pero no mucho más.

—A quienquiera que usted necesite —dijo el funcionario—. A cualquiera. Puedo traerlos aquí en unas horas. Y en un día o dos tendré un equipo de expertos a su disposición. Sólo tendrá que llamarlos.

—Señor, esa actitud es muy cooperativa —dijo Henry untuosamente—. Hiram y yo la apreciamos sobremanera. Y como que esto ya está solucionado, puede atender a los periodistas que están esperando sus interesantes declaraciones.

El funcionario de las Naciones Unidas no tuvo ánimos para protestar. Él y Henry subieron cansadamente los escalones. Hiram se giró y contempló aquel desierto.

—Un gran patio delantero —afirmó.

Tren al infierno

Robert Bloch

A Robert Bloch le gusta decir que tiene el corazón de un bebé... conservado en alcohol sobre su escritorio.

*Y creo que es así, pues esta alma sensible y tranquila que contempla bondadosamente al mundo desde su cuerpo larguirucho de facciones prominentes escribe los relatos más aterradores que puedan imaginarse. Escribió un relato notable titulado *Alfred Hitchcock's Psycho*, que cuando se publicó por primera vez se le conoció simplemente por *Psicosis*.*

*Conocí brevemente a Bob en la 11ª Convención (Filadelfia, 1953), aunque nuestra verdadera amistad se inició en la 13ª Convención (Cleveland, 1955). A partir de entonces, durante cuatro años intercambiamos semanalmente correspondencia, hasta que Bob fue arrastrado por la marea de *Psicosis* hasta el abrazo de Hollywood, donde desapareció (espero que no para siempre) de la vista de todo mortal.*

*Bob es una de las tres personalidades de la ciencia ficción que, por su humor, habilidad, capacidad mental y buen temperamento, sirven como perennes maestros de ceremonias en las Convenciones. (Anthony Boucher, otrora director de *The Magazine of Fantasy and Science Fiction*, es la segunda).*

Con motivo de la 17ª Convención (Detroit, 1959), Bobby y yo compartimos el papel de maestro de ceremonias. Influidos por la habitual forma de actuar en la entrega de los Premios de la Academia en Hollywood, nos pusimos en pie tras el banquete, con toda pompa y esplendor, para anunciar, alternándonos, a los vencedores de los Hugo.

*Era el turno de Bob cuando llegamos al premio al mejor cuento: abrió el sobre y se quedó de pie, mirando el contenido, con ojos algo desorbitados y la nuez moviéndose lentamente arriba y abajo. Miré por encima de su hombro, y la tarjeta que tenía en las manos anunciaba que su propio relato, *Tren al infierno*, era el ganador.*

Con una alegre risa le arranqué la tarjeta de sus inertes dedos y anuncié el resultado, coloqué el Hugo en sus temblorosas manos, y le conduje a un asiento donde pudiera, al menos por un instante, estar a solas con la gloria.

Cuando Martin era un niño pequeño, su papi era ferroviario. Aunque papi nunca viajaba en los trenes, caminaba a lo largo de las vías del CB & Q, y estaba orgulloso de su trabajo. Y cada noche, cuando se emborrachaba, cantaba la vieja canción de *Ese tren al infierno*.

Aunque Martin casi no podía recordar nada de la letra, no olvidaba la forma en que, su papi la cantaba. Pero cuando papi cometió el error de emborracharse ya por la tarde y quedó aplastado entre un vagón cisterna de la Pennsy y un vagón de bordes bajos de la AT & SF, Martin no entendió por qué la Hermandad no cantaba esa canción en su funeral.

Tras eso, las cosas no fueron demasiado bien para Martin, pero, fuera como fuese, siempre recordaba la canción de papi. Cuando mami se marchó un día con un viajante de comercio de Keokuk (papi debió de agitarse en su tumba al saber lo que había hecho, y además con un pasajero). Cada noche, en el orfanato, Martin tarareaba la tonadilla para sus adentros.

Y cuando el mismo Martin se escapó, acostumbraba a silbar bajito la canción, por la noche, en los bosques, cuando los demás vagabundos estaban dormidos.

Durante cuatro o cinco años, Martin erró por los caminos antes de darse cuenta de que no iba a ninguna parte. Como es natural, probó fortuna en muchas cosas: recogiendo frutas en Oregón, lavando platos en Montana, robando tapacubos en Denver y neumáticos en Oklahoma City, pero para entonces ya había cumplido seis meses en los campos de trabajo de Alabama, y sabía que vagabundear de aquella manera no tenía ningún futuro.

Así que trató de meterse en el ferrocarril, como su papi, pero le dijeron que los tiempos eran malos.

Pero Martin no podía estar alejado del ferrocarril. Siempre que viajaba, lo hacía en tren: prefería meterse de polizón en un tren de carga que iba hacia el norte con temperaturas bajo cero antes que mover un dedo para que un Cadillac lo llevase en dirección a Florida. Siempre que se hacía con una lata de cerveza, se sentaba en un cómodo y confortable paso de aguas bajo la vía, recordando los viejos tiempos, y a menudo canturreaba la canción de *Ese tren al infierno*. Aquél era el tren en el que viajaban los borrachos y los pecadores: los jugadores y los que aceptan sobornos, los manirroto, los donjuanes, toda esa alegre compañía. Resultaría realmente hermoso poder hacer un viaje con tan buena gente, pero Martin no quería ni pensar en lo que sucedía cuando aquel tren llegaba finalmente a la Estación de Allá Abajo. No quería imaginarse pasando la eternidad haciendo de fogonero en las calderas del infierno, sin ni siquiera un sindicato que lo protegiese. A pesar de eso, sería un hermoso viaje. Si es que existiese *algo* así como un Tren al Infierno. Que, naturalmente, no lo había.

Al menos hasta aquella tarde, Martin no *pensaba* que existiese, cuando se halló caminando sobre los raíles en dirección al sur, justo pasado Appleton Junction. La

noche era fría y oscura, tal como son las noches de noviembre en el valle del río Fox, y sabía que hasta que llegase a Nueva Orleans no pasaría el invierno o quizás hasta pasar Texas. Por alguna razón, no tenía muchas ganas de ir, aunque había oído contar que algunos de aquellos coches de Texas llevaban tapacubos de oro macizo.

No señor, los robos no se habían hecho para él. Eran peor que un pecado: no resultaban provechosos. Eran lo bastante malos como para ser obra del diablo, pero además con mala pata. Aunque quizá fuese mejor que dejarse regenerar por el Ejército de Salvación.

Mientras caminaba, canturreaba la canción de papi, esperando que un mercancías saliese de la estación tras él. Debería agarrarlo... no podía hacer otra cosa.

Pero el primer tren en venir llegaba en el otro sentido, rugiendo hacia él a lo largo de la vía del sur.

Martin fijó la vista al frente, pero sus ojos no igualaban a sus oídos, y por el momento lo único que podía percibir era el sonido. *Era* un tren, seguro; notaba cómo el acero se estremecía y cantaba bajo sus pies. Y, no obstante, ¿cómo podía tratarse de un tren? La estación más próxima hacia el sur era Meenah-Menasha, y de allí no tenía que salir ninguno en muchas horas.

En aquella noche de noviembre, las nubes colgaban espesas por encima, y las neblinas rodaban sobre los campos como una sábana fría. Aun así, Martin debería haber sido capaz de ver el faro de la locomotora mientras el tren se aproximaba. Pero sólo escuchaba el silbato, chillando desde las oscuras fauces de la noche. Martin podía reconocer el equipo de casi todas las locomotoras jamás construidas, pero nunca había oído un silbato que sonase como ése. No estaba haciendo señales: estaba aullando como un alma perdida.

El tren estaba ya casi encima de él, así que se hizo a un lado. Y, de pronto, allí estaba, alzándose sobre los rieles y chirriando para detenerse en menos tiempo de lo que hubiera creído posible. Las ruedas no habían sido aceitadas, porque rechinaban como los condenados, pero el tren se detuvo, y los chirridos murieron para dejar paso a una serie de profundos gruñidos. Martin alzó la vista y comprobó que era un tren de pasajeros. Era grande y negro, sin una sola luz que brillase en la cabina de la locomotora ni en ninguno de los vagones de la larga hilera. Martin no podía ver ningún letrero en sus costados, pero estaba bastante seguro de que aquel tren no pertenecía a la NorthWestern Road.

Cuando vio al hombre que bajaba del primer vagón, estuvo más seguro. Había algo raro en su forma de caminar, como si arrastrase uno de sus pies, así como en el farol que llevaba. Éste estaba apagado, y el hombre lo acercó a su boca y sopló, e instantáneamente brilló rojizo. Uno no tiene que ser miembro de la Hermandad de Ferroviarios para saber que ésa es una extraña manera de encender un farol.

Mientras la figura se aproximaba, Martin reconoció la gorra de revisor encasquetada en la cabeza, y eso hizo que se sintiera mejor por un instante... hasta que se fijó en que la llevaba un poco demasiado alta, como si hubiese algo que

surgiese bajo ella, en la frente.

Sin embargo, Martin era educado, y cuando el hombre sonrió le dijo:

—Buenas noches, señor revisor.

—Buenas noches, Martin.

—¿Cómo sabe usted mi nombre?

El hombre se encogió de hombros.

—¿Y cómo supiste tú que soy el revisor?

—Lo es, ¿no?

—Para ti sí. Aunque para otra gente, en otros momentos de la vida, quizá me reconozcan con otros nombres. Por ejemplo, deberías ver el aspecto que tengo cuando me presento a los tipos de Hollywood. —El hombre sonrió—. Viajo mucho —explicó.

—¿Qué es lo que le trae por aquí? —inquirió Martin.

—Vaya, deberías conocer la respuesta, Martin. He venido porque me necesitabas. De pronto, esta noche, me di cuenta de que estabas yendo por un camino equivocado. ¿O me negarás que pensabas en unirme al Ejército de Salvación?

—Bueno... —dudó Martin.

—No te avergüences. Equivocarse es humano, como dijo no sé quién. ¿Sería el *Reader's Digest*? No importa. Lo importante es que creí que me necesitabas. Así que cambié de vía y vine por aquí.

—¿Para qué?

—Bueno, pues para ofrecerte un viaje, naturalmente. ¿No resulta mejor viajar confortablemente en tren a tener que caminar a lo largo de las frías calles tras una banda del Ejército de Salvación? Según me han dicho, es duro para los pies, y mucho más para los tímpanos.

—No estoy seguro de que sienta muchos deseos de viajar en su tren, señor —le dijo Martin—, teniendo en cuenta dónde acabará probablemente.

—Ah, sí, la vieja discusión —suspiró el revisor—. Supongo que prefieres algún tipo de trato, ¿no es así?

—Exactamente —contestó Martin.

—Bueno, me temo que ya no llevo a cabo ese tipo de negocios. En la actualidad, no me faltan los candidatos a pasajeros. ¿Por qué iba a ofrecerte alguna ventaja especial?

—Usted debe desearme, de lo contrario no se habría molestado en modificar su camino para venir a buscarme.

El revisor suspiró de nuevo.

—En eso tienes toda la razón. El orgullo ha sido siempre la peor de mis debilidades, lo admito. Y, de alguna manera, odio la idea de perderte a la competencia, después de pensar que eras mío durante todos esos años —dudó—. Sí, si insistes, estoy dispuesto a tratar contigo, según tus propios términos.

—¿Qué términos? —preguntó Martin.

—La propuesta estándar: cualquier cosa que desees.

—Ah —dijo Martin.

—Pero te advierto de antemano que no habrá trucos. Te concederé cualquier deseo que me pidas, pero a cambio tienes que prometerme viajar en el tren cuando llegue tu hora.

—¿Y si esa hora no llegase nunca?

—Llegará.

—¿Y suponiendo que tuviese un deseo que me mantuviese siempre lejos de ese tren?

—No existe tal deseo.

—No esté muy seguro.

—Ése es mi problema —dijo el revisor—. Tengas lo que tengas en mente, te advierto que al final cobraré mi deuda. Y no habrá ninguno de esos milagritos de última hora. Nada de arrepentimientos en un momento, ni chicas rubias o astutos abogados mostrándote el camino para escapar. Te ofrezco un trato limpio. Es decir, tú tienes lo que quieres, y yo también.

—He oído decir que engaña a la gente. Dicen que es usted peor que un vendedor de coches usados.

—Mira, escúchame un momento...

—Me excuso —añadió apresuradamente Martin—, pero se supone que lo cierto es que no se puede fiar uno de usted.

—Lo admito. Pero por otra parte, parece creer que tienes una vía de escape.

—Un método infalible.

—¿Infalible? ¡Muy divertido! —El hombre comenzó a carcajearse, y luego se detuvo—. Estamos perdiendo un tiempo muy valioso, Martin. Mejor vamos al grano. ¿Qué es lo que quieres?

Martin inspiró profundamente:

—Quiero ser capaz de detener el tiempo.

—¿Ahora mismo?

—No. Aún no. Y no para todo el mundo. Lógicamente, me doy cuenta de que eso sería imposible. Pero quiero ser capaz de detener el tiempo para mí mismo. En una sola ocasión, en el futuro. Cuando llegue a un punto en el que sepa que estoy feliz y contento, quiero quedarme allí, para poder seguir siendo feliz por siempre.

—Es una buena petición —musitó el revisor—. Tengo que admitir que jamás había oído nada similar... Y, créeme, he oído muchas peticiones difíciles en mis muchos años. —Sonrió a Martin—. Has estado pensando mucho en esto, ¿no?

—Durante años —admitió Martin. Luego tosió—. Bueno, ¿qué es lo que dice?

—En los términos de tu propio sentido temporal *subjetivo*, no es imposible —murmuró el revisor—. Sí, creo que podría hacerse.

—Pero yo quiero que se detenga *realmente*, no simplemente *imaginariamente*.

—Comprendo. Puede hacerse.

—Entonces, ¿acepta?

—¿Por qué no? Te hice una promesa, ¿no? Dame la mano.

Martin dudó.

—¿Me hará mucho daño? Quiero decir que no me gusta ver sangre, y...

—¡Tonterías! Has estado escuchando un montón de necedades. Muchacho, ya hemos sellado nuestro trato. Simplemente, quiero darte algo. La forma en que llevar a cabo tu petición. Después de todo, nadie puede saber en qué momento decidirás ejercer tu derecho, y no puedo dejarlo todo y venir corriendo. Así que será mejor que puedas regular el asunto por ti mismo.

—¿Me va a dar un control del tiempo?

—Más o menos. Tan pronto como pueda decidir qué será lo más práctico. —El revisor dudó—. ¡Ah, justamente lo que buscaba! ¡Toma, ten mi reloj!

El revisor sacó el reloj del bolsillo de su chaleco: un reloj de ferroviario, con caja de plata. Abrió la parte trasera e hizo unos delicados ajustes; aunque Martín intentó ver qué era exactamente lo que estaba haciendo, sus dedos se movían con tal velocidad que le resultó imposible ver nada.

—Ya está —sonrió el revisor—. Todo está dispuesto. Cuando por fin llegue el momento en que te gustaría parar el tiempo, gira simplemente la corona al revés y quítale la cuerda al reloj hasta que se detenga. Cuando se detenga, el tiempo también se detendrá para ti. ¿Te parece lo suficientemente sencillo?

El revisor depositó el reloj sobre la mano de Martin. Éste apretó fuertemente sus dedos alrededor del mismo.

—¿No hay que hacer nada más?

—Absolutamente nada más. Pero recuerda: sólo puedes detener el reloj en una ocasión, así que lo mejor será que estés bien seguro de sentirte satisfecho en el momento que decidas prolongar. Te aconsejo esto con toda honradez, asegúrate muy bien en tu elección.

—Lo haré —dijo Martin sonriendo—. Y, como se ha mostrado usted tan honesto acerca de todo, yo también lo seré. Hay algo que usted parece haber olvidado. Realmente no importa qué momento elija, pues, en cuanto detenga el tiempo para mí mismo, eso significa que me quedaré donde estoy, para siempre. No tendré que envejecer más. Y si no sigo envejeciendo, nunca moriré. Y si no muero, nunca tendré que viajar en su tren.

El revisor se dio la vuelta convulsivamente. Sus hombros se estremecieron. Quizás hubiera llorado.

—Y has dicho que yo era peor que un vendedor de coches usados —jadeó con voz estrangulada.

Entonces se perdió entre la niebla, y el silbato del ferrocarril lanzó un alarido impaciente y, de repente, se puso en marcha con rapidez sobre la vía, desapareciendo en medio de la oscuridad.

Martin se quedó allí, contemplando parpadeante el reloj de plata que tenía en su

mano. Si no fuera porque podía verlo y tocarlo, y si no fuese por aquel olor tan peculiar, quizás hubiera llegado a creer que lo había imaginado todo, desde principio a fin: tren, revisor, trato y demás.

Pero tenía el reloj, y podía reconocer el olor dejado por el tren al partir, y desde luego no hay muchas locomotoras que usen azufre como combustible.

Acerca de su trato no tenía dudas. Eso es lo que sucede cuando uno piensa en las cosas hasta llegar a su conclusión lógica. Algunos estúpidos hubieran pedido dinero, poder o a Kim Novak. Papi se hubiera vendido por una botella de *whisky*.

Martin sabía que había realizado un trato mejor. ¿Mejor? Era a prueba de bomba. Lo único que necesitaba ahora era escoger su momento.

Se metió el reloj en el bolsillo, y regresó a la vía. Realmente, si antes sus pensamientos no habían tenido un destino, ahora sí. Iba a encontrar un momento de felicidad...

El joven Martin no era ningún tonto. Era consciente de que la felicidad es algo relativo; de que hay grados de satisfacción, y que varían según la vida de cada uno. Como vagabundo, a menudo se sentía satisfecho con unas sobras calientes, un banco en el parque o una lata de cerveza. En ocasiones había alcanzado un estado de éxtasis momentáneo mediante tales simples accesorios, pero tenía la convicción de que existían cosas mejores. Martin decidió hallarlas.

Al cabo de dos días estaba en la gran ciudad de Chicago. Con bastante naturalidad, llegó a West Madison Street, y allí dio unos pasos para elevar su papel en la vida. Se convirtió en un vagabundo ciudadano, un tramposo, un buscón. Al cabo de una semana había llegado a un punto en que para él la felicidad era una comida en un restaurante barato, un ratito sobre un catre del ejército en una verdadera casa de citas y una botella de moscatel.

Pero una noche, después de gozar al máximo esos tres lujos, Martin pensó en quitarle la cuerda al reloj, en el punto álgido de su intoxicación. También pensó en los rostros de la gente honesta a la que en ese día había robado dinero. De acuerdo, eran unos integrados, pero eran prósperos. Llevaban buenas ropas, tenían buenos trabajos, conducían bonitos coches. Y para ellos, la felicidad tenía un mayor grado de éxtasis: cenaban en excelentes restaurantes, dormían en confortables colchones y bebían *whisky* escocés.

Integrados o no, algo bueno tenían. Martin acarició su reloj, rehusó la tentación de conseguirse otra botella de moscatel y, decidido a conseguirse trabajo y mejorar su cociente de felicidad, se fue a dormir.

Al despertar, tenía resaca, pero aún seguía decidido. Antes de que hubiera terminado el mes, Martin estaba trabajando para un contratista de obras del lado sur de la ciudad, en uno de los grandes proyectos de reconstrucción. Odiaba el trabajo, pero la paga era buena, y pronto consiguió un apartamento de una habitación en la Blue Island Avenue. Ahora, tenía costumbre de comer en restaurantes decentes, se compró una cama confortable, y cada sábado por la noche bajaba a la taberna de la

esquina. Todo era muy placentero, pero...

Al capataz le gustaba su modo de trabajar, y le prometió que en un mes le aumentaría el sueldo. Si seguía, el aumento significaría que podría permitirse el lujo de comprarse un coche de segunda mano. Con un coche, hasta podría comenzar a buscarse una chica a la que citar de vez en cuando. Otros compañeros del trabajo lo hacían, y parecían bastante felices.

Así que Martin siguió trabajando, le llegó el aumento, consiguió el coche, y pronto un par de chicas.

La primera vez que le sucedió, deseó de inmediato quitar la cuerda de su reloj, hasta que empezó a pensar en lo que siempre decían algunos de los viejos. Por ejemplo, había un individuo llamado Charlie, que trabajaba junto a él en el andamio:

—Cuando eres joven y no conoces nada mejor, quizá le saques algún gusto en ir con esas cerdas, pero al cabo de un tiempo deseas algo mejor: una buena chica solo para ti.

Martin creyó que tenía que averiguar si eso era cierto. Si no le gustaba más, siempre podía volver a lo que ya tenía.

Pasaron casi seis meses antes de que Martin conociese a Lillian Gillis. Para aquel entonces ya había conseguido otro aumento, y estaba trabajando en la oficina. Le habían hecho asistir a la escuela nocturna para aprender a llevar una contabilidad rudimentaria, pero eso significaba otros quince pavos extra a la semana, y gustaba más trabajar bajo cubierto.

Lillian era muy divertida. Y cuando le dijo que aceptaba casarse con él, Martin estuvo casi seguro de que había llegado el momento. Excepto que ella era lo que diríamos... Bueno, era una *buena* chica, y le dijo que tendrían que esperar hasta estar casados. Naturalmente, Martin no podía esperar casarse con ella hasta que no tuviera algo más de dinero ahorrado, y otro aumento le iría bien.

Para eso tardó un año. Martin tenía paciencia, porque sabía que iba a valer la pena. Cada vez que dudaba, sacaba su reloj y lo miraba. Nunca se lo mostró a Lillian ni a nadie más. La mayor parte de sus compañeros llevaban caros relojes de muñeca, y el viejo reloj de plata de ferroviario parecía un tanto ridículo al lado de los otros.

Mientras contemplaba la corona, Martin sonrió. Unas pocas vueltas, y tendría al alcance algo que ninguno de aquellos pobres hombres estúpidos y trabajadores tendrían jamás: una satisfacción permanente con su ruborizada novia...

Al casarse, la satisfacción resultó ser sólo al principio. Sí, era maravilloso. Pero Lillian le explicó lo mucho mejor que serían las cosas si pudieran buscarse una casa nueva y arreglarla. Martin deseaba un mobiliario decente, un televisor, un buen coche.

Así que comenzó a asistir a clases nocturnas, y consiguió un ascenso en la oficina. Con el niño a punto de nacer, deseaba aguantar un poco más y ver a su hijo. Y cuando nació, se dio cuenta de que tendría que esperar hasta que se hiciera un poco mayor, comenzase a caminar y a hablar, y desarrollase una personalidad propia.

Por aquel entonces, la empresa le hacía viajar como supervisor de algunas de las construcciones; ahora comía en buenos restaurantes, vivía por todo lo grande y con los gastos pagados. En más de una ocasión se sintió tentado a quitarle la cuerda al reloj. Aquello era la buena vida... Naturalmente, sería mejor si no tuviera que trabajar. Más pronto o más tarde, si lograba intervenir en uno de los tratos de la compañía, podría sacar una buena tajada y retirarse. Entonces, sería ideal.

Aunque costó su tiempo, lo consiguió. El hijo de Martin iba a la escuela superior antes de que él lograra llegar hasta donde realmente estaba el dinero. Martin tenía la impresión de que tenía que ser ahora o nunca, porque ya no era exactamente un muchacho.

Pero fue justo entonces cuando conoció a Sherry Westcott, y ella no parecía pensar que Martin fuera maduro, a pesar de la forma en que se le estaba cayendo el cabello y ganando tripa. Le enseñó que un bisoñé podía cubrir su calvicie, y una faja reducir el depósito de los garbanzos. De hecho, le enseñó muchas cosas, y disfrutó tanto aprendiendo que realmente sacó el reloj y se preparó a quitarle la cuerda.

Por desgracia, eligió el momento preciso en que los detectives privados abrieron la puerta de la habitación del hotel, y entonces hubo un largo período en el que Martin estuvo tan ocupado peleándose ante los tribunales con el asunto de su divorcio que honestamente no pudo decir que disfrutase de ningún momento.

Cuando llegó a un acuerdo final con Lil, estaba arruinado y, después de todo, a Sherry ya no le parecía que él fuera tan joven. Así que se alzó de hombros, y decidió volver al trabajo.

También en esta ocasión reunió un montón de dinero, aunque tardó más tiempo, y no tuvo muchas posibilidades de diversión mientras lo conseguía. Las damas elegantes de los elegantes salones de cóctel ya no le interesaban, ni tampoco el licor. Además, el médico se lo había prohibido.

Pero se dijo que un hombre rico podía descubrir otros placeres. Por ejemplo, viajar... y nada de viajar en los topes de los vagones yendo de un lugar podrido a otro peor. Martin recorrió el mundo en avión y transatlánticos de lujo. En una ocasión le pareció que, después de todo, iba a hallar el momento preciso, mientras visitaba el Taj-Mahal a la luz de la luna. Martin sacó el maltratado reloj y se dispuso a quitarle la cuerda. Nadie le contemplaba...

Y eso fue lo que le hizo dudar. Seguro, aquél era un momento muy agradable, pero se encontraba solo. Lil y el chico habían desaparecido, Sherry había desaparecido también y, por alguna razón, nunca había tenido tiempo de hacer amigos. Quizá si lograra hallar alguna gente con la que congeniar, lograra la felicidad definitiva. Ésa debía de ser la respuesta: no era simplemente el dinero, o el poder, o el sexo, o el ver cosas hermosas. La verdadera satisfacción se encontraba en la amistad.

Así que, mientras regresaba a casa en barco, Martin trató de hacerse algunos amigos en el bar del buque. Pero toda aquella gente era mucho más joven, y Martin no tenía nada en común con ellos. Además, deseaban bailar y beber, y Martin no se

encontraba en condiciones de disfrutar de tales pasatiempos. A pesar de ello, lo intentó.

Tal vez fuera por eso por lo que tuvo el pequeño accidente el día anterior al que atracasen en San Francisco. «Pequeño accidente» fue la descripción que dio el doctor de a bordo, pero Martin se fijó en que tenía un aspecto muy serio cuando le ordenó que se quedara en cama y hasta llamó a una ambulancia para que fuera a recibir al barco al muelle y llevarse al paciente directamente al hospital.

En el hospital, a pesar de aquel tratamiento excesivo con aquellas excesivas sonrisas y aquellas atentas palabras no engañaron a Martin.

Era un viejo cuyo corazón estaba débil, pensaban que iba a morir.

Pero podía ser más listo que ellos. Aún tenía el reloj. Lo encontró en su chaqueta cuando se puso la ropa, y huyó del hospital.

No tenía por qué morir. Podía burlar la muerte con un solo gesto..., y pensaba hacerlo, allá afuera, como un hombre libre, bajo el cielo abierto.

Aquél era el verdadero secreto de la felicidad. Ahora lo comprendía. Ni siquiera la amistad representaba tanto como la libertad. Aquello era lo mejor de todo: el estar libre de amigos o familia o de las furias de la carne.

Bajo el cielo nocturno, Martin caminó lentamente junto al andén de carga. Ahora que lo pensaba, estaba justamente donde había comenzado, hacía tantos años. Pero el momento era bueno, lo bastante bueno como para prolongarlo para siempre. Quien en una ocasión había sido un vagabundo, lo seguía siendo siempre.

Sonrió mientras pensaba en ello, y luego su sonrisa se contorsionó seca y repentinamente, como el dolor que estaba seca y repentinamente contrayendo su pecho. El mundo comenzó a girar, y cayó por el costado del muelle de carga.

Aunque no podía ver muy bien, todavía estaba consciente y sabía lo que había pasado. Otro ataque, y bastante malo. Quizás el definitivo. Excepto que ya no iba a seguir haciendo el estúpido. No iba a esperar para ver lo que encontraba al doblar la esquina.

Justo aquél era el momento, llegaba la oportunidad de usar su deseo y salvar su vida. E iba a hacerlo. Aún podía moverse, nada lo detendría.

Buscó en su bolsillo y sacó el viejo reloj de plata, tanteando la corona. Unas cuantas vueltas, y burlaría a la muerte. Nunca tendría que viajar en aquel Tren al Infierno. Podría continuar vivo para siempre.

Para siempre.

Martin no había considerado nunca antes aquellas palabras. Vivir siempre... Pero ¿cómo? ¿Deseaba seguir siempre así, un hombre enfermo, yaciendo inerte sobre la hierba?

No. No podía hacerlo. No lo haría. De pronto, tuvo grandes deseos de llorar, porque supo que en algún punto a lo largo de su vida se había pasado de listo. Y ahora era demasiado tarde. Se le nubló la vista, sintió un estrepitoso sonido en los oídos...

Naturalmente, lo reconoció. Y no se sorprendió lo más mínimo al ver el tren salir corriendo de entre la niebla y llegar hasta el andén. Tampoco se sintió sorprendido cuando se detuvo, ni cuando el revisor descendió y caminó lentamente hacia él.

El revisor no había cambiado en lo más mínimo. Incluso seguía mostrando la misma sonrisa.

—¡Hola, Martin! —dijo—. Viajeros al tren.

—Lo sé —susurró Martin—. Pero tendrá que llevarme. No puedo caminar. Y tampoco puedo hablar, ¿no?

—Sí, sí puedes —dijo el revisor—. Te puedo oír muy bien. Y también puedes caminar.

Se inclinó, y colocó su mano sobre el pecho de Martin. Siguió un momento de helado atontamiento, y luego Martin pudo caminar de nuevo.

Se alzó y siguió al revisor a lo largo de la rampa, llegando hasta el lado del tren.

—¿Aquí? —preguntó.

—No, en el siguiente vagón —murmuró el revisor—. Supongo que tienes derecho a viajar en primera. Después de todo, eres un hombre de éxito. Has disfrutado de las alegrías de la riqueza, la posición social y el prestigio. Has conocido los placeres del matrimonio y la paternidad. Has probado las delicias de la comida y la bebida y también el sexo, y has viajado mucho y bien. Así que nada de recriminaciones de última hora.

—De acuerdo —suspiró Martin—. No puedo culparle de mis errores. Por otra parte, tampoco usted puede atribuirse lo que sucedió. Trabajé para lograr cada una de las cosas que deseaba. Lo hice todo por mí mismo. Ni siquiera necesité su reloj.

—Así es —asintió el revisor, sonriendo—. Pero ¿te importaría devolvérmelo ahora?

—Lo necesita para el siguiente tonto, ¿eh? —murmuró Martin.

—Quizá.

Algo en la forma en que lo dijo hizo que Martin alzase la vista. Trató de ver los ojos del revisor, pero la visera de su gorra los mantenía en la sombra, así que bajó de nuevo la vista a su reloj.

—Dígame una cosa —dijo suavemente—. Si le devuelvo el reloj, ¿qué es lo que hará con él?

—Pues tirarlo a la cuneta —le explicó el revisor—. Eso es lo que haré con él.

Y extendió la mano.

—¿Qué pasaría si alguien lo encontrara y diera vueltas hacia atrás a la corona y detuviese el tiempo?

—Nadie haría eso —murmuró el revisor—. Aunque lo supieran.

—¿Quiere decir que todo fue un truco? ¿Que éste es únicamente un reloj barato y ordinario?

—Yo no he dicho eso —repuso el revisor—. Sólo he dicho que nunca nadie gira hacia atrás la corona de un reloj. Todos han sido como tú, Martin. Todos esperaban

hallar la felicidad perfecta. Esperaban un momento que jamás llega.

El revisor extendió de nuevo la mano.

Martin suspiró y agitó la cabeza.

—Después de todo, me engañó.

—Tú mismo te engañaste, Martin. Y ahora vas a viajar en este Tren al Infierno.

Empujó a Martin escalones arriba, al interior del vagón. Mientras entraba, el tren empezó a moverse, y aulló el pito. Y Martin se quedó de pie en el traqueteante vagón de primera, mirando a los otros pasajeros situados a lo largo del pasillo. Los podía ver a todos ellos allí sentados, y de alguna manera no le resultaba nada extraño.

Allí estaban: los borrachos y los pecadores, los jugadores y los que aceptan sobornos, los manirroto, los donjuanes, toda esa alegre compañía. Aunque sabían dónde iban, no parecía importarles lo más mínimo. Las cortinillas estaban corridas en todas las ventanas, pero había luz dentro; y todos ellos estaban disfrutando, cantando y pasándose botellas y rugiendo a carcajadas, jugando a dados y contando sus chistes y fanfarroneando por todo lo grande, justo como papi acostumbraba a decir de ellos en su vieja canción.

—Unos encantadores compañeros de viaje —dijo Martin—. Vaya, lo cierto es que jamás había visto un grupo de gente más agradable que éste. Y parece que están disfrutando de lo lindo.

El revisor se alzó de hombros.

—Me temo que las cosas no serán tan alegres cuando nos detengamos en la Estación de Allá Abajo.

Por tercera vez, extendió la mano.

—Ahora, antes de que te sientes, tienes que darme ese reloj. Un trato es un trato...

Martin sonrió.

—Un trato es un trato —repitió a modo de eco—. Acepté viajar en su tren si podía detener el tiempo cuando hallase el momento justo de felicidad. Y creo que en este momento soy más feliz de lo que lo he sido nunca antes.

Muy lentamente, Martin tiró de la corona de plata.

—¡No! —jadeó el revisor—. ¡No!

Pero la corona giró.

—¿Te das cuenta de lo que has hecho? —aulló el revisor—. ¡Ahora jamás llegaremos a la estación! ¡Todos nosotros seguiremos viajando... para siempre!

Martin hizo un gesto de alegría.

—Lo sé —dijo—. Pero lo divertido es el viaje, no la llegada. Usted mismo me lo dijo, y pienso disfrutar de un maravilloso viaje. Mire, quizás hasta pueda ayudar. Si me busca una de esas gorras y me permite conservar este reloj...

Así fue como por fin se resolvieron las cosas. Con su gorra puesta, y el maltratado y viejo reloj de plata en su bolsillo, no hay persona más feliz, dentro o fuera de este mundo, ahora y siempre, que Martin. Martin, el nuevo guardafrenos de ese Tren al

Infierno.

1960

18ª Convención - Pittsburgh

Flores para Algernon

Daniel Keyes

Como ya deben haberse dado cuenta, es difícil para mí entregar los Hugo, convencido como estoy de que en cada uno de estos años, cualquiera de entre media docena de mis propias historias merecía honestamente la victoria. Naturalmente, oculto esta sensación con una suma habilidad, y creo que sólo en una ocasión llegué a traicionarme.

Eso ocurrió durante la 18ª Convención (Pittsburgh, 1960), una Convención que, lo diré como opinión puramente personal, fue la mejor y más maravillosa de todas... cuando entregué el Hugo a Daniel Keyes por el relato Flores para Algernon.

Se trataba de una historia que me había golpeado con tal fuerza que, verdaderamente, me sentía inundado de admiración mientras iba leyendo. Tan inundado de admiración estaba por la delicadeza de sus sentimientos, por la seguridad con que tañía las cuerdas de mi corazón, por la habilidad con que realizaba el destacable tour de force que precisaba su método de contar la historia, que me olvidé por completo de odiarle.

Por tanto, cuando en Pittsburgh anuncié el Hugo para ese cuento, una repentina oleada de calor entró en mi tono, con lo cual seguramente mostré, si se comparaba, que la alegría con la que había entregado los otros Hugo era sintética.

Mis aladas palabras atravesaron apasionadamente el aire mientras realizaba un súbito elogio de las muchas excelencias de Daniel Keyes.

—¿Cómo lo hizo? —pregunté a las musas—. ¿Cómo lo hizo?

Y miré a un nivel de dos metros y medio del suelo para hallar el rostro de ese gigante al que no había visto hasta entonces.

Una mano tiró de mi manga y bajé la vista hasta la ordinaria estatura humana. Y, de la redonda y amable faz de Daniel Keyes, surgieron las palabras inmortales:

—Oye, cuando averigües cómo lo hice, dímelo, ¿quieres? Me gustaría volver a repetirlo.

relacion de pogramos 1-5 marzo 1965

El doctor Strauss dise que debo escribir lo que pienso i todas las cosas que me

pasan desde aora. No se porque pero el dise que es mui importante para que ellos puedan ber si pueden usarme. Yo espero que ellos me usen. La señorita Kinnian dise que ellos quisas puedan aserme listo. Yo quiero ser listo. Me yamo Charlie Gordon. Tengo 37 años i ase dos semanas que fue mi cumpleaños. No tengo nada mas que escribir i termino por oy.

relasion de pogresos 2-6 marso

Oy e tenido una prueba. Yo creo que e fayado i que eyos no me usaran. Lo que a pasado es que un joben guapo estaba en el cuarto y el tenia unas cartas blancas con manchas de tinta que estaban yenas de manchas de tinta. El joben me a dicho Charlie que bes tu en esta carta. Aunque tenia mi pata de conejo en el bolsiyo yo estaba mui asustado porque cuando yo era pequeño siempre fayaba las pruebas en la escuela i tenia manchas de tinta.

Le e dicho que beia un borron de tinta. El a dicho que si i yo me siento mejor. Yo creia que eso era todo pero cuando me lebanto para irme el joben me para y dise Charlie todabia no emos terminado. Luego yo no recuerdo mui bien pero el queria que yo digera lo que ay en la tinta. Yo no beia nada en la tinta pero el desia que ayi ay cosas. Que ayi otras personas ben cosas. Yo no puedo ber ninguna cosa. Yo de berda trato de ber. Yo pongo el carton cerca de mi i luego lo pongo lejos. Luego digo que si yo tengo mis gafas para ber el cine o la TV pero digo que estan en el armario del recibidor. Boi a buscarlas. Luego digo que me den el carton otra bes y lo bere mejor.

Miro mucho pero no puedo encontrar las cosas. Yo solo beo la tinta. Yo le digo a el que quisa nesesito gafas nuevas. El escribe algo en un papel i yo estoi asustado de fayar la prueba. Yo le digo que es un borron de tinta mui bonito con pequeños puntos alrededor de los bordes. El me mira mui triste asi que no era eso. Yo digo por favor me deja probar otra bes. Yo nesesito mucho tiempo porque a beses soi lento. Yo leo despasio tambien en la clase de la señorita Kinnian para adultos lentos pero yo trato de ber.

El me da otra oportunida con otro carton que tiene 2 clases de borrones de tinta roja i asul.

El era mui amable i ablaba despasio como la señorita Kinnian i me esplica a mi que era un *raw shok*. El dise que la gente be cosas en la tinta. Yo le digo que me enseñe donde. El me dise que yo tengo que pensar. Yo le digo que yo pienso en un borron de tinta pero que no ay nada escrito. El dise que me ase recordar a mi el borron. Yo sierro los ojos mucho tiempo para pensarlo. Yo le digo que yo pienso en una pluma estilografica con tinta que ba caiendo sobre un mantel. Luego el se lebanta i se ba.

Yo creo que no e pasado la prueba del *raw shok*

relasion de pogresos 3-7 marso

El doctor Strauss i el doctor Nemur disen que los borriones de tinta no importan. Yo les digo que yo no tire la tinta en los cartones i que yo no puedo ber nada en la tinta. Eynos disen que quisa aun pueden usarme. Yo digo que la señorita Kinnian nunca me a dado pruebas como esta solo escribir i leer. Eynos disen que la señorita Kinnian dise que yo soi su mejor alumno en la clase de adultos porque yo ago todas las cosas i quiero aprender. Eynos disen como irias tu solo a la escuela Charlie. Como la encontrarias. Yo digo que yo preguntaria a la gente i alguien me dise donde tengo que ir para aprender a escribir i leer bien. Eynos disen porque quieres ir. Yo les digo porque toda la vida e deseado ser listo i no tonto. Pero es mui difisil ser listo. Eynos disen tu sabes que probablemente es temporal. Yo digo que si. La señorita Kinnian me lo a dicho. No me inporta si duele.

Mas tarde yo e tenido más pruebas locas. La mujer simpatica que me las a dado me dise el nombre i yo le pregunto a ella como se escribe para ponerlo en mi informe de pogresos. TEST DE APERCEPCION TEMATICA. Las ultimas palabras son mui raras i yo no se lo que quieren desir, pero se que test quiere desir prueba. Tienes que pasarlo o te ponen malas notas. Esta prueba paresia fasil porque yo podia ber los cuadros. Pero esta bes eya no quiere que yo diga lo que ay en los cuadros. Esto me estraña mucho. Yo digo que el ombre dijo aier que yo debia desirle lo que beo en la tinta eya dise que no importa. Eya dise que yo tengo que inbentar istorias sobre la gente que ay en los cuadros.

Yo le digo a eya como puedo contar istorias de una gente que yo no conosco. Yo le digo porque tengo que inbentar mentiras. Yo nunca digo mas mentiras porque siempre me an cogido.

Eya me dise a mi que esta prueba i la del *raw shok* era para saber la personalida. Yo no beo claro como pueden saber esta cosa con borriones de tinta i fotos. Eya se enfada mucho i se ba con sus cuadros. No me importa. Era tonta. Creo que e fayado tambien esta prueba.

Mas tarde unos ombres con batas blancas me yeban a otra parte del ospital i me dan un juego para jugar. Es como una carera con un raton blanco. Eynos yaman al raton Algernon. Algernon estaba en una caja con un monton de bueltas i rebueltas con toda clase de paredes i eynos me dan a mi un lapis i un papel con lineas i montones de cajas. A un lado dise PRINCIPIO i al otro lado dise FINAL. Eynos disen que es un *laberinto*, que Algernon i yo tenemos que aser el mismo *laberinto*. Yo no beo como podemos tener el mismo *laberinto* si Algernon tiene una caja y yo tengo un papel pero yo cayo. De todos modos no ay tiempo porque la carrera a enpesado.

Uno de los ombres tiene un reloj i quiere esconderlo para que yo no lo bea i yo trato de no berlo i esto me ase poner nerbioso.

De todos modos esta prueba es peor que todas las otras porque eynos la asen mas de 10 beses con *laberintos* diferentes i Algernon gana cada bes. Yo no sabia que los ratones son tan listos. Quisa los ratones blancos son mas listos que los otros ratones.

relacion de pogramos 4-8 marzo

¡Eyes van a usarme! Estoy tan esitado que no puedo escribir. El doctor Nemur i el doctor Strauss an tenido una discusion primero. El doctor Nemur estaba en la ofisina cuando el doctor Strauss me yebo ayí. El doctor Nemur estaba preocupado por usarme pero el doctor Strauss le a dicho que la señorita Kinnian me recomendaba a mi como el mejor de toda la gente que eya esta enseñando. Yo quiero a la señorita Kinnian porque eya es una maestra mui lista. Y eya dise Charlie tu bas a tener una segunda oportunida. Si tu eres boluntario para el experimento tu seras mui listo. Eyes no saben si sera permanente pero ay una posibilida. Por eso yo digo que mui bien aunque yo estoi asustado porque eya dise que es una operasion. Eya dise no te asustes Charlie tu as aprendido tanto en tan poco tiempo que yo creo que tu mereses esto mas que todos.

Asi que yo estaba asustado cuando el doctor Nemur i el doctor Strauss discuten de esto. El doctor Strauss dise que yo tengo algo que es mui bueno. El dise que yo tengo un buen *motorvasion*. Yo nunca e sabido que tengo eso. Estaba orguyoso cuando el dijo que no todos los cuerpos con un c-i de 68 tienen esa cosa. Yo no se lo que es ni donde lo tengo pero el dise que Algernon tambien lo tiene. El *motorvasion* de Algernon es el queso que eyes ponen en su caja. Pero no puede ser esto, porque esta semana no e comido queso.

Luego el dise al doctor Nemur algo que yo no comprendo de modo que cuando eyes estan ablando yo escribo algunas de las palabras.

El dise doctor Nemur yo se que Charlie no es lo que uste abia pensado como el primero de su nueba creasion de superombre intelec— (no e cogido toda la palabra). Pero la maioria de personas de su baja ment- son ost- y no colab- ellas son mui apat- i difisiles de tratar. El tiene una buena naturalesa el es confiado i tiene ganas de complaser.

El doctor Nemur dise recuerde que el sera el primer ser umano que ba a tener su inteligencia trisplicada por medios de sirujia.

El doctor Strauss dise esactamente. Mire como a aprendido a leer i escribir mui bien para su eda mental es una esi- igual que uste i yo apendiendo la toria de la -vidad de instin- sin aiuda. Esto demuestra la intensa motorvasion. Es comparat- una tremenosa. Yo digo que nosotros usamos a Charlie.

Yo no e cogido todas las palabras que ablaban tan aprisa pero a mi me parese que el doctor Strauss estaba a favor mio i el otro no estaba a favor mio.

Luego el doctor Nemur dise si de acuerdo quisa uste tiene rason. Nosotros usaremos a Charlie. Cuando el dise esto yo estoi tan contento que salto i boy a cojer su mano por ser tan bueno para mi. Yo le digo a el gracias doc uste no se repentira de darme una segunda oportunida. Yo creo que esto le gusta. Despues de la operasion boy a tratar de ser listo. Boy a aser todo lo posible.

relacion de pogramos 5-10 marzo

Estoy asustado. Mucha gente que trabaja aquí y las enfermeras y los que me hacen las pruebas vienen a darme caramelos y desear suerte a Charlie. Yo espero tener suerte. Yo tengo mi pata de conejo y mi penique de la suerte y mi erradura. Pero cuando iba al hospital pasó un gato negro. El doctor Strauss dijo no seas supersticioso Charlie esto es ciencia. De todos modos yo tengo mi pata de conejo.

Yo le pregunto al doctor Strauss si ganare la carrera a Algernon después de mi operación. Él dijo que tal vez. Si la operación sale bien, yo le enseñaré al ratón que yo puedo ser tan listo como él. Tal vez más listo. Luego yo podré leer y escribir las palabras bien y saber muchas cosas y ser como la otra gente. Yo quiero ser listo como la otra gente. Si sale bien y es permanente voy a ser listo en todo el mundo.

Eyes no me han dado nada para comer esta mañana. Yo no sé porque no hay que comer para ser listo. Tengo mucha hambre y el doctor Nemur se ha yebado mi caja de caramelos. El doctor Nemur es un cascarrabias. El doctor Strauss dijo que yo podré tenerla después de la operación. Antes de una operación no se puede comer...

relacion de pogramos 6-15 marzo

La operación no ha fallado. Eyes la ha hecho cuando yo estaba dormido. Oye han sacado los vendajes de mis ojos y de mi cabeza de modo que puedo hacer una *relacion de progresos*. El doctor Nemur ha mirado algunos de los otros y dijo que yo escribo PROGRESOS mal escrito. Él me ha dicho como se escribe. Y tan bien RELACION. Tengo que recordarlo.

Tengo muy mala memoria para escribir. El doctor Strauss dijo que está muy bien que le cuente todas las cosas que me pasan pero él dijo que tengo que decir más de lo que yo siento y de lo que yo pienso. Cuando yo le he dicho a él que no sé como tengo que pensar él dijo que yo tengo que intentarlo. Todo el tiempo que yo tenía los vendajes en los ojos yo trataba de pensar. No pasaba nada. No sé en qué pensar. Tal vez si yo le pregunto a él me diga como puedo pensar ahora que voy a ser listo. En qué piensa la gente lista. Supongo que en cosas bonitas. Yo quiero saber ya cosas bonitas.

relacion de progresos 7-19 marzo

No pasa nada. Tengo montones de pruebas y diferentes clases de carreras con Algernon. Yo le tengo rabia al ratón. Él siempre me gana. El doctor Strauss dijo que yo tengo que jugar con estos juegos. Y él dijo que alguna vez voy a hacer las pruebas otra vez. Aquellos borradores de tinta son estúpidos. Y aquellos cuadros también son estúpidos. Me gusta dibujar un cuadro de un hombre y una mujer pero no quiero decir mentiras de la gente.

Me duele la cabeza de tratar de pensar tanto. Yo pensaba que el doctor Strauss era mi amigo pero el no me ayuda. El no me dice lo que tengo que pensar ni cuando voy a ser listo. La señorita Kinnian no ha venido a verme. Yo creo que escribir estos informes de progresos también es estúpido.

relacion de progresos 8-23 marzo

Voy a volver a trabajar a la fábrica. Ellos dicen que es mejor que yo vuelva a trabajar pero que yo no puedo decir a nadie para que me añaden la operación y que yo tengo que ir al hospital una hora todas las noches después de trabajar. Ellos me darán dinero cada mes para aprender a ser listo.

A mí me gusta ir a trabajar porque añado de menos mi trabajo y todos mis amigos y todo lo divertido que había aquí.

El doctor Strauss dice que yo tengo que escribir cosas pero que yo no tengo que escribir todos los días solo cuando yo tengo que escribir algo que he pensado o algo especial que me pasa. El dice que yo no tengo que estar desanimado porque todo esto va muy despacio. El dice que a pasado mucho tiempo antes de que Algernon haya sido 2 veces más listo que antes. Por esto Algernon me gana siempre a mí porque a él también le añaden la operación. Esto me gusta mucho a mí. Yo puedo hacer aquel laberinto más deprisa que un ratón cualquiera. Tal vez algún día yo ganare a Algernon. Eso sería bueno. Ahora él es más listo.

Marzo 25. (Tengo que escribir *relacion de progresos* en sí solo una vez a la semana cuando voy al doctor Nemur para leer. Luego solo pongo la fecha. Esto ahorra tiempo).

Oy a sido muy divertido en la fábrica. Joe Carp dice mira donde Charlie tiene su operación que añaden ellos a Charlie le añaden pesos dentro. Yo iba a contarlo a él pero me acuerdo de que el doctor Strauss dice que no. Luego Frank Reilly dice que añaden Charlie olvidar tu yabé y abrir tu puerta al revés. Esto me hace reír. Ellos son mis amigos y a mí me gustan.

A veces alguien dice mira como Joe o Frank o George le toman el pelo a Charlie Gordon. Yo no sé porque dicen esto Amos Borg que es el jefe 4 en Donnegans usaba mi nombre para gritar a Ernie el chico de la oficina. Emie ha perdido un paquete. El dice Emie es que te estás volviendo un Charlie Gordon. Yo no comprendo porque él dice esto. Yo nunca pierdo paquetes.

Marzo 28. El doctor Strauss ha venido esta noche a mi habitación para verme porque no he ido aquí como tenía que ir. Yo le he dicho que no quiero hacer más carreras con Algernon. El dice que yo no tengo que hacerlas durante una temporada pero que yo tengo que ir aquí. Él tenía un regalo para mí pero no era un regalo sino para prestármelo. Yo pensaba que era una televisión pequeña pero no lo era. El dice que tengo que enseñarlo cuando yo voy a dormir. Yo digo usted está de broma porque

tengo que ensenderlo cuando yo me boi a dormir. Quien a oido nunca una cosa asi. Pero el dise que si quiero ser listo tengo que aser lo que el me dise. Yo le e dicho a el que yo no creo que boi a ser listo i el pone su mano en mi ombro i dise Charlie tu no saves pero tu eres cada bes mas listo. Tu no te das cuenta por un tiempo. Yo creo que el queria ser amable conmigo para consolarme porque yo no soi mas listo.

Casi me olvidaba. Yo le pregunto cuando boi a ir a la clase en la escuela de la señorita Kinnian. El dise que yo no boi a ir. El dise que la señorita Kinnian ira pronto al ospital para enseñarme a mi espesialmente. Yo estaba enfadado con eya porque no a benido a berme cuando me an echo la operasion pero a mi me gusta eya de modo que tal bes nosotros seremos amigos otra bes.

Marso 29. Esta loca TV me a tenido despierto toda la noche. Como puedo dormir si alguien grita tonterias en mis orejas toda la noche. No se lo que dise cuando yo estoi despierto asi que como puedo saberlo cuando estoi dormido.

El doctor Strauss dise que esta mui bien. Dise que mi serebro esta aprendiendo cuando yo estoi dormido i que esto me ayuda cuando la señorita Kinnian empiese sus lecsiones para mi en el ospital (pero yo beo que no es un ospital es un lavoratorio). Yo creo que todo esto es estupido. Si se puede acer bolber listo cuando se esta dormido porque la gente ba a la escuela. Esta cosa yo no creo que ba bien. Yo miro aqueya TV todo el tiempo i nunca soi mas listo. Tal bes tengo que mirarla mientras estoi dormido.

relacion de progresos 9-3 abril

El doctor Strauss me a enseñado a poner la TV mui bajita de modo que aora puedo dormir. Yo no e oido nada. I todabia no comprendo lo que dise. A beces lo e puesto por la mañana para saver lo que abia aprendido por la noche mientras estaba dormido, pero no me e enterado de nada. La señorita Kinnian dise tal bes es otro lenguaje o algo así. Pero casi siempre parese americano. Abla tan deprisa mas deprisa que la señorita Gold que era mi maestra en el grado 6 i yo recuerdo que eya ablaba tan deprisa que yo no podia entenderla.

Le e dicho al doctor Strauss que bueno es que yo me aga listo en mi sueño. Pero yo quiero ser listo cuando estoi despierto. El dice que es la misma cosa i que yo tengo dos pensamientos el *subconsciente* y el *consciente* (e mirado como se escribe). I uno no le dise al otro lo que esta asiendo. Ni siquiera se ablan el uno al otro. Por eso yo sueño.

Me e olvidado de preguntarle si solo yo tengo dos pensamientos o los tiene todo el mundo.

Acabo de mirar la palabra en el dicsionario que me a dado el doctor Strauss. La palabra es *subconsciente, adj. De la naturaleza de las operaciones mentales todavia no presentes en la conciencia; también: subconsciente, conflicto de deseos.* Y mas cosas, pero yo no se lo que quieren desir. Este dicsionario no es mui bueno para

personas tontas como yo.

De todos modos el dolor de cabeza es desde el convite. Mis amigos de la fabrica Joe Carp i Frank Reilly me imbitaron a ir con ellos al Muggsys Saloon para beber unas copas. A mi no me gusta beber pero ellos disen que nosotros nos divertiremos mucho. Lo e pasado muy bien.

Joe Carp dise que yo tengo que enseñarles a las chicas como friego el retrete de la fabrica i me da una baieta. Yo lo e enseñado i todo el mundo se a reido mucho cuando yo digo que el señor Donnegan dise que yo soi el mejor limpiador que a tenido porque a mi me gusta mi trabajo i lo ago bien i nunca llevo tarde i nunca falto un solo dia esepcto para mi operasion.

Yo digo que la señorita Kinnian siempre dise Charlie puedes estar orguyoso de tu trabajo porque tu lo ases muy bien.

Todo el mundo se a reido i nosotros lo emos pasado muy bien i ellos me an dado muchas copas i Joe dice Charlie es un buen elemento cuando esta trompa. Yo no se que quiere desir esto pero todo el mundo estaba contento de mi i nos emos divertido mucho. Yo no puedo esperar ser listo como mis mejores amigos Joe Carp i Frank Reilly.

Yo no recuerdo como termino el convite pero yo creo que fui a comprar un periodico i cafe para Joe i Frank i cuando bolbi ya no estaban ayi. Espere que ellos bolbieran asta muy tarde. Luego no recuerdo tambien pero creo que me e puesto enfermo o dormido. Un guardia me yevo a casa. Esto es lo que dise mi patrona la señora Flynn.

Pero yo tengo dolor de cabeza i un chichon en mi cabeza i todo morado. Yo creo que tal bes me cay pero Joe Carp dise que fue el guardia ellos pegan a veces a los borrachos. Yo no lo creo. La señorita Kinnian dise que los guardias son para ayudar a la gente. De todo modo tengo mucho dolor de cabeza i estoi enfermo i todo me duele. Creo que no boi a ver nunca mas.

Abril 6. E ganado a Algernon. Yo no sabia que abia ganado a Algernon asta que Burt el que asia la prueba me lo a dicho. Luego la segunda bes yo e perdido porque estaba muy esitado. Pero despues e ganado yo 8 beses mas. Tengo que ser mas listo aora para ganar a un raton tan listo como Algernon. Pero yo no me *siento* mas listo.

Yo queria acer mas carreras con Algernon pero Burt dise que ay bastante para un dia. Ellos me an dejado cojer el raton un minuto. El no es tan malo. Es blando como una bola de algodón. El cierra los ojos i cuando los abre son negros i de color rosa en los bordes.

Yo e dicho puedo darle comida porque a mi me sabe mal aberle ganado i yo queria ser amable i ser amigos. Burt dise no. Algernon es un raton muy especial con una operasion como la mia i el primer animal que es listo tanto tiempo. El dise que Algernon es tan listo que cada dia tiene que resolber un test para tener su comida. Es una cosa como una serradura en una puerta que cambia cada bes que Algernon ba a

comer de modo que tiene que aprender algo nuevo para tener su comida. Esto me pone triste porque si el no pudiera aprender tendria mucha hambre.

Yo no creo que este bien hacer pasar un test para comer. Le gustaria al doctor Nemur tener que pasar un test cada bes que quiere comer. Creo que Algernon i yo seremos mui amigos.

Abril 9. Esta noche despues de trabajar la señorita Kinnian estava en el laboratorio. Eya parecia como si estuviese contenta de verme pero asustada. Yo le e dicho a la señorita Kinnian no se preocupe todabia no soi listo i eya se rie mucho. Eya dise yo tengo confiansa en ti Charlie porque as trabajado mas que todos los otros para aprender a leer i escribir mejor que todos los demas. En el peor caso tu abras tenido esto una temporada i estas asiendo algo por la siensia.

Nosotros estamos leyendo un libro mui difisil. Nunca abia leido un libro tan difisil. Se yama *Robinson Crusoe* i es de un ombre que esta solo en una isla desierta. El es mui listo i ase muchas cosas para tener una casa i comida i el es un buen nadador. Pero a mi me da pena porque esta solo i no tiene amigos. Pero yo creo que en la isla tiene que aber algien mas porque ai un dibujo que esta el ombre mirando unas ueyas de pasos que ay en el suelo i yeba un paraguas mui dibertido. Yo espero que el encontrara un amigo i no estara solo.

Abril 10. La señorita Kinnian me enseña a escribir mejor. Eya dise mira una palabra i cierra los ojos i la dises una i otra bes hasta que la recuerdes. A mi me cuesta mucho aprender a poner bien la b i las v, i tambien me cuesta mucho aprender a escribir con la h. Aora ya no hago tantas faltas me ha dicho porque soy mas listo. Aun estoi confundido pero la señorita Kinnian me dise que no hay que pensar para deletrear.

Abril 14. He terminado *Robinson Crusoe*. Yo quería saber mas de lo que pasa a el pero Kinnian dise que todo esta en el libro. *Porque.*

Abril 15. Kinnian dise que estoi aprendiendo mucho. Eya ha leido algunas de las Relaciones de Progresos i parece muy divertida. Eya dise que yo soy una buena persona i que yo lo demuestro a todos eyos. Yo le he preguntado porque. Ella dice que no importa pero que no tengo que preocuparme si descubro que todo el mundo no es tan bueno como yo creo. Eya dise que una persona a quien dios ha dado tan poco como a ti hase mas que un monton de personas con cerebros que ellos nunca usan. Yo he dicho que todos mis amigos son personas listas pero eyos son buenos. Eyos me quieren i nunca han echo nada que no era bueno. Luego eya tenia algo en los ojos i se ha marchado corriendo al lababo de las señoras.

Abril 16. Hoy he aprendido la coma. Esto es una coma (,) un punto con una cola. La señorita Kinnian, dise, que es importante, porque hase escribir, mejor, ella dise,

alguien, puede perder, mucho dinero, si una coma, no, esta, en el, lugar, debido. Yo no tengo, ningun dinero, y yo no veo, como una coma, evita, que se pierda, el dinero, Pero ella dise, que todo el mundo usa comas. Asi que, yo las uso, tambien,

Abril 17. He usado la coma mal. Es puntuacion. La señorita Kinnian dise que tengo que mirar palabras largas en el diccionario para aprender a escribirlas bien. Le digo que cual es la diferencia si uno puede leerlas igual. Eya dise que esto es parte de mi educacion de modo que aora miro todas las palabras que no estoy seguro de como se escriben. Se necesita mucho tiempo para escribirlas asi pero solo tengo que mirarlas una vez y luego ya lo hago bien.

Pueden mezclarse los signos, eya me ha enseñado? a mi » como se mezclan ! los signos (bien, y ahora; ya puedo i mezclar toda clase » de signos de puntuacion, en ! mi escritura? Alli, hay montones! de reglas ? para aprender; pero yo estoy metiendolas en mi cabeza.

Una cosa que a mi ? me gusta de la, Querida señorita Kinnian: (asi es como hay que ponerlo en una carta de negocios si algun dia me dedico a los negocios) es que eya, siempre me da un motivo» cuando yo pregunto. Eya es un genio! Me gustaria! poder ser tan listo » como, eya;

(La puntuacion es;dibertida!)

Abril 18. ¡Que tonto soi! Ni siquiera comprendía lo que ella estaba diciendo. Anoche lei la gramatica y lo esplica todo. Entonces yo vi que era lo mismo que la señorita Kinnian trataba de explicarme, pero yo no lo cojia. Lo he estado mirando hasta medianoche, y lo he comprendido perfectamente.

La señorita Kinnian dice que la TV trabajando mientras yo dormia me ha ayudado mucho. Ella dice que yo he alcansado una meseta. Esto es como arriba de una montaña que esta llana.

Despues de haber aprendido como funcionan los signos de puntuadon, he leido todas mis Relaciones de Progresos desde el principio. ¡Cuantas faltas de ortografía y de puntuacion! Le he dicho a la señorita Kinnian que voy a repasarlo todo para corregir las faltas, pero ella ha dicho: «No, Charlie, el doctor Nemur las quiere tal como están. Por eso ha dejado que las guardes después de haber sacado una fotocopia, para conprobar tus progresos. Estás adelantando muy rápidamente, Charlie».

Esto me ha puesto muy contento. Despues de la leccion he ido a jugar con Algernon. Ya no haremos mas carreras.

Abril 20. Estoy enfermo por dentro. No enfermo para ir a buscar al médico, sino que me parece que tenga el pecho vacío y que me arda el corazón al mismo tiempo.

No iba a escribir sobre esto, pero creo que tengo que hacerlo porque es importante. Hoy ha sido la primera vez que he regresado directamente a casa después del trabajo.

Anoche Joe Carp y Frank Reilly me invitaron a ir con ellos. Había muchas chicas y algunos hombres de la fábrica. Yo recordé lo enfermo que me había puesto la última vez que bebí demasiado, de modo que le dije a Joe que no quería beber nada. Joe me dio un trozo de galleta para comer. No era mala, pero creo que me dejó un mal gusto en la boca.

Durante un rato nos divertimos mucho. Joe dijo que yo tenía que bailar con Ellen y ella me enseñaría los pasos. Me caí unas cuantas veces y no podía comprender porque, ya que nadie estaba bailando aparte de Ellen y yo. Y todo el rato estaba tropezando porque el pie de alguien se enredaba en los míos.

Luego, cuando vi la expresión de la cara de Joe sentí una sensación de malestar en la boca del estómago. «Es un bromista», dijo una de las muchachas. Todo el mundo se estaba riendo.

Frank dijo:

—No me he reído tanto desde que le enviamos a buscar el periódico aquella noche, en el Muggsy, y le dejamos completamente borracho.

—Miradle. Se ha puesto colorado.

—Está ruborizándose. Charlie está ruborizándose.

—Oye, Ellen, ¿qué le has hecho a Charlie? Nunca le había visto reaccionar de este modo.

Yo no sabía qué hacer ni a donde mirar. Todo el mundo me estaba mirando y riendo y yo me sentí desnudo. Deseaba ocultarme. Eché a correr y salí a la calle. Luego me marché a casa andando. Es curioso que nunca supiera que Joe y Frank y todos los demás solo querían estar conmigo para reírse de mí.

Ahora sé lo que quieren decir cuando hablan de parecerse a Charlie Gordon.

Estoy avergonzado.

Relación de progresos 11

Abril 21. Todavía no he ido a la fábrica. Le he dicho a mi patrona la señora Flynn que avisara al señor Donnegan diciéndole que estaba enfermo. La señora Flynn me ha mirado de un modo muy raro, como si se asustara de mí.

Creo que descubrir que todo el mundo se ríe de mí es una cosa buena. He pensado mucho en ello. Esto pasa porque soy tonto y ni siquiera sé cuando estoy haciendo alguna tontería. La gente piensa que es divertido cuando una persona no puede hacer las cosas del mismo modo en que ellos las hacen.

De todos modos, ahora me estoy volviendo cada día más listo. Conozco la puntuación y escribo perfectamente. Estudio las palabras más difíciles del diccionario y me acuerdo de ellas. Ahora leo mucho, y la señorita Kinnian dice que leo muy deprisa. A veces incluso comprendo lo que estoy leyendo, y se me queda en la cabeza. A veces cierro los ojos y pienso en una página y la veo toda como si fuera un cuadro.

Además de historia, geografía y aritmética, la señorita Kinnian dice que tengo que empezar a estudiar algunos idiomas extranjeros. El doctor Strauss me ha dado algunos discos más para que los ponga al acostarme. Todavía no comprendo cómo funcionan la mente consciente y la subconsciente, pero el doctor Strauss dice que no debo preocuparme aún por eso. Me ha pedido que le prometa que cuando la semana próxima empiece a estudiar temas universitarios, no leeré ningún libro de psicología... es decir, hasta que él me autorice a hacerlo.

Hoy me encuentro mucho mejor, pero creo que aún estoy un poco furioso porque aquella gente se reía de mí y me tomaba el pelo porque no era tan listo. Cuando me convierta en un hombre inteligente como dice el doctor Strauss, habiendo triplicado mi CI de 68, entonces tal vez seré igual que los demás y la gente me tratará de un modo amistoso.

No estoy seguro de lo que es un CI. El doctor Nemur dijo que era algo que medía lo inteligente que era uno... como una escala de pesos de la tienda. Pero el doctor Strauss tuvo una gran discusión con él y dijo que un CI no pesa la inteligencia. Dijo que un CI indica cuánta inteligencia puede uno desarrollar, como los números que hay en la parte exterior de un vaso de medir líquidos.

Luego, cuando le pregunté a Burt, el que me hizo los tests de inteligencia y las pruebas con Algernon, me dijo que los dos estaban equivocados (tuve que prometerle que no se lo diría a ellos). Burt dice que un CI mide un montón de cosas distintas, incluidas algunas de las cosas que uno ya había aprendido, y que en realidad no sirve para nada.

De modo que todavía no sé lo que es un CI, excepto que el mío será pronto de más de 200. No quiero decir nada, pero no entiendo una cosa: si ellos no saben *lo que es*, ni *dónde está*, ¿cómo pueden saber cuánto ha adquirido uno?

El doctor Nemur dice que mañana pasaré un *Test de Rorshach*. Me pregunto qué será eso.

Abril 22. Ya he descubierto lo qué es un *Rorshach*. Se trata del test que me hicieron antes de la operación: el de las manchas de tinta en los trozos de cartulina. El hombre que me hizo el test era el mismo.

Yo estaba muy asustado por aquellas manchas de tinta. Sabía que iba a preguntarme qué es lo que veía en ellas, y sabía que no sería capaz de ver nada. Estaba pensando si habría algún modo de saber qué clase de cuadros estaban ocultos allí. Tal vez no eran cuadros. Tal vez era un truco para ver si yo era lo bastante tonto como para ver allí algo que no había. Al pensar en esto me puse furioso contra él.

—Bien, Charlie —dijo—. Ya has visto antes estas cartulinas. ¿Te acuerdas?

—Claro que me acuerdo.

Por el tono de mi voz comprendió que yo estaba furioso. Pareció sorprendido.

—Sí, claro. Ahora quiero que mires ésta. ¿Qué puede ser? ¿Qué ves en esta cartulina? La gente ve toda clase de cosas en estas manchas de tinta. Dime lo que ves

tú en ella... ¿En qué te hace pensar?

Yo estaba impresionado. Aquello no era lo que yo había esperado que dijera.

—¿Quiere usted decir que no hay ningún cuadro escondido en estas manchas de tinta?

Arrugó la frente y se quitó las gafas.

—¿Qué?

—Cuadros. Ocultos en las manchas de tinta. La última vez usted me dijo que cualquiera podía verlos y que usted quería que también yo los encontrara.

Él me explicó que la última vez había utilizado casi exactamente las mismas palabras que estaba utilizando ahora. Yo no podía creerlo, y todavía tengo la sospecha de que me estaba engañando para reírse de mí. A no ser —también cabía la posibilidad— que yo no le hubiese entendido bien a causa de mi deficiencia mental.

Miramos todas las cartulinas lentamente. Una de ellas parecía un par de murciélagos chocando contra algo. Otra parecía dos hombres luchando con espadas. Yo imaginaba toda clase de cosas. Y creo que lo hice bastante bien. Pero ya no me fiaba de aquel hombre y daba la vuelta a todas las cartulinas para ver si tenían algo oculto. Mientras él tomaba notas, yo miraba por el rabillo del ojo para ver si podía leerlo.

Pero lo escribía todo en clave y era algo así:

WF + A DdF - Ad orig. WF - A
SF + ojb.

El test todavía no tiene sentido para mí. Me parece que cualquiera puede mentir diciendo que ha visto cosas que en realidad no ha visto. ¿Cómo podía saber aquel hombre que yo no le estaba tomando el pelo mencionando cosas que en realidad no me eran sugeridas por las manchas de tinta? Tal vez pueda comprenderlo cuando el doctor Strauss me deje leer libros de psicología.

Abril 25. Me he inventado un nuevo modo de alinear las máquinas en la fábrica, y el señor Donnegan dice que esto le ahorrará diez mil dólares al año en trabajo y en aumento de la producción. Me ha dado un billete de veinticinco dólares.

Quería invitar a almorzar a Joe Carp y a Frank Reilly para celebrarlo, pero Joe me ha dicho que tenía que ir a comprar algunas cosas con su mujer, y Frank me ha dicho que tenía que ir a almorzar con su primo. Creo que tendrá que pasar algún tiempo para que se acostumbren al cambio que se ha operado en mí. Todo el mundo parece estar asustado de mí. Cuando me acerqué a Amos Borg y le toqué en el hombro, dio un gran salto.

La gente ya no me habla amistosamente como solía hacerlo antes. Esto hace que me sienta un poco solo.

Abril 27. Hoy he reunido todo mi valor y he pedido a la señorita Kinnian que

venga a cenar conmigo mañana por la noche para celebrar la propina que me había dado el señor Donnegan.

De momento, ella no estaba segura de sí sería correcto, pero yo se lo he preguntado al doctor Strauss y me ha dicho que no había ningún inconveniente. El doctor Strauss y el doctor Nemur no parecen estar en muy buenas relaciones. Se pasan el tiempo discutiendo. Esta noche, cuando he entrado para preguntarle al doctor Strauss lo de ir a cenar con la señorita Kinnian, les he oído gritar. El doctor Nemur estaba diciendo que aquél era su experimento y su investigación, y el doctor Strauss replicaba que él había contribuido tanto como su colega, ya que me había encontrado a través de la señorita Kinnian y había realizado la operación. El doctor Strauss ha añadido que algún día millares de neurocirujanos podrían utilizar su técnica en todo el mundo.

El doctor Nemur desea publicar los resultados del experimento a finales de este mes. El doctor Strauss quiere esperar un poco más, para mayor seguridad. El doctor Strauss ha dicho que el doctor Nemur estaba más interesado en la Cátedra de Psicología de Princeton que en el experimento. El doctor Nemur ha dicho que el doctor Strauss no era más que un oportunista que estaba tratando de obtener gloria pegándose a sus faldas.

Más tarde, cuando salí de allí, estaba temblando. No sé exactamente por qué, pero era como si hubiera visto claramente a aquellos dos hombres por primera vez. Recuerdo haber oído a Burt decir que el doctor Nemur tenía una esposa muy ambiciosa que le estaba apremiando siempre para que publicara cosas a fin de que pudiera convertirse en un hombre famoso. Burt decía que el sueño dorado de la esposa del doctor Nemur era tener un marido de gran renombre.

¿Estaba tratando realmente el doctor Strauss de obtener gloria pegándose a sus faldas?

Abril 28. No comprendo cómo nunca me había dado cuenta de lo bonita que es en realidad la señorita Kinnian. Tiene los ojos castaños, y sus sedosos cabellos, del mismo color, le llegan hasta los hombros. ¡Sólo tiene treinta y cuatro años! Creo que desde el primer momento yo había tenido la sensación de que era un genio inalcanzable... y muy, muy vieja. Ahora, cada vez que la veo me parece más joven y más encantadora.

Hemos cenado y hemos charlado un buen rato. Cuando me ha dicho que yo estaba avanzando con tanta rapidez que pronto la dejaría a ella atrás, me he echado a reír.

—Es verdad, Charlie. Eres ya mucho mejor lector que yo misma. Puedes leer una página entera de una sola ojeada, en tanto que yo sólo puedo captar unas cuantas líneas al mismo tiempo. Y tú recuerdas todo lo que lees. En cambio yo, con mucha suerte, sólo puedo recordar las ideas principales y el significado general de lo que he leído.

—Yo no me siento inteligente. Hay tantas cosas que no comprendo...

La señorita Kinnian cogió un cigarrillo y yo le di fuego.

—No tienes motivos para quejarte, Charlie. En cuestión de días y de semanas estás obteniendo lo que a las personas normales les cuesta media vida adquirir. Esto es lo que hace tan sorprendente la cosa. Ahora eres como una esponja gigante que va absorbiendo cosas, hechos, cifras, conocimientos generales. Y pronto empezarás a relacionarlas unas con otras. Verás cómo están conectadas las distintas ramas del conocimiento. Existen muchos niveles de cultura, Charlie, como peldaños de una gigantesca escalera que le lleva a uno cada vez más arriba y más arriba para ver más y más el mundo que le rodea.

»Yo sólo puedo ver un trocito de ese mundo, Charlie, y no llegaré mucho más arriba de lo que estoy ahora, pero tú subirás más y más alto, y verás más y más cosas, y cada peldaño te abrirá nuevos mundos que nunca habías imaginado que pudieran existir. —Frunció el ceño—. Espero... sólo espero que Dios...

—¿Qué?

—No importa, Charlie. Sólo espero no haberme equivocado cuando te aconsejé que fueras el primero en dejarte operar.

Me eché a reír.

—Eso no es posible. La cosa ha salido bien, ¿no es cierto? Incluso Algernon sigue siendo listo.

Nos quedamos en silencio un buen rato, y yo sé lo que ella estaba pensando mientras me miraba jugar con la cadena de mi pata de conejo y mis llaves. No quiero pensar en aquella posibilidad, del mismo modo que la gente de edad madura no quiere pensar en la muerte. Yo sé que esto es sólo el comienzo. Sé lo que la señorita Kinnian había querido decir al hablar de los niveles de cultura, porque yo he visto ya algunos de ellos. La idea de dejarla a ella me entristecía.

Estoy enamorado de la señorita Kinnian.

Relación de progresos 12

Abril 30. He dejado mi trabajo en la *Donnegan's Plastic Box Company*. El señor Donnegan insistió en que sería mejor para todos que yo me marchara. ¿Qué es lo que he hecho para que me odien tanto?

La primera noticia que tuve del asunto fue cuando el señor Donnegan me enseñó la petición. Ochocientos cuarenta nombres, todos los obreros de la fábrica, excepto Fanny Gierden. Al repasar rápidamente la lista, vi que el suyo era el único nombre que faltaba. Todos los demás pedían que yo fuese despedido.

Joe Carp y Frank Reilly no quisieron hablar del asunto. Excepto Fanny, nadie quiso hablar conmigo del asunto. Fanny es una de las pocas personas que conozco que actúan de acuerdo con lo que creen a pesar de todo lo que el resto del mundo pueda decir, hacer o pensar. Y Fanny creía que yo no tenía que ser despedido. Se había opuesto a la petición desde el primer momento y se mantuvo firme en su

posición a pesar de las presiones y de las amenazas de que había sido objeto.

—Lo cual no quiere decir que yo no crea que hay algo muy extraño en lo que te ha ocurrido, Charlie —observó Fanny—. Has cambiado mucho. Eras un hombre bueno, obediente, normal... tal vez no demasiado brillante, pero honrado. Quién sabe lo que has hecho contigo mismo para convertirte rápidamente en un hombre tan listo... Como todo el mundo dice por aquí, Charlie, la cosa resulta un poco misteriosa.

—Pero ¿cómo puedes decir eso, Fanny? ¿Qué hay de malo en que un hombre adquiriera inteligencia y desee aumentar sus conocimientos y comprender el mundo que le rodea?

Fanny desvió la mirada fijándola en su trabajo y yo me volví para marcharme. Sin mirarme, Fanny dijo:

—Cuando Eva escuchó a la serpiente y comió el fruto del árbol del conocimiento, fue obra del demonio. Cuando vio que estaba desnuda, fue obra del demonio... De no haber sido por aquello ninguno de nosotros se hubiera hecho viejo, ni hubiera conocido las enfermedades, ni hubiera muerto.

De nuevo, la sensación de vergüenza ardía en mi interior. Esta inteligencia ha levantado una barrera entre mi persona y los hombres y mujeres a los que conocía y quería. Antes, se reían de mí y me despreciaban por mi ignorancia y estupidez; ahora, me odian por mis conocimientos y por mi comprensión. En nombre del cielo, ¿qué es lo que quieren de mí?

Me han echado de la fábrica. Ahora estoy más sólo que nunca.

Mayo 15. El doctor Strauss está furioso conmigo porque no he escrito ninguna relación de progresos en dos semanas. Tiene mucha razón en quejarse, porque el laboratorio me paga ahora un salario regular. Le dije que estaba demasiado ocupado pensando y leyendo. Cuando le expliqué que el trabajo de escribir me resultaba muy pesado, debido a la mala letra que tengo, lo cual me hacía perder la paciencia, me sugirió que aprendiera a escribir a máquina. Ahora me resulta mucho más fácil escribir, ya que puedo mecanografiar casi setenta y cinco palabras por minuto. El doctor Strauss me recuerda continuamente la necesidad de hablar y de escribir de un modo sencillo, de modo que la gente pueda comprenderme.

Trataré de pasar revista a todas las cosas que me han ocurrido durante las últimas dos semanas. Algernon y yo fuimos presentados a la Sociedad Psicológica Norteamericana reunida en asamblea con la Sociedad Psicológica Mundial el pasado jueves. Produjimos una verdadera sensación. El doctor Nemur y el doctor Strauss estaban muy orgullosos de nosotros.

Sospecho que el doctor Nemur, que tiene sesenta años —diez más que el doctor Strauss—, estima necesario comprobar los resultados tangibles de su trabajo. Indudablemente, como resultado de las presiones de la señorita Nemur.

Contrariamente a mis primeras impresiones de él, me he dado cuenta de que el

doctor Nemur no es ni mucho menos, un genio. Tiene un cerebro bastante bueno, pero está muy inseguro de sí mismo. Quiere que la gente le tome por un genio. En consecuencia, para él es muy importante saber que su trabajo es aceptado por el mundo. Creo que el doctor Nemur está impaciente porque teme que alguien pueda hacer algún descubrimiento en el mismo campo científico en el que él trabaja y esto le quite fama a él.

El doctor Strauss, en cambio, puede ser llamado un genio, aunque tengo la impresión de que sus zonas de conocimiento son demasiado limitadas. Fue educado en la tradición de la más estricta especialización; los aspectos más amplios de su propia especialidad fueron descuidados más de la cuenta... incluso tratándose de un neurocirujano.

Quedé asombrado al enterarme de que los únicos idiomas antiguos que podía leer eran latín, griego y hebreo, y que no sabe casi nada de matemáticas más allá de los niveles elementales del cálculo de variaciones. Cuando él mismo me confesó esto, casi me sentí enojado. Era como si hubiera estado ocultando aquella parte de sí mismo a fin de engañarme, fingiendo —como he descubierto que hace mucha gente— ser lo que no es. Ninguna de las personas que conozco es lo que parece ser en la superficie.

El doctor Nemur no parece encontrarse a gusto a mi lado. A veces, cuando trato de hablar con él, se limita a mirarme de un modo muy raro y da media vuelta, dejándome con la palabra en la boca. De momento, me puse furioso cuando el doctor Strauss me dijo que yo le estaba dando al doctor Nemur un complejo de inferioridad. Creía que se estaba burlando de mí, y soy muy susceptible al imaginar que puedan reírse a mi costa.

¿Cómo podía yo saber que un reputado psicoexperimentalista como Nemur no supiera una palabra de indostánico ni de chino? Es algo completamente absurdo, teniendo en cuenta los trabajos que se realizan en la India y en China en aquella misma especialidad científica.

Le pregunté al doctor Strauss cómo podía refutar Nemur los ataques de Rahajamati a su método y a sus resultados, si Nemur no era capaz de leerlos primero. La extraña expresión del rostro del doctor Strauss sólo podía significar una de dos cosas: o bien que no quería decirle a Nemur lo que opinaban en la India de sus experimentos, o bien —y esto me preocupa— que el propio doctor Strauss lo ignoraba. Debo tener cuidado y hablar y escribir de un modo claro y sencillo de modo que la gente no se ría.

Mayo 18. Estoy muy disgustado. Anoche vi a la señorita Kinnian por primera vez desde hace una semana. Traté de evitar toda alusión a temas demasiado intelectuales y de mantener la conversación a un nivel sencillo, cotidiano, pero ella se limitó a mirarme con expresión de desconcierto y me preguntó qué significaba aquello de la variante matemática equivalente en el *Quinto Concierto* de Dorbermann.

Cuando traté de explicárselo me hizo callar y se echó a reír. Me puse furioso, pero sospecho que me estoy acercando a ella a un nivel equivocado. Hable de lo que hable con ella, soy incapaz de establecer una comunicación entre nosotros. Debo revisar las ecuaciones de Wrostadt sobre *Los niveles de progresión semántica*. Me he dado cuenta de lo imposible que me resulta establecer comunicación con la gente. Gracias a Dios, puedo pensar en libros, y en música, y en otras muchas cosas. La mayor parte del tiempo lo paso solo en mi habitación de la casa de huéspedes de la señora Flynn, y rara vez hablo con alguien.

Mayo 20. De no ser por el incidente de los platos rotos, no me hubiera fijado en el chico que lavaba los platos. Un muchacho de unos dieciséis años que trabajaba en el restaurante donde solía cenar todas las noches.

Los platos cayeron al suelo, haciéndose añicos y esparciendo trozos de loza blanca por debajo de las mesas. El muchacho quedó allí de pie, aturdido y asustado, con la bandeja vacía en las manos. Los comentarios y las carcajadas de los clientes (los gritos de «¡Vaya! ¡Ahí van los beneficios!»... «¡Mazeltov!»... y, «Bueno, no trabajará aquí mucho tiempo»... que parecen seguir de un modo invariable a la rotura de vasos o de platos en un restaurante) parecían confundirle más y más.

Cuando el dueño se presentó para ver a qué se debía todo aquel jaleo, el muchacho se cubrió el rostro con el antebrazo como si temiera recibir una bofetada de un momento a otro.

—Está bien, está bien, ya lo has hecho —gritó el dueño—. ¡No te quedes ahí plantado como un pasmarote! Ve a buscar una escoba y barre todo esto. Una escoba... ¡Una escoba, idiota! Está en la cocina. Barre bien todos los pedazos.

El muchacho vio que no iba a ser castigado. Su asustada expresión desapareció, y cuando regresó con la escoba para barrer el suelo estaba sonriendo. Unos cuantos clientes empezaron a reírse a su costa.

—Aquí, muchacho, detrás tuyo tienes un hermoso pedazo de plato...

—Vamos, hazlo otra vez...

—No es tan tonto como parece. Es más fácil romper los platos que lavarlos...

El muchacho miró, con ojos desprovistos de toda expresión, a los que hablaban y finalmente sonrió por la chanza que evidentemente no comprendía.

Al ver aquella vacua sonrisa, aquella insegura mirada de los ojos de un niño deseoso de mostrarse complaciente, me sentí enfermo. Se estaban riendo de él porque era un retrasado mental.

Y yo también me había estado riendo de él.

Repentinamente, me puse furioso conmigo mismo y con todos aquellos que se estaban mofando del muchacho. Me levanté de un salto y grité:

—¡Cállense! ¡Déjenlo en paz! ¡No es culpa suya si no puede comprender! ¡No puede evitar ser como es! Pero... ¡Pero sigue siendo un ser humano!

Se produjo un gran silencio. Me maldije a mí mismo por haber perdido el control

y haber hecho aquella escena. Mientras pagaba mi cuenta, sin haber tocado la comida, traté de no mirar al muchacho. Me sentía avergonzado por los dos.

Cuán extraño resulta que unas personas de buenos sentimientos, sensibles, que no abusarían de un hombre que hubiera nacido sin brazos, o sin piernas, o sin ojos, no consideren ofensivo tomarle el pelo a un hombre que ha nacido corto de inteligencia. Me enfurecía pensar que hacía muy poco tiempo, al igual que el muchacho del restaurante, yo había representado estúpidamente el papel de payaso.

Y casi lo había olvidado.

Me ocultaba a mí mismo el cuadro del antiguo Charlie Gordon porque ahora, que era inteligente, aquello era algo que debía borrar de mi cerebro. Pero hoy, al mirar a aquel muchacho, he visto por primera vez lo que yo he sido. *¡Yo era exactamente igual que él!*

Hace muy poco tiempo, aprendí que la gente se reía de mí. Ahora sé que inconscientemente me unía a la gente riéndome de mí mismo. Y esto es mucho más doloroso.

A menudo he vuelto a leer mis relaciones de progresos y he visto la ignorancia, la ingenuidad infantil, la mente de escasa inteligencia mirando desde una habitación oscura a través del ojo de la cerradura, a la cegadora luz del exterior. Veo que incluso en mi estupidez yo sabía que era inferior, y que las otras personas tenían algo que a mí me faltaba... algo que a mí me había sido negado. En mi ceguera mental, yo pensaba que era algo relacionado con la capacidad de leer y escribir, y estaba convencido de que si yo podía adquirir aquellas habilidades automáticamente me sería dada también la inteligencia.

Incluso un hombre de mentalidad atrasada desea ser como los otros hombres.

Un niño puede no saber cómo alimentarse a sí mismo, ni lo que tiene que comer, pero sabe que tiene hambre.

La lección recibida había sido muy provechosa para mí. Viendo el pasado con más claridad, he decidido aplicar mis conocimientos y mis habilidades a la tarea de aumentar los niveles de la inteligencia humana. ¿Quién mejor equipado que yo para esa tarea? ¿Quién ha vivido en los dos mundos? He pertenecido a la familia de los retrasados mentales. Dejadme que emplee el don que me ha sido concedido en hacer algo por ellos.

Mañana hablaré con el doctor Strauss para ver cómo puedo enfocar mi trabajo para que resulte más eficaz. Tal vez pueda ayudarle en la solución de los problemas que plantea la extensión de la técnica que me fue aplicada. Tengo varias ideas.

Esta técnica puede producir resultados asombrosos. Si ha podido convertirme a mí en un genio, ¿no podrían alcanzarse niveles fantásticos aplicándola a personas normales? ¿Y aplicándola a genios innatos?

Hay muchas puertas por abrir, y yo estoy impaciente por abrirlas.

Relación de progresos 13

Mayo 23. Ha ocurrido hoy. Algernon me ha mordido. He ido al laboratorio para hacerle una visita, como hago de vez en cuando, y al sacarle de la jaula me ha mordido en la mano. He vuelto a meterlo en la jaula y lo he mirado un buen rato. Estaba desacostumbradamente excitado y agresivo.

Mayo 24. Burt, que se encarga de los animales destinados a experimentos, me ha dicho que Algernon está cambiando. Se muestra indolente, se niega a recorrer el laberinto, y la motivación general ha disminuido. Y no quiere comer. Todo el mundo está intrigado acerca del significado que todo esto pueda tener.

Mayo 25. Han tenido que alimentar a Algernon, ya que ahora se niega a resolver problemas para poder obtener su comida. Todo el mundo me identifica con Algernon. En realidad, los dos somos los primeros de nuestro tipo. Todos aseguran que el comportamiento de Algernon no es necesariamente significativo para mí, pero resulta difícil ocultar el hecho de que algunos de los otros animales que fueron utilizados en este experimento se están portando de un modo muy raro.

El doctor Strauss y el doctor Nemur me han pedido que no vaya al laboratorio. Sé lo que están pensando, pero no puedo aceptarlo. Voy a seguir adelante con mis proyectos de investigación. Con el debido respeto a los dos excelentes hombres de ciencia, tengo plena consciencia de sus limitaciones. Si existe una respuesta, tengo que encontrarla por mí mismo. De pronto, el tiempo se ha convertido en algo muy importante para mí.

Mayo 29. Me han proporcionado un laboratorio para mi uso personal, y permiso para seguir con mis investigaciones. Los estoy aprovechando bien. Trabajo día y noche. Tengo una cama plegable en el laboratorio. La mayor parte del tiempo que dedicaba a la escritura, ahora lo invierto en la redacción de las notas, que guardo en folios separados, pero de vez en cuando necesito anotar mis estados de ánimo y mis pensamientos, tal como tenía por costumbre antes.

He descubierto que el *cálculo de inteligencia* es un estudio fascinante. Éste es el campo al que puedo aplicar todos los conocimientos que he adquirido. Es el problema que ha afectado de un modo directo toda mi vida.

Mayo 31. El doctor Strauss cree que trabajo demasiado. El doctor Nemur dice que pretendo concentrar en unas semanas toda una vida de investigación. Sé que debería descansar, pero me siento empujado Por algo interior que no me permite que me detenga. Debo descubrir el motivo de la repentina regresión de Algernon. Tengo que saber si me ocurrirá a mí, y cuándo.

Junio 4.

CARTA AL DOCTOR STRAUSS (*copia*).

Mi querido doctor Strauss:

En sobre aparte le envió una copia de mi informe titulado «El efecto Algernon/Gordon: Un estudio sobre la estructura y el funcionamiento de la inteligencia aumentada», el cual me gustaría que leyera usted antes de su publicación.

Como podrá ver, mis experimentos han sido exhaustivos. He incluido en mi informe todas mis fórmulas, así como los análisis matemáticos que van en el apéndice. Por supuesto, los análisis tienen que ser comprobados.

A causa de su importancia para usted y para el doctor Nemur (y no hace falta decir que también para mí) he revisado y vuelto a revisar mis resultados una docena de veces con la esperanza de encontrar un error. Siento decir que los resultados son exactos. Sin embargo, en beneficio de la ciencia, me alegro de haber podido aportar una pequeña contribución al conocimiento del funcionamiento de la mente humana y a las leyes que gobiernan el aumento artificial de la inteligencia humana.

Recuerdo que usted me dijo en cierta ocasión que un *fracaso* experimental o la *refutación* de una teoría era tan importante para el avance de un conocimiento como el propio éxito. Ahora sé que es verdad. Lamento, sin embargo, que mi contribución en este terreno descansa sobre las cenizas del trabajo de dos hombres a los cuales aprecio y admiro tanto.

Sinceramente suyo,

CHARLES GORDON

Junio 5. No debo dejar paso al sentimentalismo. Los hechos y los resultados de mis experimentos son claros, y los aspectos más sensacionales de mi propia rápida ascensión no pueden oscurecer el hecho de que la triplicación de la inteligencia por medio de la técnica quirúrgica desarrollada por los doctores Strauss y Nemur deben ser considerados como de muy escasa o de ninguna aplicabilidad (en los momentos actuales) para el aumento de la inteligencia humana.

Al revisar los informes y los datos sobre Algernon, veo que aunque se encuentra aún en su infancia física, ha retrocedido mentalmente. La actividad motriz ha empeorado; existe una acelerada pérdida de coordinación.

Existen también claros síntomas de una progresiva amnesia.

Tal como podrá apreciarse en mi informe, estos y otros síndromes de deterioro físico y mental pueden ser predichos con resultados estadísticamente significativos mediante la aplicación de mi fórmula.

Los estímulos quirúrgicos a los cuales hemos sido sometidos Algernon y yo han provocado una intensificación y una aceleración de todos los procesos mentales. El imprevisto desarrollo, al cual me he tomado la libertad de llamar el *Efecto Algernon-Gordon*, es la extensión lógica del proceso de aceleración de la inteligencia. La hipótesis aquí demostrada puede ser descrita sencillamente en los siguientes términos: la inteligencia aumentada artificialmente se deteriora en un espacio de

tiempo directamente proporcional a la cantidad del aumento.

Creo que esto, en sí mismo, es un importante descubrimiento.

Mientras sea capaz de escribir, seguiré anotando mis ideas en estas relaciones de progresos. Es uno de mis pocos placeres. Sin embargo, según todos los indicios, mi propio deterioro mental será muy rápido.

He empezado ya a notar síntomas de inestabilidad emotiva y de lagunas mnemotécnicas, que son los primeros en anunciar la proximidad del deterioro.

Junio 10. El deterioro va en aumento. Experimento prolongadas lagunas mentales. Algernon murió hace dos días. La autopsia ha demostrado que mis predicciones eran ciertas. Su cerebro había perdido peso y existía un reblandecimiento general de la masa encefálica, así como un ensanchamiento de las fisuras del cerebro.

Creo que no tardará en sucederme lo mismo a mí. Ahora que es un hecho seguro, no deseo que ocurra.

He colocado el cadáver de Algernon en una cajita de quesos y lo he enterrado en el patio trasero. He llorado.

Junio 15. El doctor Strauss ha venido a verme otra vez. No he querido abrirle la puerta y le he pedido que se marchara. Quiero estar solo. Me he convertido en una persona susceptible e irritable. Resulta difícil ahuyentar las ideas de suicidio. No ceso de decirme a mí mismo cuán importante será este diario introspectivo.

Es una extraña sensación la de coger un libro que uno ha leído y gozado hace sólo unos meses y descubrir que no lo recuerda. Me acuerdo de la gran impresión que me produjo John Milton, pero cuando cogí *El paraíso perdido* no comprendí absolutamente nada. Me puse tan furioso, que tiré el libro al otro extremo de la habitación.

Trato de aferrarme desesperadamente a algunas de las cosas que he aprendido. Oh Dios, que no lo pierda todo, te lo ruego...

Junio 19. A veces, por la noche, salgo a dar un paseo. Anoche no pude recordar dónde vivía. Un policía me acompañó a casa. Tengo la extraña sensación de que todo esto me ha ocurrido antes... hace mucho tiempo. No ceso de decirme a mí mismo que soy la única persona del mundo que puede describir lo que me está ocurriendo.

Junio 21. ¿Por qué no puedo recordar? Tengo que luchar. Me quedo en la cama días enteros sin saber ni quién soy ni dónde estoy. Luego, todo vuelve a mí como en un relámpago. Fugas de amnesia. Síntomas de senilidad... segunda infancia. Puedo verlos aparecer. Esto es cruelmente lógico. He aprendido tanto y con tanta rapidez... Ahora mi mente se está deteriorando rápidamente. Tengo que luchar. Me resulta insoportable pensar en el muchacho del restaurante, en su vacua expresión, en su estúpida sonrisa, en la gente riéndose de él. No, por favor, aquello no...

Junio 22. Estoy olvidando cosas que había aprendido recientemente. Parece que uso la pauta clásica: las últimas cosas aprendidas son las primeras en ser olvidadas. ¿Era así, en realidad? Tendré que mirarlo otra vez...

He vuelto a leer mi informe sobre el *Efecto Algernon-Gordon*, y he experimentado la extraña sensación de que estaba escrito por otra persona. Hay partes que ni siquiera comprendo.

La actividad motriz empeora. Tropiezo continuamente, y escribir a máquina se ha convertido en una tarea sumamente difícil.

Junio 23. He renunciado por completo al uso de la máquina de escribir. Mi coordinación es muy deficiente. Noto que cada vez me muevo con más lentitud. Hoy he recibido una terrible impresión. He cogido una copia de un artículo que había utilizado en mi investigación, *Über psychische Ganzheit* de Krueger, para ver si podía ayudarme a comprender mis deducciones. De momento creí que tenía algo en la vista. Luego he comprobado que ya no podía leer el alemán. He hecho la prueba con otros idiomas. Los he olvidado todos.

Junio 30. Ha pasado una semana desde la última vez que escribí. A través de mis dedos, todo se desliza como arena. La mayor parte de los libros que tengo me resultan ininteligibles ahora. El comprobarlo me pone furioso porque sé que hace unas semanas los leía y los comprendía perfectamente.

No ceso de decirme a mí mismo que tengo que continuar escribiendo informes a fin de que alguien pueda saber lo que me está ocurriendo. Pero resulta difícil formar las palabras y recordar cómo se escriben. Ahora tengo que consultar en el diccionario incluso palabras sencillas, y esto me pone nervioso.

El doctor Strauss viene por aquí casi todos los días, pero le he dicho que no quiero ver ni hablar con nadie. Se siente culpable. Todos ellos se sienten culpables. Yo no le reprocho nada a nadie. Pero resulta muy doloroso.

Julio 7. No me doy cuenta del paso de las semanas. Oy sé que es domingo porque puedo ver a través de mi ventana la gente que va a la iglesia. Creo que e estado en la cama toda la semana pero recuerdo a la señora Flynn que me ha traído comida unas cuantas beses. Me digo una y otra vez que tengo que hacer algo pero luego me olvido o quizás es más fácil no hacer lo que digo que voy a hacer.

Estos días he pensado mucho en mi madre y en mi padre. He encontrado una fotografía de ellos tomada en la playa conmigo. Mi padre tiene un balón muy grande debajo del brazo y mi madre me tiene cogido de la mano. No los recuerdo tal como están en la fotografía. Lo único que recuerdo es que mi padre estaba borracho la mayor parte del tiempo y siempre discutía con mamá por el dinero.

Casi nunca se afeitaba y me arañaba la cara cuando me cogía en brazos. Mi madre dijo que se había muerto pero la prima Miltie dijo que había oído a su madre y a su

padre que decían que mi padre se había fugado con otra mujer. Cuando se lo pregunté a mi madre me dio una bofetada y dijo que mi padre estaba muerto. No creo que yegue a saber nunca la berda pero no me importa mucho. (Mi padre me había dicho que iba a yebarme a una granja para ver las vacas, pero no lo izo. Nunca cumplía sus promesas...).

Julio 10. Mi patrona la señora Flynn está muy enfadada conmigo. Dice que cuando me ve todo el día tumbado en la cama y sin hacer nada se acuerda de su hijo antes de que lo echara de casa. Eya dice que no le gustan los gandules. Si estoi enfermo es una cosa, pero si soi un gandul es otra cosa y no lo aguantaré. Yo le he dicho que creo que estoy enfermo.

Trato de leer un poco todos los días, principalmente cuentos, pero a beses tengo que leer la misma cosa una y otra bes porque no sé lo que quiere decir. Y escribir es muy difícil. Sé que tendría que mirar todas las palabras en el dicsionario, pero es muy difencil y siempre estoi cansado.

Luego e tenido la idea de utilizar solo las palabras fáciles en vez de las difíciles. Esto aorra tiempo. Yevo flores a la tumba de Algernon una vez a la semana. La señora Flynn cree que estoi loco por yebarle flores a un ratón, pero yo le e dicho que Algernon era un ratón especial.

Julio 14. Es domingo otra bes. No tengo nada que acer para distraerme porque mi aparato de televisión está estropeado y no tengo dinero para arreglarlo. (Creo que he perdido el cheque del lavoratorio de este mes. No lo recuerdo).

Tengo terribles dolores de cabeza y la aspirina no me alibia. La señora Flynn sabe que estoi realmente enfermo i esta mui preocupada por mi. Es una mujer maravillosa cuando alguien esta emfermo.

Julio 22. La señora Flynn a yamado a un médico para que me visite. Tenia miedo de que me muriera. Le e dicho al médico que no estaba emfermo i que solo perdía la memoria algunas beses. El me a preguntado si tenía amigos o parientes i yo le e dicho que no tenía ninguno. Le e dicho que abía tenido un amigo llamado Algernon pero era un raton i aciamos carreras. Me a mirado de un modo muy raro, como si creiera que yo estaba loco.

Sonrio cuando le e dicho que yo avia sido un genio. Me ablo como si yo fuera un chiquillo i le a guiñado el ojo a la señora Flynn. Me e emfurecido i le e hecho salir de mi cuarto porque se estaba riendo de mí del modo que todos solian acer.

Julio 24. E estado mirando algunas de mis antiguas relaciones de progresos i son mui dibertidas pero no puedo leer lo que escribi. Puedo leer las palabras pero no tienen ningun sentido.

La señorita Kinnian a venido a berme pero yo le e dicho márchese yo no quiero berla a uste. Eya a yorado pero no la e dejado entrar porque no quiero que se ria de

mi. Le e dicho que ya no la queria. Le e dicho que ya no queria ser listo nunca más. Esto no es berda. Todabia la quiero i todabia quiero ser listo pero tenia que decirle aqueyo para que se marchara. Eya le a dado dinero a la señora Flynn para pagar la pensión. Yo no queria esto. Yo quiero tener un trabajo.

Por favor... por favor que no me olvide de como se lee i se escribe...

Julio 27. El señor Donnegan estuvo mui amable cuando fui a pedirle mi antigua plasa. Al principio me miro con sospecha pero yo le dicho lo que me abia ocurrido i entonces el parecio ponerse triste i a puesto su mano en mi ombro i me a dicho Charlie Gordon la plasa es tuia.

Todo el mundo me a mirado cuando e suvido arriva i e empesado a trabajar en los lababos limpiandolos como acia antes. Me e dicho a mi mismo Charlie si se rien de ti no te preocupes recuerda que eyos no son tan listos como abias creido que eran. I ademas eyos eran amigos tuios i si se reian de ti esto no significaba nada porque eyos tambien te querian a ti.

Uno de los ombres que entro a trabajar en la fabrica despues de marcharme yo se a acercado a mi i me a dicho Charlie e oido decir que eres un tipo mui listo. Di algo inteligente. Me a savido mal pero Joe Carp le a agarrado por la camisa i le a dicho deja a Charlie en paz estúpido o te rompo la cara. Yo no esperaba que Joe se pusiera de mi parte de modo que creo que es realmente mi amigo.

Mas tarde Frank Reilly a benido i me a dicho Charlie si alguien te molesta a ti me yamas a mi o a Joe i nosotros nos ocuparemos del. Yo le e dicho gracias Frank i e quedado tan emocionado que e tenido que meterme en uno de los lababos para que no me biera yorar. Es bueno tener amigos.

Julio 28. Oy e hecho una tonteria me e olvidado de que ya no estava en la clase de la señorita Kinnian en el centro de adultos como antes. E ido ayi i me e sentado en mi antiguo asiento en el fondo de la clase i eya me a mirado mui extraña i a dicho Charlie. Yo no recuerdo que antes me ubiera yamado a mi solo Charlie de modo que e dicho ola señorita Kinnian estoi preparado para mi lecsion de oy pero e perdido el libro de lectura que esta vamos utilizando. Eya a empesado a yorar i se ha marchado de la clase i todo el mundo me a mirado i e bisto que no era la misma gente que abia en mi clase.

Luego de repente e recordado algunas cosas de la operasion i cuando yo era mas listo i me e marchado antes de que la señorita Kinnian bolbiera a la clase.

Por esto me marchó de Nueva York. No quiero que la señorita Kinnian tenga pena por mi. En la fabrica todo el mundo tiene pena por mi i yo no quiero esto. Asi que me marchó a algun lugar donde nadie sepa que Charlie Gordon fue un genio por un tiempo i aora no puede ni siquiera leer un libro ni escribir bien.

Me yebare un par de libros i aunque no pueda leerlos are muchas practicas i tal bes no olvide todas las cosas que aprendi. Si ago muchas practicas tal bes sere un

poco mas listo de lo que era antes de la operasion. Me yebo mi pata de conejo i mi penique de la suerte i tal bes me ayuden.

Si yega a leer esto la señorita Kinnian no se preocupe por mi, yo estoi contento de aber tenido una segunda oportunidad de ser listo porque aprendi un monton de cosas que ni siquiera savia que estaban en este mundo i me alegre de averlas bisto un poco. No se porque soi tonto otra bes ni que e hecho mal. Quisa no trabaje bastante. Pero si yo trabajo i practico mucho quisa sere un poco mas listo i sabre lo que son todas las palabras. De todos modos me alegre de aber sido la primera persona tonta del mundo que a descubierto algo importante para la siensia. Yo recuerdo aber echo algo pero no recuerdo que.

Pero creo que era algo bueno para todas las personas tontas como yo.

Adios señorita Kinnian y doctor Strauss y todo el mundo. Y. P. D. por favor digan al doctor Nemur que no sea tan gruñon cuando la gente se rie de el i asi tendra mas amigos. Es facil aser amigos si uno deja que la gente se ria de uno. Donde yo boy tendre montones de amigos.

P. P. D.- Por favor si pueden pongan algunas flores en la tunva de Algernon en el patio trasero...

1961

19ª Convención - Seattle

El viaje más largo

Poul Anderson

En la pronunciación del nombre de Poul Anderson hay un secreto que sólo poseen los escandinavos.

El verano de 1959, Poul Anderson y su esposa, mientras atravesaban el país en coche, decidieron detenerse para visitar a los Asimov. (Podían elegir entre eso o caer en el océano Atlántico).

Esto me dio la oportunidad de verle, lo cual no sucede a menudo, pues él vive en «la costa», mientras que yo habito en un suburbio de Boston.

En cualquier caso, nos lo pasamos muy bien, y una considerable parte de aquella velada la empleamos en pronunciar alternativamente su nombre. Primero lo pronunciaba él, y luego yo, luego él, y luego yo, y así una y otra vez. Yo oía claramente la forma en que él lo pronunciaba (una delicada perversión de la vocal, que tiene que ser oída para podérsela creer), pero lo único que a mí me salía bien era «Pol».

Al fin, con una sonrisa de tolerancia en su rostro, el pobre Poul abandonó, admitiendo que todo el mundo le llamaba «Pol».

Por aquel entonces yo comenzaba a sentir una gran admiración por todas las cosas de Escandinavia (deberían escucharme contar mis experiencias en un restaurante de los que ofrecían el smorgasbord o mesa escandinava, en el que cometí una carnicería tan heroica que momentos después parecía necesario que me operasen), y quizá Poul tuviera mucho que ver con eso. Es alto, el cabello rubio y ondulado, y un aspecto increíblemente joven. Lo mucho de vikingo, transpira en todos sus relatos.

Y sin embargo, es un alma sencilla cuya conversación es particularmente agradable, dado que se siente igualmente a gusto en el campo de las ciencias o en el de las humanidades.

Aquel otoño nos vimos de nuevo, en la 17ª Convención (Detroit, 1959). Y, como maestro de ceremonias, tuve el placer y la gran satisfacción de presentar a Poul como invitado de honor.

*No obstante, su gran momento llegó en la 19ª Convención (Seattle, 1961), cuando su novela corta *El viaje más largo* ganó el Hugo. No pude asistir a esa Convención,*

así que no presencié la entrega del premio y, por consiguiente, mi amor y afecto por Poul han proseguido sin mácula.

Cuando por vez primera oímos hablar de la Nave Celeste, estábamos en una isla cuyo nombre, tal como las lenguas montalirianas articulan sonido tan bárbaro, era Yarzik. Hacía casi un año desde que el *Golden Leaper* salió de Ciudad Lavre, y nosotros creíamos haber dado media vuelta al mundo. Nuestra pobre carabela estaba tan sucia de algas y conchas, que las velas apenas podían arrastrarla por el mar. Toda el agua potable que quedaba en los toneles se había vuelto verde y nociva, las galletas estaban llenas de gusanos, y en algunos miembros de la tripulación habían aparecido los primeros signos de escorbuto.

—Sea peligroso o no —decretó el capitán Rovic—, es preciso que desembarquemos en algún sitio. —Recuerdo que sus ojos centellearon. Acarició su pelirroja barba y murmuró—: Además, ya hace mucho tiempo que preguntamos por las Ciudades Áureas. Quizás esta vez sepan dónde están.

Siguiendo el rumbo de aquel monstruoso planeta que se elevaba cada día más y más a medida que avanzábamos hacia el oeste, cruzamos tal vacío que las charlas sediciosas comenzaron de nuevo. En el fondo de mi corazón, no podía culpar a la tripulación. Para comprenderlo hay que vivirlo. Un día tras otro sin ver nada más que agitadas aguas azules, espuma blanca, nubes en un cielo tropical; un día tras otro sin oír nada más que el viento, el ruido de las olas, el crujido del maderamen, y algunas noches, el estrépito de algún monstruo marino que surcaba el océano. De por sí esto ya resultaba bastante terrible para unos marineros normales, hombres incultos, que aún creían que el mundo era plano. Pero, además, tener Tambur colgado encima del bauprés, y trepar a él, para que todos lo viéramos... era, según murmuraba la tripulación en el castillo de proa, demasiado. ¿No lo dejaría caer sobre nosotros un Dios encolerizado?

Finalmente, una delegación se encaminó para hablar con el capitán Rovic. Tímida y respetuosamente, aquellos hombres fornidos y toscos le pidieron que diéramos la vuelta. Pero sus camaradas se reunieron abajo, con el musculoso cuerpo ennegrecido por el sol y enfundado en raídas faldas escocesas, y la mano apretada en torno a daga o cabillas de maniobra. Es verdad que los oficiales, agrupados en el alcázar, teníamos espadas y pistolas. Pero no éramos más que seis, incluidos el muchacho asustado que yo era entonces y el anciano astrólogo Froad, cuya túnica y barba blanca resultaban muy impresionantes para la vista, pero de escasa utilidad en caso de pelea.

Después que el portavoz hubiera formulado su demanda, Rovic permaneció mudo durante largo rato. El silencio aumentó, hasta que el vano chillido del viento en nuestros obenques, y el vano destello del océano en el horizonte del mundo, fue todo lo que hubo. Nuestro capitán tenía un espléndido aspecto, se había puesto unos pantalones de color escarlata hasta debajo de la rodilla en cuanto se enteró de que la

delegación iría a visitarle, así como se atavió con un casco y peto de armadura brillantes como un espejo. Las plumas ondeaban en torno a aquella cabeza de reluciente acero y los diamantes de sus dedos rivalizaban con los rubíes del mango de su espada. Sin embargo, cuando habló no lo hizo como un caballero de la corte de la Reina, sino con el marcado acento de Anday, de su adolescencia como pescador.

—¿Así que vosotros daríais media vuelta, compañeros? Tenemos viento, y sol, pero no estáis contentos. ¡Qué distintos sois de vuestros padres! No debéis conocer la leyenda que habla de que el hombre sólo tenía que ordenar y las cosas se hacían, y fue precisamente por culpa de un hombre de Anday por lo que ahora debemos trabajar. Porque, veréis, no era demasiado pedirle que sostuviera el hacha para cortar un árbol, o que ordenara las gavillas que se dirigieran a su casa, pero cuando les dijo que le llevaran, Dios montó en cólera y nos arrebató ese poder. Aunque es verdad que, a modo de recompensa, Dios proporcionó a los habitantes de Anday suerte en el mar, suerte en los dados y suerte en el amor. ¿Qué otra cosa queréis, compañeros?

Estupefacto por esta respuesta, el portavoz se frotó las manos, enrojeció, miró hacia el puente, y tartamudeó que pereceríamos miserablemente... de hambre, sed, ahogados o triturados por aquella horrible luna, o saldríamos del límite del mundo..., el *Golden Leaper* ya había llegado más lejos de lo que ninguna otra embarcación había hecho desde la Caída del Hombre, y si regresábamos enseguida, nuestra fama duraría siempre...

—¿Acaso podemos comer la fama, Etien? —preguntó Rovic, aún sereno y sonriente—. Hemos tenido peleas y tormentas, dificultades, y también grandes juergas; pero no hemos visto ni una maldita Ciudad Aurea, aunque todos sabemos que debe de estar en alguna parte, llena de tesoros para los que tengan el valor de ir a buscarlos. ¿Qué diablos os pasa, compañeros? ¿Acaso es éste un crucero de placer? ¿Qué dirían los extranjeros? ¡Cómo se reirían vuestros arrogantes caballeros de Sathayn, vuestros sucios buhoneros de Wondland, no sólo de nosotros, sino de todo Montalir, si ahora diéramos marcha atrás!

De este modo se burló de ellos. Sólo una vez tocó su espada, desenvainándola hasta la mitad, como si estuviera distraído, cuando recordó cómo habíamos resistido el huracán en Xingu. Pero ellos recordaron el motín que siguió, y cómo aquella misma espada había atravesado a tres marineros armados que le atacaron a la vez. Su dialecto les comunicó que daría por olvidado lo pasado, si ellos también lo hacían: sus obscenas promesas de desahogo entre lascivas tribus salvajes aún por descubrir, su recital de tesoros legendarios, su llamada a su orgullo de marineros y montalirianos, apaciguó el miedo. Y al final, cuando los vio maleables, lanzó el discurso provinciano. Avanzó unos pasos sobre el alcázar, con su reluciente casco y ondeantes plumas, y, justo encima de su cabeza, la bandera de Montalir exhibió sus colores desteñidos por el mar, y tal como hablan los caballeros de la Reina, dijo:

—Ya sabéis que yo no propongo regresar hasta que hayamos dado la vuelta a todo el globo y podamos ofrecer a Su Majestad ese regalo. Un regalo que no es oro ni

esclavos, ni siquiera esa erudición de tierras lejanas que ella y su excelentísima Compañía de Aventuras Comerciales desean. No, lo que nuestras manos alzarán para darle, el día en que amarremos nuevamente en los largos muelles de Lavre, será nuestra proeza: hacer algo que ningún hombre ha osado jamás, y hacerlo para su gloria.

Todavía permaneció allí un rato más, con el silencio poblado de ruidos marinos como compañía. Después, dijo tranquilamente:

—Todo el mundo a sus puestos.

Tras lo cual, giró sobre sus talones y entró de nuevo en su camarote.

Durante algunos días más continuamos así, los hombres deprimidos, aunque no tristes, y los oficiales ocultando, con sumo cuidado, sus dudas. Yo estuve muy ocupado, no con los deberes del personal por los cuales se me pagaba ni con los estudios de capitania que había emprendido —reducidos al máximo en aquellos días—, sino ayudando a Froad, el astrólogo. En aquellos aires balsámicos, él podía realizar su trabajo incluso a bordo. Poco le importaba que nos hundiéramos o nos mantuviéramos a flote; ya había vivido demasiados años. Pero el conocimiento de los cielos que podía obtenerse allí, eso ya era otra cosa. Por la noche, situado en la cubierta de proa y rodeado por el cuadrante, el astrolabio y el telescopio, envuelto por el resplandor del firmamento, parecía un santo de algún ventanal de Provien Minster.

—Mira aquello, Zhean.

Su delgada mano señaló un punto por encima de las olas que brillaban y reflejaban la luz, más allá del cielo púrpura y las pocas estrellas que aún osaban mostrarse, en dirección a Tambur. A medianoche se veía enorme en su plenitud, extendido sobre setenta grados del cielo, como un escudo verde y azul claro, cubierto de motas que se movían sobre su superficie. La luciérnaga que nosotros habíamos denominado Siett parpadeaba cerca del nebuloso borde del gigante. Balant, raramente visible y muy baja en el horizonte en nuestra parte del mundo, estaba muy alta en aquel lugar: un semicírculo, pero la parte oscura de su disco se hallaba teñida por la luminosa Tambur.

—Observa —declaró Froad—, ya no cabe duda; se ve cómo el globo gira en torno a su eje, y cómo las tormentas bullen en el aire. Tambur ha dejado de ser la más oscura y escalofriante de las leyendas, así como una terrible aparición cuando entramos en aguas desconocidas; Tambur es real. Un mundo como el nuestro. Inmensamente mayor, es cierto, pero un esferoide del espacio, alrededor del cual se mueve nuestro propio mundo, mostrando siempre el mismo hemisferio a su monarca. De modo triunfal, las conjeturas de los antiguos se confirman. No es sólo que nuestro mundo sea redondo, ¡uff!, esto resulta evidente para cualquiera, sino también que giramos en torno a un centro mayor, que gira a su vez alrededor del sol. Pero, la cuestión es, ¿qué tamaño tiene el sol?

—Siett y Balant son satélites internos de Tambur —recité yo, esforzándome por

comprender—. Vieng, Darou y las otras lunas que se ven desde casa tienen caminos ajenos a los de nuestro propio mundo. De acuerdo. Pero ¿cuál es su papel?

—Eso no lo sé. Quizá la esfera de cristal que contiene las estrellas ejerza una presión hacia el interior. Tal vez, la misma presión que impulsó a la humanidad hacia el interior de la Tierra, en épocas de la Caída del Cielo.

Aunque la noche era cálida, yo me estremecí como si todas aquéllas fueran estrellas de invierno.

—¿Así que también puede haber hombres en... Siett, Balant, Vieng... e incluso Tambur? —articulé.

—¿Quién sabe? Necesitaríamos muchas vidas para averiguarlo. ¡Y qué vidas serían! Da gracias al buen Dios, Zhean, por nacer en los albores de la edad venidera.

De nuevo, Froad empezó a tomar medidas. Según los demás oficiales era un trabajo aburrido; pero yo había aprendido bastante acerca de las artes matemáticas como para entender que, a partir de estas interminables tabulaciones, se podía descubrir el tamaño exacto de la tierra, de Tambur, del sol, las lunas y las estrellas, los caminos que seguían a través del espacio y la dirección del Paraíso. De modo que los marineros que murmuraban y hacían signos para conjurar al diablo cuando pasaban frente a nuestros instrumentos, se hallaban más cerca de la verdad que los caballeros de Rovic, porque Froad practicaba realmente una poderosa nigromancia.

Al fin vimos los signos de la tierra: algas flotando sobre el mar, pájaros y enormes masas de nubes. Al cabo de tres días divisamos una isla. Era de un color verde intenso bajo aquellos cielos en calma. El oleaje, aún más violento que en nuestro hemisferio, se estrellaba contra altos acantilados, se convertía en blanca espuma y volvía a alejarse sin dejar de rugir. Con prudencia, navegamos a lo largo de la costa, con las banderas en la arboladura para facilitar el acercamiento, y los artilleros dispuestos junto al cañón con cerillas encendidas. Porque no sólo había corrientes y bancos desconocidos —peligros a los que ya estábamos acostumbrados—, sino que, en otras ocasiones, habíamos tenido problemas con caníbales que se acercaron a nuestro barco en sus piraguas. Especialmente temíamos los eclipses. En ese hemisferio, todos los días el sol se oculta detrás de Tambur. En nuestra longitud, sucedía hacia media tarde y duraba unos diez minutos. Un panorama impresionante: el planeta primario, era así como Froad lo llamaba ahora, un planeta similar a Diell o Coint, con nuestro propio mundo reducido a un mero satélite, se convertía en un disco negro bordeado de rojo, en un cielo repentinamente lleno de estrellas. Un viento frío soplaba sobre el mar, e incluso las olas parecían apaciguarse. Sin embargo, tan imprudente es el alma del hombre que continuábamos trabajando, sin detenernos nada más que para rezar una brevísima plegaria cuando el sol desaparecía, pensando más en la posibilidad de un naufragio en la oscuridad que en la Majestad de Dios.

Tan brillante es Tambur que proseguimos dando la vuelta a la isla cuando se hizo de noche. De sol a sol, doce mortales horas, mantuvimos al *Golden Leaper*

navegando lentamente. Al segundo mediodía, la persistencia del capitán Rovic se vio recompensada. Una abertura en los acantilados nos reveló un largo fiordo. Orillas pantanosas cubiertas de árboles marinos nos aseguraron que, aunque la marea se adentraba en la bahía, no era una de éstas que tanto temor causa a los marineros. Al tener el viento en contra, aferramos las velas y bajamos los botes, impulsando nuestra carabela por la fuerza de los remos. Éste fue un momento vulnerable, especialmente tras observar la existencia de un pueblo dentro del fiordo.

—¿No sería mejor quedarnos fuera, capitán, y dejar que fueran ellos los primeros en acercarse? —aventuré yo.

Rovic escupió por encima de la borda.

—He comprobado que es mejor no mostrarse nunca vacilante —dijo—. Si una flotilla de canoas nos ataca, les daremos su merecido y así no volverán a molestarnos. Pero creo que si desde el primer momento demostramos no temerles, hay menos posibilidades de que nos tiendan una emboscada después.

Demostró estar en lo cierto.

Al cabo de un tiempo, nos enteramos de que habíamos llegado al extremo oriental de un gran archipiélago. Sus habitantes eran extraordinarios marinos, sobre todo considerando que sólo disponían de piraguas con flotadores laterales para sus viajes. Sin embargo, estas embarcaciones llegaban a medir hasta treinta metros de eslora. Con cuarenta paletas, o tres mástiles con velas de esterilla, esa embarcación casi podía igualar nuestra velocidad máxima, además de ser más manejable. Sin embargo, su radio de acción quedaba limitado por su reducido espacio de cargamento.

Pese a vivir en casas de madera y bálago, y poseer únicamente herramientas de piedra, los nativos eran gente cultivada. Cultivaban la tierra tan bien como pescaban; sus sacerdotes poseían un alfabeto. Altos y vigorosos, un poco más morenos y menos peludos que nosotros, su aspecto era impresionante, tanto desnudos, como era habitual, como vestidos con el traje ceremonial de plumas y ornamentos de concha. A lo largo y a lo ancho del archipiélago, habían formado un imperio invadiendo las islas más septentrionales, a la vez que llevaban a cabo un activo comercio dentro de sus propias fronteras. Toda la nación se llamaba Hisagazi, y la isla que nosotros habíamos encontrado era Yarzik.

Lentamente, a medida que aprendíamos su idioma, fuimos averiguando todo esto. Nos quedamos varias semanas en esa ciudad. El duque de la isla, Guzan, nos dio la bienvenida, proporcionándonos toda la comida, el alojamiento y la ayuda que necesitábamos. Por nuestra parte, los contentábamos con cristalería, rollos de tela Wondish y otras mercancías semejantes. Pero tropezamos con numerosas dificultades. Como la costa resultaba demasiado pantanosas para varar una nave tan pesada como la nuestra, nos fue preciso construir un dique seco a fin de poder carenar. Muchos de nosotros contrajimos una desconocida enfermedad, y, aunque nos recuperamos a tiempo, esto nos retrasó todavía más.

—Sin embargo, creo que todas nuestras dificultades son una bendición —me dijo

Rovic una noche.

En cuanto descubrió que yo era un secretario discreto, me confiaba algunos de sus pensamientos. El capitán es siempre un hombre solitario; y Rovic, pescador, pirata, navegante autodidacta, vencedor sobre la Gran Flota de Sathayn y ennoblecido por la misma Reina, debía sentir el peso de aquel necesario retraimiento con más fuerza que un caballero de nacimiento.

Yo esperé en silencio allí, en aquella choza de paja que le habían destinado. Una lámpara de sabonita irradiaba una luz mortecina y enormes sombras sobre nosotros, la techumbre crujía. Fuera, el húmedo terreno bajaba junto a las casas levantadas sobre pilotes y los frondosos árboles, hasta el fiordo donde relucía bajo Tambur. Débilmente, pude oír el sonido de los tambores, un cántico y muchos pies en torno a la hoguera de los sacrificios. Realmente, las frescas colinas de Montalir parecían muy lejanas.

Rovic recostó su musculoso cuerpo, cubierto únicamente por una falda escocesa de marinero en aquel caluroso país. Del barco, se había hecho traer una civilizada silla.

—Porque verás, muchacho —continuó—, en otros tiempos habríamos establecido comunicaciones suficientes para buscar oro. Bueno, también nos habríamos informado respecto al rumbo a seguir. Pero la verdad es que no habríamos oído más que la vieja historia: «Sí, señor extranjero, claro que hay un reino donde las calles están hechas de oro... a doscientos kilómetros hacia el oeste», cualquier cosa para librarse de nosotros, ¿eh? Pero en esta prolongada estancia he sonsacado al duque y los sacerdotes idólatras con mayor sutileza. He sido tan evasivo acerca de nuestro lugar de procedencia y de lo que ya sabemos, que se les ha escapado una cantidad de cosas que en otra ocasión no hubieran dicho.

—¿Sobre las Ciudades Áureas? —pregunté yo.

—¡Chist! No quiero que la tripulación se excite y esté fuera de control. Todavía no.

Su curtido rostro de afilada nariz cambió de expresión.

—Siempre he creído que esas ciudades eran un cuento de viejas —dijo. Mi sorpresa debió de reflejarse claramente en mi rostro, pues sonrió entre dientes y prosiguió—: Un cuento muy útil. Como un imán en un palo, nos está arrastrando alrededor del mundo. —Su regocijo se desvaneció. Volvió a adoptar aquella expresión que no se diferenciaba en mucho de la que adoptaba Froad al contemplar los cielos—. Naturalmente, yo también quiero oro. Pero si no lo encontramos durante este viaje, no me importará. Capturaré unos cuantos barcos de Eralia o Sathayn cuando estemos de nuevo en nuestras aguas, y de esa forma pagaré el viaje. No dije más que la verdad aquel día en el alcázar, Zhean, que este viaje era su propia finalidad, hasta que pueda ofrecérselo a la Reina Odela, que una vez me diera el beso del ennoblecimiento.

Se arrancó de su ensoñación y dijo bruscamente:

—Una vez le hebe hecho suponer que lo sabía casi todo, conseguí que el duque Guzan me dijera que en la isla principal de este imperio Hisagazi hay algo sobre lo que apenas me atrevo a pensar. Una nave de los dioses, según él, y un dios viviente que vino de las estrellas. Cualquiera de los nativos te repetirá lo mismo. El secreto reservado a los nobles es que no se trata de una leyenda o murmuración, sino que es un hecho real, comprobado. Eso es lo que sostiene Guzan. Yo no sé qué pensar. Pero... me llevó a una cueva sagrada y me mostró un objeto procedente de esa nave. Era una especie de mecanismo de relojería, creo yo. Para qué sirve, no lo sé. Pero está hecho de un metal plateado muy brillante que me resulta totalmente desconocido. El sacerdote me desafió a romperlo. El metal no era pesado, sino liviano. Pero desafiló mi espada, hizo astillas una piedra con la que lo golpeé, y mi anillo de brillantes no pudo rayarlo.

Con un gesto, conjuré al diablo. Un escalofrío me recorrió de la cabeza a los pies, columna vertebral, piel y cuero cabelludo. Los tambores murmuraban en la oscuridad de la jungla, y las aguas yacían como mercurio bajo el enorme Tambur, y todas las tardes ese planeta engullía al sol. ¡Oh, las campanas de Provien, oídas en las ventosas llanuras de Anday!

Una vez el *Golden Leaper* estuvo listo para navegar de nuevo, Rovic no tuvo dificultades para conseguir el permiso necesario para visitar al emperador de Hisagazi, que vivía en la isla principal. En cambio, hubiera tropezado con muchas dificultades para no hacerlo. En aquellos momentos, las canoas ya habían llevado la noticia de nuestra existencia de un rincón a otro del reino, y los grandes señores estaban ansiosos por ver a aquellos extranjeros de ojos azules. Limpios y satisfechos una vez más, nos desasimos de los brazos de morenas jovencitas y embarcamos. Levamos anclas, izamos velas, y proclamamos cánticos cuyos ecos hicieron escapar a los pájaros hasta los cercanos acantilados, y nos hicimos a la mar. En esta ocasión íbamos escoltados. El propio Guzan era nuestro piloto, un corpulento individuo de mediana edad cuya hermosura no estaba demasiado afectada por los tatuajes verdes que su pueblo se grababa en el rostro y el cuerpo. Varios de sus hijos dejaron sus paletas sobre nuestra cubierta, mientras un enjambre de guerreros remaba junto a nosotros.

Rovic llamó a Etien, el contramaestre, a su camarote.

—Eres un hombre de agallas —le dijo—. Te encargo que mantengas a nuestra tripulación alerta, y las armas dispuestas, por muy pacífico que eso parezca.

—¡Vamos, capitán! —El curtido rostro se arrugó con desaliento—. ¿Acaso crees que los nativos planean una traición?

—¿Quién sabe? —contestó Rovic—. Ahora bien, no digas nada a la tripulación. No saben disimular. Si la alegría o el miedo los dominaran, los nativos se darían cuenta enseguida y se inquietarían, lo cual empeoraría la actitud de nuestros propios hombres, hasta un punto que nadie puede predecir. Límitate a procurar, tan

disimuladamente como puedas, que nuestros brazos nunca estén juntos y que nuestra gente no se separe.

Etien se serenó, inclinó la cabeza y salió del camarote. Yo tuve la osadía de preguntar a Rovic lo que pensaba hacer.

—Todavía nada —dijo él—. Sin embargo, he tenido en mis propias manos un mecanismo de relojería que ni siquiera el gran Ban de Giair podría imaginar; y me contaron muchas historias de una Nave que bajó del cielo llevando a un dios o a un profeta. Guzan cree que yo sé más de lo que pretendo, y confía en que seamos un nuevo y perturbador elemento en el equilibrio de las cosas, por medio del cual él pueda obtener sus particulares ambiciones. No creas que ha traído a tantos guerreros consigo por casualidad. En cuanto a mí... tengo la intención de enterarme de algo más.

Permaneció sentado un rato más, contemplando un rayo de sol que subía y bajaba en la pared cuando el barco se balanceaba. Finalmente dijo:

—Las Escrituras nos dicen que, antes de la Caída, el hombre habitó más allá de las estrellas. Los astrólogos de una o dos generaciones atrás nos han dicho que los planetas son tan corpóreos como la tierra. Un viajero procedente del Paraíso...

Cuando nos separamos, la cabeza me daba vueltas.

No tuvimos ninguna dificultad en la travesía entre las islas. Al cabo de varios días divisamos la isla principal, Ulas-Erkila. Tiene ciento sesenta kilómetros de longitud, sesenta y cinco de anchura, y se levanta en pronunciadas y verdes pendientes hacia las montañas centrales, dominadas por un cono volcánico. Los hisagazi adoran a dos clases de dioses, los del agua y los del fuego, y creen que estas casas del Monte Ulas están dominadas por los últimos. Al ver que aquella cima nevada se recortaba sobre el cielo por encima de una cordillera esmeralda, manchando el azul del humo, experimenté lo mismo que los paganos. El acto más sagrado que un hombre puede realizar entre ellos es lanzarse al ardiente cráter de Ulas, y son muchos los guerreros ancianos que suben a la montaña para hacerlo. Las mujeres no pueden acercarse a ella.

Nikum, la sede real, está situada a la entrada de un fiordo, como el pueblo donde nos habíamos alojado. Pero Nikum es rica y grande, de un tamaño aproximado al de Roann. Hay más casas de madera que de bálago; hay un macizo templo de basalto situado en la cima de un precipicio, que domina la ciudad, los huertos, jungla y montañas a su espalda. Los troncos de los árboles son tan grandes que los hisagazi han construido aquí una serie de muelles como los de Lavre, en lugar de amarraderos y plataformas flotantes que suben y bajan con las mareas, tal como ocurre en la mayoría de los puertos del mundo. Nos ofrecieron un amarre de honor en el muelle central, pero Rovic dio la excusa de que nuestro barco era difícil de maniobrar y lo atracó a la entrada.

—En medio, tendríamos la torre de control justo encima —me dijo por lo bajo—. Quizá no hayan descubierto el arco, pero sus lanzadores de jabalina son inmejorables.

Además, se acercaría demasiado al barco y podrían amarrar un grupo de canoas entre nosotros y la boca de la bahía. En cambio, desde aquí podemos controlar el muelle mientras nos preparamos para una marcha rápida.

—Pero ¿tenemos algo que temer, capitán? —pregunté yo.

Él se retorció el bigote.

—No lo sé. Eso depende en gran medida de lo que crean realmente en esa nave divina... así como de lo que sea verdad. Pero lo que sí te aseguro es que no regresaremos ante la reina Odela sin esa verdad.

Con el redoblar de tambores, numerosos lanceros emplumados acudieron para ver desembarcar a nuestros oficiales. Por encima de la línea de la marea alta se extendía un pasadizo real. (La gente del pueblo en este reino nada de una casa a otra cuando la marea alcanza el umbral de su casa, o cogen uno de sus primitivos botes si tienen alguna carga que llevar). Más allá de los campos de vides y caña de azúcar se alzaba el palacio, que era un edificio alargado hecho de troncos, con los pilares del tejado tallados de manera admirable.

Iskilip, el sacerdote-emperador de Hisagazi, era un hombre anciano y corpulento. Un llamativo tocado de plumas, una túnica de plumones, un cetro de madera rematado con un cráneo humano, sus tatuajes raciales, su inmovilidad, todo le confería un inhumano aspecto. Estaba sentado en un estrado, bajo la luz de numerosas antorchas de fragante olor. Sus hijos estaban sentados a sus pies, con las piernas cruzadas, y sus cortesanos a ambos lados. A lo largo de los muros se alineaban sus centinelas. No tenían nuestra costumbre de mantenerse en posición de firmes; pero eran jóvenes, vigorosos y ágiles, llevaban escudos y petos de escamosos monstruos marinos, hachas de pedernal y lanzas de obsidiana que mataban con la misma facilidad que el hierro. Al tener la cabeza rapada, les hacía parecer aún más feroces.

Iskilip nos recibió cordialmente, pidió unos refrescos, y nos autorizó a sentarnos en un banquillo situado por debajo de su estrado. Nos hizo muchas preguntas. Los hisagazi conocían muchas islas aparte de su propio archipiélago. Incluso sabían la dirección y la distancia aproximada de un país lleno de castillos que llamaban Yurakadak, aunque ninguno de ellos había llegado a ir tan lejos. A juzgar por su descripción de tercera mano, ¿qué otra cosa iba a ser más que Giair, donde el aventurero Hanas Tolasson había llegado por tierra? Entonces comprendí que en verdad estábamos dando la vuelta al mundo. Sólo después de asimilar esta maravillosa idea, continué atendiendo a la conversación.

—Tal como ya le he dicho a Guzan —manifestaba Rovic—, otra de las cosas que nos condujo hasta aquí fue el relato de que habíais sido bendecidos con una Nave del Cielo. Y él me demostró que era cierto.

Un siseo recorrió la estancia. Los príncipes se pusieron rígidos, los cortesanos borraron toda expresión de su rostro, los centinelas se agitaron y murmuraron. A

través de los muros oí el remoto sonido de la marea alta. Cuando Iskilip habló, a través de la máscara que era su semblante, su voz se había endurecido:

—¿Acaso has olvidado que sólo los iniciados pueden ver esas cosas, Guzan?

—No, Santo Padre —dijo el duque. El sudor corría por su rostro, aunque no era el sudor del miedo—. Sin embargo, este capitán lo sabía. Su gente también..., por lo que yo pude comprender... todavía no sabe hablar perfectamente nuestra lengua..., su gente también es iniciada. Es algo razonable, Santo Padre. Mira las maravillas que han traído. La sólida y brillante piedra que no es piedra, como la de este cuchillo que me regalaron... ¿o es el mismo material con que está hecha la Nave? Los tubos que hacen parecer cercanas las cosas más lejanas, como el que te han regalado a ti, Santo Padre, ¿no son semejantes al que posee el Mensajero?

Iskilip se inclinó hacia delante, en dirección a Rovic. La mano que sostenía el cetro temblaba hasta el punto de hacer crujir las mandíbulas fijas del cráneo.

—¿Te enseñaron a hacer todo esto las Personas Estelares? —preguntó—. Nunca me imaginé... El Mensajero nunca ha hablado de otros...

Rovic alzó las manos.

—No tan deprisa, Santo Padre, te lo ruego —dijo—. Nuestro conocimiento de la lengua es muy pobre. No he entendido ni una sola palabra.

Eso no era cierto. Sus oficiales habían recibido la orden de fingir un conocimiento del hisagazi menor del que realmente poseían. (Habíamos perfeccionado nuestro dominio de él practicando en secreto entre nosotros). De esta forma, él podía hablar con toda la ambigüedad que deseaba.

—Es mejor que hablemos en privado, Santo Padre —sugirió Guzan, lanzando una mirada a los cortesanos.

Éstos le devolvieron una mirada de celos.

Iskilip se envolvió en su magnífico atavío. Sus palabras fueron contundentes, pero dichas con el débil tono de un hombre anciano e inseguro.

—No lo sé. Si estos extranjeros ya están iniciados, no hay duda que podemos mostrarles lo que tenemos. Pero si no fuese así... si oídos profanos escucharan el relato del Mensajero...

Guzan levantó una mano dominante. Intrépido y ambicioso, largamente encerrado en su insignificante provincia, aquel día se había inflamado.

—Santo Padre —dijo—, ¿por qué hemos mantenido en secreto durante tantos años toda la historia? En parte para obtener la obediencia del pueblo, es cierto. Pero además, ¿no temías tú y tus consejeros que todo el mundo viniera hasta aquí, codiciosos de noticias, si estaban enterados y nos desbancaran? Pues bien, si dejamos marchar a los hombres de ojos azules con su curiosidad insatisfecha, estoy convencido de que volverán con refuerzos. Por tanto, nada tenemos que perder revelándoles lo que sabemos. Si ellos no han tenido nunca un Mensajero, si no son de verdadera utilidad para nosotros, habrá tiempo suficiente para matarlos. Pero si realmente han sido visitados como nosotros, ¿no habrá nada que no podamos hacer

juntos ellos y nosotros!

Esto fue dicho rápidamente y en voz muy baja, a fin de que los montalirianos no lo comprendiéramos. Y la verdad es que nuestros caballeros no lo comprendieron. Yo, que tenía buen oído, deduje el sentido; y Rovic mantuvo tan necia sonrisa de incompreensión que enseguida me di cuenta de que no había perdido ni una sola palabra.

Finalmente decidieron llevar a nuestro jefe —y a mi insignificante persona, ya que ningún magnate hisagaziano va a parte alguna sin acompañamiento— al templo. Iskilip en persona abría la marcha, seguido por Guzan y dos musculosos príncipes. Cerraban la marcha una docena de lanceros. Pensé que la espada de Rovic sería de escasa utilidad si surgían dificultades, pero apreté fuertemente los labios y seguí andando a su lado. Parecía tan ansioso como un niño por la mañana del Día de Acción de Gracias, con los dientes brillantes entre la barba puntiaguda y el gorro ladeado sobre la frente. Nadie habría podido creer que presentía algún peligro.

Hacia la puesta del sol nos pusimos en marcha; en el hemisferio de Tambur, la gente hacía menos distinción entre el día y la noche que nosotros mismos. Habiendo observado Siett y Balant en elevada posición de marea, no me sorprendí al ver que Nikum estaba casi hundido. No obstante, mientras ascendíamos por el sendero que conducía al templo, me pareció no haber contemplado jamás un panorama tan extraño.

Debajo de nosotros se extendía una gran capa de agua, sobre la cual parecían flotar los musgosos tejados de la ciudad; los concurridos muelles, donde los mástiles y vergas de nuestro barco se balanceaban por encima de los mascarones de proa; el fiordo, serpenteando entre precipicios hacia su entrada, donde el oleaje rompía furiosamente contra los arrecifes. Las alturas que había sobre nosotros parecían negras, sobre una puesta de sol rojiza que llenaba casi la mitad del cielo y teñía las aguas. Tenue entre esas nubes, divisé el enorme cuarto creciente de Tambur, marcado con un blasón que nadie podía leer. Una columna de basalto tallada en forma de cabeza elevaba su contorno encima del planeta. A derecha e izquierda del camino, el césped crecía reseco por el calor del verano. El cielo estaba claro en el cenit y púrpura en el este, donde habían aparecido las primeras estrellas. Aquella noche no encontré consuelo en las estrellas. Caminamos en silencio. Los descalzos pies de los nativos apenas hacían ruido. Mis zapatos resonaban sordamente y las campanillas que Rovic llevaba en los dedos del pie producían un leve cascabeleo.

El templo era una audaz muestra arquitectónica. Dentro de un cuadrángulo de paredes basálticas guardadas por altas cabezas de piedra, había varios edificios del mismo material. Sólo estaban vivos los helechos recién cortados que formaban el tejado. Guiados por Iskilip, pasamos junto a acólitos y sacerdotes y nos dirigimos hacia una cabina de madera situada detrás del altar. Junto a la puerta, dos centinelas montaban guardia. Al verle se arrodillaron. El emperador llamó con su curioso cetro.

Con la boca reseca, mi corazón estaba a punto de estallar. Casi esperaba ver

aparecer en el umbral a algún ser espantoso o radiante cuando la puerta se abriera. Así pues, mi sorpresa fue inmensa al no ver más que a un hombre, y de estatura corriente. Gracias a la luz de la lámpara que había dentro, discerní su habitación, limpia, austera, aunque no por ello desprovista de comodidades; podría haber sido la morada de un hisagazi cualquiera. Él mismo llevaba una sencilla falda de estera. Las piernas que había debajo eran delgadas y torcidas, como las de un hombre viejo. Su cuerpo también era delgado, aunque erecto, sosteniendo orgullosamente la cabeza blanca. Tenía la piel más oscura que un montaliriano, y más clara que un hisgaziano, ojos castaños y barba rala. Su rostro difería sutilmente, en nariz, labios y forma de la mandíbula, de cualquier otra raza que yo hubiera visto hasta entonces. Pero era humano.

Nada más.

Entramos en la choza, dejando fuera a los lanceros. Iskilip se entregó a una ceremonia semirreligiosa de presentación. Vi que Guzan y los príncipes cambiaban de postura, inquietos e irrespetuosos. Su clase había presenciado muchas ceremonias semejantes. El rostro de Rovic era indescifrable. Hizo una cortés reverencia a Val Nira, Mensajero del Cielo, y explicó el motivo de nuestra presencia en pocas palabras. Pero mientras hablaba, sus ojos se encontraron y vi que intentaba formarse una opinión del hombre estelar.

—Sí, éste es mi hogar —dijo Val Nira. La costumbre hablaba por él; había explicado lo mismo a tantos jóvenes nobles que su voz carecía de matices. Aún no había observado nuestros instrumentos metálicos, o bien no habían significado nada para él—. Durante... cuarenta y tres años, ¿no es así, Iskilip? Me han tratado lo mejor que han podido. Si a veces he tenido que contenerme para no gritar de soledad, es lo que un oráculo debe esperar.

El emperador se removió, inquieto, en su túnica.

—Su demonio le abandonó —explicó—. Ahora es simple carne humana. Éste es el verdadero secreto que mantenemos. Pero no siempre fue así. Recuerdo cuando llegó. Profetizó cosas inmensas, y la gente sollozaba y caía de rodillas ante él. Pero desde entonces su demonio ha regresado a las estrellas, y la potentísima arma que llevaba ha perdido ya toda su fuerza. Sin embargo, como el pueblo no lo creería, simulamos todo lo contrario para evitar que la inquietud reine entre ellos.

—Y alteren tus propios privilegios —dijo Val Nira, en tono cansado y sardónico—. Iskilip era joven entonces —añadió, dirigiéndose a Rovic—, y la sucesión imperial estaba en duda. Yo le di mi influencia. A cambio, él prometió hacer algunas cosas por mí.

—Lo intenté, Mensajero —dijo el monarca—. Tienes la prueba en todas las canoas hundidas y hombres ahogados. Pero la voluntad de los dioses fue otra.

—Evidentemente. —Val Nira se encogió de hombros—. Estas islas tienen pocos minerales, capitán Rovic, y ninguna persona capaz de reconocer los que yo necesitaba. Están demasiado lejos del continente para las canoas que poseen. No

niego que lo intentaras, Iskilip... entonces. —Nos lanzó una rápida mirada—. Ésta es la primera vez que unos extranjeros gozan de la confianza imperial, amigos míos. ¿Estás seguros de que podréis escapar con vida?

—¡Pero si son nuestros huéspedes! —exclamaron Iskilip y Guzan, casi al unísono.

—Además —sonrió Rovic—, yo estaba al corriente del secreto. Mi país tiene sus propios secretos, para contraponer a éste. Sí, creo que podemos hacer un trato, Santo Padre.

El emperador tembló. Su voz se quebró.

—¿Así que vosotros también tenéis un Mensajero?

—¿Qué?

Val Nira nos contempló con estupefacción. Mientras nos observaba, su semblante pasó del blanco al rojo. Después se sentó en el banco y empezó a sollozar.

—Bueno, no precisamente. —Rovic apoyó una mano en uno de sus hombros temblorosos—. Confieso que ninguna Nave Celestial ha amarrado en Montalir. Pero tenemos otros secretos igualmente preciosos.

Sólo yo, que conocía su carácter, pude darme cuenta de su tirantez. Clavó los ojos en Gozan y miró al duque como un domador de animales salvajes. Y mientras tanto, amable y materialmente, siguió hablando con Val Nira.

—Me imagino, amigo mío, que tu Nave naufragó en estas costas, pero que podría haber sido reparada si hubieras tenido ciertos materiales, ¿no es así? —dijo finalmente.

—Sí... sí... escucha...

Tartamudeando y estremeciéndose al pensar que quizá pudiera ver nuevamente su hogar antes de morir, Val Nira trató de explicar lo ocurrido.

Las implicaciones doctrinales de lo que dijo resultan tan sorprendentes, e incluso peligrosas, que seguramente los dioses no querrían que yo las repitiera. Sin embargo, no creo que sean falsas. Si realmente las estrellas son soles como el nuestro, acompañados cada uno de ellos por planetas como el nuestro, esto destruye la teoría de la esfera de cristal. Pero Froad, a quien se lo explicamos después, no creyó que esto afectara a la religión verdadera. Las Escrituras nunca han dicho que el Paraíso se encuentre directamente encima del lugar de nacimiento de la Hija de Dios; eso fue lo que todo el mundo supuso durante los siglos en que la tierra se consideró plana. ¿Por qué no podía ser el Paraíso aquellos planetas de distantes soles, donde los hombres habitaban en magnificencia, poseían las artes antiguas y volaban de una estrella a otra con la facilidad con que nosotros íbamos de Lavre a Alayn Occidental?

Val Nira creía que, varios miles de años atrás, nuestros antepasados habían sido desterrados a este mundo. Para ser abandonados tan lejos de cualquier territorio humano, debían de tener que purgar las consecuencias de algún crimen o herejía. Su nave debió de naufragar, y los supervivientes volvieron al salvajismo, y sólo de

manera gradual sus descendientes han obtenido algo de sabiduría. No creo que esto contradiga el dogma de la Caída; más bien lo amplía. La Caída no fue el destino de toda la humanidad, sino el de unos pocos —nuestra propia sangre corrompida—, mientras que los otros seguían viviendo próspera y felizmente en los cielos.

Nuestro mundo aún está muy lejos de los senderos comerciales de los habitantes del Paraíso. Hoy día, muy pocos de ellos tienen interés en buscar nuevos reinos. Sin embargo, Val Nira fue uno de ellos. Viajó al azar durante varios meses hasta que encontró por casualidad nuestra tierra. Entonces, la maldición le alcanzó también a él. Algo falló. Descendió sobre Ulas-Erkila, y la Nave se negó a seguir volando.

—Sé cuál es la avería —dijo ardientemente—. No lo he olvidado. ¿Cómo podía hacerlo? A lo largo de todos estos años, no ha pasado ni un solo día sin que yo me repitiera lo que debía hacerse. Cierta motor muy delicado de la Nave requiere mercurio. —Él y Rovic tuvieron que hablar un rato hasta que dedujeron que eso debía ser a lo que se refería por la expresión que empleó—. Cuando el motor falló, aterricé tan bruscamente que el depósito explotó. Todo el mercurio se derramó, tanto el de reserva como el que estaba utilizando. Esa cantidad, en un espacio cerrado y caluroso, me habría envenenado. Salí rápidamente, olvidando cerrar la portezuela tras de mí. Como la nave estaba inclinada, el mercurio corrió hacia mí. Cuando me hube recobrado del pánico, una tormenta tropical había diluido ese metal. Toda una serie de accidentes improbables, en efecto, eso es lo que me condenó a toda una vida de exilio. ¡Perecer en aquel instante habría tenido más sentido!

Tomó de la mano a Rovic, levantando la vista desde su asiento hasta el capitán, que estaba en pie frente a él.

—¿Puede obtener el mercurio? —suplicó—. No necesito más que el volumen de la cabeza de un hombre. Sólo eso, y unas cuantas reparaciones que con facilidad se pueden hacer con las herramientas de la Nave. Cuando levantaron este culto en torno a mí, me vi obligado a entregarles ciertos objetos que poseía, puesto que todos los templos provinciales debían poseer una reliquia. Aun así, nunca les llegué a entregar nada importante. Todo lo que necesito está aquí. Cinco litros de mercurio, y... ¡oh, Dios mío, aún es posible que mi esposa viva, en Terra!

Finalmente, Guzan había empezado a comprender la situación. Hizo una seña a los príncipes e inmediatamente levantaron sus hachas y dieron un paso al frente. En aquel momento la puerta de la choza se cerró. Rovic miró de Val Nira a Guzan, cuyo rostro se había afeado con la tensión. Mi capitán apoyó una mano sobre la espada. Ésa fue la única muestra que dio de la proximidad del peligro.

—Deduzco, caballero —dijo con ligereza—, que desea usted reparar la Nave Celestial para conseguir que vuelva a volar.

Guzan se estremeció. Nunca hubiera imaginado tal cosa.

—Pues, naturalmente —exclamó—. ¿Por qué no?

—Su dios les abandonaría. ¿Qué sería entonces de su poder en Hisagazi?

—No... no había pensado en ello —tartamudeó Iskilip.

Los ojos de Val Nira iban de uno a otro, como si presenciara un partido de tenis. Su enjuto cuerpo se estremeció.

—No —susurró—. No podéis. ¡No podéis retenerme!

Guzan meneó la cabeza afirmativamente.

—Dentro de pocos años —dijo con toda amabilidad—, igualmente nos abandonarías en una canoa mortuoria. Si, mientras tanto, te retenemos en contra de tu voluntad, es posible que interpretes mal nuestros oráculos. Tranquilízate; te conseguiremos la piedra fluida. —Con una mirada de soslayo, se dirigió a Rovic—: ¿Quién irá a buscarla?

—Mis hombres —contestó el caballero—. Nuestro barco puede llegar con facilidad a Giair, donde hay naciones civilizadas que probablemente tendrán mercurio. Creo que podríamos estar de vuelta al cabo de un año.

—¿Acompañados por una flota de aventureros que os ayudarán a apoderaros de la nave sagrada? —preguntó con brusquedad Guzan—. O bien, ya fuera de nuestras islas, tal vez vayáis a Yurakadak. Es posible que continuéis hasta vuestro hogar y una vez allí se lo expliquéis todo a vuestra Reina, y regreséis con el poder que ella tiene.

Como un gran felino con capa escarlata, Rovic se apoyó en uno de los postes que aguantaban el tejado. Su mano derecha seguía reposando sobre el mango de su espada.

—Supongo que nadie más que Val Nira sería capaz de hacer funcionar esa Nave —dijo lentamente—. ¿Acaso importa quién le ayude a repararla? ¡No creo que ninguna de nuestras naciones pudiera conquistar el Paraíso!

—La Nave resulta fácilmente manejable —exclamó Val Nira—. Cualquiera puede hacerla volar. Enseñé a muchos nobles las palancas que hay que accionar. Lo difícil es la navegación entre las estrellas. Ninguna nación de este mundo podría por sí sola llegar a mi planeta, y mucho menos luchar contra nosotros; pero ¿por qué ibais a pensar en hacerlo? Te he repetido miles de veces, Iskilip, que los habitantes de la Vía Láctea no resultan peligrosos para nadie. Poseen tantas riquezas que no saben en qué emplearlas. Estarían encantados de gastar grandes cantidades de sus riquezas para que los pueblos de este mundo volvieran a ser civilizados. —Con una mirada ansiosa y casi histérica, dijo a Rovic—: Plenamente civilizados, quiero decir. Os enseñaríamos nuestras artes, os daríamos motores, autómatas, homúnculos, para que hicieran todo el trabajo pesado; y naves que vuelan por los aires; y un servicio de pasajeros regular para viajar de una estrella a otra...

—Hace cuarenta años que nos prometes lo mismo —dijo Iskilip—. No tenemos nada más que tu palabra.

—Y, finalmente, una oportunidad para confirmar su palabra —exclamé yo.

Con calculada severidad, Guzan dijo:

—Las cosas no son tan sencillas, Santo Padre. Mientras estaba en Yarzik, he observado a estos hombres procedentes del otro lado del océano durante muchas semanas. Incluso en sus mejores momentos son crueles y avaros. Sólo confío en ellos

cuando puedo vigilarlos. Esta misma noche he podido ver cómo nos han engañado. Saben nuestra lengua mejor de lo que jamás han admitido. Y nos han hecho creer que tienen una especie de Mensajero. Si la Nave llegara a ser reparada, y ellos se apoderaran de ella, ¿quién sabe de lo que serían capaces?

El tono de Rovic se suavizó un poco más.

—¿Qué propones, Guzan?

—Podemos discutirlo en otra ocasión.

Vi que los nudillos se apretaban en torno a las hachas. Durante un momento, sólo se oyó la entrecortada respiración de Val Nira. Guzan mantenía su rígida posición bajo la luz de la lámpara, frotándose la barbilla, los ojos bajos, y pensando intensamente. Por fin habló:

—Quizá —dijo tajantemente— una tripulación compuesta principalmente por hisagazis pudiera manejar tu barco, Rovic, y traer la piedra fluida. Podrían ir unos cuantos de tus hombres para enseñarles. El resto se quedaría aquí, en calidad de rehenes.

Mi capitán no contestó. Val Nira gimió:

—¡No lo comprendéis! ¡Estáis haciendo una montaña de un grano de arena! Cuando mi pueblo venga, no habrá más guerras, ni opresiones. Os curarán de todas las enfermedades. Mostrarán amistad por todos y predilección por ninguno. Os lo ruego...

—¡Basta! —dijo Iskilip, sus propias palabras sonaron indecisas—. Lo consultaremos con la almohada. Si es que hay alguien que pueda dormir después de tantas cosas extrañas.

Rovic dirigió su mirada más allá de las plumas del emperador, hacia la cara de Guzan.

—Antes de que decidamos nada... —sus dedos se apretaron en torno al mango de su espada hasta tener las uñas blancas. Acababa de ocurrírsele alguna idea. Pero mantuvo el mismo tono sereno—. En primer lugar, quiero ver esa Nave. ¿Podemos ir mañana?

Iskilip era el Santo Padre, pero se hallaba acurrucado debajo de su túnica emplumada. Guzan dio su consentimiento con un gesto.

Tras darnos las buenas noches, seguimos hundiéndonos bajo Tambur. El planeta crecía hacia su plenitud, iluminando el patio con una luz fría, y dejando la choza a la sombra del templo. Sólo se veía un contorno negro y, en el centro de la puerta, un estrecho rectángulo iluminado. Allí estaba enmarcado el frágil cuerpo de Val Nira, que había venido de las estrellas. Estuvo contemplándonos hasta que por fin desaparecimos de su vista.

Durante el camino de regreso, Guzan y Rovic negociaron con bruscas palabras. La Nave se hallaba a dos días de marcha hacia el interior de la isla, en la ladera del Monte Ulas. Iríamos a inspeccionarla en una expedición conjunta, aunque sólo una

docena de montalirianos obtuvieron el permiso. Después ya discutiríamos nuestra línea de acción.

De las linternas emanaba una luz amarillenta sobre la popa de nuestra carabela. Habiendo rehusado la hospitalidad de Iskilip, Rovic y yo regresamos allí para pasar la noche. Un soldado que estaba de guardia en la pasarela me preguntó lo que habíamos averiguado.

—Pregúntamelo mañana —repuse con debilidad; la cabeza me daba vueltas.

—Ven a mi camarote, muchacho, y tomaremos una copa antes de retirarnos —me invitó el capitán.

Sólo Dios sabe cuánto necesitaba el vino en aquel momento. Entramos en la cámara, que estaba abarrotada de instrumentos náuticos, libros y cartas impresas que ahora me parecían originales después de haber visto algunos de esos espacios donde el cartógrafo había dibujado sirenas y monstruos marinos. Rovic se sentó frente a la mesa, me indicó que tomara asiento en la otra silla, y vertió el contenido de una garrafa en dos vasos de cristal de Quaynish. Entonces me di cuenta de que estaba preocupado por algo de gran importancia, algo mucho más que el problema de salvar nuestra vida.

En silencio, bebimos un poco. Oí las olas rozar el casco, las ruidosas pisadas de los hombres que montaban guardia, el crujido del lejano oleaje... y nada más. Al fin, Rovic se apoyó cómodamente en el respaldo, con la vista clavada en el vino tinto que reposaba encima de la mesa. No logré interpretar su expresión.

—Bueno, muchacho —dijo—, ¿qué opinas?

—No sé lo que debo opinar, capitán.

—Tú y Froad estáis un poco preparados para esta idea de que las estrellas son otros soles. Estáis educados. En cuanto a mí, he visto bastantes maravillas en mi época para que me pueda creer esto. Sin embargo, el resto de nuestros hombres...

—Es una ironía que unos bárbaros como Guzan estén familiarizados desde hace años con esa idea, ya que han tenido al anciano del cielo para explicárselo a su clase durante más de cuarenta años. ¿Es en verdad un profeta, capitán?

—Él lo niega. Juega al profeta porque debe hacerlo, pero es evidente que los duques y condes de este reino saben que es una farsa. Iskilip es muy viejo, y está más que medio convertido a su propio credo artificial. Le oí decir algo sobre las profecías que Val Nira hizo tiempo atrás, profecías verdaderas. ¡Bah! Trucos de la memoria y su propio anhelo. Val Nira es tan humano y falible como yo. Los montalirianos estamos hechos de igual forma que estos hisagazis, a pesar de haber aprendido a usar el metal antes que ellos. Aunque el pueblo de Val Nira sabe más que nosotros, siguen siendo mortales, por el Cielo que sí. Debo recordar que lo son.

—Guzan lo recuerda.

—¡Bravo, muchacho! —Rovic frunció los labios—. Es listo y audaz. Cuando llegamos, se le presentó la oportunidad de abandonar su puesto como señor de una aburrida isla periférica. No permitirá que esa oportunidad se le escape sin luchar.

Como muchos otros traidores, nos acusa de planear justamente lo que él quiere hacer.

—Pero ¿qué es lo que desea?

—Me imagino que quiere la Nave para sí mismo. Val Nira ha dicho que resultaba fácilmente manejable. La navegación entre las estrellas sería demasiado difícil para cualquiera, excepto él; además, ningún hombre en sus cabales querría jugar a los piratas en la Vía Láctea. Sin embargo... si la Nave permaneciera aquí, en la tierra, sin elevarse más que un kilómetro por encima del suelo... el tirano que la utilizara podría conquistar más territorios que el mismo Lame Darveth.

Me horroricé.

—¿Quiere decir que Guzan no intentaría siquiera buscar el Paraíso?

Rovic hizo una mueca tan sombría que enseguida comprendí que deseaba estar solo. Me escabullí hacia mi litera de popa.

Antes de que despuntara el alba, el capitán se despertó para preparar a nuestros hombres. Evidentemente había llegado a una decisión, y ésta no era agradable. Pero una vez establecía una estrategia a seguir, raramente la variaba. Sostuvo una larga conversación con Etien, que salió del camarote con semblante asustado. Como si quisiera tranquilizarse a sí mismo, el contramaestre empezó a gritar dando órdenes.

Los doce hombres escogidos iban a ser Rovic, Froad, yo mismo, Etien y ocho miembros de la tripulación. Nos entregaron cascos y petos, mosquetes y afilados cuchillos. Como Guzan nos había advertido que el camino hacia la Nave era difícil, preparamos un carro de suministros en el muelle. Etien supervisó su desembarco. Yo me quedé estupefacto al ver que casi todo lo que transportaba, hasta hacer crujir los ejes, eran barriles de pólvora.

—¡Pero si no llevamos ningún cañón! —protesté.

—Órdenes del capitán —replicó Etien.

Me volvió la espalda. Tras una ojeada al rostro de Rovic, nadie osó preguntarle el motivo. Recordé que deberíamos subir una ladera. Una carretada de pólvora, con la mecha encendida, lanzada desde arriba hacia un ejército hostil, podía hacer ganar una batalla. Pero ¿acaso Rovic preveía un conflicto abierto?

Según las órdenes que dio a los hombres y oficiales que se quedaban allí eso era justo lo que sugerían. Tenían que permanecer a bordo del *Golden Leaper*, manteniendo el barco a punto para luchar o largar amarras.

Cuando salió el sol, elevamos nuestras oraciones a la Hija de Dios y descendimos al muelle. La madera resonaba bajo nuestras botas. Una fina neblina envolvía la bahía; la media luna que era Tambur se hallaba a gran altura en el cielo. Cuando pasamos junto a Nikum, la ciudad parecía dormida.

Guzan se reunió con nosotros en el templo. Se suponía que un hijo de Iskilip estaba a cargo de la expedición, pero el duque, igual que nosotros, hizo caso omiso del joven. Llevaban a un centenar de guardias, con capa de escamas, la cabeza rapada y tatuados con tempestades y dragones. El débil sol de la mañana se reflejaba en las

cabezas de obsidiana de las lanzas. Mientras nos acercábamos, nos contemplaron en silencio. Pero cuando nos detuvimos frente a aquella tropa desordenada, Guzan se adelantó. Él también iba vestido de cuero, y llevaba la espada que Rovic le había regalado en Yarik. El rocío brillaba sobre su capa de plumas.

—¿Qué lleváis en esa carreta? —inquirió.

—Suministros —contestó Rovic.

—¿Para cuatro días?

—Quédate con sólo diez hombres —dijo Rovic fríamente—, y yo dejaré el carro.

Aunque sus ojos se encontraron, Guzan se apresuró a desviarlos y dar las órdenes. Nos pusimos en marcha, unos cuantos montalirianos rodeados por guerreros paganos. La jungla se extendía ante nosotros, espesa y verdísima, hasta la mitad de la ladera de Ulas. Allí, la montaña se tornaba negra y desnuda, hasta la nieve que rodeaba su cráter.

Val Nira caminaba entre Rovic y Guzan. En verdad que me resultó extraño ver que el instrumento de la voluntad de Dios estuviera tan marchito. Más bien tendría que haber sido alto y arrogante, con una estrella en la frente.

Durante el día, por la noche en el campamento, y nuevamente a lo largo del día siguiente, Rovic y Froad le interrogaron acerca de su país. Como es natural, su conversación se desarrolló en fragmentos. Al tener que empujar la carreta a lo largo del estrecho, difícil y empinado sendero, no pude oír nada. Los hisagazis no tenían animales de carga, por lo que hacían escaso uso de la rueda y carecían de rutas apropiadas. Pero lo poco que oí me ayudó a mantenerme despierto.

¡Ah, maravillas aún mayores de las que los poetas han imaginado para Elf! Ciudades enteras construidas en una sola torre cuya altura superaba los dos kilómetros. El cielo resplandecía de tal modo que nunca reinaba la oscuridad, incluso después de la puesta del sol. La comida no se obtenía de la tierra, sino en laboratorios alquímicos. Incluso los campesinos más pobres tenían una veintena de máquinas que les servían más humilde y eficazmente que un millar de esclavos; poseían un carruaje aéreo con el que podían dar la vuelta a su mundo en menos de un día; una ventana de cristal en la cual aparecían imágenes teatrales, para distraer sus numerosos ratos de ocio. Bajeles entre los soles, cargados con las riquezas de un millar de planetas; pero ninguna de las naves iba armada ni escoltada, porque no había piratas y ese reino estaba en tan buenas relaciones con las otras naciones estelares que la guerra no tenía razón de ser. (Al parecer, estos países extranjeros son más semejantes a lo sobrenatural que el de Val Nira, en el sentido de que las razas que los habitan no son humanas, aunque saben hablar y razonar). En esta tierra feliz hay pocos delitos. Cuando se produce alguno, el criminal no tarda en ser capturado por las artes del cuerpo de policía; pero no es ahorcado, ni siquiera deportado a ultramar. En su lugar, someten su mente a una cura para que no vuelva a experimentar el deseo de violar alguna ley. Regresa a su casa y vive como un ciudadano especialmente respetado, pues la gente sabe que ya es completamente digno de confianza. En cuanto al

gobierno..., justo aquí perdí el hilo de la conversación. Creo que en teoría es una república, y en la práctica una leal comunidad de hombres, escogidos por medio de un examen, cuya misión es la de velar por el bienestar de todos los demás.

¡Naturalmente, pensé que aquello era el Paraíso!

Nuestros marineros escuchaban boquiabiertos. Rovic mantuvo una actitud reservada, pero se retorció de manera incesante el bigote. Guzan, para quien esto constituía una vieja historia, se fue agitando. Era evidente que no veía con agrado nuestra intimidad con Val Nira, y menos la facilidad con que asimilábamos las ideas que éste nos comunicaba.

Pero la cuestión es que procedemos de un país donde siempre se ha alentado la filosofía natural y la mejora de las artes mecánicas. Yo mismo, con mi corta vida, había presenciado la sustitución de la noria en regiones donde hay pocos ríos provistos de la moderna forma a base de molinos de viento. El reloj de péndulo fue inventado un año antes de mi nacimiento. Había leído muchas novelas acerca de las máquinas voladoras que no pocos hombres han tratado de inventar. Acostumbrados a vivir a tan vertiginoso ritmo del progreso, los montalirianos estábamos preparados para asimilar conceptos aún más amplios.

Por la noche, sentado con Froad y Etien alrededor de la fogata que ardía en nuestro campamento, hablé de ello con el sabio.

—Ah —canturreó él—, en el día de hoy, la Verdad se ha desvelado ante mis ojos. ¿Has oído lo que ha dicho el hombre de las estrellas? ¿Las tres leyes del movimiento planetario en torno al sol, y la gran ley de atracción que las explica? ¡Por todos los santos, esa ley puede reducirse a una corta frase, y su desarrollo tendrá a los matemáticos ocupados durante trescientos años!

Fijó la vista más allá de las llamas, y las otras fogatas alrededor de las cuales dormían los paganos, y la penumbra de la jungla, y el colérico resplandor volcánico en el cielo. Yo empecé a interrogarle.

—Dejémoslo estar, muchacho —gruñó Etien—. ¿Acaso puede explicarse cuándo un hombre se enamora?

Me acerqué un poco más a la sólida y consoladora figura del contramaestre.

—¿Qué piensa usted de todo esto? —pregunté, en voz baja, pues la jungla susurraba y crujía por todos lados.

—Hace tiempo que he dejado de pensar —dijo—. Después de aquel día en el alcázar, cuando el patrón nos animó a navegar con él aunque saliéramos del borde del mundo, y cayéramos echando espuma entre las estrellas... Bueno, sólo soy un pobre marinero, y mi única oportunidad de regresar a casa es seguir al capitán.

—¿Incluso más allá del cielo?

—Quizás eso resulte menos peligroso que seguir dando la vuelta al mundo. El hombrecillo juró que su embarcación estaba en buen estado, y no existen tormentas entre los soles.

—¿Acaso nos podemos fiar de su palabra?

—Oh, sí. Incluso un viejo marinero como yo ha conocido a suficientes hombres para saber cuándo uno miente. No temo a la gente del Paraíso, y el capitán tampoco. Excepto en un sentido... —Etien se rascó la barba, y frunció el ceño—. En un sentido que no puedo precisar, han asustado a Rovic. No teme que vengan con antorchas y espadas; pero hay algo en ellos que le asusta.

Noté que el suelo se estremecía imperceptiblemente. Ulas se había aclarado la garganta.

—Parece como si estuviéramos provocando la ira de Dios...

—Tampoco es eso lo que preocupa al capitán. Nunca ha sido demasiado piadoso. —Etien se rascó, bostezó, y se puso en pie—. Me alegro de no ser el capitán. Que él decida lo que debemos hacer. Ya va siendo hora de que vosotros y yo nos vayamos a dormir.

Aquella noche yo dormí muy poco.

Creo que Rovic descansó bien. Sin embargo, cuando amaneció el nuevo día, su aspecto era macilento. Me pregunté el motivo. ¿Acaso pensaba que los hisagazi nos atacarían? En ese caso, ¿por qué había venido? A medida que la pendiente se hacía más empinada, la carreta era tan difícil de arrastrar y empujar, que incluso olvidé mis temores para coger aliento.

No obstante, al atardecer, cuando llegamos al lugar donde se encontraba la Nave, también olvidé mi cansancio. Y después de un torrente de juramentos, nuestros marineros se apoyaron en silencio sobre las picas. Los hisagazis, poco comunicativos, se agacharon en señal de respeto. Sólo Guzan permaneció en pie. Contemplé su expresión mientras observaba aquella maravilla; era una expresión de codicia.

Se podía decir que aquél era un lugar desértico. Habíamos sobrepasado el límite de la vegetación. El terreno que se extendía debajo de nosotros era como un mar de color verde, bordeado por un océano plateado. Nos hallábamos entre enormes rocas negras, cenizas y prosa toba. La montaña subía en acantilados, barrancos y precipicios hacia la nieve y el humo, que se elevaba cerca de un kilómetro hacia el cielo. Allí estaba la Nave.

Verdaderamente, la Nave era una belleza.

La recuerdo muy bien. Su longitud —mejor dicho, altura, puesto que se hallaba apoyada sobre la cola— era casi igual a la de nuestra carabela; de forma, parecía la cabeza de una lanza, de color blanco brillante, sin oxidar a pesar de los cuarenta años transcurridos. Eso era todo. Pero las palabras resultan insuficientes. ¿Acaso pueden describir las nítidas curvas, la iridiscencia del bruñido metal, una cosa que era orgullosa y espléndida y que, en su misma forma, parece querer volar? ¿Cómo puedo conjurar el hechizo que envolvía a esa Nave que había hendido la luz de las estrellas?

Durante un buen rato permanecemos inmóviles. Se me nubló la vista. Me enjugué los ojos, contrariado de que me vieran tan afectado, hasta que vi brillar una lágrima en la pelirroja barba de Rovic. Pero el semblante del capitán era inexpresivo. Cuando habló, se limitó a decir, con monótona voz:

—Adelante, acampemos.

Los centinelas hisgazis no osaban aproximarse más de aquellos centenares de metros a un ídolo tan poderoso como era la Nave. Nuestros marineros se alegraron de mantener la misma distancia. Pero cuando hubo oscurecido y todo estuvo en orden, Val Nira nos condujo a Rovic, Froad, Guzan y a mí hacia la embarcación.

Mientras nos acercábamos, una puerta doble situada en el costado se abrió silenciosamente y una pasarela de desembarco descendió desde ella. Iluminada por la luz de Tambur y los rojizos reflejos de las nubes de humo, la Nave ya era bastante extraña para lo que yo podía resistir. Cuando me recibió de ese modo, como si un fantasma estuviera de guardia, lancé un gemido y eché a correr. Las cenizas crujieron bajo mis botas; inspiré una bocanada de aire sulfuroso.

Cuando llegué al límite del campamento, me atreví a volver la vista atrás. El oscuro terreno eclipsaba la luz, de modo que la Nave aparecía sola en su grandeza. Volví sobre mis pasos.

El interior estaba iluminado por paneles, fríos al tacto. Val Nira explicó que el gran motor que los accionaba estaba intacto, y que producía energía con sólo bajar una palanca. Tal como yo lo entendí, esto se lograba cambiando la parte metálica de una sal en luz... lo cual no entiendo en absoluto. El mercurio era necesario para una parte de los mandos que canalizaban la energía del motor hacia otro mecanismo encargado de impulsar la Nave hacia el cielo. Inspeccionamos el depósito roto. El impacto del aterrizaje había sido realmente enorme, para conseguir torcer y doblar aquella aleación tan gruesa. Y, sin embargo, Val Nira había sido protegido por fuerzas invisibles; el resto de la Nave no había sufrido daños de consideración. Fue a buscar algunas herramientas, que flameaban, zumbaban y giraban, e hizo algunos arreglos en la parte rota. Evidentemente, no habría tenido dificultades en completar el trabajo, y sólo necesitaba cinco litros de mercurio para dar de nuevo vida a la embarcación.

Aquella noche nos enseñó muchas otras cosas. No hablaré de ellas, porque ni siquiera recuerdo con claridad tantas rarezas, y no sería capaz de encontrar las palabras adecuadas. Baste saber que Rovic, Froad y Zhean pasaron varias horas en la Colina Elf.

Igual que Guzan. Aunque ya había acudido allí con anterioridad, como parte de su iniciación, nunca había visto tantas cosas hasta entonces. Sin embargo, observándole con atención, vi en él menos admiración que codicia.

No hay duda de que Rovic observó lo mismo. Había pocas cosas que Rovic no observara. Cuando abandonamos la Nave, su silencio no se debía a la estupefacción como el de Froad o el mío. En aquel momento, pensé que estaba inquieto por las dificultades que Guzan no dejaría de plantear. Ahora, mirando hacia atrás, creo que estaba triste.

La cuestión es que, mucho después de que todos nos acostáramos, él permanecía levantado, mirando hacia la Nave iluminada por el planeta.

A primera hora de una mañana fría, Etien me despertó a sacudidas.

—Levántate, muchacho, hay trabajo para hacer. Carga las pistolas y coge el puñal.

—¿Qué? ¿Qué va a suceder? —pregunté, mientras luchaba por desembarazarme de la helada manta.

La noche pasada parecía un sueño.

—El capitán no ha dicho nada, pero parece evidente que espera una batalla. Avisa a los de la carreta y ayúdanos a trasladarnos a la torre volante. —La corpulenta figura de Etien permaneció agachada junto a mí. Después dijo lentamente—: Creo que Guzan se propone matarnos en esta montaña. Un oficial y unos cuantos tripulantes bastan para manejar el *Golden Leaper*, ir a Giair y volver. El resto de nosotros le causaría menos problemas con la garganta cortada.

Temblando de pies a cabeza, me arrastré por el suelo. Después de armarme, cogí algo de comida del almacén comunitario. Los hisagazis que nos acompañaban llevaban pescado seco y una especie de pan hecho con algas en polvo. Sólo los santos sabían cuándo tendría la oportunidad de volver a comer. Fui el último en reunirme con Rovic junto a la carreta. Los nativos avanzaban tétricamente hacia nosotros, inseguros sobre lo que pretendíamos.

—En marcha, muchachos —dijo Rovic.

Dio las órdenes. Cuatro hombres empezaron a arrastrar la carreta por el rocoso camino hacia la Nave, donde ésta relucía entre la neblina. Los demás permanecimos allí, con las armas preparadas. Guzan corrió hacia nosotros, acompañado por un soñoliento Val Nira.

La cólera oscurecía su semblante.

—¿Qué estáis haciendo? —gritó.

Rovic le dirigió una tranquila mirada.

—Cómo es posible que nos quedemos algún tiempo aquí, estamos inspeccionando las maravillas de la Nave...

—¿Qué? —exclamó Guzan—. ¿A qué te refieres? ¿Es que por ser la primera vez no habéis visto bastante? Tenemos que regresar a casa, y prepararnos para ir en busca de la piedra fluida.

—Ve tú, si quieres —dijo Rovic—. Yo prefiero quedarme. Y, puesto que no confías en mí, debo comunicarte que el sentimiento es recíproco. Mis hombres permanecerán en la Nave, y si es necesario la defenderán.

Guzan se enfureció, pero Rovic no le prestó el menor caso. Nuestros hombres continuaron empujando la carreta sobre el desigual terreno. Guzan señaló a sus lanceros que se acercaban en una masa desordenada pero compacta. Etien dio la orden. Nosotros ocupamos nuestras posiciones. Las picas inclinadas hacia delante, y los mosquetes apuntando.

Guzan retrocedió. Le habíamos hecho varias demostraciones con armas de fuego

en su isla de origen. Si se decidía, indudablemente podía superarnos con el número, pero las pérdidas serían elevadas.

—No existe razón para luchar, ¿verdad? —ronroneó Rovic—. Sólo tomo las precauciones que creo más sensatas. La Nave es un premio muy valioso. Podría traer el Paraíso para todos... o el dominio de unos pocos sobre toda la tierra. Hay quienes preferirían esto último. No te he acusado de estar entre ellos. Sin embargo, por prudencia, tomo la Nave como rehén y fortaleza durante el tiempo que desee permanecer aquí.

Creo que en aquel momento me convencí de las verdaderas intenciones de Guzan, no como una suposición nuestra sino como un hecho evidente. Si realmente hubiese querido alcanzar las estrellas, su única preocupación habría sido preservar la Nave. No habría extendido el brazo, agarrando al pequeño Val Nira entre sus fuertes manos, ni habría retrocedido con el hombre de las estrellas a modo de escudo contra nuestro fuego. Tampoco su intención tiene importancia, salvo para mi propia conciencia. La ira contorsionaba su arrugado semblante. Nos chilló:

—¡Pues yo también retendré a un rehén! ¡Qué os aproveche el refugio!

Los hisagazis se arremolinaron a nuestro alrededor, alzando las lanzas y hachas, pero sin hacer ademán de seguirnos. Nos abrimos paso por la negra ladera. El sol empezaba a calentar. Froad se retorció la barba.

—Diablos, capitán —dijo—, ¿cree que piensan sitiarnos?

—No aconsejaría a nadie que se aventurara a salir solo —dijo Rovic quedamente.

—Pero sin Val Nira para explicarnos las cosas, ¿de qué nos sirve permanecer en la Nave? Lo mejor es que regresemos. Tengo algunos textos matemáticos que puedo consultar. La cabeza me da vueltas respecto a esa ley que hace girar a los planetas. Debo preguntar al hombre del Paraíso lo que sabe de...

Rovic le interrumpió para ordenar a tres hombres que ayudaran a levantar una rueda encallada entre dos piedras. Estaba de muy mal humor. Confieso que su decisión me pareció una locura. Si Guzan se proponía traicionarnos, no habíamos ganado gran cosa al quedarnos inmóviles en la Nave, donde podía hacernos perecer de hambre. Habría sido mejor obligarle a atacar al aire libre, donde quizás hubiéramos tenido la oportunidad de vencerle. Y si Guzan no planeaba caer sobre nosotros en la jungla —o en cualquier otra parte—, aquello era una insensata provocación. Pero no me atreví a interrogarle.

Cuando llegamos hasta la Nave con la carreta, la pasarela volvió a descender. Los marineros se sobresaltaron y lanzaron un juramento. Rovic se arrancó con un esfuerzo de su amargura, para calmarlos.

—Tranquilos, muchachos. Ya he estado a bordo y no hay ningún peligro dentro. Ahora tenemos que llevar la pólvora hasta allí, y almacenarla tal como habíamos planeado.

Debido a mi frágil constitución, no fui elegido para transportar los pesados barriles, sino que me colocaron al pie de la pasarela para vigilar a los hisagazis.

Aunque estábamos demasiado lejos para distinguir las palabras, vi que Guzan subía a una roca y les arengaba. Aunque los guerreros agitaron sus armas en dirección a nosotros y lanzaron feroces alaridos, no se atrevieron a atacar. Me pregunté lo que estaría ocurriendo. Si Rovic había previsto un sitio, eso justificaba lo del cargamento de pólvora... No, no lo justificaba, porque había más personas de las que una docena de hombres podían matar en varias semanas de tiroteo, aunque hubiésemos tenido suficientes balas... ¡Y apenas si teníamos comida! Miré más allá de las venenosas nubes volcánicas, hacia Tambur, donde reinaban tormentas que podían engullirnos a todos nosotros, y me pregunté qué demonios estaban al acecho para tentar a los hombres.

Al oír un indignado grito procedente del interior de la Nave, me sobresalté con horror. ¡Froad! Eché a correr por la pasarela, pero recordé mi deber a tiempo. Oí que Rovic le amonestaba y ordenaba a la tripulación que siguieran adelante. Froad y Rovic debieron de entrar solos en el compartimiento del piloto, donde hablaron durante más de una hora. Cuando el anciano salió, ya no protestaba. Pero al bajar por la pasarela lloraba.

Rovic le siguió, con una expresión más sombría de la que yo le había visto jamás. Los marineros aparecieron detrás, algunos consternados, otros aliviados, pero principalmente mirando hacia el campamento hisagazi. Eran simples marineros; la Nave no significaba para ellos más que un extraño e inquietante objeto. Etien fue el último en salir, andando hacia atrás por la pasarela metálica mientras desenrollaba un largo cable.

—¡Formen! —gritó Rovic. Los hombres ocuparon sus posiciones—. Zhean y Froad, vosotros en el centro —dijo el capitán—. Seréis más útiles llevando munición de repuesto que luchando.

Se colocó a la vanguardia.

Yo agarré a Froad por una manga.

—Por favor, se lo ruego, maestro, ¿qué sucede?

Sollozaba demasiado para poder contestarme.

Etien se agachó, con un trozo de pedernal y acero en las manos. Me oyó —porque el silencio era absoluto— y dijo con voz dura:

—Hemos colocado los barriles de pólvora a lo largo del casco, muchacho, con regueros de pólvora entre uno y otro. Aquí está la mecha.

Tan monstruoso era todo que no pude hablar, ni siquiera pensar. Como si estuviera inmensamente lejos, oí el chasquido de la piedra sobre el metal en los dedos de Etien, le oí avivar las chispas con un soplo y añadir:

—Una buena idea, creo yo. Ya te dije la otra noche que seguiría al capitán sin temer la maldición de Dios... pero no le tentemos demasiado.

—¡Adelante!

La espada de Rovic centelleó al salir de su vaina.

Mientras nos alejábamos a paso rápido, nuestros pies crujían con estrépito sobre

la montaña. No miré hacia atrás. No pude. Todavía estaba debatiéndome en una pesadilla. Puesto que, de todos modos, Guzan se hubiera movido para interceptarnos, nos dirigimos en línea recta hacia su tropa. Él dio un paso al frente cuando nos detuvimos al borde del campamento. Val Nira apareció temblando detrás de él. Oí vagamente sus palabras.

—Y bien, Rovic, ¿qué ocurre ahora? ¿Listo para regresar a casa?

—Sí —dijo el capitán con voz inexpresiva—. Hasta el fin del viaje.

Guzan le miró de soslayo con creciente desconfianza.

—¿Por qué has abandonado la carreta? ¿Qué has dejado allí?

—Suministros. Vamos, en marcha.

Val Nira miraba fijamente la cruel forma de nuestras picas. Tuvo que humedecerse los labios unas cuantas veces antes de poder balbucear:

—¿De qué estáis hablando? No hay razón alguna para dejar comida aquí. Se estropeará con el tiempo hasta... hasta...

Se interrumpió al observar la expresión de Rovic. La sangre se retiró de su cara.

—¿Qué ha hecho? —susurró.

De pronto, Rovic alzó la mano que tenía libre y con ella se tapó la cara.

—Lo que era mi deber —repuso con voz ronca—. Hija de Dios, perdóname.

El hombre de las estrellas nos contempló un momento más. Después dio media vuelta y empezó a correr. Pasó a toda velocidad junto a los sorprendidos guerreros, y se internó en la cenicienta ladera, en dirección a la Nave.

—¡Vuelva! —le gritó Rovic—. ¡Está loco, no podrá...!

Con sumo esfuerzo tragó saliva. Mientras observaba aquella pequeña, tambaleante y solitaria figura que corría por una montaña de fuego hacia La Más Hermosa, la espada se escapó de su mano.

—Quizá sea mejor —dijo a modo de bendición.

Guzan alzó su propia espada. Con la capa de escamas y las ondeantes plumas, su aspecto era tan impresionante como el de Rovic enfundado en su armadura.

—Dime lo que has hecho —exclamó—, o te mato ahora mismo.

No prestó atención a nuestros mosquetes. También él había soñado.

Cuando la Nave explotó, también él dejó de soñar.

Ni siquiera aquel casco adamantino podía resistir una carretada de pólvora cuidadosamente colocada, detonada al mismo tiempo. El estallido me hizo caer de rodillas, y el casco se partió por la mitad. Retorcidos pedazos de metal blanco salieron disparados sobre la ladera. Vi que uno de esos pedazos chocaba con una roca y se partía en dos. Val Nira desapareció, destruido con demasiada rapidez para ver lo que ocurría; así pues, en el último momento, Dios fue misericordioso con él. A través de las llamas, la humareda y el ruido aterrador que siguieron, vi caer la Nave. Rodó ladera abajo, salpicando la montaña con sus destrozadas entrañas. Entonces la ladera retumbó y se deslizó en su persecución, enterrándola. El polvo ocultó el cielo.

Ya no me atrevo a recordar nada más.

Los hisagazis, tras lanzar un alarido de terror, huyeron. Debieron de pensar que el infierno había llegado a la tierra. Guzan se mantuvo firme. Cuando el polvo nos envolvió, ocultando la tumba de la Nave y el blanco cráter del volcán, tiñendo el sol de color rojo, saltó encima de Rovic. Un mosquetero levantó su arma. Etien la bajó de un manotazo. Permanecieron inmóviles mientras contemplábamos cómo luchaban aquellos dos hombres, sobre la insegura tierra volcánica, sabiendo que tenían derecho a hacerlo. Al roce de las afiladas hojas, las chispas brotaban. Al fin, la habilidad de Rovic prevaleció. Alcanzó a su enemigo en la garganta.

Tras conceder a Guzan un entierro decente, nos internamos en la jungla.

Aquella noche, los guardias reunieron el valor suficiente para atacarnos. Los mosquetes nos fueron de una gran ayuda, pero, principalmente, tuvimos que hacer uso de la espada y la pica. Nos abrimos camino entre ellos porque no teníamos otro lugar adonde ir más que el mar.

Al tiempo que retrocedían, se apresuraron a difundir la noticia de lo ocurrido. Cuando llegamos a Nikum, todas las fuerzas que Iskilip pudo obtener estaban sitiando al *Golden Leaper* y esperando impedir la entrada de Rovic. Volvimos a formar en cuadro, sin importarnos cuántos miles podían ser, ya que sólo una veintena nos atacaba a la vez. Sin embargo, dejamos seis buenos hombres sobre el barro rojo de aquellas calles. Cuando los hombres de la carabela comprendieron que Rovic regresaba, bombardearon la ciudad. Eso prendió fuego al bálago de los tejados y distrajo al enemigo hasta el punto de que un destacamento de la nave fue capaz de acudir en nuestra ayuda. Fuimos avanzando hacia el muelle, subimos a bordo y asimos el cabrestante. Ultrajados y muy valientes, los hisagazis se acercaron con sus canoas a nuestro casco, donde el cañón no podía ser disparado. Uno encima de los hombros del otro, consiguieron subir hasta alcanzar la barandilla. Así fue cómo pudo subir todo el grupo. La lucha que les expulsó de los puentes fue cruel. Entonces fue cuando me hicieron añicos la clavícula, que todavía sigue molestándome.

Finalmente, salimos del fiordo. Soplaban un fresco viento procedente del este. Con las velas desplegadas, pronto conseguimos dejar atrás al enemigo. Contamos los muertos, vendamos a los heridos y nos fuimos a dormir.

Al amanecer del día siguiente, tras despertarme por el dolor de la herida y el dolor aún más agudo que sentía en mi interior, subí al alcázar. El cielo estaba cubierto de nubes. La intensidad del viento había aumentado y el mar se extendía, agitado por las olas, hasta un horizonte grisáceo. Las cuadernas gemían y las jarcias hacían palletes. Durante una hora, permanecí mirando hacia popa, envuelto por el aire helado que entumece el dolor.

Cuando oí el ruido de unas botas a mi espalda, no me volví. Sabía que eran las de Rovic. Durante un buen rato permaneció junto a mí, con la cabeza descubierta. Observé que empezaba a palidecer.

Al fin, sin haberme mirado todavía, de cara a un viento que arrancaba lágrimas de

nuestros ojos, dijo:

—Aquel día, tuve la oportunidad de hablar con Froad. Lo lamentó, pero reconoció que yo tenía razón. ¿Te ha hablado de ello?

—No —repuse yo.

—A ninguno de nosotros nos gusta hablar de ello —dijo Rovic.

Al cabo de unos momentos prosiguió:

—No tenía miedo de que Guzan o cualquier otro se apoderara de la Nave y tratara de convertirse en un tirano. Los hombres de Montalir habríamos sabido cómo dominar a cualquiera de esos bribones. Tampoco tenía miedo de los habitantes del Paraíso. Ese pobre hombrecillo estaba diciendo la verdad. Nunca nos hubieran hecho daño... voluntariamente. Nos hubieran traído preciosos regalos, enseñado sus artes esotéricas y permitido visitar las estrellas.

—Entonces, ¿por qué? —salté yo.

—Algún día, los sucesores de Froad resolverán los enigmas del universo —dijo—. Algún día, nuestros descendientes construirán su propia Nave y partirán hacia el destino que ellos mismos elijan.

La espuma que se agitaba a nuestro alrededor llegaba a mojarnos el cabello. Noté un gusto salado en mis labios.

—Mientras tanto —dijo Rovic—, surcaremos los mares de esta tierra, escalaremos sus montañas, trazaremos mapas, haremos conquistas y llegaremos a entenderlo. ¿Lo ves, Zhean? Esto es lo que la Nave nos habría arrebatado.

Entonces, yo también empecé a llorar. Él apoyó una mano sobre mi hombro sano y se quedó conmigo mientras el *Golden Leaper*, con todas las velas desplegadas, seguía su curso hacia el oeste.

Epílogo

No puedo resistir tomar de nuevo la palabra...

Cada historia de calidad revaloriza a su autor, y todos los autores que conozco, sin excepciones, aceptan muy gustosamente ese aumento de valoración, al tiempo que tratan de maximalizarlo.

Específicamente, la idea de que el director de una revista merezca una valoración específica en consonancia con la calidad literaria de los relatos que aparecen en su publicación, es algo a lo que una serie de reacciones nada favorables se oponen, las cuales van desde las burlas más suaves hasta los más violentos ataques.

Sin embargo, si me prometen que no difundirán la fuente de la que ha surgido esta información, les voy a revelar un secreto profesional: un director, lo quiera o no, da su toque personal a su revista y a las historias que contiene. Él se encarga de seleccionar los relatos que van a aparecer, dando así el tono que desea a su publicación. Habla continuamente con los autores que van a visitarle y escribe cartas a quienes no van. Anima, inspira, ofrece sugerencias, regala ideas. Pide revisiones y señala dónde es posible mejorar, aun a costa de ganarse una impopularidad mayor y mejor expresada de lo que cabe esperar que soporte un simple ser mortal.

Déjenme pues señalar quiénes son los directores responsables de que estos relatos llegaran a ser impresos antes de que se les concediesen los premios.

Tenemos que agradecer a John W. Campbell los relatos *El actor*, *Artefacto*, *Equipo de exploración*, *El gran patio delantero* y *El viaje más largo*. John es robusto, indecentemente inteligente, terriblemente buen orador y versado en cualquier tema. Es peligroso discutir con él, porque llega al extremo de convencer a uno de que lo blanco es negro y, cuando uno está dispuesto a morir por esta idea, cambia de campo y pasa irremisiblemente a convencerle de que lo negro es, en realidad, negro. Nadie ha influido tanto como él en el campo de la ciencia ficción.

El responsable de haber elegido *La estrella* es Larry T. Shaw. Larry es bajito y habla con extrema suavidad, resulta casi necesario acercar la oreja a su boca para enterarse de que se ha irritado y está gritando. Los cristales de sus gafas son más gruesos que él, y fuma en una pipa que, colocada vertical, es más alta que él, y con escaso capital estuvo llevando una excelente revista durante tanto tiempo como le duró el dinero.

Todos los mares llenos de ostras apareció en la revista de Horace L. Gold. La personalidad de Horace, bastante diferente a la de John Campbell, es, a pesar de eso, igualmente arrolladora. Son de sobra conocidos sus terribles ataques verbales a los autores que no han sabido estar a la altura de su reputación; pero cuando el autor, sangrando por las heridas causadas por tan afilada lengua, ha accedido a alterar su relato tal como se le sugería, en general se ha encontrado con la recompensa de comprobar que, de alguna manera, había mejorado notablemente. (Puedo atestiguar esto por propia experiencia, pues ningún otro autor se irrita con tanta facilidad o

sangra tan copiosamente como yo..., ni halla que sus historias han mejorado tan drásticamente).

Tren al infierno se lo debemos a Anthony Boucher: ocurrente, genial, comprensivo y redactor de las más suaves y tranquilizadoras cartas de rechazo de un relato que jamás se hayan podido escribir. Él, más que nadie, supo darle a la ciencia ficción la delicada aura de la buena literatura. Tony consiguió ganarse el afecto de muchos bajo las condiciones menos favorables para ello, pues hasta se ganó el de los autores cuyos relatos rechazaba.

Por último, Robert P. Mills puede enorgullecerse de ser el director de la revista al que debemos *Flores para Algernon*. Robert tomó el puesto de Anthony Boucher cuando éste se retiró. Aunque no era un puesto fácil de llenar, Bob consiguió hacerlo bien. Alto y enjuto, sabe conservar la calma bajo las circunstancias más difíciles, y francamente no tiene el aspecto de un director de revista de ciencia ficción. La opinión más generalizada es que es «demasiado normal» para ese papel, y esto produce una sensación de desasosiego entre los autores de ciencia ficción, puesto que nunca han soportado el ser «demasiado normales». Pero ese desasosiego carece de justificación: bajo normales y hasta atractivas apariencias, late un corazoncito cálido y tan loco como el que más.

Conozco a estos caballeros personalmente. Todos ellos me han dicho, en una u otra ocasión, lo mal escritor que yo era; y yo les he contestado invariablemente que ellos eran unos malos directores de revista (aunque, como es natural, esperando prudentemente a que ya no pudieran oírme). Pero todos y cada uno de ellos (junto con algunos otros no representados en esta antología) me han ayudado en numerosas ocasiones y, estoy seguro, han ayudado a todo autor que lo necesitase.

Esta ayuda debería ser reconocida más a menudo y mucho más públicamente de lo que se hace hasta ahora. Yo me siento muy satisfecho de haber podido dar desde aquí mi aportación a algo necesario.

ISAAC ASIMOV